LA VENGANZA ES NECESARIA



ZARZO ESCRIBANO

La venganza es necesaria

Zarzo Escribano

Copyright © 2025 Zarzo Escribano

Todos los derechos reservados.

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento de su autor.

.

Corrección: Ramón Tomé

Índice

Lo siento
El cementerio
El juicio
Epifanía
Imaginaciones
Torreznos
El plan
Rodilla
Lágrimas
Alcohol 96
La judicial
Tropezón
Persianas
El mensaje
Relax
El email
Hotel
El puente romano
Bandera
Cruasán
Aceptarlo
La vía
Eva
Sicarios

Dos teléfonos
La autoescuela
Atracción
La antena
La olla
El pilón
Clases extra
Mi coronel
Las llaves
Derrape
Los perros
El puerto
Rellano
Países Bajos
Tears in heaven
Cuchillos
La basura
Que llore
Pizzas
Rabo
Implicarse
Hospital
Mordidos
Playa
Capitán
Taxi
Buffy

Rulo
El karma
El Tesla
Dinamita
Dos armas
Vacaciones
Sirenas
La venganza es necesaria
Epílogo
Agradecimientos
Otros libros del autor

A mi familia: la de sangre, la de la calle y la de internet.

La venganza es necesaria. Estalle la ira.

John Doe en Seven, de David Fincher.

Lo siento

El cuerpo de Belén, o lo que quedaba de él, apareció en el fondo reseco y pedregoso de un barranco, habitual refugio de lagartos y culebras bajo el sol inmisericorde. Lo que quedaba del cuerpo era más bien un amasijo de tejido muscular y óseo recubierto por una costra oscura resultado de las múltiples quemaduras que sufrió cuando Antonio Ricardo le vertió cinco litros de gasolina 95 encima y tiró una cerilla sobre el pelo de la chica, oscuro y castaño, objeto de deseo fetichista del asesino.

Antonio Ricardo se convirtió, por aclamación popular, en el sospechoso número uno pocas horas después de la desaparición de la muchacha. Todos en el pueblo sabían, o creían saber por las habladurías, de la obsesión pegajosa de aquel tipo huraño y solitario con Belén. Se hacía el encontradizo por las calles del pueblo tantas veces que dejó de ser casualidad. La esperaba a la salida del instituto. O, simplemente, la observaba durante horas desde la ventana entreabierta y polvorienta de su casa cada vez que ella salía a la calle a comprar el pan, a hablar con las amigas, o, incluso, cuando estaba en su habitación.

Y es que Antonio y Belén eran vecinos. Vecinos a los que solo les separaban tres ridículos metros de una calle angosta y blanquísima de aquel pequeño pueblo extremeño. Tres metros que, allí, suponían la distancia exacta entre la rutina y el infierno. La distancia exacta entre una vida llena de sueños y otra llena de miserias.

La presión visceral que ejerció la familia de Belén y los vecinos sobre el tipo dio su resultado. Apenas tres horas después de que se dio por hecho que la niña había desaparecido, el padre, Álvaro Lázaro, aporreó la conocida y vetusta puerta del sujeto. Al poco se

unió su hermano, el tito José, y después la madre, Isabel Lafuente, con el rostro lleno de angustia. Y poco a poco, como atraídos por un imán invisible de odio, más gente del pueblo, a los que les faltaron las horcas y las antorchas para proceder al linchamiento medieval. Tuvo que acudir la policía local a dispersar a las masas, pero allí nadie se dispersó porque el poder de la rabia era mucho más fuerte que la escasa autoridad local.

Álvaro, en medio de aquel caos, en un estado de serenidad impropio del padre al que le han matado a la hija(quizá porque en esos momentos aún guardaba esperanzas), habló con los locales y les pidió, casi les exigió, que avisasen a la Guardia Civil. Pocos minutos después, llegaron dos todoterrenos verdes y blancos de la Benemérita y, tras averiguar lo que pasaba, instaron a Álvaro e Isabel a poner la denuncia en el cuartelillo. Ellos, con poca gana o ninguna, obedecieron y cumplieron el trámite burocrático entre quejas por estar perdiendo el tiempo en lugar de buscar a su niña o detener a Ricardo. Mientras, el resto del pueblo guardaba custodia de la casa del sospechoso junto a dos guardias.

Cuando los padres regresaron, se reanudaron los gritos, las amenazas para que el tipo saliera y confesara dónde estaba la niña. Porque aunque tuviera diecisiete años ya, a los ojos de sus padres, Belén seguía siendo una niña.

La pareja de civiles que custodiaban la puerta temía que los vecinos decidieran derrumbarla y avisaron por radio a sus superiores. Justo antes de que se desencadenara la marabunta, llegó otro patrulla benemérito del que se bajó el comandante que dirigía el puesto. En la mano llevaba un papel que debía de ser algún tipo de denuncia o de arresto o de vete tú a saber qué clase de burocracia.

El comandante Señor, Adolfo Señor, llamó con los nudillos enguantados a la puerta de Antonio Ricardo, previa identificación, y solicitó la apertura de la misma. Ante la falta de respuesta, pidió a sus tres hombres que rogasen a la multitud que se retirase unos metros. No hubo éxito, por lo que él mismo usó un megáfono; lo pidió por favor, lo rogó, lo exigió al final. Los padres se dieron cuenta de la situación y fue Isabel la primera que colaboró: gritó a los

vecinos que hicieran caso al comandante, después se le unieron Álvaro, y José. Y también Lucía, la hermana mayor de Belén que se había unido irremediablemente a la comitiva a pesar de las reticencias de sus padres, porque era imposible abstraerse de algo así cuando todo aquello le estaba estallando bajo la ventana de su habitación.

La multitud, ante tal derroche de súplicas, obedeció y se retiraron varios metros, creando un espacio tenso y vacío frente a la puerta cerrada del sospechoso. Entonces el comandante usó otra vez el megáfono para identificarse formalmente una vez más y pedir, casi exigir ya con impaciencia, que Antonio Ricardo abriera la puerta de inmediato o se verían obligados a derribarla por la fuerza. Se escucharon los cerrojos descorrerse y el tipo asomó *los hocicos* por el postigo marrón incrustado en la parte superior de la puerta. El comandante le pidió entrar y, ante la respuesta afirmativa, reclamó a su lugarteniente, el corpulento y firme brigada Alonso, que le acompañase.

La muchedumbre amenazó con avanzar, sin embargo, Álvaro les suplicó calma a instancias de los otros dos guardias que quedaron custodiando la entrada.

Pasada la media hora más larga de la vida de Isabel Lafuente, uno de los civiles recibió un aviso por radio y caminó hasta el todoterreno. Dio marcha atrás y situó el coche en la perpendicular, justo en la intersección con la calle donde los Lázaro Lafuente tenían su vivienda. Y es que circular por esa travesía era harto complicado y mucho más con aquellas gentes con ansias de linchamiento cerca.

Esa maniobra del cuatro por cuatro benemérito solo podía suponer una cosa y tanto Álvaro como Isabel corrieron hacia el coche. El otro civil que permanecía, casi indefenso, trató de retenerlos, sin éxito. Los policías locales tuvieron que colaborar de nuevo poniéndose de parapeto entre los padres y la marabunta que los seguía.

Entre los tres agentes de la autoridad consiguieron sujetarlos a muy duras penas.

Antonio Ricardo salió esposado y bajo la tutela del comandante y el brigada. El griterío ensordecedor de la multitud solo permitió

escuchar dos palabras de su boca escasa en piezas dentales y rodeada de una barba canosa sin cuidar. Dos palabras que llevaron a Isabel y a Álvaro a desfallecer:

—¡Lo siento!

El cementerio

El cementerio se quedó pequeño, insuficiente, desbordado ante la avalancha silenciosa de personas que quisieron dar el último adiós a Belén aquel día soleado de primavera.

Tuvo que pasar una interminable semana para poder dar sepultura a los escasos restos de la muchacha, ya que la autopsia fue larga y, sobre todo, dura.

El juez instructor del caso pidió expresamente a los padres que no incinerasen a Belén, porque cabía la posibilidad de una exhumación postrera si los investigadores así lo requerían. Aunque a decir verdad quedaba poco que investigar en aquel maltrecho cuerpo que un día fue una persona alegre y llena de vida.

Antonio Ricardo, poco después de su detención, había llevado a los guardias hasta el barranco donde arrojó el cuerpo y, con una calma pasmosa y casi clínica, les había relatado con todo detalle cómo la violó, cómo la estranguló, cómo la roció con gasolina antes de despeñarla en la sierra de los Poyales. Lo contó sin titubeos, como si hablara de otra persona, como si la historia no tuviera nada que ver con él.

El pueblo, apoyado sobre una colina que se hacía llamar la Sierra de San Cristóbal, se extendía en unas calles de diversos tamaños y orografías: amplias, estrechas, llanas y empinadas que terminaban en plazas silenciosas, dominadas por una iglesia de piedra cuya torre se alzaba como un centinela. En primavera, los campos que rodeaban el lugar estallaban en un verde tan intenso como efímero, salpicado de amapolas, margaritas y jaras. Pero nada de esa belleza natural y luminosa mitigaba el horror que se había instalado en cada rincón, en cada mirada de los vecinos.

Al parecer, la muchacha había ido aquella tarde fatídica a la vía abandonada que pasaba junto al pueblo a hacer unas fotos para un trabajo escolar con una compañera; la amiga se tuvo que ir de repente por una llamada del novio. Belén se quedó sola. Y en el corto camino de regreso a casa, antes de llegar a las primeras viviendas del pueblo, Antonio Ricardo la abordó. Un puñetazo. Quizá dos, para dejarla aturdida y sin posibilidad de defenderse o escapar. La metió en el maletero de su vieja Berlingo, amordazada, con las manos sujetas por bridas de plástico.

La subió por una pista forestal apenas transitada a un cerro cercano apartado y solitario, una loma de tierra seca y pedregosa donde las encinas crecían retorcidas por el viento y los alcornoques se aferraban al suelo rural. Y allí mismo, en un recodo del camino que él conocía y por el que nunca pasaba un alma, la vejó de una forma tan dura como triste. Por experiencias pasadas, asumió que la chica contaría todo, y decidió que no le quedaba más remedio que estrangularla. Una vez que la muchacha perdió la consciencia, tomó la decisión fría y premeditada de quemarla para, así, destruir las pruebas de huellas y ADN que pudieran quedar en su cuerpo. Y es que el ADN de Antonio Ricardo ya constaba en la base de datos de la Policía. Años atrás cometió otro intento de violación que, finalmente, se quedó solo en eso porque al tipo no se le levantó. Eso sí, dejó sus babas en el cuerpo de otra joven que lo denunció. Por ello pasó un tiempo a la sombra, demasiado poco. Además, la Guardia Civil sospechaba que otras dos agresiones denunciadas en poblaciones cercanas le correspondían al sujeto, aunque no se pudo demostrar nada.

Con el caso resuelto gracias a la confesión exhaustiva del sospechoso principal, los investigadores autorizaron el sepelio. Álvaro, hombre de escasas creencias católicas, no quiso una ceremonia religiosa, pero la conservadora familia de su mujer, más preocupada por el qué dirán y sus costumbres ancestrales, presionó y tuvo que ceder. Él se quedó fuera de la iglesia durante toda la larga y tediosa ceremonia fúnebre, en la escalinata de piedra, fumando después de diez años sin probar un cigarro. Con él, su hermano José. Dentro, en el primer banco de madera oscura, lloraba

en silencio, Lucía, la hija mayor, que había entrado entre protestas en un templo abarrotado de gente y de olor a incienso, casi empujada por su propia madre, Isabel, quien, aunque en el fondo tampoco estaba del todo convencida de la necesidad de aquel oficio religioso, no pudo o no supo resistir la doble presión invisible pero poderosa de su propia familia ni la del pueblo entero, que esperaba y casi exigía aquel último acto público de fe, de despedida y de cohesión comunitaria ante la desgracia.

Cuando acabó la misa, una gigantesca y silenciosa comitiva acompañó a pie al coche fúnebre. Hacía un sol propio de un mediodía de mayo y entre la falta de sueño, de alimento y de paz mental, Álvaro tuvo que arrastrar a su mujer, que apenas se tenía en pie, camino del cementerio. En la pronunciada cuesta abajo estuvieron a punto de irse al suelo un par de veces.

Se dio la cruel casualidad que desde la cuesta de bajada al camposanto se contemplase a la perfección, justo en frente, al otro lado de un valle, la sierra de los Poyales. Allí dónde había acabado la vida de su hija pequeña, de su Belén. Ni todo el verde insultantemente vivo de la primavera, ni la hermosura de las encinas, ni la claridad del aire más puro que habrían de respirar jamás, ni el mismísimo azul interminable del cielo podían devolverles lo que habían perdido para siempre en aquel barranco. Nada concedió esperanza a aquellos padres, a aquellas familias rotas por el frágil deseo de un pervertido emborrachado de mal.

La familia no solo tuvo que soportar el vacío imposible de llenar el dolor de la pérdida y el abatimiento de la otra hija; también tuvieron que lidiar con la presencia constante e invasiva de la prensa. Una ingente cantidad de cámaras de televisión y micrófonos con los logos de todas las cadenas y medios no solo locales, sino también nacionales, se había apostado en la casa de esos padres humildes y rotos desde el día siguiente al asesinato. Lo truculento de la muerte y el amago de linchamiento popular hicieron que la noticia circulase como un bólido recién estrenado y que llegase a las redacciones de los medios más importantes del país; medios que encontraron la carnaza suficiente para rellenar de infructuosos debates horas de noticieros y programas. Debates en los que apenas

se habló de la víctima, Belén, y de su vida truncada, y que giraron, casi en exclusiva, en torno a un tema: el eufemístico nombre de la cadena perpetua llamado prisión permanente revisable. No se hablaba de Belén. Se hablaba de leyes abstractas, de endurecer penas, de delincuentes reincidentes.

Después de introducir con dificultad en la tercera línea de un humilde nicho el ataúd con los restos del cuerpo de Belén, los padres, estoicos, soportaron el pésame emocionado y a menudo torpe de todos los que allí acudieron, en total más de mil personas. Y al salir del cementerio, Isabel, al borde del desmayo después de días sin apenas comer o dormir, hizo acopio del último aliento de energía que le quedaba cuando le abordaron las decenas de micrófonos.

—Yo solo pido que se haga justicia…

—¡Cadena perpetua! —Se escuchó una voz a su espalda.

—¡No, no! ¡Pena de muerte!

A esta primera proclama se unieron muchas más que reclamaban la pena capital para Antonio Ricardo. Álvaro se abrazó mucho a su mujer y a su otra hija (y así protegerlas de forma simbólica), y tomó el relevo como portavoz.

—Mi mujer, mi hija y yo pedimos justicia. Que el responsable de haber matado a mi niña lo pague, lo pague muy caro.

—¡Que lo maten! —Se volvió a escuchar.

—Pedimos que todo el peso de la ley caiga sobre él —pidió entre lágrimas—. Y ahora dejadnos tranquilos con nuestro dolor.

—Sí, que se haga justicia, la justicia que haga falta… —pronunció Isabel antes de perder el conocimiento y caer fulminada entre los brazos de su marido, que apenas tuvo tiempo de sujetarla y de meterla en el coche de José, que se hizo hueco entre los periodistas para ayudarlos.

Todo el pueblo clamaba, no justicia, sino venganza ejemplar, rápida y catártica.

Pidieron justicia o venganza al viento, sin esperar que alguien pudiera escucharlos y darles respuesta a sus súplicas.

El juicio

Cuatro meses después

Lucía se vistió con un pantalón negro ceñido y una blusa gris marengo bajo una chaqueta también negra y entallada que le quedaba un poco justa de hombros. Era el uniforme que había usado en uno de sus trabajos como azafata comercial el pasado invierno.

El otoño, aunque incipiente, llamaba a las puertas del campo extremeño, y la mañana, aún con restos de brisa nocturna, refrescaba lo suficiente como para hacerla tiritar un instante. A lo lejos, más allá del perfil del pueblo, la dehesa despertaba entre el rocío, extendiéndose en un tapiz de encinas dispersas, de tierra roja, de caminos polvorientos que parecían perderse en la inmensidad del horizonte.

La chica se miró por última vez en el espejo, evaluó su rostro pálido y cansado, y decretó que las ojeras presentaban mucho mejor aspecto que las últimas semanas. Entre el insoportable calor del reciente verano al que le había costado mucho marcharse, y las continuas crisis de ansiedad nocturnas que le provocaba el recuerdo constante, involuntario y vívido del asesinato brutal de su hermana Belén, sus horas de sueño reparador en los últimos meses distaban mucho de lo que el cuerpo y la mente de una joven de apenas veintiún años requerían para funcionar con una mínima normalidad.

Había noches en las que se quedaba dormida, igual que si entrara en coma, a las nueve, y esas noches era frecuente que una pesadilla la despertase a las dos o las tres de la madrugada, hecho que le impedía conciliar sueño alguno hasta el amanecer.

Ni todos los ansiolíticos que la prescribieron los psiquiatras a instancias de los psicólogos la apaciguaban, y por ello solía tirar de alcohol aprovechando la oscuridad de la noche. Y es que en su casa nunca faltaba bebida de toda clase. No porque sus padres tuvieran ese vicio, sino porque regentaban una cervecería en la mismísima plaza del pueblo: la popular y concurrida Taberna del Silo. Un bar de pueblo de los de toda la vida, en la que ella echaba un cable cuando escaseaban los pequeños trabajos que conseguía como promotora y azafata en otras localidades más grandes próximas al pueblo. Y es que Lucía, a diferencia de su hermana Belén, nunca había sido una buena estudiante ni había mostrado constancia por nada en la vida. Abandonó un módulo de azafata e imagen a los dos meses de haberse apuntado tras aprobar el bachillerato, después de repetir los dos cursos. Se aburrió, como se había aburrido antes de otras tantas cosas en su vida: la gimnasia, el inglés, los novios… Una trayectoria que ella misma calificaba como mediocre y que esos momentos de tristeza y soledad agudizaba el sentimiento autodestructivo

En aquel espejo del baño, bajo la luz fría y artificial de un fluorescente que fallaba en ocasiones, dejándola en penumbra, trató de buscar algo que recordase de la Lucía de antes de la marcha de su hermana. Así lo había llamado ella, con ese eufemismo ambiguo: marcha. Trató de borrar de su mente la palabra asesinato o crimen. Aunque la verdad es que muchas veces se le inundaba el cerebro de imágenes de su pobre hermana entre las garras de aquel *desgraciao*.

Ni todo el apoyo de sus amigas —y hasta de dos de sus exnovios — que la llamaban y la intentaban sacar de casa para algo más que para ir a ayudar al bar, mitigaba su dolor.

El psicólogo que le puso la administración a la familia la llamaba todas las semanas y, a veces, conseguía ayudarla un tanto. Ya le había avisado con absoluta franqueza de que el proceso sería largo. Muy largo. Y Lucía pensó que sería tan largo que quizá nunca sanaría. Se hizo a la idea de que nunca superaría el duelo. Que asumir que siempre estaría herida sería lo mejor para sobrellevarlo sin derrumbarse ni volverse loca.

Además, los acontecimientos que sucedían a su alrededor no ayudaban. Las autodestructivas borracheras de su padre, que cerraba el bar por las noches con él dentro. Las fundadas sospechas, nunca confirmadas del todo, pero siempre presentes, del posible suicidio de su madre, Isabel, que un día encontraron encerrada en el baño con la puerta atrancada, llorando sin consuelo posible y con un cuchillo de cocina en la mano. Y el juicio, sobre todo el maldito juicio, no la dejaban en paz.

Y es que ese día concreto la visita al juzgado era obligada. Comenzaba por fin el juicio oral, y el problema no solo era tener que revivir lo sucedido meses atrás; ni tener que verle la cara a Ricardo (aunque la abogada de la familia había solicitado biombo separador), sino que también debía perder una semana entera de su vida para mandar a pudrirse entre rejas a aquel asesino. Al mismo Antonio Ricardo al que ella tuvo que poner firme un día que le pilló espiando tras las cortinas a ella y a su hermana. Al mismo Antonio Ricardo al que, ironías crueles y amargas de la vida de pueblo, ayudó a levantarse del suelo con cierta lástima un domingo por la mañana, cuando se lo encontró tirado y borracho en las escaleras de piedra de la plaza del pueblo, incapaz de ponerse en pie por sí solo. Al mismo desgraciado que había violado, y quemado a su hermana cuando —según el primer informe del forense— aún respiraba.

Lucía se montó en el coche de su padre, un viejo Passat azul oscuro, con una mochila en la que llevaba sus pertenencias para las tres noches que habrían de pasar en Cáceres.

A su madre no se le habían borrado las ojeras ni se le borrarían ya nunca, al igual que las arrugas prematuras aparecidas en aquellos meses de verano. Pidió a su hija que se pusiera de copiloto para poder dormitar en los asientos de atrás en la escasa hora de trayecto a la capital de provincia.

Isabel, como suele ser habitual en estas desgracias, había envejecido cuatro años en estos cuatro meses desde el crimen de su hija. Su padre también presentaba un aspecto más demacrado de lo habitual. El trabajo y sus pequeños *after hours* particulares que se montaba al cerrar la verja —quedándose a beber solo y en silencio en la penumbra de la barra hasta las tantas de la madrugada,

rumiando su pena y su rabia— le habían dado el aspecto de un cincuentón más cercano a los sesenta que a los cincuenta, y eso que en diciembre soplaría solo cincuenta y una velas.

José se despidió de su hermano y le dijo que se estuviera tranquilo que él se encargaba del negocio. El apoyo de la familia, en particular de su hermano pequeño, había sido vital para Álvaro. A pesar de quedarse al cargo del bar durante los dos primeros días de juicio, José tenía que ir a declarar al tercero y cerrar La Taberna. Lo que seguía acumulando desgracias por la ausencia de ingresos de ese día.

La semana se presentaba dura para la maltrecha familia Lázaro-Lafuente. Sobre todo porque faltaba uno de sus integrantes.

El coche rodaba por la carretera regional, flanqueada a ambos lados por extensos y monótonos encinares adehesados de un verde grisáceo, salpicados aquí y allá por las ruinas fantasmales de antiguos cortijos señoriales abandonados a su suerte hacía décadas, y por pastos ya amarillentos y resecos en aquel otoño incipiente donde a veces se veían rebaños de ovejas merinas de lana sucia y de vacas retintas paciendo diseminadas y ajenas bajo la sombra escasa y bienvenida de algún árbol solitario. Durante el trayecto hasta el juzgado nadie pronunció una palabra. Solo el rumor de las canciones de una radiofórmula que Álvaro tenía por defecto en el coche contaminó aquel silencio pétreo de las personas que prefieren callar a abrir la boca y romperse más la vida.

En el juzgado les esperaba la abogada, Nuria Soler, una treintañera morena y polioperada, con cierto renombre en la esfera judicial cacereña, que se hizo cargo del caso sin cobrarles ni un euro a la familia, a sabiendas de la publicidad que tendría para ella, y sobre todo para el bufete de su padre, un caso tan mediático.

—¿Cómo estás, Álvaro? —preguntó la abogada al mismo tiempo que le daba medio abrazo.

Álvaro tan solo emitió un sonido gutural que pretendió sonar a un «ya tú sabes», acompañado de un encogimiento de hombros.

La abogada repitió la operación con madre e hija, y les escoltó a paso rápido y decidido hasta un despacho en el juzgado. Una vez allí, se olvidó de los rodeos y disparó a matar:

—Se ha desdicho de la confesión inicial.

—¿Qué? —preguntó Álvaro.

—Se ha retractado y dice que no hubo violación, que solo la toqueteó y que como no colaboraba la estranguló. Ah, y también se ha retractado de que estaba viva cuando… ya sabes.

Álvaro sintió una náusea, un vacío, un abismo en el estómago que no pudo contener. Se levantó y le dio una arcada que lo dejó doblado. Isabel rompió a llorar y Lucía le acompañó, abrazándola como cuando era una niña pequeña. El hombre le pegó una patada a la papelera y después se unió a su familia en el llanto.

—Lo vamos a pelear, pero ya sabéis lo que os llevo diciendo todo este tiempo.

Y lo que llevaba diciendo era que la autopsia no pudo confirmar que la niña había sido violada, ni afirmar al cien por cien que estuviera viva cuando Antonio Ricardo decidió prenderla fuego. ¿Y por qué la acusación particular cimentó su causa en estas dos afirmaciones? Porque ese fue el testimonio inicial de Antonio en cuanto llegó al cuartelillo aquella noche templada de mayo, poco después de acabar con la vida de Belén.

¿Y por qué se había retractado ahora?

Con una alta probabilidad debido a que en aquellos momentos sintió la culpa y el hostigamiento y el odio visceral de casi todo el pueblo y, por una vez en la vida, se sintió miserable por haber dado rienda suelta a sus instintos.

Llegado el juicio, meses después, su abogado le habría recomendado que cambiara el testimonio. De esta forma podría ahorrarse unos cuantos años entre rejas. El picapleitos era un recién salido de la oposición y le tocó la desgracia de defender a la persona más odiada del país en esos momentos. Se llamaba Rodrigo e hizo lo que tenía que hacer como profesional. Y claro, el pobre se convirtió en el centro de atención de todos los medios del país. Lo insultaron por redes, lo amenazaron e, incluso, se llevó algún zarandeo e intento de agresión física por la calle cuando se dirigía a los juzgados.

¿El resultado de este cambio de testimonio?

Antonio Ricardo sorteó la PPR, la permanente revisable. Le cayeron veintidós años, la máxima pena por asesinato. El juez tuvo en cuenta el agravante de prender fuego a la víctima, sin embargo, no pudo aplicarle la PPR porque no se pudo demostrar que violara a la chica, que estuviese aún viva y porque Belén tenía más de dieciséis años.

¿Lo peor de todo? Con buen comportamiento penitenciario, el tipo podría estar en la calle en dieciocho o diecinueve años. Incluso antes, por razones de edad avanzada o de salud precaria, cuando alcanzase los sesenta y cinco años, ya que Antonio Ricardo contaba con los mismos cincuenta años que Álvaro.

La condena se les hizo escasa, no solo a los Lázaro-Lafuente, también a toda la opinión pública. Supuso una segunda desgracia. No bastó con arrebatarles a la hija, sino que ahora también la justicia no cumplió como ellos consideraban que debía haber cumplido ante semejante barbarie.

A la salida de los juzgados después de los cuatro días de juicio y de la lectura pública de la sentencia, otra vez los medios acosaron a esos padres y a esa niña con micrófonos, focos y cámaras. Obtuvieron lo que esperaban.

—Sí, vamos a apelar —dijo Álvaro—, pero ya no tenemos mucha fe en la justicia. Nos ha fallado.

—Si alguien se da cuenta de la tremenda injusticia que se está cometiendo con nuestra hija, tiene que hacer algo —intervino Isabel.

—¿Algo como qué? —preguntó una periodista de entre la multitud.

—En la cárcel funciona todavía el ojo por ojo, ¿no? Eso espero —prosiguió la mujer—. Espero que allí alguien entienda la tremenda injusticia que supone esto para nosotros y que se tome la justicia por su mano.

—¿Está usted sugiriendo una pena capital aplicada por algún recluso? —comentó otra periodista.

—Yo solo sé que dentro de quince años ese desgraciado volverá a vivir en frente nuestra —prosiguió Isabel—. Y ya habrá cumplido su deuda con la justicia. Pues, permítame, señorita, esa deuda es cualquier cosa menos justa.

Álvaro abrazó con fuerza a su mujer, para que no prosiguiera con aquella diatriba. Estaba igual de consumido por la rabia, pero no le estaba gustando el rumbo que estaban tomando aquellas declaraciones.

—¡Que lo maten en la cárcel! —Se escuchó decir por detrás de la familia.

—Eso, que lo maten —Lucía se sorprendió a sí misma al secundar la propuesta.

Su padre la miró de reojo con desconcierto. No esperaba esa reacción tan visceral por parte de su hija mayor. No obstante, la entendió. Él no quiso verbalizar el sentimiento de odio. Susurró a su mujer un por favor para que también se lo ahorrase. Sus palabras, pensó, habían servido para encender a la multitud que les mostraba su apoyo.

«¡Pena de muerte!», «¡Justicia!», «¡Ojo por ojo!».

Era la segunda vez que lo pedían, y esta vez sí, alguien al otro lado de la pantalla de televisión los escuchó.

Epifanía

Marcos Santoña zapeaba con el mando de la enorme tele de cincuenta y dos pulgadas colgada de la pared de su dormitorio. Estaba tumbado en la cama, con la cabeza embotada y un regusto ácido en el paladar, después de una buena noche de farra, de las que hacen época, o de las que al menos antes lo hacían. Era viernes y le hizo honor al ya mítico «juernes».

Un gramo de farlopa —aunque él apenas tomó una raya o dos— y un par de botellas de Johnny Walker etiqueta negra cayeron en el reservado del Maré, el garito de moda de ese año que apuraba los últimos días de verano, y que compartió con variopintos personajes de la moche marbellí.

Se aburrió de no encontrar nada interesante en la televisión convencional y, antes de pinchar en alguna de las múltiples plataformas de *streaming* a las que estaba suscrito, tomó la mejor decisión del día: pulsar el botón para que las persianas y cortinas automáticas se abrieran. El sol se introdujo en la habitación como el cuchillo lo hace en la mantequilla y Marcos se arrepintió al instante, con un quejido propio de un colegial, de haber tomado esa buena decisión.

La habitación era tan aséptica como elegante. Un gran ventanal de suelo a techo dejaba entrar la luz de la mañana con brutalidad, revelando el minimalismo casi clínico de la estancia. La cama *king size* de sábanas blancas, impolutas gracias a las visitas regulares de su servicio de limpieza, dominaba el centro de la estancia como un altar en una iglesia. Los armarios empotrados, de puertas lacadas en blanco, se alineaban en la pared derecha, reflejando la tenue luz de los focos del techo. Apenas había decoración: una alfombra gris

oscura, un par de cuadros abstractos y una mesita de noche con una botella de agua sin abrir. Todo lo demás, ordenado con una frialdad que no encajaba con el caos de la velada anterior.

Ya puestos, aprovechó la claridad para localizar el móvil que tenía tirado a los pies de la cama, enrollado entre las sábanas. Por desgracia para su ego, la pasada noche la única compañía femenina que obtuvo fue con una chica detrás de un perfil de una conocida red social. Se encontraba en bajas horas en lo que a conquistas se refiere. Había dejado el *kickboxing* casi un año atrás y eso, sumado a la ingesta de calorías vacías de bebida o comida basura, le costó subir de peso seis kilos; también dejó de recortarse la barba y el pelo con la frecuencia necesaria y hacía meses que no se compraba una nueva chaqueta. En definitiva: no cuidaba su imagen y eso, en el mundillo nocturno en el que se movía, se pagaba con la indiferencia de las féminas. Además, ya no invitaba tanto a copas como antes, y había cambiado el BMW por un más discreto Mini Cooper, ya que también escaseaban los billetes y debía ajustarse el cinturón.

Marcos Santoña no era el líder de la organización, sino el lugarteniente del jefe, y, por tanto, no podía permitirse una villa en La Zagaleta o en la Milla de Oro. Sí que le daba para tener un propio chalet en otras zonas menos lustrosas de la ciudad, y una de sus ex, que resultó ser interiorista, le había decorado la casa con un buen gusto del que Marcos carecía, pero sabía apreciar.

Él solo se limitaba a pagar para mantener la casa limpia, y poco más. Y es que Mónica, la interiorista, se largó a los seis meses de convivencia porque no aguantó el ritmo de vida frenético y clandestino de Marcos, sus continuas ausencias injustificadas y misteriosas, el dinero negro de origen dudoso que manejaba con tanta naturalidad y, sobre todo, no pudo soportar el estrés constante, la angustia permanente y el miedo cerval que suponía ser la pareja de un narcotraficante de media escala

Mientras se estiraba en la cama, escuchaba sin atención el programa de televisión en el que cayó por accidentes del zapeo: unos tertulianos dirigidos por una presentadora con un pelo más cardado de lo requerido en esta época debatían sobre si la sentencia

era justa o injusta. Marcos se aburrió al minuto, y se encaminó al baño a hacer lo que la ingesta de alcohol le demandaba al cuerpo.

Al pisar el suelo frío, sintió una nueva punzada de resaca en la sien, una prueba más del abuso de la noche anterior. Vació su vejiga con un suspiro de alivio y en ese justo instante escuchó algo en la tele que captó su atención de inmediato: unos padres pidiendo ojo por ojo y un griterío acompañando con vítores a la pena de muerte. Nada más guardársela en el eslip, salió corriendo de vuelta al cuarto para escuchar la noticia, con la mala suerte de que la presentadora había dado paso a publicidad.

Dado que tenía una de esas televisiones modernas en la que se podía rebobinar incluso los programas en directo, pulsó el botón de las dos flechitas para escuchar la parte que le interesaba.

Y fue entonces cuando escuchó a unos padres rotos de dolor clamar justicia. Y fue entonces, también, cuando, después de descubrir lo ocurrido y a quién le había ocurrido, le sobrevino una especie de epifanía en la que creyó haber encontrado solución para un problema que le mantenía intranquilo desde tiempo atrás. Y fue entonces, por fin, cuando pudo marcar el teléfono de su jefe con una propuesta que no le convenía rechazar.

Imaginaciones

Álvaro cerró la verja con el estruendo familiar de cada noche y, por primera vez en meses, no se quedó dentro, solo y a oscuras, a pimplarse media botella de Ribera del Duero. Había veces que se la acababa entera. Todo dependía del nivel de ansiedad y de lo tarde que hubiera cerrado. Esa noche, por una razón que ni él mismo entendía, decidió irse a casa con su mujer y su hija.

Ya había entrado el otoño y la noche, aunque serena, era fresca. Se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera y se encaminó a la casa. La plaza del pueblo estaba desierta y el reloj del ayuntamiento marcaba la hora solitaria de la madrugada.

Subió las escalinatas y echó un último vistazo atrás. Las farolas emitían una luz mortecina, amarillenta. El pilón en el centro de la plaza seguía dejando caer su chorro de agua con un murmullo constante. A un lado, cuatro palmeras mal adaptadas al clima extremeño se alzaban en sus jardineras, proyectando sombras deformes sobre el granito de las escaleras. Todo estaba en su sitio. Todo seguiría igual al día siguiente. El agua, la piedra, los clientes de siempre pidiendo su aperitivo con cada cerveza. Y lo que era más seguro: su tristeza seguiría acompañándolo como las sombras de esas palmeras.

Caminó por la calle principal con la cabeza tapada por el gorro de la sudadera y con las manos en el bolsillo tipo canguro. Un coche se le acercó por detrás y él se giró para curiosear. El coche se detuvo a su altura y la ventanilla del copiloto se bajó. Álvaro, en lugar de sobresaltarse, ralentizó el paso.

—Buenas noches, perdone. ¿Sabe de algún hotel por aquí dónde pasar la noche?

—A estas horas no creo que le atiendan en el hostal del Palomar. Tendría que ir hasta Cañamero por si el hotel está abierto. No le sé decir. Mire el teléfono en internet y llame.

—Gracias. Una pregunta, ¿es usted Álvaro Lázaro?

A Álvaro Lázaro se le encendieron las alarmas al escuchar su nombre y apellido. Se escabulló por una calle estrecha próxima y se largó de allí a paso ligero sin decir nada y sin apenas escuchar lo que hablaba la mujer desde el vehículo.

—No corra, señor Lázaro, solo quería hacerle una pregunta.

Aquel coche, aquella cara maquillada, aquella hora intempestiva solo podía suponer una cosa: carroñeros.

Cuando llegó a casa, Isabel yacía en el viejo sofá del salón. La televisión estaba puesta con una serie cualquiera de alguna plataforma digital y apenas emitía un brillo de luz azul que no bastaba para iluminar la penumbra de la estancia. Su mujer tenía la boca abierta apoyada sobre un cojín. Arriba debía de estar Lucía, con su móvil o imitando a la madre con alguna otra serie en su ordenador portátil. Él les había instado a que compartieran esos momentos nocturnos junto a la pantalla, que encontrasen alguna serie que les gustase a ambas, que intentaran recuperar algo de la antigua complicidad perdida, pero no había forma de que cedieran.

Dudó si despertar a su mujer o dejarla dormir. Mientras lo meditaba, se metió en el cuarto de baño de abajo. Se lavó la cara y se quitó la sudadera y la camiseta. Lucía un pecho lampiño con un tono pálido y unos músculos que ya no cogerían volumen nunca. Eso sí: no tenía barriga ni jamás la tendría. Se metió en la ducha y procuró no hacer ruido. Puso la temperatura del agua tan caliente que se tuvo que retirar hasta que consiguió regularla.

Cuando salió de la ducha, su mujer estaba sentada en el inodoro.

—Joder, Isabel, qué susto.

—No te he oído llegar.

Álvaro se secó con la toalla mientras observaba las bragas de su mujer en las rodillas. La libido no se le activó ni por asomo. Ni a ella tampoco a juzgar por su mirada perdida en el suelo. Si antes del asesinato de la hija no es que tuvieran una vida sexual muy activa, desde que ocurrió, se había reducido a cero.

—¿Lucía?

—Supongo que en su cuarto.

—¿Supones?

—¿Dónde va a estar si no?

—Pues si te has quedado dormida, lo mismo ha salido.

—Ay, por favor…

La mujer se limpió sus partes con un trozo de papel higiénico, se levantó y se subió las bragas con un gesto rutinario.

—Un coche me ha seguido cuando he cerrado el bar.

—¿Quién era?

—Periodistas.

—Ay…

Álvaro se quedó mirando a su mujer que le dio la espalda y enfiló el pasillo hasta el salón donde tenía pensado volver a quedarse dormida con la televisión de fondo.

—¿Qué significa ese «ay»?

—Pues eso, que son muy pesados. Llevan toda la tarde llamando.

—Pero ¿por qué? Si nos habían dejado tranquilos.

Isabel se sentó en el sofá y, por primera vez, lo miró a los ojos.

—No te lo iba a contar hasta mañana… —suspiró. Y ante la necesidad de información de su marido, prosiguió—, poco después de irte al bar por la tarde, me ha llamado la abogada.

Isabel se llevó las manos a la cara. Sus hombros empezaron a moverse arriba y abajo y su pecho a temblar. Álvaro se dio cuenta de que estaba llorando y se sentó a su lado para abrazarla.

—Ni apelación ni hostias, ¿verdad? —preguntó.

Su mujer se acurrucó junto a él y sollozó con ansia, como si se le fueran a agotar las lágrimas.

—Ay Álvaro, desea que ese hombre se muera en la cárcel, o que antes de que salga me haya muerto yo ya… Porque como siga viva, te juro que lo mato, lo mato. Le atranco la puerta y le prendo fuego a la casa cuando duerma. Te lo juro, te lo juro por lo que más quiero.

—Llora mujer, desahógate.

Él mismo dejó escapar las preceptivas lágrimas mientras la abrazaba y trataba de mantenerse fuerte. Visualizó con nitidez la

amenaza de su mujer. La imaginó atrancando la puerta de Antonio Ricardo con una viga enorme. Imaginó que abría una ventana con una mano y algo parecido a un cóctel molotov en la otra. Imaginó que lo lanzaba al interior. Imaginó que repetía la incendiaria operación en la otra ventana. Lo visualizó todo como si estuviera sucediendo. Hasta se imaginó a su mujer con el pelo cano y la piel arrugada.

Lo malo, o lo bueno, según se mire, es que a veces las imaginaciones/fantasías/sueños se cumplen.

Torreznos

Limpiaba la barra con el mismo esmero que un orfebre labra la plata. Si de algo podía presumir el bar era de higiene. Entre él, su mujer y María, una chica que limpiaba una hora por la mañana y otra por la tarde, tenían el local como los chorros del oro. Muchos de los parroquianos siempre bromeaban con que en el cuarto de baño se podía cagar mejor que en casa. El bar era un local modesto pero bien cuidado, con paredes de piedra encalada y vigas de madera envejecida. El suelo de losas marrones siempre brillaba por esa famosa higiene que hacía que lo fregasen al menos tres veces al día. Detrás de la barra, reluciente y ordenada como un quirófano, los grifos de cerveza y los estantes con botellas bien alineadas daban la sensación de una categorización meticulosa. Las mesas de madera gastada, esperaban a los parroquianos que llegarían con la hora del vermú.

Eran las doce del mediodía, esos tiempos muertos de cualquier bar de pueblo o de cualquier lugar en los que no suele haber nunca casi nadie, porque los del desayuno ya se han marchado, y los de las cañas todavía no han llegado. Solo quedaba Amelia, una incondicional que esperaba a Bernardo, su marido que la recogía en coche. La mujer, septuagenaria, caminaba con la ayuda de un carrito andador, más encorvada que una alcayata por problemas en la espalda. Se despidió de Álvaro con su habitual «hasta mañana si Dios quiere», y justo cuando este iba a ayudarla a salir, un joven le abrió la puerta. La sujetó del brazo para facilitarle la bajada del escalón y se ofreció, incluso a acompañarla hasta el coche donde la esperaba el marido. Ella le dio las gracias, halagada por una amabilidad inesperada en un chico tan joven, y le aceptó la ayuda.

Cuando el muchacho dio por finalizado el buen acto del día, se encaminó de nuevo al bar.

—Buenos días, ¿me pones una sin alcohol?

El chico era forastero, y demasiado mayor para el instituto. Quizá había venido a trabajar a la nueva planta de biomasa que se inauguraría en breve y que, según promesas políticas, traería trabajo y nuevas familias al pueblo. O quizá, simplemente, estaba de paso.

—¿Tostada o rubia?

El muchacho se encogió de hombros y él asumió que le daba igual. Así que como tenía mucho más género de la tostada (la gente se había aburrido de ese brebaje insípido), sacó un botellín frío y se lo plantó, sin vaso, en la barra.

—No tengo aperitivos todavía, ¿prefieres patatas o aceitunas?

—Patatas mismo.

Álvaro se fijó en los ojos del muchacho que tenía la mirada perdida en algún lugar de la plaza, como si buscase algo, unos ojos pardos claros, casi ámbar a la luz del mediodía. Tuvo la tentación de preguntarle si era pariente de alguien del pueblo. Se contuvo porque era la primera vez que entraba en su garito; si repetía la visita ya habría momentos de establecer cháchara. Cogió un bol blanco, lo llenó de patatas fritas de churrería, de esas crujientes y saladas, y se lo puso sobre la barra. El muchacho preguntó cuánto era con un billete de cinco en la mano y Álvaro le cobró y le dio el cambio.

Después el chaval tomó el periódico deportivo que Álvaro compraba religiosamente todos los días. En plena y avasalladora época del teléfono móvil, siempre había alguien que eludía tanta intoxicación tecnológica y recurría al placer casi olvidado y clásico de leer las noticias —deportivas o no— en un periódico de papel. El hecho significativo y anacrónico de que aquel chico no hubiera sacado el teléfono en los diez minutos que llevaba en el bar, y leyese el periódico en lugar de estar toqueteando su *smartphone* hizo que le cayera bien. Con lo que se decidió a hablar.

—¿Del Madrid o del Barça?

El muchacho se giró y sonrió.

—Soy más del Unicaja —respondió.

Álvaro se fijó en que el chaval era tan alto que podría darle al baloncesto sin problemas. Quizá hubiera jugado o seguiría jugando.

—Ah, bien, no todo va a ser fútbol, ¿verdad?

El chico sonrió, asintió y volvió a meter la cabeza en el periódico.

En ese momento entró Isabel en el bar cargada como un mulo. En una mano llevaba el carro de la compra y en la otra una bolsa de rafia grande como un saco. Ambos iban repletos de sartenes y de ollas con los aperitivos del día.

—Buenos días —dijo ella al fijarse en el muchacho.

Recibió un tímido «hola» y se dirigió a la cocina. Allí solo tenían un horno y una máquina de perritos calientes que, junto a las pizzas precocinadas, era la comida que servían, sobre todo, las noches de los fines de semana, cuando el bar y la terraza se llenaba de jóvenes hambrientos y pocas exigencias culinarias. La mujer salió de la cocina y ya en el interior de la barra, sacó las cacerolas y maniobró con las bandejas de los expositores térmicos. Las llenó con trozos de tortilla de patatas, torreznos, riñones en salsa y fritura de pescado. También patatas fritas caseras para acompañar.

El muchacho no quitaba ojo de las operaciones de la mujer porque el expositor estaba a su lado.

—Tú eres forastero, ¿verdad? —Isabel tenía menos tacto que su marido para esos asuntos de relaciones sociales, y Álvaro puso los ojos en blanco, censurando el descaro de su mujer.

—Sí, vengo a visitar a un … —titubeó—. familiar.

—Eso está bien, que aquí hay personas mayores muy solas.

Entonces el muchacho vio la oportunidad que estaba esperando.

—¿Ustedes no conocerán a algún pariente de Antonio Ricardo?

Álvaro dejó caer al fregadero un vaso que estaba secando. A Isabel se le cayeron las patatas al suelo. El nombre había resonado entre esas cuatro paredes, un nombre casi prohibido.

El muchacho cambió su expresión ingenua por una de sorpresa.

—¿He dicho algo que no deba?

—No conocemos a ningún pariente de ese… —dijo Isabel y, al notar la mano fuerte de su marido apretándole el brazo, calló.

El forastero se llevó la mano a la boca y abrió mucho los ojos.

—Ay, Dios, me van a perdonar. No… no lo sabía… Acabo de caer.

Álvaro, que se fijó en el estado de agitación de Isabel, la abrazó porque había empezado a llorar y corría el serio peligro de que una crisis la atrapase. Miró al extraño cliente con severidad.

—Es que mi novia es sobrina de…, de… En fin, que me ha pedido que venga a preguntar por su tío, un hermano de… de él. No sabía ni mucho menos que este bar era el suyo. Lo lamento de veras, lo lamento.

—Vale, tranquilo, ya está —dijo Álvaro, serio—. Pero aquí no conocemos a ningún pariente suyo. Desde que se mudó a nuestra calle vivía solo. Creo que tenía una hija por ahí. Pero ni idea, en el pueblo ya te digo yo que no está.

—No se preocupe, no se preocupe, lo lamento.

Dicha la vaga y repetitiva disculpa, se levantó del taburete en el que estaba con la intención de marcharse.

—Pero no hace falta que te vayas, hombre.

Álvaro se desprendió de su mujer, tomó una copa y se dirigió a los grifos de cerveza.

—¿Con alcohol o sin?

El chico se encogió de hombros y Álvaro decidió que se la serviría con alcohol. Se la puso en la barra y justo después tomó un pequeño plato, unas pinzas y le puso unos torreznos, ya sin patatas fritas porque estaban todas despanzurradas por el suelo.

—Uno ochenta.

El chico se llevó la mano a la cartera y le entregó una moneda de dos euros. Isabel terminó de colocar los aperitivos. En ese momento entraron dos parroquianos al bar y saludaron con efusividad.

—Perdóneme señora, de verdad. Lo siento —repitió el muchacho en un susurro mientras Álvaro atendía a los clientes.

—Olvídalo, pero hazme un favor —dijo, y se acercó al chico—. Si encuentras a ese pariente, dile que lo vaya a visitar a la cárcel y le diga de nuestra parte que a ver si se muere.

Álvaro estaba sirviendo con parsimonia las cañas a los otros dos clientes, pero seguía atento con el rabillo del ojo y del oído. Así que los despachó rápido y con disimulo pegó la oreja.

—Créame que si pudiera iría yo mismo y lo mataría con mis propias manos.

Se miraron a los ojos y se asintieron.

—Tú díselo si lo localizas —insistió la mujer.

—Créame que lo haré, y si no, se lo diré a mi novia y la llevaré yo mismo —dijo el chico con una rabia en la mirada que parecía auténtica.

Tanto Isabel como Álvaro se fijaron en él. Tenía los ojos encendidos y la mandíbula prieta, con los músculos maseteros bien marcados.

—¿No estarás hablando en serio? —preguntó Isabel.

—No sé, ¿y usted?

La mujer se lo quedó mirando, después se inclinó hacia él acortando la distancia física —y quizá también la emocional—, y él en ningún momento le rehuyó la mirada. Es más, pareció cambiar el gesto. Álvaro estaba detrás, expectante.

—Durante este tiempo, cientos de personas nos han asegurado lo mismo, ninguna de ellas ha dicho ser pariente del *desgraciao* ni pueden hacerle una visita a la cárcel. Dime si tú lo dices en serio y te diré lo que yo pienso.

El chico siguió con los ojos abiertos y clavados en los de Isabel. El silencio se hizo de nuevo, uno de los silencios más tensos que aquel bar recordaba, si no el que más.

—Si localizo al pariente ya le digo yo que le pediré que haga lo que es necesario —sentenció el muchacho—. Si yo he aceptado el encargo de mi novia porque me gustaría decirle cuatro cosas a ese hijo de perra.

Álvaro suspiró al oír la respuesta ambigua final del muchacho. Y su mujer, Isabel, suspiró también a su lado con resignación. Aquella afirmación última, tan medida, tan llena de condicionales y de intermediarios —"si localizo al pariente", "le pediré que haga", "me gustaría decirle"—, en realidad no aseguraba absolutamente nada concreto, no comprometía a nada real. Decretaron que simplemente era una promesa vacía más, una más de los muchos y vanos ofrecimientos de violencia impotente que habían tenido que escuchar resignados y educados en los últimos y terribles meses de boca de vecinos o de extraños a través de internet. Otro bocazas más que prometía ajusticiar al desgraciado si lo tuvieran delante.

Quizá solo era un simple acto de bravuconería por parte de aquel chico forastero y un poco extraño para quedar bien con ellos, para mostrar una empatía impostada.

El muchacho percibió la decepción en el rostro de la pareja.

—Anda, cómete los torreznos que se te van a enfriar —comentó Isabel.

El chico, entonces, apartó la mirada de la mujer y los devoró y alabó lo ricos que estaban, mientras siguió leyendo el periódico deportivo.

El plan

La mujer acariciaba el pecho desnudo de Marcos que apenas le prestaba atención. Él solo estaba pendiente de su teléfono móvil. Acababan de intentar una sesión de sexo en la que el hombre había tenido un gatillazo. Es lo que tiene mandar la mente a otra parte. Desde que vio la noticia en televisión de aquella familia rota por el dolor, no dejaba de darle vueltas a una idea y esa idea se la quiso transmitir a su jefe Max.

Max Sid, un corpulento holandés que partía el *bacalao* del *eme* —y de otras sustancias— en la Costa del Sol, se había comprometido a llamarlo. Lo malo era que ya llevaba más de medio día sin dar señales de vida y eso a Marcos lo ponía de los nervios.

—¿Qué piensas, cari? —preguntó Esther, la morena de cabellos rizados y falta de materia grasa que hacía las veces de acompañante de Marcos cuando ninguno de los dos encontraba mejor compañía y actuaban de pañuelo mutuo.

—Movidas del trabajo…

Eso fue lo único que replicó él sin hacerle demasiado caso a la muchacha. Y dado que ella estaba falta de cariño (y de amor propio) se deslizó como una culebra entre las piernas de su amante; le bajó los eslips y se metió aquello que estaba en reposo en la boca. Marcos al principio siguió con su desidia hacia la muchacha, el teléfono en la mano y la mirada perdida en el techo. Debido a las dotes amatorias de la chiquilla, empezó a entonarse y se olvidó del móvil tanto que lo dejó caer al suelo. Cerró los ojos, la acarició el pelo y ya aquello creció y se puso duro.

Cuando mejor se lo estaba pasando, sonó el teléfono. Él, al principio lo ignoró, concentrado en el placer de un orgasmo

inminente, pero la dichosa melodía del smartphone era tan estridente que lo desconcentró. Se giró como pudo para observar el teléfono y descubrió en la pantalla que quien llamaba era Max. Así que se apartó de la muchacha que se quedó con la boca abierta —nunca mejor dicho.

—Max.

Esther protestó, aunque él no le prestó la atención necesaria.

—¿Qué ocurre, Marcos?

—Llevo todo el día esperando, tengo que hablar algo importante.

—Y yo llevo todo el día con un problema gordo de cojones. ¿Qué quieres?

—Pues mira, creo que tengo la solución para tu otro problema gordo.

—¿Qué dices?

—Si, ya sabes, la dama…

—Calla, hombre —le atajó—. Ven a casa si tan importante es.

—Verdad; voy para allá ahora mismo.

Max le instó a que se diera prisa porque tenía que largarse a Algeciras en una hora. Marcos dio un brinco de la cama y se puso los pantalones y una camiseta más rápido que Superman en la cabina. Después se enfundó la cazadora de cuero y cogió las llaves de la moto.

—¿Cuándo vendrás?

—No lo sé, pide una pizza o ponte la tele, lo que quieras.

Esther se guardó el reproche y el insulto, y se metió al baño dando un portazo que Marcos no dio importancia.

Menos de diez minutos después, Marcos se hallaba frente a la chimenea de Max. El corto pero rápido viaje en la moto, con el sol ya cayendo, le había dejado el cuerpo cortado. Por mucho que las temperaturas de Marbella fueran suaves, la humedad del ambiente casi nocturno se colaba entre los huecos de la cazadora y, sobre todo, en los tobillos. Marcos solía llevar los pantalones remangados y calcetín bajo, quizá por modas o por simple costumbre. Siempre que montaba en moto se maldecía por no haberse puesto las botas o el

pantalón especial con el que salía algunos domingos (cada vez menos) con su grupo de moteros.

—Descálzate y acerca los pies al fuego si quieres, hombre, hay confianza —dijo Max, al tiempo que le entregaba un botellín—. Pero date prisa que tengo solo media hora.

—Gracias, jefe.

Max se dejó caer en el otro sillón junto a la chimenea de encendido automático. Era un tipo grande de manos como palas que peinaba unas canas de un pelazo imponente y que lucía, orgulloso, una verruga junto a una prominente nariz aguileña que sobresalía de su rostro de europeo del norte.

—Venga, dispara lo que tengas que decir.

Marcos le pegó un trago al botellín y lo dejó a medio vaciar, para aclararse no solo la garganta, sino, también, las ideas.

—A ver, es un tema un poco…rocambolesco, por decirlo así.

—¿Roca qué?

—Rocambolesco —repitió Marcos, al que incluso le costaba entender bien el significado de esa palabra—. Descabellado, una idea rara…¿mejor así?

—Sí, sí —dijo Max al tiempo que se echaba para adelante en el sillón— ¿La vas a decir ya o vas a poner la música de Psicosis antes?

—Perdona, perdona —sonrió Marcos—. No sé si has visto en la tele una noticia de unos padres que han matado a su hija.

—De esas hay muchas. ¿Se puede saber dónde quieres llegar? Me estás poniendo de mala hostia.

Marcos contó, lo más resumidamente que pudo, el asesinato de Belén Lázaro Lafuente y todo lo demás que rodeó al caso. También le explicó el plan que había trazado para solventar el problema que su jefe sufría desde hacía más de un año y que le estaba quitando la energía, la lucidez y el dinero. Y, cómo no, la visita que había hecho para tantear el terreno —y a la familia, claro está.

—Vamos a ver si me entero yo bien —dijo Max—. ¿Primero pretendes que nos colemos en una cárcel y le demos pasaporte al tipo?

—Sí.

—A ver, en el hipotético caso de que pudiéramos hacer eso ¿en qué te basas para afirmar que eso solventará mi problema?

—Se puede hacer jefe, ¿te acuerdas del tipo del gimnasio de Castellón, no?

—Como para no acordarse. No sé si matarlo o casarme con él.

—Ni una ni otra, pero te debe favores, que yo recuerde.

—Más o menos.

—Yo sé que trabajó en una cárcel en Valencia y que ha trabajado para la administración valenciana en temas deportivos. Y solo tú puedes ser convincente con él y llegar hasta gente en Castellón II. ¿No? Solo se trata de acoquinar un poco de pasta para los obreros y el carnicero. Mientras más untemos, más fácil será. Eso ya depende de lo que quieras invertir.

—Vale, vale, esa parte del plan me ha quedado clara. La que no me cuadra es la segunda.

La segunda parte del plan era, efectivamente, la más compleja, la más delicada y, sobre todo, la más arriesgada de realizar con éxito. Y por ello mismo, era también la que más difícil sería de venderle y de convencer al siempre desconfiado Max Sid para que diera su aprobación final. No obstante, Marcos ya había visto el brillo en los ojos de su jefe cuando se le presentó la posibilidad de acabar con su conflicto con «la dama» de una vez por todas. Como el lobo que huele la sangre.

Así que el resto de los quince minutos que su jefe le permitió hablar, se esforzó al máximo y ejerció sus dotes de persuasión para convencerlo. Le contó con todo detalle lo que había hecho en su visita al pueblo, y otra vez se fijó en el renovado brillo de los ojos de su jefe, un brillo similar al que contempló en otras personas, quizá solo en una, unos días antes.

Cuando salió de allí, sonrío como un niño la tarde de Reyes.

El plan estaba en marcha.

Rodilla

Antonio Ricardo fue asignado al módulo especial protegido de la prisión Castellón II. Un lugar tan alejado de su casa como se pudo. No contaba con muchos parientes, por no decir ninguno dispuesto a visitarlo. Su pasado turbio le había alejado de cualquier tipo de amor, o siquiera contacto, fraternal.

Aunque el caso fue mediático, con el paso de las semanas, como todos, se fue alejando de las primeras planas de informativos, diarios y tertulias, reemplazado por otras tragedias más actuales. Por lo que la administración decidió que Castellón era una ciudad en la que Ricardo pasaría lo más desapercibido posible.

El módulo al que lo ingresaron, un edificio de hormigón gris, rodeado por alambradas de espino y torres de vigilancia, contaba con largos y tétricos pasillos que olían a lejía barata y a desesperanza. Las paredes, desnudas y sucias de marcas de manos, daban la sensación de encierro absoluto. Allí tenía contacto con presos de su misma calaña: pederastas, violadores y asesinos. Presos que, por lo general y por paradojas de la vida, mostraban un comportamiento óptimo en prisión y daban pocos problemas.

Al estar en un módulo aislado de otros presos, podía llevar, si se adaptaban a las normas, una vida relativamente tranquila. Con sus salidas pertinentes al patio para pasear e, incluso, hacer deporte; su posibilidad de estudiar y trabajar; y, lo mejor de todo, una celda individual para ellos solitos. La de Antonio Ricardo era mínima: un catre con un colchón fino, una mesa de metal anclada al suelo y un lavabo diminuto. La luz era fría y el aire olía a humedad y a tabaco.

En una ocasión, durante las primeras semanas de reclusión, en la que Antonio tuvo que salir de la seguridad relativa de su módulo

protegido para acudir a la enfermería general de la prisión por un viejo y recurrente problema de menisco que arrastraba en la rodilla que lo dejaba dolorido y cojeando, se cruzó por azar en la estrecha sala de espera del médico con un preso de los considerados comunes, un tipo joven, musculado y con aspecto de quinqui habitual de las cárceles españolas. Al parecer, el recluso lo reconoció de inmediato por las numerosas fotos suyas que habían salido en la prensa y en la televisión durante el juicio, y no paró de insultarlo en voz baja pero perfectamente audible durante todo el tiempo de espera que compartieron forzosamente en aquella pequeña sala del dispensario médico: "¡Asesino de niñas!", "¡Pederasta de mierda!", "¡Te voy a matar en cuanto te pillemos solo, cabrón!"... La tensión fue creciendo por momentos hasta que al final los funcionarios de vigilancia presentes se tuvieron que llevar a la fuerza al otro preso más joven, que estalló en un súbito e incontrolable arrebato de ira con la clara y manifiesta intención de agredir a Ricardo allí mismo, delante de todos.

Aparte de este incidente, que le sirvió para reconocer su condición de paria incluso allí dentro, rodeado de lo más podrido de la sociedad, el resto del tiempo que llevaba allí, que ya iba para tres meses después de la sentencia que lo condenaba a veintidós años, Antonio Ricardo llevaba una vida plácida, rutinaria y resignada. Estaba estudiando la ESO y le había dado por hacer ejercicio en el patio, donde, Jesús, uno de los monitores le orientó para mejorar su condición física y no lastimarse demasiado la rodilla.

El patio era un rectángulo de cemento, agrietado por el paso del tiempo, el sol y la lluvia, y con un par de bancos de hierro y un par de canastas oxidadas. A veces, el viento traía el olor salobre del mar, pero la prisión viciaba el aire, como si hasta la brisa se contaminara de culpa.

Después de cuatro meses le había cogido, incluso, gusto a la vida entre rejas. Tenía unas rutinas muy claras y definidas, y allí no se sentía ni observado ni señalado por nadie. No como en el pueblo, en el que la gente siempre murmuraba a sus espaldas: que si mira ese divorciado solitario, que si es un tipo raro que no les quita ojos a las niñas, un borracho… Eso era lo único que echaba de menos:

meterse entre pecho y espalda una botella de tinto al día. Las primeras semanas lo llevó fatal, con un mono que ni el de un yonqui enganchado al caballo.

Lo que ocurre es que la cárcel tiene la función —y la obligación —, de reinsertar en la sociedad a todo por el que allí pasa, por muy grave que haya sido el delito cometido. En las reuniones semanales para los adictos que se organizaban en la cárcel lo ayudaron, también, con su problema con el alcohol. Al segundo mes de estancia allí el síndrome de abstinencia se había reducido tanto que dejó de tomar las pastillas prescritas. Al tercer mes se había olvidado por completo del vino.

Todavía le quedaban allí muchos meses y, una noche que le costó dormir más de lo habitual, fantaseó con ponerse a estudiar de verdad cuando aprobase la ESO. Fantaseó con sacarse una carrera: derecho, o magisterio o, incluso, psicología. Y es que Antonio Ricardo, en algunos escasos momentos de lucidez, quería comprenderse a sí mismo, quería entender cómo pudo hacer lo que hizo. Sí, le atraían las jovencitas, sí, volvería a abordar a alguna si tuviera oportunidad, pero no se explicaba cómo pudo acabar con la vida de Belén. El salto cualitativo del abuso sexual al asesinato seguía siendo para él un abismo oscuro e insondable en su mente perturbada.

Llegó el invierno y se resintió de la rodilla. Había entrado en el centro penitenciario un nuevo monitor, Jesús, quien le había puesto una rutina de ejercicio bastante dura y animado a completarla porque lo encontraba bien. El monitor, a pesar de ser nuevo, se mostraba particularmente cercano con él, lo motivaba cada día más. Al principio Antonio Ricardo no lo advirtió, pero con el tiempo creyó ver en el monitor una ligera atracción hacia él. Decidió que eran imaginaciones suyas, y lo dejó estar.

Una tarde de enero en la que el frío no perdonaba ni a internos ni a funcionarios, Jesús lo medio obligó a salir a entrenar. Le dijo que no fuera vago ni quejica, que el frío se combatía mejor con ejercicio físico intenso, y que si seguía progresando así con la dura rutina que le había preparado, podría incluso llegar a competir en alguna de las

pruebas deportivas intercentros que se organizaban un par de veces al año entre equipos de otras prisiones.

Antonio Ricardo se puso el chándal y salió a correr, junto a Herminio, otro preso que solía hacer deporte también. Jesús no paró de ponerles tablas de ejercicios y series de velocidad. Y Antonio, después de la pereza inicial, y de ver cómo Herminio le superaba en la mayoría de las pruebas, se motivó lo suficiente y se puso a entrenar más duro. Tanto que su rodilla dijo basta. En una de las últimas series, notó el dolor. Un dolor nuevo y punzante que no podía suponer nada bueno.

Se tiró al suelo porque no aguantaba de pie. Levantó la mano, como el escolar que pide la palabra o ayuda. Jesús se le acercó y le preguntó qué le ocurría. Antonio solo gimoteaba y hacía referencia a su articulación maltrecha que empezaba a hincharse.

El monitor y Herminio lo levantaron y, después de llegar al interior con mucho esfuerzo, entre otro funcionario de prisiones y Jesús lo llevaron hasta la enfermería. Lo tumbaron en una camilla y avisaron al médico de guardia.

Antonio Ricardo respiraba muy rápido y se puso un tanto nervioso cuando el monitor le dijo que iba a llamar de nuevo al médico, que vendría en unos minutos. Antes de irse, el preso le dedicó unas palabras a su monitor.

—Gracias.

Jesús se giró y cruzó miradas con el asesino convicto. Como respuesta al agradecimiento, asintió.

Y lo dejó allí.

Solo.

Lágrimas

Isabel caminaba con el paso cansino de quien arrastra un saco de piedras invisibles por una de las travesías que la llevaban a su casa. Iba cargada con una bolsa que llenó en el supermercado. Las calles eran estrechas y empinadas, con el suelo de cemento gastado por los años y las pisadas de generaciones, y la cuesta se le estaba haciendo fatigosa. Solo había bajado a por un poco de caldo de pollo y un par de cebollas, pero, como suele suceder, acabó comprando mil cosas más y en la cuesta arriba se arrepintió de no haberse bajado el carrito. Debía terminar la tortilla de patatas, los torreznos y la fritura de pescado que llevaría al bar para los aperitivos de las cervezas. Por fortuna no tendría que cocinar mucho, ya que era un martes cualquiera de invierno y la afluencia de público al mediodía no sería muy abundante. Algún alumno del instituto que haría pellas a última hora, algún funcionario del ayuntamiento antes de ir a comer a casa o alguno de los múltiples solitarios que poblaban el negocio familiar en busca de charla y calor.

Después de dejar las compras en casa, se fue a echar un cigarro (también se había habituado al vicio para matar ansiedades) a un cerrillo cercano desde el que se contemplaba tanto la Sierra de San Cristóbal la espalda del pueblo, como la de los Poyales al frente. Allí también se vislumbraba la silueta inconfundible de la iglesia, con su campanario de piedra parda recortándose contra el cielo. El aire olía a leña quemada de chimeneas humeantes y a tierra húmeda. Por algún extraño motivo, le relajaba contemplar el lugar donde habían terminado con la vida de su hija pequeña. Se decía a sí misma que hacerlo era su homenaje particular, una forma íntima de mantenerla en el presente.

Como tenía tiempo, se echó un segundo cigarro, ya que nadie se cruzó por allí y la importunó con las típicas preguntas sin hambre acerca del estado de ella y de su familia. Perdió la noción del tiempo y cuando se quiso dar cuenta había pasado más de media hora. Una vez terminado el segundo pitillo, se encaminó de nuevo hasta la casa.

Cuando le faltaban un par de calles para llegar, escuchó un murmullo antes de doblar una esquina y se detuvo porque las palabras no le gustaron nada.

—Si es que la muchacha andaba todo el día con pantalones de esos que se ve medio culo, normal que el otro la echara el ojo…

Apoyó la espalda contra la pared blanquísima y esperó que las mujeres que cotorreaban superasen la esquina. Cuando lo hicieron las siguió sin que ellas se dieran cuenta.

—Y el marido, menudo huevazos, si le coge mi Berto al Ricardo ese lo desuella como a un guarro.

—Uy, a la primera mirada que le hubiera echado a mi Nica, yo misma lo mato con un palo.

Isabel no escuchó el siguiente comentario de las arpías porque tropezó con un pequeño desnivel de la calle y se delató.

—Isabel… —dijo una de ellas, la más vieja.

—Buenos días, señoras —replicó Isabel— ¿Cómo llevan hoy la tertulia?

—Isabel, mujer, nosotras…

—No, no, no hace falta que digas nada, Marisol, no pretendías decir eso, ¿a que no? No te preocupes, que yo entiendo que los cotilleos forman parte de lo que viene siendo un pueblo, es como subir la virgen a la ermita: una tradición de toda la vida.

Isabel se acercó a las dos mujeres que la observaban atemorizadas y, sobre todo, avergonzadas.

—No es eso, Isabel, te pedimos perdón…

—No hay nada que perdonar —dijo Isabel que había metido su cabeza entre la de las de ellas—. A mí me parece muy bien que cotilleen y digan lo que quieran de mi hija y de mi marido. Yo puede que también lo hiciera del tuyo y del tuyo, que no paran de mirarme las tetas cada vez que me agacho en el bar. O de tu hija, que no

sabe hacer la O con un canuto y que no la cogen ni para limpiar culos en la residencia. Lo que pasa es que eso lo hablaría en mi casa, sin que nadie me oyese. Y mucho menos lo hablaría si cayera una breva del cielo y os matasen a algún ser querido, si es que sois capaces de querer.

Dicho esto, Isabel se dio la vuelta y las dejó allí plantadas. No se dio cuenta de que tanto Marisol como Agustina se abrazaron y se pusieron a llorar. Tampoco hizo caso a las voces de las dos mujeres, que no pararon de llamarla hasta que ella dobló la esquina de su casa.

Cuando entró por la puerta, se encontró con algo que no esperaba: su hija Lucía lloraba en el salón con el teléfono inalámbrico en una mano y el mando de la televisión en la otra.

—Mamá —Un lagrimeo extraño, como si en lugar de estar provocado por la tristeza, estuviera provocado por la alegría, brotaba de los ojos de la niña, que olía a rosas: se acababa de duchar y vestía un chándal gordo de invierno que le tapaba los kilos de más que había echado esos meses, fruto del sedentarismo y de la comida compulsiva provocada por la ansiedad (y del alcohol a escondidas).

—¿Qué pasa, hija mía? —preguntó la madre y se sentó a su lado.

La chica señaló la televisión en la que se proyectaban imágenes de un correccional. Isabel, por la tensión del mal trago con las vecinas y por ver a su hija así, no escuchaba con claridad lo que decían las presentadoras; sin embargo, sí fue capaz de leer el rótulo sobreimpreso. Y cuando lo leyó por segunda vez para comprobar la certeza de la información, se tuvo que sentar junto a la niña porque sintió desfallecer.

—Acaba de llamar la abogada —dijo Lucía, a la que el resto de las palabras se le trabaron.

Isabel cogió su móvil, que había dejado cargando, y llamó a Álvaro.

—¿Has visto las noticias? —preguntó.

—No, tengo puesto un canal deportivo. ¿Qué pasa?

—¿Está tu hermano contigo?

—Sí, ¿por qué?

—Que te haga el relevo y vente ya mismo para casa, y no te pares con nadie.

—¿Pero qué pasa?

—Haz lo que te digo, por favor, te lo cuento al llegar a casa. No preguntes más.

—Vale, vale, voy para allá ya mismo.

Colgaron e Isabel se abrazó a Lucía, que siguió llorando con un llanto seco y trastabillado.

—¿Qué vamos a hacer ahora, mamá?

—No lo sé, hija, no lo sé.

En un tiempo récord, el marido se plantó en el salón de la casa y se alivió al ver a las dos mujeres abrazadas. Por un momento pensó que le pudiera haber ocurrido algo malo a Lucía.

—Joder, ¿qué pasa, mujer?

Isabel, sin mirar a la tele, pero apuntando con el mando, subió el volumen de la televisión mientras contemplaba la cara desencajada de su marido. Un grupo de tertulianos debatía algo que el hombre no comprendía.

—Fue anoche.

Álvaro se giró hacia su mujer. Volvió a girarse hacia la televisión. Vio los rótulos sobreimpresos.

—¿Es él?

Isabel se levantó y le tocó el brazo, se pegó mucho a su cuerpo. Ambos soltaron sendas lágrimas y su hija, que los observaba, se unió al abrazo.

Aquellas lágrimas no eran de pena.

Alcohol 96

Horas antes

Antonio Ricardo se dolía de la rodilla y, por extensión, de todo el muslo derecho hasta la ingle.

Él no entendía mucho de anatomía, pero lo que le sonaba de los jugadores de fútbol era que posiblemente tendría fastidiado el menisco o los ligamentos. Llevaba postrado en la camilla en torno a veinte minutos largos y sentía la frialdad del colchón blando y de los hierros desconchados en su culo y en sus piernas. Nadie aparecía por allí.

La enfermería era un espacio inhóspito de por sí, con unas paredes gris sucio y suelo de linóleo azul que soportaba las manchas secas de innumerables fluidos corporales de reclusos. El hecho de estar solo en ese lugar reforzaba la idea de desesperación. Por lo que Ricardo dio un par de voces para reclamar ayuda. Nadie acudió. Pasados unos minutos que a él le parecieron horas, un hombre ataviado con una bata blanca accedió al box médico.

—Buenas tardes. Dígame qué le ocurre —dijo el tipo, un cuarentón con poco pelo en la cabeza y demasiado en la cara, como si no se hubiera afeitado en días.

—Esto, ¿usted es médico?

—Lo soy, lo soy —respondió el supuesto facultativo— ¿Dónde le duele?

—En la rodilla y toda la pierna.

El tipo le miró la extremidad con desgana y se dio la vuelta para buscar algo en la estantería a su espalda. En ese momento accedieron a la habitación otros dos hombres jóvenes, también con

batas y con el mismo aspecto de no haber estudiado medicina en su vida.

Antonio Ricardo se incorporó porque aquella situación no le estaba gustando nada.

—Tranquilo, Antonio, no se levante no se vaya a lastimar.

—¿Dónde está Jesús?

—Ahora viene, tiene otras cosas que hacer —respondió el primero de los que había entrado que seguía buscando algo en la estantería—. Aquí está.

Tomó una bandeja metálica de tamaño medio de esas en las que se suelen colocar los diversos utensilios médicos y se giró a gran velocidad para aprovechar la fuerza cinética y le estampó la bandeja al paciente en toda la cara. Un par de piezas dentales volaron por los aires y el tabique se fracturó sin remedio con un crujido que escucharon los allí presentes. Antes de que Ricardo pudiese gritar, los otros dos tipos le metieron un trapo en la boca y le pegaron un par de puñetazos en el estómago que le arrancaron el poco aire que le quedaba después del monumental impacto con la bandeja metálica.

Dicho objeto, ya ensangrentado, tuvo un nuevo encontronazo con el cuerpo de Antonio, ya que el primer tipo la usó para golpearle con violencia y ansia la rodilla lastimada. Si no estaba roto, en algún momento el menisco tuvo que romperse, quizás hasta la rótula.

Antonio Ricardo no pudo gritar porque se desmayó del dolor. Un apagón entrecortado por ráfagas de sensaciones: lo manipulaban, lo movían, lo sujetaban. Cuando despertó, estaba bocabajo, las muñecas atadas a las barras de la camilla. Completamente desnudo. El primer dolor que registró fue el ardor en sus genitales. El segundo, una punzada brutal en el ano.

Se dio cuenta de que lo estaban sodomizando; intentó gritar, pero la boca, amordazada con el trapo y esparadrapo, no pudo hacerlo. Intentó moverse, removerse, separarse de quienquiera que lo estuviera vejando, pero su cuerpo, atado de pies y manos con bridas a la camilla, era más un cadáver vivo, inerme. Los dos jóvenes, unos maleantes de tres al cuarto que vieron la oportunidad de ganar un buen dinero y satisfacer sus instintos primarios, se

turnaron en la innoble tarea de destrozar el recto de Antonio Ricardo.

Las lágrimas le caían sin control por las mejillas y se le mezclaban con la sangre que le manaba de nariz y boca. Incapaz de luchar o desahogarse, decidió que lo mejor sería evadirse. Pensó con una súbita lucidez que aquello debía ser un castigo por el mal que había causado a otros, no solo a Belén. Sí. Se lo merecía y lo asumió. Y así estuvo por tiempo indeterminado hasta que alguien entró en la enfermería y dijo que bastaba.

Aquella voz de mando le resultó familiar a Antonio Ricardo. Tan familiar que se encontró con la cara de Jesús cuando le agarraron del pelo para obligarlo a mirar hacia arriba.

—Ya no tendrás que preocuparte por la rodilla, querido —dijo el monitor.

Usó de nuevo la bandeja que le facilitó el falso médico y le golpeó en la cara una vez más. Esta vez sufrió un derrame en el ojo que habría de dejarlo ciego del lado derecho.

Eso no importaba porque no sería tuerto por mucho tiempo.

Justo después, el asesino de Belén Lázaro Lafuente sintió cómo algún tipo de líquido lo mojaba la espalda. Pensó que quizá lo estuvieran meando para humillarlo mucho más. Cuando parte de ese líquido llegó a sus ojos y también a su boca, deseo con todas sus fuerzas que aquello fuera orina. Porque la orina no arde tan bien como el alcohol de 96. Y es que los cuatro hombres que allí estaban acabaron con las reservas del antiséptico. Más de seis botellas que bañaron el cuerpo de Antonio Ricardo, al que habían envuelto en unas sábanas como si fuera el mismísimo Jesucristo. Aunque en realidad, claro está, aquello era solo para que el combustible actuara durante más tiempo sobre toda la superficie de su piel y asegurara así una combustión más completa, más rápida y devastadora.

La cerilla se prendió con ese sonido tan característico del fósforo que hasta Antonio Ricardo escuchó, y en ese momento volvió a acordarse de Belén. Esta vez no estuvo de acuerdo con el castigo al que le iban a someter. Pero estar maniatado, amordazado y medio inconsciente no le permitió protestar ni resistirse.

La enfermería de la prisión Castellón II se convirtió en una fragua y el victimario se convirtió en víctima.

No murió en el acto.

Una vez que todo el alcohol se agotó por la combustión, según describió gráficamente y con náuseas después uno de los jóvenes guardias civiles que acudió al lugar de los hechos, el cuerpo de Antonio Ricardo parecía el de Anakin Skywalker cuando perdió el combate final a sable láser contra Obi-Wan Kenobi en el planeta volcánico Mustafar. Sin embargo allí no había ningún Emperador para convertirlo en Darth Vader. Allí solo quedaba espacio para el dolor y la agonía. Murió horas después en un hospital en medio de un sufrimiento que ninguna persona debería jamás conocer.

¿Ni siquiera umn asesino de niñas?

La judicial

Tres golpes secos, firmes, autoritarios. La puerta de la casa tembló.

Una casa en la que olía a guiso de ternera con patatas. Una casa en la que la alegría se quemó como el alcohol o la gasolina. Una casa en la que no entraba luz aunque estuvieran abiertas todas las ventanas y encendidas todas las luces.

—Abro, yo —dijo la abogada.

Nadie le llevó la contraria. Nadie quería abrir esa puerta. Nadie estaba preparado para lo que pudiera ocurrir.

La familia, agrupada como un rebaño asustado en el pequeño salón, escuchó un murmullo de voces procedente del pasillo. Después se escuchó un cerrojo abrir la puerta y unos pasos firmes contra el suelo de tarima. Nuria Soler regresó a la estancia y no lo hizo sola.

—Os presento al capitán Leopoldo Torrent y a la subteniente Julia Valverde, de la Judicial de la Guardia Civil de Castellón.

Los guardias dieron los buenos días a la familia y ellos correspondieron, tibios, en su saludo.

—En primer lugar, mis condolencias por su pérdida —dijo Torrent en el tono monocorde de quien ha repetido ese vacío pésame decenas de veces—. Y en segundo, como ya les ha informado Nuria, venimos a charlar sobre lo ocurrido en… la cárcel. No es más que una entrevista. No es un interrogatorio ni mucho menos. Lo único que les tengo que pedir es que lo hagamos de forma individual.

—Sí, no se preocupe —dijo Álvaro—. Usted dirá por quién quiere empezar.

—Por usted —respondió el capitán. Y señaló con la gorra a Isabel.

Ella se sorprendió, y le temblaron un poco las piernas. Y con voz titubeante se dirigió a los guardias:

—¿Quieren tomar algo? ¿Un café?

—No, gracias —respondió la subteniente—. Ahora el resto, os pido que nos dejéis a solas.

Lucía, Álvaro y Nuria Soler abandonaron la estancia. Poco antes de salir, Álvaro se giró hacia su mujer que también lo buscó con los ojos. Él parpadeó y asintió. Ella notó una tiritera por todo el cuerpo, como si se hubiera quedado desnuda delante de los policías.

—¿Le importa que nos sentemos? —preguntó el capitán.

—Por favor —dijo Isabel, mientras movía dos sillas de la mesa del comedor y se las ofrecía.

Ella tomó otra y se sentó. Seguía muerta de frío y pidió un momento para subir la calefacción de la casa. Una vez pulsados los botones correspondientes, tomó asiento de nuevo.

—Bien, como sabrá, ha ocurrido algo que no debería haber ocurrido en la cárcel Castellón II. Estamos aquí para ver si podemos esclarecer el tremendo suceso.

—Sí, sí, lo entiendo, pero nosotros no tenemos nada que ver…

—Isabel, nuestro deber es investigar cualquier tipo de muerte violenta —Torrent la interrumpió sin alterarse, como si esperara esa respuesta—. Mi compañera y yo venimos de lejos y primero vamos a informarle de lo siguiente: tenemos la autorización del juez que instruye el caso para investigar sus teléfonos y sus dispositivos electrónicos. Así que ahora nos vamos a llevar su ordenador y sus terminales.

—Pero necesitamos el ordenador para el trabajo. Tenemos la contabilidad ahí y…

—Puede descargar todo lo que requiera en un disco duro bajo nuestra supervisión, pero nos llevamos el ordenador. Lo devolveremos en un plazo razonable, espero que no sea más de cuarenta y ocho horas.

El aire se volvió denso. Isabel sintió una náusea treparle por la garganta. Notó que la conversación tomaba un rumbo que no le gustaba.

—Tengo que preguntarle qué hizo usted y su familia dos días atrás, el miércoles.

Isabel repasó mentalmente su jornada: el bar, la cocina, la niña, los turnos… Relató cada detalle, cada rutina, con una precisión milimétrica. Pero cuando terminó, no pudo evitar soltar una confesión.

—¿Saben una cosa? —dijo ella.

—Díganos —respondió la subteniente.

—Siempre me han gustado los programas de crímenes. Y desde que mataron a mi hija los he consumido como una drogadicta —Isabel se creció—. Como si fuera una especie de vía de escape o quizá por puro masoquismo. Sé bastante sobre investigación policial, y sé que ustedes no van a encontrar nada que nos incrimine porque no tenemos nada que ver con que a ese desgraciado le hayan dado lo que merecía.

Los dos guardias se miraron el uno al otro.

—Isabel, si ha visto tantos programas de *true crime* sabe que nuestro deber es investigarla. Sobre todo por sus declaraciones ante todos los medios cuando salió la sentencia sobre Ricardo…

—La sentencia injusta, señor.

Torrent suspiró. Tomó la palabra la subteniente.

—Señora Lafuente, entendemos su dolor…

—No, no lo entienden. Si no le han matado una hija no lo va a entender nunca…

—Isabel, por favor —intervino de nuevo el capitán—. Hemos ido a muchas casas de padres que han perdido a familiares, bien en un asesinato o en un accidente. Ninguno de nosotros ha perdido a un hijo, no pretendo decirle que sabemos exactamente lo que siente, pero le pido que no asuma que no entendemos nada.

Isabel se quedó cortada ante el derroche de elocuencia del guardia. Titubeó.

—Le pido disculpas por el tono —siguió Julia—, pero es mandatorio que colabore. Sí, vamos a investigar sus teléfonos y tomaremos declaración a testigos que los sitúan a ustedes aquí todo el tiempo. Y es más que probable que dentro de unas semanas les

dejemos en paz. Pero le ruego, le rogamos el capitán y yo, que colabore.

—Si yo estoy colaborando… Les he dicho todas las malditas rutinas que hago con mi marido y mi hija. Si se quieren llevar mi teléfono, llévenselo, y el ordenador y la televisión también, que es inteligente de esas. Solo van a perder el tiempo.

Se produjo un silencio que pesó más que las palabras. Se escucharon de fondo cuchicheos en la calle, una moto lejana que tenía visos de griparse pronto, el tictac de un reloj.

Tomó de nuevo la palabra el capitán.

—¿Ha hablado con alguien que no conociera durante estos meses?

—No sé, en el bar a veces va gente que no conozco. Que están de paso o de turismo.

—Me refiero a alguien que le resultara extraño. Algún periodista intentando sacar más información…

—De esos muchos, y también los hay que se han hecho pasar por periodistas por puro morbo. Uno tuvo que salir corriendo porque le lancé un vaso de la mala leche que me entró con sus preguntitas.

—¿Qué le preguntó?

—Que si mi hija se había acostado con Antonio Ricardo.

Julia resopló y se pasó la mano por la cara.

—¿Podría identificar a ese hombre si se diera el caso?

—No lo creo, la verdad. Era un tipo mayor, normal, no sé, aburrido.

—Entiendo —finalizó el capitán.

Isabel respiró profundo y los dos guardias, tras intercambiar una mirada entre ellos, dieron por finalizada la entrevista.

—Gracias por su colaboración, ¿puede llamar a su hija, por favor?

Isabel asintió, salió de la sala y avisó a la niña. Los tres esperaban fuera, abrigados, serios. Antes de entrar, la madre dio un abrazo a Lucía y le pidió que estuviera tranquila.

Salió poco después, con la misma pena con la que entró y sin nada digno de comentar. Le tocó el turno a Álvaro, con el que ocurrió otro tanto de lo mismo.

Los investigadores salieron con él y les estrecharon las manos a todos. Se llevaron consigo los teléfonos móviles y el ordenador portátil. Álvaro había descargado la información necesaria para la contabilidad del bar.

—Les prometo que los tendrán aquí como muy tarde dentro de setenta y dos horas —dijo la subteniente Julia.

—Eso espero —replicó Álvaro.

—Si alguien que no conozcan trata de contactar con ustedes por otro medio, nos lo tienen que comunicar de forma inmediata —exigió el capitán.

Los guardias se encaminaron calle arriba donde habrían dejado su coche aparcado.

—¿Algo que me queráis contar? —solicitó Nuria.

—Que no se tenían que haber llevado mi móvil —protestó Lucía.

—Lo sé, cariño, pero tienen la orden del juez.

—Nosotros no hemos hecho nada —apuntó Isabel—, ¿no podemos demandarlos o algo?

—Imposible, por desgracia estáis relacionados con Ricardo y lo primero que hacen es investigar a quien tenga motivos para matarlo.

—Pues bien muerto está, no sé por qué tienen que gastar dinero de mis impuestos en encontrar al que lo haya hecho —sentenció la mujer.

Nuria suspiró ante la vehemencia de su cliente.

—De ahora en adelante, ese tipo de declaraciones os las guardáis para la intimidad. Soy vuestra abogada y me ampara el secreto profesional, pero si seguís por esa línea, la prensa os va a crucificar. Lo que antes era apoyo, se puede convertir en todo lo contrario. Por mucho que penséis que Antonio Ricardo se mereciera esa final, no es popular ir pregonándolo a los cuatro vientos. Aunque seguro que mucha gente también se alegra, no es lo correcto.

Los tres se guardaron lo que pensaban acerca de lo que es correcto y lo que no por no seguir discutiendo con la abogada en mitad de la calle, delante de la puerta de su casa.

—Ahora vamos dentro y me contáis con pelos y señales. No sé si les habéis dicho todo lo que sepáis u os habéis ahorrado algo.

Isabel fue la última en entrar y, antes de hacerlo, se giró hacia la casa de Antonio Ricardo. Cayó en la cuenta de que sí había omitido un detalle, más concretamente a una persona, pero jamás lo confesaría a la policía.

Y solo esperaba poder agradecer que alguien hubiese cumplido sus deseos.

Tropezón

Tres meses después

Uno de los argumentos, si no el principal, que Marcos usó para convencer a Max fue que el mundo está lleno de hijos de puta igualitos que Antonio Ricardo. La idea, cruda y simple, resonaba en la mente pragmática de Max como una penitencia incómoda, como un eco de verdades no dichas. Si la segunda parte del plan no se cumplía, al menos, se habrían quitado a semejante escoria de la faz del planeta.

Max, padre de una niña de diez años (a la que apenas veía pese a residir a menos de tres kilómetros de distancia), sintió que su lugarteniente tenía parte de razón: había monstruos sueltos por el mundo que no debían respirar el mismo aire que su niña.

Los dos estaban sentados en el confortable porche de la pequeña pero lujosa mansión de Max, un chalé independiente situado en La Milla de Oro de Marbella. Un lugar de ostentación discreta, donde el lujo se camuflaba tras la aparente normalidad. Con un gran jardín que se extendía delante de ellos como una alfombra persa, la piscina a un costado y la pista de pádel al otro, símbolos de un éxito en un negocio tan turbio como complicado y, sobre todo, peligroso.

—Ya pasó tiempo suficiente para que los picoletos dejen de meter las narices. Ahora tienes que convencer a los padres *que* acepten el trato.

—Aceptarán, te lo garantizo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Primero porque conozco a gente como ellos. Viste las imágenes de la madre de la chiquilla pidiendo justicia, ¿no?

—Claro que las vi. Me las enseñaste tres veces por lo menos.

—No pedía justicia, jefe. Pedía venganza. Y la venganza tiene un precio, como en las películas. Tú lo sabes mejor que nadie Y ya te conté lo que vi en sus ojos cuando les planteé la posibilidad de llegar hasta el asesino de su hija. Joder, Max, si no llego a ver eso en sus ojos te juro que no te habría planteado nada. Era una mezcla de odio, con ira, con esperanza…

Max le pegó un trago al botellín y lo depositó con fuerza sobre la mesa de caoba. Un sonido seco como el golpe del mazo de un juez en el estrado.

—Ya, pero una cosa es que lo pudieran matar ellos mismos, y otra es que yo les haya hecho el favor y me lo tengan que devolver a la fuerza. Si no cumplen su parte del trato que me planteaste, vas a tener serios problemas, amigo.

—Ya los tenía, jefe. Ya los tenía. Y te aseguré que asumiría cualquier riesgo. Además, tú vas a supervisarlo todo. Te lo pedí para que te quedaras más tranquilo.

—Todo menos el viajecito a ese pueblo en el culo del mundo.

—Todo menos eso. Ya sabes que me tienes que llamar al teléfono culebra.

—Como siempre que hay excursión, amigo.

Marcos le ofreció la mano y el jefe se la estrechó con fuerza, tanta que no se la soltó, sino que le apretó más fuerte y lo atrajo contra sí.

—Confío en ti, Marquitos. Ya sabes que para mí eres más que un trabajador.

—Lo sé, Max. Para mí tú eres más que un jefe.

Se miraron a los ojos y se desearon una suerte sobre la que, en el fondo, ninguno de los dos albergaba ninguna esperanza.

Camino de Extremadura, con un utilitario simple y aburrido que alquiló con nombre y documentación falsa (igual que la primera vez que subió al pueblo), Marcos recordó, como tantas otras veces que se encontraba en una disyuntiva vital, los días en los que ingresó en la organización de Max Sid. De ello hacía ya unos cinco años. La madre de Marcos decidió probar suerte en el sur de España;

después de un periplo de casi una década por la geografía española en la que no hallaban acomodo satisfactorio en ningún lugar en concreto (un año allí, cuatro meses allá), la mujer encontró un puesto como camarera de hotel en un cinco estrellas de la Costa del Sol. Tendría un horario fijo y, aunque el salario solo llegase al mínimo, las propinas prometían ser buenas. Una promesa que, como tantas otras, ocultaba una realidad más compleja.

En aquellos años Marcos, que todavía no llegaba a la veintena, intentó, por enésima vez, estudiar. Se metió en un módulo de hostelería. Y superó el primer año. Y el segundo. Y consiguió encontrar una plaza de las prácticas en el hotel en el que trabajaba su madre. Allí, en un restaurante con una estrella Michelín, uniformado de blanco impoluto, un día le tocó servir la mesa de unos tipos que parecían sacados de una película de narcotraficantes. Y si lo parecían era, precisamente, porque lo eran. La realidad, a menudo, imitaba al cine, o quizás era al revés.

En una elegante terraza bajo un toldo blanquísimo y con unas vistas privilegiadas a un mediterráneo iluminado por el sol que bautizaba esa costa, Marcos se mostró diligente con el servicio, rápido, atento y, lo más importante, discreto. Porque no se quedó nunca más de lo necesario en los alrededores de la mesa. Él no conocía a aquellos tipos, pero lo intuía. Lo intuía y se lo había chivado el metre, claro. Una intuición que, en aquel mundo, valía más que el mejor de los currículums.

Max le dio veinte euros de propina. La primera vez. La segunda, dos semanas después, fue de cincuenta. Y la tercera, al cabo de un mes, de cien. Marcos no quiso aceptar un billete que él solo había visto en aquel restaurante, y Max insistió con gesto autoritario. El chaval se mantuvo en sus trece hasta que el cliente subió la puja a doscientos euros y le pidió que lo repartiera con los compañeros. Entonces el muchacho sí aceptó. Antes de marcharse, Max le dio algo más valioso que esos doscientos euros: su número de teléfono. Un número, anotado a rotulador en el reverso de la cuenta del restaurante, que, en aquel momento, parecía una puerta abierta a un mundo desconocido.

Y Marcos al principio no le llamó. ¿Para qué habría de llamarlo? Hasta que un día, Max se presentó en solitario a tomar una copa en la barra del bar del restaurante. Y pilló por banda a Marcos y le recriminó con una sonrisa paternalista que por qué no le había llamado. Marcos le pidió perdón y se excusó con que los estudios, las prácticas y ayudar en casa no le daban nada de tiempo. Y entonces fue cuando Max le propuso trabajar para él. Una propuesta que, en retrospectiva, parecía inevitable.

Esperó hasta que terminase su turno y lo llevó a casa en su coche. Por la mitad del camino ya se lo había ganado al enseñarle las maravillas de su todoterreno deportivo y narrarle un par de anécdotas con dos rubias siliconadas. Antes de dejarlo en su casa, Sid se desvió y le pidió que subiera a un piso a por un paquete que tenían para él. Marcos, muerto de miedo y vivo de excitación al mismo tiempo, lo hizo. Tan solo se trataba de recoger un paquete. Se lo entregó otra rubia voluptuosa que le guiñó el ojo y de la que Marcos se preguntó si era una de las que Max le había narrado sus batallitas sexuales. Bajó a toda prisa por las escaleras y se lo entregó a Max que le sonrío al comprobar la diligencia de su nuevo discípulo.

Cuando le dejó en casa le dio un billete de doscientos euros.

«Mañana te recojo a las diez».

Marcos, harto de una vida de penurias, no terminó las prácticas. Algo de lo que habría de arrepentirse en el futuro.

De aquello hacía ya cinco años. Cinco años en los que Max le había enseñado el oficio del pequeño traficante. Cinco años en los que juntos habían dado clases de artes marciales en las que se hartaron de dar y recibir tantos golpes que se podrían haber dedicado a la lucha profesional en jaulas hexagonales. Cinco años de idas y venidas en coche, furgoneta y motos a por paquetes que harían salivar a un pastor belga bien entrenado. Cinco años de amenazas, de violencia y, en definitiva, cinco años de dinero fácil.

Entre esos dos hombres de orígenes tan diferentes se había fraguado algo más fuerte que una relación jefe-trabajador. Además de trabajo, compartían más tiempo juntos: visitas al cine, el maestro instruyó en su cinefilia al discípulo; salidas en barco y sus

conseguidas fiestas, y deporte. A Max le encantaba el pádel y también le dio clases a Marcos, que aprendió rápido y pronto superó al maestro. Max no tenía hijos varones. Solo una preadolescente que poco a poco se alejaba de él. Y tomó al muchacho, que contaba con veintiún años por entonces, como si fuera un hijastro. Una relación casi paterno-filial. Este vínculo se reforzó cuando Max no le dejó solo y le apoyó como nadie el día que la madre de Marcos falleció consumida por un cáncer de páncreas fulgurante. Y Marcos se dejó consolar y se dejó querer por el holandés.

Cuando llegó al pueblo de Álvaro, Isabel y Lucía, Marcos borró de su mente esos recuerdos y se centró en su misión. Ahora tocaba ejercer su capacidad de persuasión como había hecho estos años. A veces con firmeza, a veces solo con la palabra, otras usando la violencia.

Estaba decidido a que esos padres cumpliesen su parte del trato. Lo que no contaba era con un tercero en discordia.

Llovía sobre el cemento de aquel pueblo blanco y pequeño, un pueblo que parecía aferrarse a la ladera de la colina como una mancha de cal en un lienzo verde. Una lluvia fina, constante, que había empapado las calles de asfalto gris y los tejados de teja roja durante semanas, llenando los pantanos y azudes con la calma obstinada de un aguador. El agua resbalaba por las fachadas encaladas, arrastrando consigo el polvo y el hollín, dejando al descubierto la pátina de un tiempo detenido.

Aparcó lejos de la casa que tenía que visitar, en una callejuela estrecha y sinuosa, donde los gatos callejeros se refugiaban bajo los aleros. Sacó el paraguas y se enfundó la capucha de su abrigo, intentando protegerse de la humedad que se filtraba hasta los huesos. Se alegró de que el día estuviese tan desapacible, porque eso le permitía mayor anonimato, una sombra más entre las sombras de aquel pueblo que parecía guardar secretos en cada esquina.

Cuando se estaba acercando a la casa en cuestión, se tropezó con un tipo calvo que iba sin paraguas y al que no vio venir. El hombre se llevó la peor parte porque dio con sus costillas en el suelo. Lo ayudó a levantarse y pidió perdón, un perdón que al

accidentado se le olvidó o tan solo no quiso aceptar, porque salió de allí como si la lluvia fuese ácida en lugar de dulce.

Aquel tropezón no sería el último que tendría Marcos Santoña en ese pueblo.

Persianas

Lucía besó en los labios a Ramiro por última vez, o, al menos, con la determinación recién adquirida de que aquella fuera, definitivamente, la última vez que sus bocas se encontraban así. Yacían los dos en una cama pequeña, casi de adolescente, en un cuarto que había perdido su inocencia. Un cuarto en el que ya no había pósteres de estrellas del rock ni peluches, ni siquiera un marco con una foto de familia. Un cuarto de casa de pueblo, con paredes blancas de gotelé que pretendían reflejar la claridad que entraba del exterior, con la esperanza de arrojar luz sobre quien allí habitaba. Pero la luz, en aquel momento, parecía reacia a entrar, como si temiera contaminarse con la oscuridad que se había instalado en la habitación.

A ello contribuía el hecho de que las persianas estaban bajadas; quizá no se hubieran levantado nunca desde que Antonio Ricardo se coló como un fantasma por una de sus rendijas. Un hueco que suponía una herida abierta en la memoria no solo de esa familia, sino del pueblo entero.

La chica, mientras acariciaba el pecho de Ramiro, se dijo eso a sí misma, que no volverían a verse. Esa mañana se habían cogido con tantas ganas que se hicieron daño. Un daño no solo físico. Llevaban más de ocho meses sin quedar, desde poco antes del asesinato de Belén. Ni una tenía ganas, ni el otro valor.

Y es que Ramiro, veinte años más que Lucía, estaba casado y tenía dos hijos que dentro de poco tendrían la misma edad que su amante.

Durante el entierro y los días posteriores al crimen, tuvo que reprimir sus ganas de visitar y abrazar a la muchacha, de consolarla

y decirle que todo iba a ir bien. Durante el funeral le dio un frío agarrón de antebrazos y no pudo ni mirarla a los ojos porque creía que su mujer o la madre de Lucía los estaban observando. Lucía sí que lo miró a los ojos, buscando consuelo, buscando apoyo y, aunque sabía que no lo podía obtener en esa situación, lo echó de menos. Una añoranza que se convirtió en rabia cuando él no la escribió ni un mensaje después. Se la encontró un día en una calle y la dijo, con torpeza y mirando hacia el suelo, que lo sentía, que prefería dejarla su espacio. Ella, con una mezcla de pena y asco, se largó sin decir nada.

Llevaba viéndose a escondidas con Ramiro casi un año cuando asesinaron a Belén. Él era profesor de instituto. Se conocieron en una fiesta que el centro organizó en el bar de sus padres. El tipo era pequeño pero fibrado. Calvo pero con una imponente barba que le daba un aire bohemio, casi de intelectual. Maduro pero en forma. Con unos ojos color miel que sabía usar para captar la atención de las féminas. Y una labia culta e ingeniosa digna de un monologuista.

Lucía estaba cansada de los niñatos del pueblo y de los de otros pueblos cercanos que solo la querían para follar en asientos traseros de coches tuneados. Había tenido dos novios duraderos, pero desde que cortó con el último, ninguno de los chicos con los que salía se lo tomaba en serio. Ramiro, un tipo culto, viajado y con mucha seguridad en sí mismo, supo las teclas que tocar.

Después de un breve intercambio de palabras, y sobre todo miradas, en aquella fiesta, en la que Lucía no le quitó ojo y Ramiro tampoco, él se las apañó para hacerse el encontradizo con ella en un centro comercial de un pueblo cercano en el que Lucía trabajaba de forma puntual haciendo promociones para marcas. Que si qué sorpresa, que si qué bueno que trabajes aquí y en La Taberna, que si es bonito ser *profe* de instituto.

Esa misma tarde tomaron unas cervezas en un bar del centro comercial, y se rieron y charlaron como si se conocieran de toda la vida. Ramiro la llevó de vuelta al pueblo. (Ella tuvo que mentir a su padre para que no fuera a buscarla, alegando que a un compañero le pillaba de camino).

No llegó a su casa, sino que acabaron en el pequeño y destartalado piso alquilado a profesores de Ramiro en una intensa sesión de sexo que a ella le hizo vibrar el cuerpo entero y también la mente de una forma completamente nueva, como nunca le había ocurrido con ninguno de los inexpertos chicos de su edad con los que se había acostado hasta entonces. Y es que Ramiro era un gran amante. Lucía sabía que aquello no era más que sexo, igual que con los de su edad, pero había algo distinto en Ramiro. Era un tipo culto que le hablaba de libros que ella desconocía de su escritura. Murakami, Carver o el único que le sonaba: Nabovok y su Lolita, sobre el que bromearon en más de una ocasión.

En ese curso, Ramiro se había desplazado solo a la localidad, donde le asignaron una plaza que en principio sería temporal. Al curso siguiente le hicieron fijo y se trajo a la familia. Cuando se lo contó, a Lucía se le vino el mundo abajo con una punzada de celos y de pérdida que no esperaba. Se siguieron viendo más en secreto todavía y con mucha menos frecuencia. Si antes se veían a escondidas, después de la llegada de su mujer y sus hijos, la cosa se tornó harto complicada.

Él aprovechaba un par de horas libres que tenía martes y jueves en el instituto para escabullirse a casa de Lucía en la franja horaria en la que los padres de la chica estaban ambos en el bar y la hermana en clase. Y allí, en medio de ropa desordenada y de vacío existencial, daban rienda suelta a sus pasiones con la urgencia que el límite de tiempo les imponía.

Ramiro le hablaba de lo buena estudiante y lo madura que era su hermana Belén, y ella llegó a cogerle un poco de celos. Siempre se sintió en desventaja con la capacidad intelectual de la hermana pequeña, y hubo un tiempo en el que se consolaba a sí misma con el hecho de que ella era más guapa y con mejor cuerpo.

El profesor llegó a captar esta inseguridad y pretendió hacerle pensar todo lo contrario; por ello la regalaba libros y la animaba a retomar los estudios a distancia. Sin éxito, era una chica que parecía haberse resignado a olvidar su futuro profesional.

Aquella mañana lluviosa solo lo hicieron una vez. Cuando terminaron, el profesor se aventuró con un comentario torpe que

provocó que Lucía soltase todo lo que tenía que soltar.

—Menos mal que me hiciste caso y usamos la aplicación de mensajes *autoborrables*. Y que nos guardamos con nombres falsos… Que si no, se me planta la Guardia Civil en casa…

—¿Eso es lo único que te importa? Que se hubiera enterado tu mujer…

—No, no es eso, Lucía…

—No podemos volver a vernos.

—Lucía, yo… —inició él—. Lamento no haber estado más en contacto, ya te he explicado…

—Déjalo, Ramiro, ya no importa.

—¿Por qué? Ahora que ya estáis más tranquilos, podríamos seguir…

—No, Ramiro. Durante todo este tiempo me he dado cuenta de que no quiero algo así. Me moría de ganas de verte y de que me abrazaras. Yo no quiero ser la otra, la que te follas cuando puedes escaparte unas horas.

—Sabes de sobra que no es solo sexo.

—¿Y qué es? ¿Aparte de acostarnos, qué más planes hacemos juntos?

—Llevábamos tiempo sin…

—¡Tendré yo la culpa de que matasen a mi hermana todavía!

—No es eso, por favor… tú sabías que tenía una familia. Esto estaba infestado de periodistas, yo suponía que la policía te estaría investigando el móvil, y mira, ha resultado que sí.

—Joder, y dale, me queda claro que es lo único que te importa.

Él la intentó abrazar, ella se resistió. Y él desistió.

—Siempre te he sido honesto.

La muchacha, con una lágrima solitaria en los ojos, resopló. Se produjo un silencio corto, pero tan profundo que pareció que él estaba en la otra punta del planeta.

—Lo sé —dijo al fin la muchacha—, y por eso no te guardo rencor y he aceptado verte esta última vez. Porque te echaba de menos y quería contártelo a la cara, no por mensajes. Tienes que entenderlo. Yo necesito un hombre con el que poder estar siempre. O al menos no tener que esconderme cada vez que nos veamos.

Ramiro, todavía sin ropa y sin ánimo, agachó la cabeza y se observó sus propios genitales. La luz tenue que se filtraba por las persianas cerradas apenas iluminaba las canas incipientes en el vello púbico. También se observó las piernas, que habían perdido fuerza. Por no decir las abdominales, que desde que llegaron su mujer y sus hijos al pueblo —y el consiguiente sedentarismo doméstico— habían perdido toda la definición que consiguió a base de ejercicio y de huevos cocidos. Lucía, incómoda ante el silencio, le pidió que se vistiera; en la habitación olía a sexo y a tristeza y ella debía ventilar, al menos, el olor real.

El profesor obedeció y se puso la ropa lo más rápido que pudo, mientras cavilaba que quizá Lucía tuviera razón, quizá era el momento de dejar aquello y de, quizá, ser amigos, si es que las habladurías del pueblo se lo permitían.

Cuando terminó de vestirse y de atarse los cordones de los zapatos, se abrazaron en la que con alta probabilidad sería la última vez. Ella le correspondió con tanta fuerza que creyó que se iban a fundir en un solo ser. Sabía que era lo correcto, pero lo correcto no tiene por qué ser lo que uno anhela.

Se separaron con la lentitud del que no quiere hacerlo; se dieron un tibio beso en los labios y procedieron a realizar la operación «salida de casa». Lucía se asomó a la puerta a ver si había «moros en la costa» y Ramiro, presto como un corredor de cien metros, aprovechó la señal de ella para salir a toda prisa y sin mirar atrás. Solo que esta vez, rompiendo las normas, se giró antes de doblar la esquina de la angosta calle. Lucía ya no estaba en el umbral de su puerta y la decepción se pintó en los bonitos ojos del profesor.

Este despiste sentimental le supuso tropezarse con un joven nada más doblar la esquina y terminó con sus huesos en el empapado suelo, como si aquello fuese una metáfora de lo que acababa de acontecer.

El mensaje

La puerta sonó como si fuera un trueno del día de tormenta.

Lucía se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y corrió a abrir. Su cuerpo, apenas cubierto por un tanga negro y una camiseta corta sin sujetador alguno debajo, se movía con una urgencia inesperada. Abrió sin preguntar porque su corazón se le llenó de una esperanza que ella mismo se había encargado de enterrar minutos antes.

—¡Has vuelt…

—Perdón —dijo Marcos, que apartó la vista del cuerpo semidesnudo de la muchacha.

Cerró la puerta de golpe, tan fuerte que hizo temblar los goznes, y apoyó la espalda contra la madera y sintió el frío que se colaba por las imperfecciones del marco. Se tapó la cara con las manos, muerta de vergüenza y decepcionada por igual.

—Disculpe señorita, pregunto por Álvaro Lázaro e Isabel Lafuente —dijo el muchacho al otro lado de la puerta.

Lucía trató de serenarse, respiró hondo y respondió.

—Si eres periodista, no hay nada que declarar. Ya ha pasado tiempo y dijimos todo lo que teníamos que decir…

—No, no, es por otra cosa. Es importante.

La muchacha calló, subió las escaleras corriendo hasta su cuarto, se puso unas mallas y una chaqueta y retornó a la puerta. Abrió con cautela, despacio y se encontró con un chico joven con barba y un bonito pelo ondulado que sobresalía por una gorra azul.

—Hola, perdona por lo de antes —dijo Marcos.

—No pasa nada, dime qué quieres y yo se lo cuento a mis padres que ahora no están.

—¿A qué hora estarán?

—Para la hora de comer.

—¿Y a qué hora se come en este pueblo? —dijo Marcos, que miró un reloj que marcaba ya las tres de la tarde.

La pregunta hizo sonreír a la muchacha por la insolencia del chico.

—Sobre las cuatro suele llegar mi padre.

—¿Y tu madre?

—Pues igual, que hoy le estaba echando una mano. ¿Quién eres, perdona?

—Gracias, volveré más tarde entonces. Es por entregarles un paquete.

Marcos vestía un uniforme de repartidor, con un logo que a ella le recordaba a una empresa en la que hacía algunos pedidos por internet. Llevaba una carpeta también azul que parecía a juego con la gorra. Se dio media vuelta y se largó por dónde había venido.

—Pero ¿no me puedes dejar a mí lo que sea y yo se lo doy?

—Es entrega en mano, disculpa.

Siguió caminando y antes de doblar la esquina, Marcos, al igual que Ramiro, también se giró para observar a la muchacha. No le había resultado desagradable pillarle en bragas y sintió esa primera punzada de deseo que todo hombre descubre cuando le atrae una mujer.

La chica, plantada bajo el dintel, estaba allí, a resguardo de la lluvia, observándolo. Al otro lado de la calle, la casa de Antonio Ricardo se alzaba como un recordatorio sombrío. Él le saludó con el brazo en el que llevaba la carpeta con el sobre que debía entregar a sus padres.

Llegó al coche y se quitó el abrigo. Tenía los pies empapados porque no había sido previsor y salió con unas zapatillas de deporte bajas y unos calcetines cortos. Su abuela siempre le había dicho que los resfriados entran por los pies. Así que se descalzó, se quitó los calcetines y se frotó las plantas con las manos. Arrancó el motor, puso la calefacción e intentó secarse todo lo mojado. Tenía ropa seca en la maleta, aunque no quiso desmontar su disfraz de repartidor.

Se puso a escuchar música en el coche, un poco de rock de los sesenta y setenta con clásicos como The Doors, los Rolling o Led Zepelin. También le gustaba la música urbana moderna, aunque, influido por Max, le había cogido el tranquillo al rock y en este viaje se decantó por ello.

Al poco, le sobrevinieron de nuevo los pensamientos sobre su jefe y se preguntó, otra vez, si estaba haciendo lo correcto. Para olvidarse de ello, bajó el volumen de la música, apagó el motor y cerró los párpados. Se quedó grogui y por culpa o gracias al zumbido irritante del escape de una moto trucada se despertó sobresaltado. Ya eran las cuatro y cuarto. Se calzó a toda prisa y, por suerte, tenía los calcetines y zapatillas secas. Y no llovía.

Se encaminó hasta la casa y cuando llegó se encontró al padre saliendo.

—Señor Lázaro —gritó.

Álvaro se dio la vuelta, sorprendido porque alguien pronunciara su nombre tan alto en su propia calle, que por su estrechez tenía un leve eco.

—¿Sí?

—Disculpe, tengo algo que entregarle. ¿Está su mujer en casa?

—¿No serás periodista?

—No, no, ya se lo he comentado a su hija…

—¿A mi hija?

—Vine hace un par de horas y me recibió ella, le comenté que tenía algo que entregarles.

—¿Y qué es ese algo?

—¿Puede entrar en casa y avisar a Isabel, por favor?

—Isabel ya está aquí, ¿qué quieres? —dijo ella misma.

Marcos se giró y cruzó miradas con la mujer, que acababa de salir de la casa. Ella abrió mucho los ojos. A pesar de la gorra y la barba lo reconoció.

—Joder, yo te conozco.

Marcos cambió su gesto tranquilo por el que debió usar desde el principio con aquellos dos.

—Está bien.

Sacó de la carpeta el sobre y lo abrió; antes de entregarles el contenido, miró en todas direcciones para cerciorarse de que no había nadie cerca. Desenvolvió con cuidado el papel y se lo mostró a la mujer primero y luego a Álvaro.

—¿Qué es esto?

—Memoricen lo que pone. Es corto y fácil.

—¿Se puede saber qué quieres, chaval? —inquirió Isabel.

—Quiero que memoricen lo que está escrito en el papel. No se lo voy a repetir más.

Álvaro avanzó hacia el muchacho con la intención de arrebatarle el papel, sin embargo el chaval lo guardó.

—No sé quién eres, pero voy a avisar a la Guardia Civil ahora mismo.

—¿A la misma Guardia Civil que les investigó como sospechosos del asesinato de Antonio Ricardo?

A Álvaro y a Isabel se les dibujó una O gigante en la boca y se quedaron congelados. Marcos volvió a mostrarles el papel.

—Memorizadlo ya mismo, y cuanto yo me vaya, entrad a leer lo que hay para vosotros. No tenéis nada más importante que hacer en este momento. A no ser que quieran que los picoletos vuelvan a investigaros, y ahora con más razón.

—Pero… —intentó protestar Álvaro.

—Ya lo he hecho, ¿qué más quieres? —respondió Isabel.

—Leed lo que hay para vosotros.

Marcos se dio la vuelta y se largó de allí a paso ligero bajo la lluvia que caía de nuevo. Estaba deseando llegar al hotel y quitarse esa mierda de ropa. Jamás se había sentido tan sucio.

Relax

Max gruñó y después eyaculó dentro de la chica, antes de retirarse con un gesto triunfal, como el que ha conquistado un territorio nuevo.

En su cama de dos metros de ancho por dos de largo, una isla de sábanas de seda en medio de la vasta suite, una joven de apenas veinte años yacía desnuda y expuesta. La luz dorada del atardecer que se filtraba a través de los amplios ventanales resaltaba la palidez de su piel, creando un contraste inquietante con el mobiliario de caoba y los detalles dorados. Cualquiera que los viera por la calle, en el paseo marítimo de Marbella, diría que podría ser su hija. Aunque Max Sid podría ser hasta el abuelo de la chavala.

Cincuenta y nueve primaveras había superado el «bueno» de Sid y ese mismo año cumpliría los sesenta. Para celebrarlo tenía planeada una fiesta de las que hacen época. Una bacanal moderna, con mujeres, hombres, drogas, alcohol y hasta rock and roll, o música electrónica, según el momento. Una orgía de poder y placer, como sacada de una película de Scorsese, que tendría lugar en su pequeña mansión.

Para eso todavía quedaba tiempo, hasta justo después del verano. Lo que ahora le atañía era algo más complejo. Y más desagradable. Tenía uno de sus teléfonos culebra fuera de la caja donde solía guardarlos. Los usaba dos o tres semanas como mucho y luego se deshacía de ellos. Se «quemaban» más rápido que cerillas a temperaturas bajo cero.

En aquella ocasión no necesitaba ni coger el teléfono. Tan solo escuchó dos tonos. Después otros dos. Y después los dos finales que completaban la secuencia. Esa era la señal acordada con su fiel

trabajador. Un código críptico, un lenguaje de sombras que se deslizaba por las líneas telefónicas, y que indicaban que la primera parte del plan había sido satisfecha.

Le ordenó a la chica que se vistiera y se largase lo antes posible de allí. Y que la volvería a llamar. Cuando la joven se marchó sin protestar, él se sentó al ordenador, todavía desnudo, y se conectó a la línea móvil del teléfono culebra. Para mayor seguridad, se conectó a una red privada virtual VPN que tenía contratada a otro nombre para enmascarar aún más la IP. Una vez hecho esto, abrió una pestaña oculta y el correo electrónico. Él sabía de sobra que un buen departamento de forenses informáticos, podría dar con todo aquello por muchas precauciones que tomase. También sabía que esa rutina se lo pondría más difícil y que ese ordenador acabaría en el fondo del mediterráneo si la cosa llegase a buen puerto, nunca mejor dicho.

—Pero ¿qué mierda?

Sid decía tacos en español incluso en soledad. Aquello de que las palabrotas es lo primero que se aprende de un idioma nuevo es bastante cierto, y la prueba estaba en ese holandés que llegó a España treinta años atrás sin saber decir ni hola y ahora maldecía en perfecto castellano vernáculo.

Cerró de golpe la tapa del portátil: no esperaba aquello. La teoría prometía que si Marcos le había tirado las llamadas perdidas era porque el mensaje estaba entregado. Y si el mensaje estaba entregado debería haber una respuesta.

Marcó el número. Dejó correr los tonos y nadie respondía al otro lado. Se desesperó y cuando se dio la llamada por finalizada, tiró el móvil en la cama. Le dio una patada al aire y se maldijo por confiar en aquel niñato por el que sentía debilidad.

Un minuto después sonó el móvil. Max se tiró en la cama, que todavía olía a sexo, y respondió.

—Me vas a explicar ahora mismo qué pasa.

—¿Qué pasa de qué, jefe?

—He abierto el correo que creaste y no hay respuesta, ni siquiera han borrado nuestro mensaje.

Marcos calló al otro lado del aparato.

—No hace ni una hora que les di las instrucciones, tendrás que darles más tiempo.

—¿Más tiempo para qué?

—Max, tienes que calmarte. Son gente humilde a la que hace menos de un año le han matado a su hija. Tienen que procesarlo.

—Con eso no contaba, ni dijiste nada.

—Joder, jefe, te dije que esto sería lento. Si te he avisado es porque acordamos que te transmitiría cuando les diera las instrucciones. Te pido perdón, debía haber esperado más. Vamos a hacer una cosa. Tú relájate, yo estaré pendiente de cuándo respondan y te llamaré solo cuando haya esa respuesta.

Max tomó aire y le volvió a llegar el tufo de los fluidos de la jovencita con la que acababa de follar, un olor íntimo que se mezclaba con el aroma a salitre que entraba por los ventanales.

—Si mañana no contestan, te volveré a llamar y no seré tan comprensivo.

—Si no tienes una respuesta mañana, tranquilo que me pasaré a recordarles de qué va todo esto.

Colgaron sin despedirse. El teléfono culebra no estaba para ñoñeces, y menos en una situación tan tensa.

Max se levantó de la cama y se dirigió a la mesilla. Allí guardaba el otro teléfono, el más oficial, por llamarlo de alguna manera. Marcó el último número del listado de llamadas.

—¿Te has ido ya?

—Estoy en la puerta, esperando al taxi.

—Súbete otro rato y después pido unas pizzas.

Marcos tenía razón en una cosa: necesitaba relajarse.

El email

Sentados los tres en el sofá del salón, frente a la pantalla apagada de la televisión, cada uno lidiaba con la situación a su manera. El hombre se frotaba las piernas con saña. La mujer lloraba con sollozos contenidos. La hija se mordía las uñas y se miraba los pulpejos. La luz de una vieja lámpara de araña del techo creaba unas sombras sobre la tarima más alargadas de lo habitual. La temperatura había descendido, aunque ninguno se atrevía a subir la calefacción.

Álvaro no quería que la niña se enterase, pero la niña se había enterado porque aquella casa y, sobre todo, aquella calle no eran tan grandes como para no escuchar lo que se hablaba a escasos metros.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Lucía.

—Tú te vas a ir a tu cuarto y a olvidarte de esto lo antes posible. Y tu padre y yo nos acercaremos al cuartelillo…

—Pero, mamá ¿tú has visto lo que pone en el email? ¿Crees que en mi cuarto puedo echar un pestillo y que nadie lo abra? Si han llegado hasta meterse en una cárcel…

El silencio se volvió a apoderar de la estancia. La elocuencia de la niña que ya no era una niña los dejó sin palabras. Las instrucciones que les había dejado el supuesto repartidor eran claras: debían meterse en una cuenta de email y leer el único borrador que habría.

Y lo hicieron, después de mucho deliberar sobre la conveniencia de hacerlo o no. Al fin y al cabo era solo un email, e Isabel había reconocido al chico que actuaba como repartidor. Era el mismo que aquella distante mañana se había ofrecido a hacer justicia con Antonio Ricardo. Y, al parecer, no iba de farol.

Lo que pasaba, es que ahora les reclamaba algo que no podían imaginar a cambio de aquel «favor» no pedido pero deseado. Una obligación más grande que la mayor de las hipotecas jamás firmada con un banco.

—¿Y qué pretendes, Lucía? ¿Que nos sometamos a su voluntad así por las buenas? —dijo Álvaro—. Además, ni siquiera nos piden nada. Solo nos dicen que estamos en deuda con ellos y que ni se nos ocurra avisar a la policía o habrá…

Se quedó callado.

—Termínalo, papá —dijo Lucía, y ante la inexpresividad de su padre lo hizo ella—. Consecuencias para la otra hija. Es decir, yo.

—¿Entonces qué se supone que debemos hacer? —intervino Isabel.

—Contestar que hemos leído el mensaje y que nos expliquen cómo va eso de la deuda.

—Pero ¿qué deuda? Si nosotros no hemos pedido nada —siguió la madre y se llevó las manos a la cara.

Álvaro miró a su mujer con una mezcla infinita de pena, de amor y de profunda comprensión, pero no verbalizó en voz alta lo que estaba pensando en ese instante amargo para no hacerle más daño. Él jamás culparía a su mujer de nada. Mucho menos de desear la muerte a Antonio Ricardo. Sin embargo, ella fue la que pidió el ojo por ojo delante de todas las cámaras de televisión. Y lo pidió hasta por dos veces. Y Lucía también. Y que él mismo, aunque entonces hubiera callado en público por pudor o por miedo, tampoco la había censurado en privado. Ni tampoco había censurado los terribles cánticos espontáneos que los vecinos y amigos del pueblo entonaron a coro aquel día pidiendo lo mismo. Esos gritos desaforados que pedían abiertamente la pena de muerte para Antonio Ricardo, o que directamente lo mataran cuanto antes en la cárcel como a un perro.

Ya lo reza el dicho: cuidado con los sueños porque a veces se cumplen; y aquel sueño se había empezado a convertir en una pesadilla.

—Lucía tiene razón, Isa. Vamos a contestar y a decir eso. Que nos digan qué tenemos que hacer. Pero antes dime una cosa, hija. ¿Hay alguna forma de guardar este correo electrónico?

—¿Para? Ya has visto que nos obligan a borrarlo y escribir encima…

—Pues por tenerlo, por si llegase el caso de que se lo tenemos que mostrar a la Guardia Civil.

Lucía intentó acordarse de las clases de informática que tomó dos años atrás en un curso básico que organizó el ayuntamiento. No encontró ninguna solución al problema. Después hizo una búsqueda en Google. Tampoco.

—Solo se me ocurre hacerle una foto con el móvil.

Sin esperar respuesta, la chica se levantó y le hizo varias fotos al correo, intentando que se viera todo el texto del mensaje amenazante. Era obvio que Marcos había creado la cuenta sin poner datos personales, pero quizá la policía podría investigar más a fondo teniendo la dirección. Y sobre todo, las instrucciones que venían en pantalla.

Después de mandarse las capturas a sí misma por mensaje, Lucía les dio un abrazo a sus padres y se marchó a su cuarto.

—¿Qué vamos a hacer, Álvaro? —preguntó la madre entre lágrimas.

—De momento contestar, y luego ya veremos.

Le dio un abrazo corto y torpe, y se puso a escribir. Las indicaciones eran claras: borrar el mensaje y responder sin enviar nada a nadie, dejando el texto en el mismo borrador inicial.

Álvaro redactó una primera versión escueta. La releyó. No le gustó. La borró por completo. Escribió otra versión un poco más larga y sumisa. Tampoco le convenció. La volvió a borrar. Y así estuvo escribiendo y borrando compulsivamente, una y otra vez en los siguientes minutos eternos, hasta que perdió por completo la noción del tiempo y también la de las palabras adecuadas, si es que existía alguna palabra adecuada para responder a aquella situación imposible y delirante en la que se encontraban metidos.

Cuando por fin, después de mucho dudar y borrar, dejó un mensaje en el que se mostraban dispuestos a recibir instrucciones, se fijó en su mujer, que yacía en el sofá con los ojos mirando hacia el infinito.

No les había bastado con un infierno la primavera pasada, ahora les tocaba un segundo. Uno más largo e impredecible.

Y en ese momento ninguno se imaginaba hasta qué punto.

Hotel

Marcos se alojó en un hotel en el pueblo vecino, un lugar donde el tiempo parecía transcurrir a un ritmo pausado, entre campos de olivos, encinas y viñedos. La fachada del hotel, de ladrillo visto y letreros luminosos medio fundidos, contrastaba con la oscuridad de la última hora de la tarde y el silencio del entorno. Por supuesto, usó una identificación falsa. Un nombre inventado, una profesión ambigua. La ducha, con su agua caliente y el vapor empañando el espejo, le recordó a Lucía en bragas y camiseta. Una imagen fugaz que le provocó un amago de erotismo, que reprimió bajando la temperatura del agua.

Terminó y, a pesar del frío, tuvo tiempo para detenerse frente el espejo. Había vuelto a ponerse en forma. Desde aquel día en el que vio la noticia de la desgracia de esa familia, no solo ideó el plan, sino que se propuso mejorar su estado físico. Había perdido dos kilos a base de ayuno intermitente y ejercicio regular. Las abdominales se le marcaban sin llegar a lucir el ansiado *six-pack*. Todavía quedaba tiempo hasta el verano para conseguirlo. Se recortó la barba de las dos últimas semanas y también usó la máquina para recortarse el pelo. Se había convertido en un experto *autopeluquero* y en un artista del disfraz que no tenía nada que envidiar al mismísimo Mortadelo. Llevaba varios juegos de lentillas de colores diferentes en el neceser y varios pares de gafas, tanto graduadas como de sol. También unos rellenos de gomaespuma para meterse en la boca y que le abultaran las mejillas al más puro estilo Marlon Brando como el Vito Corleone de El padrino. Dientes postizos, peluquines, diferentes atuendos como monos de trabajo, batas médicas o trajes de etiqueta completaban su repertorio de *outfits.*

Gracias a esa pericia camaleónica ni la poli ni los rivales lo tenían fichado más allá de alguna leve sospecha indemostrable. Se había convertido en un fantasma que operaba a lo largo de la Costa del Sol y también, en ocasiones, al otro lado del Mediterráneo sin que nadie lo hubiera echado el guante. De momento.

No le costaba trabajo seducir mujeres, si era necesario, para obtener información o para otro tipo de artimañas que necesitase. También, como era obvio, para su propio disfrute personal, aunque procuraba no encariñarse demasiado. No siempre lo conseguía. Contemplarse desnudo delante del espejo revitalizó su libido y volvió a acordarse de Lucía. Se dio un bar de bofetadas en la cara y se echó agua en la cabeza antes de meterse de nuevo en la ducha para quitarse los pelos que se había recortado con la máquina y que le molestaban en la piel. Se masturbó de forma rápida y aséptica y terminó con un buen chorro de agua muy caliente.

Cuando se secó, se sentó frente al portátil. Soltó un suspiro de alivio al descubrir que los padres habían borrado su mensaje previo y escrito uno en el que se mostraban dispuestos a colaborar. Pensó en llamar a Max, pero decidió esperar un poco; no sabía cuál sería el comportamiento de esos padres y no quería darle a su jefe el mensaje de forma tan rápida porque era más que probable que cuando les contase todo con detalle, se lo tuvieran que pensar mucho más tiempo. No había garantías de que aceptaran por más que se lo hubiera contado así a su jefe. Aunque algo tenía que hacer para librarse del acoso al que Max lo sometía desde hacía más de un año.

En el mensaje, los padres aseguraban que no avisarían a la Guardia Civil y que estaban dispuestos a colaborar. Pero que no entendían nada de todo aquello. Que ya habían sufrido mucho. Le pedían por favor que les dejasen tranquilos, y vivir en paz. Un mensaje ambiguo y lleno de miedo que, de momento, era válido.

El muchacho se vistió con algo cómodo y ligero, un pantalón de chándal oscuro y una camiseta blanca. Le rugían las tripas y bajaría a picar algo al bar antes de meterse en la cama a ver alguna serie de las que tenía descargadas en el portátil.

Ya en la cafetería del hotel, pidió un bocadillo de lomo con tomate y un tercio de cerveza. Esa noche no tenía que conducir y podía permitírselo. El camarero, un tipo grande y con un mostacho que le cubría el labio superior, le preguntó que si se quedaba muchos días. Él dijo que esperaba que no, y siguió engullendo el bocata. No estaba para entablar conversación con nadie. Y mucho menos cuando accedieron a la cafetería del bar una pareja de guardias civiles. Se maldijo por haber bajado sin gorra y sin gafas, y por mucho que se tocase en los bolsillos, no encontró nada con lo que ocultarse.

¿Qué coño andarían haciendo dos picoletos tan tarde en un día tan desapacible en la cafetería de un hotel?

—Dos cortados, Sergio —pidió el más alto—. Buenas noches —dijo mirando hacia Marcos, que saludó con la cabeza y con la boca llena sostuvo un escueto hola que apenas se entendió.

Los guardias charlaron del mal tiempo que hacía, y bromearon con el camarero acerca de mojarse el culo y coger resfriados.

—Por aquí no suele llover mucho, pero cuando lo hace… —dijo uno de los guardias dirigiéndose a Marcos.

Este tan solo afirmó con la cabeza mientras siguió masticando el bocadillo, acto que ya había usado como excusa para no soltar una palabra con el camarero y que en ese instante usó con el guardia.

El picoleto se giró y apuró su café. Pagó y se marcharon del local dando, otra vez, las buenas noches. Marcos levantó la cerveza a modo de despedida.

—Buena gente estos picoletos —dijo el camarero mirando a Marcos, que volvió a asentir con la cabeza.

Terminó el bocadillo y pidió otra cerveza. Se levantó de la barra y se sentó en una mesa pegada a la ventana desde la que se admiraban unas bonitas vistas a la sierra de las Villuercas. Había caído la noche, y solo se intuía un verde dominante sobre unas montañas que coronaba un pico de piedra desolado. Una fina lluvia regaba el campo y salpicaba la ventana, creando un ambiente íntimo y protector.

No se fijó en el patrulla de la Guardia Civil aparcado al otro lado de la calle. Cuando lo hizo, se convenció de que el guardia de antes

le observaba.

El puente romano

Lucía se pasaba las horas en las redes sociales, un refugio virtual y anestesiante donde la realidad se difuminaba entre filtros y poses estudiadas. Esa mañana sus padres le habían conminado a que les echara una mano en diversas tareas del negocio. Se tuvo levantar a las ocho de la mañana, con lo que ella detestaba madrugar.

Primero tenía que ayudar con un pedido de cerveza porque el encargado de hacerlo estaba enfermo. En la nave industrial en cuestión hacía un frío inmisericorde, el temporal estaba azotando la provincia con una fuerza inusual. Goteras caían por diversos lugares del techo y formaban charcos de agua sucia en el suelo. Las manos se le congelaron a la muchacha, que no quiso usar guantes a pesar del ofrecimiento de su padre. Después de cargar toda las cajas, que fueron muchas, ya que se avecinaba la Semana Santa, también tuvo que ir al bar a descargar y a rellenar las cámaras frigoríficas.

Terminó sobre las doce de la mañana y también tuvo que ayudar a su madre a hacer la compra para preparar los aperitivos y tener reserva suficiente de pizzas precocinadas y perritos calientes para las noches siguientes. Era el jueves previo al Viernes de Dolores y debían de tenerlo todo listo de cara a una semana que se avecinaba de mucho trabajo.

Así que cuando terminó, se tumbó agotada y de mal humor en la cama y se abstrajo con el teléfono. Miró con apatía centenares de fotos de chicas que lucían modelos de infarto y que tenían miles de «me gusta» en las publicaciones.

Se levantó de un brinco y se miró al espejo. Se tocó las caderas y consideró que después de la Semana Santa se pondría a dieta. Había descuidado su alimentación y su estado físico en los últimos

meses, en parte debido al calvario por el que estaba pasando su familia.

Ella podría tener todos esos seguidores y *likes* si se lo propusiera, solo tendría que perder unos kilos, fortalecer sus glúteos y, sobre todo, enseñar más carne. Que para eso tenía una talla noventa y cinco por la que la mayoría de los tíos babeaban cuando lucía, nunca mejor dicho, escote.

«¿Y por qué esperar?»

Se puso ropa deportiva, se motivó diciéndose que, ya que aquellas vacaciones no iba a salir porque le tocaba trabajar en el bar, se pondría ya mismo con la rutina para mejorar su condición física.

Unas mallas negras con un ribete fucsia, una camiseta transpirable de manga corta y una sudadera con capucha, que le regaló su hermana, fueron su atuendo. Además de unas deportivas que le tomó prestadas también a Belén y que nunca devolvió.

Se le escapó una lágrima cuando terminó de atarse los cordones. Le costó levantarse de la silla y volver a mirarse al espejo. Había pasado menos de un año, pero para su rostro habían pasado más de cinco, al menos. Se sentía más vieja, más pesada, con menos energía. El reflejo devolvía una mujer, ya no una joven, una mujer con casi veintidós años, una mujer con sueños que habían quedado aparcados, en suspenso, mientras la pena la consumía como un cáncer silencioso.

Era hora de despertar, de salir del letargo.

Se giró con decisión renovada; su habitación era un romance al caos, con ropa aquí y allá, y la cama sin hacer. La persiana a medio bajar, como si la luz de la calle la hiciera daño cual vampiresa. La subió hasta el tope. Echó al cesto de lo sucio la mitad de la ropa (con la promesa que luego la lavaría), y la otra mitad la dobló y la metió en el armario y en cajoneras. Se maquilló de forma sutil, al fin y al cabo iba a hacer deporte, no de cotillón de Nochevieja. Se perfumó y se echó a la calle.

Lo que ella no sabía era que alguien la vigilaba.

Serpenteó con agilidad por las calles del pueblo hasta llegar a la principal, a la altura de la Plaza del Cristo, la cual cruzó a toda velocidad, y se encaminó hacia el cementerio. No es que tuviera la

idea preconcebida, pero, dado que le pillaba de paso, lo ideó en el último momento: bajó la cuesta hasta el camposanto, y una vez allí, se dirigió al nicho de su hermana. No se santiguó porque ella no era de esas cosas. Tan solo miró el nombre de Belén. Se emocionó. La tiró un beso y abandonó el cementerio en dirección a la vía verde, una antigua vía de ferrocarril que nunca llegó a usarse y que ahora era un lugar idílico para pasear y hacer deporte.

El camino de tierra compactada discurría suavemente entre campos de olivos centenarios y ofrecía unas vistas espectaculares a las dos sierras principales que rodeaban y protegían su pueblo como dos gigantes dormidos. Un paisaje austero pero hermoso que regalaba a los sentiros un profuso verdor en las laderas gracias a las abundantes lluvias recientes, un verdor húmedo y brillante que parecía resonar de alguna manera con la incipiente y todavía muy frágil esperanza que empezaba a sentir Lucía por primera vez en muchos meses.

Tomó aire y aceleró el paso.

Al hacer esto se giró hacia atrás y lo vio.

Una figura humana haciendo lo mismo que ella. No le dio importancia.

Siguió a su ritmo y sin mirar atrás, concentrada en el disfrute y en la liberación de endorfinas. Al cabo de un par de kilómetros se desvió hacia el puente romano, un puente granítico medieval que era así conocido por todos en el pueblo. En mitad de un inmenso prado, rodeado de flores y pasto, y parcialmente derruido por una riada que lo dotaba de un aspecto más romántico y decadente, el puente era un lugar perfecto para hacer una parada, retomar fuerzas y respirar el aire más puro que nadie hubiera respirado nunca.

Le estropeó el momento encontrarse con la figura humana. Sintió una punzada de miedo y cogió una piedra de tamaño medio, con el borde afilado y se la escondió en el bolsillo, donde depositó la mano.

Se sentó en dirección al intruso, que, cuando llegó, le dio los buenos días.

En cuanto ella lo reconoció, se levantó de un salto, sacó la piedra del bolsillo y tensó su cuerpo como un animal acorralado.

—¿Se puede saber por qué me sigues?

Levantó las manos con las palmas apuntando a Lucía para pedir calma.

—Solo estoy paseando, hace un día estupendo.

—¿Te piensas que soy gilipollas? ¿A que llamo a la guardia civil ahora mismo?

Lucía hizo el amago de marcar en su teléfono móvil.

—Puedes hacer lo que quieras; cuando se presenten yo ya no estaré aquí y a ver qué explicación les das. Pero sobre todo yo no lo haría por el mensaje que leísteis ayer en el email.

A Lucía le entró una náusea al recordar la velada amenaza contra su persona.

—Qué valiente eres, ¿no? Con una chica indefensa y donde no hay nadie. Puto cobarde, ¿te crees mejor que Antonio Ricardo?

—Ey, ey, relaja. Yo no voy a hacerte nada. Yo solo soy un mensajero.

El tono del chico cambió y dio una apariencia de sinceridad que descolocó a Lucía. Sonrió, ella se fijó en sus dientes blancos y en su nariz respingona. El tipo iba en manga corta y marcaba bíceps y pectoral. En otras circunstancias le hubiera resultado muy atractivo.

—Claro, tú eres un santo.

—Repito que yo no voy a hacerte nada. Tan solo quería decirte que les digas a tus padres que esto va en serio. Y que revisen el email. Hay instrucciones más concretas. Lo debéis mirar todos los días de ahora en adelante y contestar inmediatamente.

—¿Y si no, qué? ¿Me vais a hacer lo mismo que Antonio Ricardo? ¿Lo mismo que a mi hermana?

—No seré yo, te lo aseguro. Pero quien me envía no es alguien que no cumpla sus advertencias.

—Amenazas, mejor dicho. ¿No?

El chico se encogió de hombros. Y con una leve sonrisa, se largó a la carrera por dónde había venido.

Lucía se dejó caer en el suelo, apoyó su espalda en una de las pocas piedras que quedaban en pie y que formaban la barandilla del vetusto puente. Rompió a llorar.

A unos cien metros y antes de coger el camino de vuelta al coche, el chico se giró y contempló a Lucía, derrotada, en el suelo.

Y no le gustó verla así y prosiguió un camino que él pensaba que era hacia adelante, sin saber que cada paso suponía un abismo entre él y su objetivo. Quizá si hubiera caminado hacia atrás, hacia donde se encontraba la chica, no hubieran sucedido todas las cosas terribles que sucedieron después.

Bandera

La oficina del capitán Torrent, un espacio austero y funcional, reflejaba la rutina gris de la vida policial. La luz fluorescente, fría y aséptica, iluminaba el desorden ordenado de papeles y expedientes que cubrían su escritorio. El capitán, con la mirada fija en la pantalla del ordenador, redactaba un correo electrónico dirigido a su superior, un informe rutinario que se sumaría a la montaña de burocracia.

En ese momento, la subteniente Valverde entró en su despacho. Su figura menuda, pero enérgica, contrastaba con la pesadez del ambiente.

—¿Quién se ha muerto ahora, Julia?

—Qué alegría hablar contigo por la mañana temprano, mi capitán.

—No estoy para tonterías, dime qué ocurre y déjame seguir con esto.

—Hay una novedad respecto al caso de Antonio Ricardo.

Torrent resopló. Era un caso que no debería existir. Un caso que debió pillarle de vacaciones o de baja o fuera de la Tierra. El caso más espinoso de su carrera. Nunca debió hostigar de esa forma a una familia con un golpe tan duro como la pérdida de una hija.

Abrió la carpeta azul que le trajo la compañera. Examinó con detalle el informe que contenía, y la cerró.

—¿Y esto qué quiere decir?

—Joder, jefe. ¿No te parece raro que ese monitor deportivo entrase veinte días después de que trasladasen a Ricardo a Castellón II y pidiera el traslado una semana después de que lo matasen?

—Pues no, la verdad. No entiendo mucho del trasiego de personal en una cárcel. Supongo que el tipo se sintió mal después

de aquello. Además, ya lo interrogamos y su versión de que se fue al baño cuando ocurrió todo cuadra con lo que nos contaron los compañeros de la cárcel…

—Deberíamos haber puesto escuchas y *rabo* a todo el personal de Castellón II y no lo hicimos.

—Por favor, Julia, ¿tú te piensas que el jefe nos iba a autorizar tanto gasto del dinero del contribuyente para indagar en la muerte de un tipo así?

—Del asesinato.

El capitán volvió a resoplar.

—Acércate con Samuel o Rafa e interroga todo lo que tengas que interrogar. Si encuentras algo extraño, te curras un buen informe para presentar a su señoría. Pienso que es una pérdida de tiempo, pero allá tú.

—Gracias, mi capitán.

La subteniente se cuadró, dio media vuelta sobre sí misma y salió del despacho con paso decidido.

Torrent se quedó mirando fijamente durante unos segundos la puerta cerrada por la que acababa de salir su eficaz y tenaz subordinada; en el fondo estaba de acuerdo con el procedimiento de su compañera, sin embargo, no quería. No quería estar de acuerdo con que ese monitor pareciera sospechoso de algo. No quería que se esclareciese ese caso aunque eso fuera en contra de su juramento como agente de la ley y el orden. Nunca le había sucedido en su vida, y esperaba que nunca le volviera a suceder.

Se giró en su vieja silla de oficina y clavó sus ojos en la bandera de España que lo coronaba. Estaba un poco raída por los bordes y algo descolorida de tantos años que llevaba allí. El resto de la estancia era tan espartana como su salario. Con muebles más viejos que los años que él acumulaba en la Benemérita. Y eso ya eran muchos. Se fijó en un agujero de la bandera y, sin saber por qué, se acordó de su hija, que estaba fuera de España trabajando. También de su exmujer y del tipo con el que se acostaba ahora.

Tomó el teléfono y marcó una extensión.

—Julia, espérame fuera.

Cruasán

Max se despertó sobresaltado con el ruido de una moto que resonaba en el exterior de su chalé, un estruendo que rompía la quietud de la mañana en la Milla de Oro. Una molestia que lo llevó a acordarse de todo el árbol genealógico del conductor.

Cinco minutos después, ese mismo conductor levantaba las persianas de su habitación y lo volvía a molestar por segunda vez.

—Vamos, jefe, son las doce del mediodía.

—Me cago en tu madre y en tu moto, Marquitos —verbalizó lo que llevaba rumiando desde que lo despertó minutos antes.

Marcos ignoró la afrenta y le puso sobre la cama una mesa de desayuno con un cruasán a la plancha recién hecho y un café solo. El desayuno que acabaría con la vida de Max antes de que lo hiciera un sicario de una banda rival o la policía.

—No te mato a ti ni a Gregory solo por esto, que lo sepas.

—Ya lo sé, jefe, siempre dices lo mismo. Por cierto, tus perros cada día me quieren más, podría decir que comen de mi mano…

—No te vengas arriba, te respetan porque está Greg, que si no…

Gregory era el principal, más antiguo y casi invisible guardaespaldas personal de Max Sid desde hacía ya muchísimos años, un exmilitar yugoslavo alto, silencioso, flemático y letal en las distancias cortas. Y Marcos y él, a pesar de sus caracteres y orígenes tan diferentes, o quizá precisamente por ello, se compenetraban a la perfección.

El jefe engulló el cruasán de tres bocados y el café de dos sorbos. Quedaba claro que los hábitos alimenticios del capo destrozarían su sistema digestivo y su salud. Porque después, a la hora del almuerzo, caería media botella o una entera de alguno de la

multitud de vinos que conservaba en una enorme bodega subterránea de su casa. Un Chablis Premier Cru o un Cabernet Sauvignon mismo. Depende de si ese día había carne o pescado. Siempre, acompañados de una buena guarnición de patatas fritas o asadas.

—Has venido antes de tiempo. Anoche no habían respondido.

—Ni lo harán, jefe. Les tendríamos que dar más plazo.

—No hay más tiempo, Marcos. Me dijiste que tres meses serían suficientes para que la cosa con la Guardia Civil se enfriase. Ya no los vigilan, ¿no?

—He estado estos días vigilándolos, no, ya no están encima de ellos, pero…

—No hay peros, amigo. Si no han contestado hoy, tú serás el máximo responsable. Y tendrás que tomar cartas en el asunto. Y me da igual si llegaste anoche, te vuelves mañana mismo, te llevas la *pipa* y se lo explicas de otra forma.

—Max —Marcos se plantó delante de su jefe, que se estaba desnudando para meterse en la ducha—. Les mataron a la hija hace menos de un año. Los civiles les han investigado por lo que hicimos nosotros…

—¿Nosotros? —Le interrumpió Max—. No, querido, lo hice yo. Y lo hice porque tú me lo pediste. Me aseguraste que era un buen plan: nos cargábamos a un hijo de puta y a cambio ellos se encargarían de nuestro problema…

—De tu problema…

Max ya estaba desnudo y plantado delante de su lacayo. Al escuchar esas palabras, le puso una mano alrededor de los hombros, lo apretó contra sí, fuerte. Le sacaba pocos centímetros y era más voluminoso que él, también a lo ancho. En un duelo físico no estaba claro quién se impondría al otro.

—Marquitos, Marquitos, Marquitos —reprochó Max—. Mis problemas son tus problemas. Deberías saberlo. ¿Te tengo que repetir que tú me aseguraste que ellos cumplirían su parte?

—Y la cumplirán, solo tienes que darles más tiempo.

Max lo apretó más, cambió la mano del hombro al cuello y le hizo una especie de tenaza.

—¿Tú crees que un tipo como yo llegó a donde estoy dando más tiempo a los que me deben cosas? —Ironizó—. No, mi amor, no. Llevas mucho tiempo conmigo para venirme ahora con estas.

Marcos se zafó del abrazo de oso que le estaba propinando Max.

—Maximiliam —enfatizó—, llevo exactamente el mismo tiempo contigo que tú conmigo. Y nunca te he fallado. Admito que me precipité, que debería haberte pedido más plazo al inicio. Ahora te pido que, por todo lo que nos une, confíes en mí.

Se miraron a los ojos por un tiempo indeterminado que ninguno de los dos supo calcular. Max chasqueó la lengua como muestra de su hastío y señaló a Marcos con el dedo índice.

—Tienes dos semanas. Ni un día más. Si no hay ningún avance, no seré tan comprensivo.

—Un mes. Dame un mes y todo habrá acabado. Si en cuatro semanas no se ha solventado el asunto de la dama, lo haré yo. O me pegas un tiro.

Max tensó su cuerpo. Su entrepierna, de forma inesperada, bizarra y grotesca para la situación, reaccionó como si una de sus últimas rubias estuviera de rodillas delante de él. No se avergonzó, sino todo lo contrario. Sonrió y volvió a señalar a su lacayo.

—Creo que eres el primer hombre que me pone cachondo, Marquitos. No te lo creas mucho, eh.

Ambos sonrieron.

—Tápate eso o vete a la ducha —bromeó Marcos.

Max le hizo una peineta y desapareció tras la puerta del cuarto de baño.

Marcos suspiró. Había conseguido el tiempo que consideraba necesario para seguir con el plan. Sin embargo, a los Lázaro-Lafuente no les bastaría con una eternidad para cumplir con la exigencia.

Aceptarlo

Dado que no respondieron a la siguiente comunicación en los borradores del correo electrónico, Marcos escribió uno nuevo en el que los emplazaba para una cita en persona. La premisa era clara: nada de policía o habría consecuencias.

—¿Por qué no nos dijiste nada hasta ahora, Lucía? —preguntó Álvaro.

—Porque no os quería preocupar. El chaval solo me pidió que respondierais.

—¿Y cómo se supone que debemos responder? —intervino Isabel —. ¿Cómo podemos contestar a una propuesta así?

—Pues aceptando —respondió la niña.

—¿Aceptando? —dijo Álvaro—. ¿Tú sabes lo que realmente nos están pidiendo, no?

—Pues claro, no soy tonta.

—¿Y cómo se supone que vamos a eliminar a una persona? Porque eliminar ya sabes lo que significa.

Lucía se quedó callada. El silencio se apoderó del salón. La calefacción ya estaba apagada porque abril templaba las temperaturas, aunque no lo suficiente: el frío climatológico de la estancia acompañaba con precisión al frío emocional que sentía aquella familia rota.

—Es esa persona o yo, lo pone bien clarito —dijo ella para romper el silencio.

—Por favor, hija. No digas eso —pidió Álvaro.

Lucía se levantó. Se fue a su habitación subiendo las escaleras de dos en dos, y los padres se quedaron a solas en el salón, mirándose

sin saber qué decir. A los pocos minutos la chica bajó vestida de deporte.

—¿Te vas a ir sola?

—Claro, no me va a pasar nada. De momento —hizo hincapié en estas dos palabras—. Ah, y si no vais vosotros a esa reunión del viernes, iré yo. Y como se os ocurra avisar a la Guardia Civil, responderé yo al email advirtiéndolo. Y a ver si así cambian de objetivo.

La chica se largó dando un portazo que retumbó en los oídos de Isabel como si de un bombazo se tratase. Lo que hizo que se le saltasen las lágrimas y tuviera que doblar las rodillas para sentarse en el sofá a llorar.

Álvaro, por su parte, puso los brazos en jarra y paseó por la estancia. Con la rabia que solo alguien a quien han matado a una hija y amenazan la vida de la que le queda puede sentir.

Abría y cerraba los ojos, como queriendo escapar de la realidad, como si esos pestañeos que hasta le dolían le pudieran transportar a otro lugar en el que nada de eso estuviera sucediendo. No había pasado ni un año del asesinato de su hija pequeña y ahora amenazaban la vida de la mayor si no realizaban una atrocidad. Y además tenían la Semana Santa encima, con todo el trabajo que eso les suponía. Es más, ya debía irse de vuelta al bar después de la pausa para comer que se había tomado.

Y la reunión sería en Viernes Santo, al amanecer.

Se avecinaban noches en vela.

La vía

Marcos se despertó antes del amanecer. La oscuridad aún envolvía el paisaje, pero un tenue resplandor anunciaba la llegada del nuevo día.

Se había alojado, por precaución y estrategia, a cincuenta kilómetros del lugar de la reunión con los padres. A pesar de que le gustó el hotelito del pueblo cercano en el que hizo noche el día que le entregó el mensaje a la familia, no vio prudente volver a alojarse allí. Quizá el picoleto con el que cruzó miradas estuviera por allí husmeando. No sabía qué tipo de guardia era, si de los que se lo toma en serio o de los que está solo por el empleo y sueldo de funcionario. Así que decidió curarse en salud.

La cita era a las nueve en punto y él iba con mucho adelanto. Había elegido e inspeccionado la zona la tarde anterior, para verificar si, en caso de que los padres se hubieran asustado y avisado a las autoridades competentes, la huida resultaría fácil. Encontró al menos un par de caminos por los que se podría escabullir, y acudió pronto a la cita para tenerlo todo controlado.

Álvaro e Isabel, por su parte, debían asistir a pie a la cita, era mandatorio o de lo contrario no habría reunión y sí consecuencias. Esas famosas consecuencias taladraban el cerebro de Álvaro Lázaro y de Isabel Lafuente. Lo llevaban taladrando desde que recibieron el primer email, y en ese momento, camino de la vía por la carretera de Berzocana, lo percutían de una forma que les era imposible olvidarlo. Allí fue donde desapareció el rastro de su hija Belén un año antes.

No habían dormido apenas, la noche anterior cerraron el bar a las cinco de la madrugada, ya que el Jueves Santo era el día de más

afluencia de público y en el que incluso retiraron las mesas del local para crear una improvisada pista de baile en la que los asistentes bailaron las canciones más escuchadas de una lista de reproducción seleccionada por Lucía, que era la más puesta en eso de la música moderna.

Dos cabezadas rápidas en el sofá, dos duchas y dos cafés antes de cambiarse de ropa para acudir a la cita. Dejaron a Lucía durmiendo en su cuarto, después de amenazarla con un castigo severo si los acompañaba. La chica protestó hasta la saciedad, pero cayó derrotada por tanto esfuerzo físico y mental. Eso facilitaba las cosas para el matrimonio, que no tendría que lidiar con la joven y con el desgraciado que iba de niño bueno, pero que les estaba extorsionando de una forma que nadie podría imaginar.

—Abre tu hermano, ¿no? —preguntó Isabel, con la mente en el negocio puesta.

—Sí, no te preocupes que él estará allí a las doce como un reloj.

—Me preocupa más que la gente rumoree si nos retrasamos en la apertura, me da igual el resto.

Álvaro la tomó de la mano e iniciaron el descenso de la cuesta que les habría de llevar a la vía. Pasaron por delante del nuevo centro de salud y no se imaginaron que horas después podrían acabar allí.

Cuando llegaron al lugar indicado, un viejo y oxidado intercambiador de máquinas locomotoras, destinado a cambiar el sentido de las mismas, se estremecieron por culpa de una ráfaga de viento mañanero. Pasaban cinco minutos de las nueve y estaban un punto más nerviosos por haber llegado tarde.

—Espero que no nos hayan visto en el ambulatorio.

—¿Por qué? Simplemente vamos a caminar como algunas veces.

—¿Jueves Santo? Joder, Álvaro, la gente sabe que cerramos el bar apenas hace cuatro horas.

—Que piensen lo que quieran…

—Tendríamos que haber ido por el cementerio, así al menos tendríamos una excusa.

El caso es que el hombre no había caído en ese detalle cuando obedeció en el hecho de ir sin coche.

Pasaron otros diez minutos más y nadie apareció por allí, lo que inquietó más a la pareja.

—Como todo esto sea una broma de mal gusto…

—Ojalá sea así, ¿no?

La mujer se lo quedó mirando, seria, triste, agotada.

—¿Cómo estamos seguros de que esta gente acabó con el desgraciado de…? —Isabel no pudo terminar la frase porque, para ella, el asesino de su hija era un innombrable que no debería volver a pronunciar nunca.

—Bueno, nos dieron detalles de cómo fue todo, cosas que los guardias nos contaron cuando nos interrogaron.

—Esos detalles salieron en prensa, Álvaro.

El hombre se encogió de hombros. La mujer puso los brazos en jarra. Resopló, miró en todas direcciones y finalmente dictaminó.

—Si en diez minutos no ha venido, nos vamos, borro el email ese y listo. Me parece a mí que esto es una locura que nos hemos buscado nosotros mismos.

—Tú misma, será…

Isabel apretó las mandíbulas. Se giró y con una mano abierta golpeó la cara de su marido, como si fuera un golpe de esos concursos de soportar los guantazos.

—¡¿Qué haces?! —preguntó con la mano en la mejilla.

—Cagarme en la madre que te parió, Álvaro. ¿De qué leches estás hablando?

—Que te tenías que haber quedado calladita y no pedir tanta justicia…

—Desgraciado, eres peor que… —calló antes de reanudar el reproche—. Si hubieras puesto en su sitio al hijo de puta del vecino la primera vez que la niña nos dijo que la miraba, ahora no estaríamos aquí, estaríamos con ella en casa, los cuatro.

Álvaro cogió a su mujer de los hombros y la zarandeó.

—¡¿Ahora tengo yo la culpa? ¿Ahora la tengo yo?!

Hombre y mujer se echaron en cara todo lo que habían ocultado y guardado en su interior durante esos meses en aquel lugar en el que su hija fue vista por última vez con vida. Ese rencor contra el ser querido es peor que el que se profesa al ser odiado, porque es un

tipo de rencor que no quieres sacar por no hacer daño a la otra persona y que, sin quererlo, te consume por dentro.

Los dos rompieron a llorar, apartados el uno del otro, como si un abismo los separara, hasta que el canto de un gallo los sacó del trance y anunció la llegada de un utilitario gris que debía de ser del emisario.

El chico, que llevaba una boina y una gabardina oscura que le daba un aire a uno de los personajes de Peaky Blinders, se bajó del coche y levantó la mano como si creyera con derecho a saludar. A medida que avanzaba hacia ellos, la pareja dudó de si se trataba del mismo hombre, ya que tenía un aspecto diferente: gafas ahumadas, y un afeitado perfecto.

—Buenos días —dijo.

La pareja no respondió.

El muchacho se giró y contempló el sol, que emergía por la sierra de San Cristóbal e iluminaba el Viernes Santo de un pueblo que despertaría más tarde de lo habitual.

—¿Cómo estamos seguros de que vosotros os encargasteis de Ricardo? —preguntó Abel.

El muchacho hizo un amago de sonreír. Manoseó su teléfono móvil hasta que dio con lo que buscaba.

—Pensé que no lo iban a preguntar nunca —le ofreció la pantalla, aunque retiró la mano en el último minuto—. ¿Están seguros?

—¿De qué? —preguntó la mujer.

—De saber la verdad.

Los dos asintieron al unísono. Y entonces, el muchacho pulso el *play* y les mostró el vídeo.

La cara de los dos fue mutando de incomprensión a extrañeza. Y, finalmente, a horror cuando escucharon los gritos que el asesino de su hija profería, pasto de las llamas. Álvaro apartó la vista, no así Isabel, que contempló el vídeo hasta el final con gesto de rabia y de asco. Cuando el vídeo se detuvo al fin en la imagen borrosa del cuerpo en llamas de Ricardo, Isabel se dio la vuelta y vomitó los dos cafés que se había tomado, dejando un reguero negro y amarillo sobre el óxido del intercambiador ferroviario.

Un silencio se instaló en aquella vieja estación abandonada, un silencio de los que piden que algo o alguien lo rompa.

—Dinos entonces cuál es el siguiente paso —dijo Abel.

—Lo primero, decirle a su hija que salga de detrás de aquellos matorrales.

La pareja se giró en la dirección que el chico indicaba con el dedo de forma vaga. Lucía, al saberse descubierta, apareció detrás de unas zarzas y se encaminó hacia el intercambiador.

—¿Qué eran esos gritos? —preguntó ella.

El padre y la madre callaron, e Isabel abrazó a su hija después de reprocharla el hecho de que hubiera acudido a la cita.

El muchacho volvió a enseñar el vídeo en el móvil, pero Álvaro le apartó la mano de un guantazo que tiró el teléfono al suelo.

—Ni se te ocurra.

Hubo un cruce de miradas al estilo de un western, pero el muchacho decidió dejarlo correr porque entendió a aquel padre. Se agachó a recoger el teléfono, pero Lucía fue más rápida y se escabulló del abrazo de su madre y se alejó unos metros de ellos para visionar el vídeo. Cuando lo terminó, se lo entregó al chico que le hizo una especie de reverencia.

—Así que tú solo eras un correo, ¿no?

—Y así es, como tú comprenderás, yo no estaba en ese lugar.

—Ya —replicó la niña, incrédula.

Lucía se fijó en el renovado y elegante *look* del chico y lo encontró todavía más atractivo, sensación que no le gustó nada. El muchacho cayó en las ojeras y el aspecto de no haber dormido de la chica, y le pareció que tenía un aire a actriz de película independiente de esas que tanto le gustaban, y le resultó muy interesante.

—No me has contestado. ¿Qué hay que hacer para saldar esta deuda que decís que tenemos con vosotros —intervino Abel.

—Ya lo saben.

—Sí, pero a quién hay que eliminar. Y, sobre todo, ¡¿cómo?! Somos gente humilde que no ha hecho daño a nadie nunca…

—Esa persona es un familiar de Antonio Ricardo.

—¿En serio?

—Y sabía de las perversiones del tipo.

La familia se quedó parada en el tiempo y en el espacio. Como si algún ser divino hubiera pulsado el botón de detenerlo todo. Lucía lagrimeaba sin apartar la vista del muchacho.

—¿Cómo se llama? —dijo ella.

—Eso no importa, yo les daré a tus padres toda la información que necesitan…

—No, me la vas a dar a mí.

Eva

Eva Kaufman acababa de cumplir hacía unas semanas, y en una celebración íntima con cinco amigas, cuarenta primaveras.

Aunque lucía el mismo culo respingón y bien puesto que cuando cumplió los treinta. Y es que Eva hacía honor al dicho de que los cuarenta son los nuevos treinta. Su rutina era bastante sencilla: se levantaba a las ocho y cuarto de la mañana todos los días excepto los que salía de fiesta (que se acostaba a la misma hora más o menos); su hija entraba al elitista y carísimo colegio bilingüe internacional a las nueve y media, y el autobús la recogía a las nueve y cuarto, con lo cual le daba tiempo de sobra para prepararlo todo. Era una hora ideal que no la obligaba a irse pronto a la cama y pegarse el madrugón.

La acompañaba a la parada casi siempre enfundada en las mallas y el cortavientos para salir a correr una vez que el autobús se pusiera en marcha, menos los miércoles que desayunaba con una amiga antes de irse a hacer deporte. Caminaba desde su casa en la zona de Nagüeles alto hasta el paseo marítimo y allí corría por unos veinte minutos dándose un buen baño de sol (o de agua si lo permitían la primavera y el verano); regresaba y completaba el cardio con una rutina de media hora de entrenamiento funcional con su propio peso corporal. Aunque algunos días lo cambiaba por un poco de baile deportivo.

Desayunaba sobre las doce del mediodía, según mandaba el protocolo de ayuno intermitente que seguía como si fuese una religión(menos los miércoles sociales, claro, que era otra especie de fe). Después le dedicaba un pequeño tiempo al que en su día fue su principal fuente de ingresos: la de agente inmobiliaria de lujo. Hace

años se dedicaba en cuerpo y alma y se ganaba un buen salario, en esos momentos de su vida solo le dedicaba una hora al día, dos cuando tenía que hacer alguna visita. Lo hacía por mantenerse entretenida, y complemento salarial a la pensión que recibía por parte de su exmarido.

Por la tarde recogía a la niña del autobús, la llevaba a extraescolares y en ese tiempo se tomaba un té o cualquier otra infusión en algún bar cercano a las clases de ballet o de inglés de la niña, según tocase.

Por la noche, calentaba la cena que le dejaba hecha la asistenta y charlaban de lo que les había deparado el día. Más tarde, acurrucadas ambas bajo una manta en el enorme sofá blanco del salón principal, veía una serie con la niña primero, y otra sola después, una vez que Virginia, su hija, se quedaba dormida.

Los fines de semana que no le tocaban con ella, aprovechaba para salir y desparramar un poco con sus antiguas amistades. Más de un hombre, o incluso dos, se llevaba a la cama en esos sábados locos.

Esa semana, Gisela, la chica que limpiaba tenía vacaciones de Semana Santa, pero su hija también estaba fuera, de campamento. Así que se levantó un poco más tarde y vagueó porque esa noche tenía plan y prefería descansar. Cuando salió a correr lo hizo sin ganas y distraída, y en el cruce de una calle de su urbanización tuvo un pequeño susto: había poca visibilidad y los coches llegaban bastante pasados de aceleración, hubo de apartarse porque uno casi se la lleva por delante.

Le lanzó un grito al conductor, que bajó las ventanillas y le respondió que ella era la que debía tener cuidado y cruzar antes al carril izquierdo, que contaba con mejor visibilidad.

Llegó a casa alterada y de mal humor, se metió en la ducha y debido al estado de nervios, decidió masturbarse para matar dos pájaros de un tiro: relajarse y regalarse un orgasmo. Esa noche tenía cita con algo más que un amigo con el que había satisfecho sus instintos sexuales un par de encuentros previos. Encuentros en los que el rendimiento sexual del tipo había sido dispar: muy bien la

primera vez, muy regular la segunda. Así que ella ya se dio el primer orgasmo del día por si acaso.

Mientras terminaba de enjabonarse con un gel carísimo y perfumado de cítricos sonó el teléfono. Lo tenía apoyado en una estantería pegada a la ducha, para poder escuchar la lista de reproducción de los últimos éxitos internacionales, por lo que pudo ver el remitente.

—Joder, qué pesado.

La estaba llamando su exmarido, y ella decidió que podía esperar. No obstante, el teléfono volvió a sonar hasta por dos veces más. Así que aligeró el trámite del agua y se secó la mano para no estropear el teléfono de más de mil euros del que presumía.

—¿Qué quieres, Max?

Sicarios

Ya en casa, con la puerta cerrada y echados los cerrojos como si eso pudiera protegerlos del exterior, se desató la penitencia, que para eso era viernes de pasión.

—¿Pero cómo se te ocurre coger el dinero? —gritó Álvaro.

—¿Otra vez, papá?

—Y las que hagan falta, es que no me entra en la cabeza que hayas aceptado. Que no tienes carné.

—Pues para eso es la pasta, para sacármelo. El chaval está de acuerdo.

—No me puedo creer que estés pensando en sacarte el carné de conducir para llevarte por delante la vida de una persona, hija mía —intervino Isabel.

La madre fue la que sacó la verdad a relucir en aquel salón: les habían pedido que acabasen con la vida de una mujer, y el método elegido sería el atropello y posterior huida. De todas las formas de asesinar a una persona, aquella era la que menos posibilidades tenía de que el culpable acabase con los huesos en la cárcel. Marcos les había dado las indicaciones: lugar, mejor día de la semana y rutinas del objetivo. También les había mostrado varias fotos de la mujer en cuestión. Lo memorizaron todo —o al menos lo intentaron— porque no era conveniente indicarles algo tan terrible por escrito. También les había dado dinero para lo que considerasen oportuno.

—Mamá, he escuchado lo que te ha dicho papá en La Vía. Eso que tanto te ha dolido. ¿Quieres que te lo repita yo?

—¿Eso es lo que crees tú también?

Las dos mujeres se miraron y a las dos se les escapaban ríos de lágrimas por el párpado inferior.

—Lo que pienso es que si no hacemos algo me van a matar a mí también. O a vosotros.

—Tenemos que ir a la Guardia Civil. Nos pondrán protección, por Dios.

—Papá, que esta gente ha entrado en una cárcel. ¡En una cárcel para cargarse al vecino! ¿Qué tipo de protección nos van a poner si habrán tenido que sobornar a policías para poder entrar a la prisión?

El silencio volvió a apoderarse del salón, un silencio denso y opresivo, cargado de preguntas sin respuesta. Álvaro, incapaz de contener la rabia, comenzó a dar vueltas por la estancia, tanto que podría llegar a los diez mil pasos diarios recomendados para cuidar el corazón. Isabel, derrotada, se sentó en el sofá y tapó su rostro con las manos.

—Lo que yo sigo sin entender es por qué coño nos extorsionan a nosotros para hacerles el trabajo sucio cuando pueden hacerlo ellos mismos o contratar a alguien…

—¿No le has oído, mamá? Son como una puta secta. Sangre se paga con sangre ha dicho. Y esa mujer es amiga del innombrable y lo tenía que haber denunciado…

—¿Te crees eso? —preguntó Isabel.

—Pues claro, ¿no has visto las fotos que nos ha enseñado?

—Son de hace mil años, vete tú a saber…

—¿Para qué iban a mentir? Esa mujer sabía que Ricardo violó a una chavalita hace años y no lo denunció.

—No sé… yo solo creo que quieren encasquetarnos a nosotros la tarea —respondió Isabel.

—Pero ¿no crees que les resultaría más fácil eliminar ellos a esa mujer en lugar de meterse en una cárcel?

Se produjo un nuevo silencio, de los que provocan las verdades que duelen.

—Hay algo muy extraño en todo esto que yo no alcanzo a comprender, hija. Lo siento —insistió Isabel.

—Yo tampoco lo entiendo, mamá, pero hay que hacerlo. El chaval nos ha dicho que de esta forma no les van a relacionar a ellos con la muerte de esa mujer, no les pueden probar nada. Como a nosotros no nos pueden probar nada por lo de Antonio Ricardo.

—Si le encuentran a él por el pueblo o por su teléfono sí que lo van a pillar. A él y a nosotros si le hacemos caso —intervino Álvaro.

—Ahí te diré que el chaval habrá tomado sus precauciones —dijo Isabel—. Estoy segura de que el teléfono que usa no está a su nombre, ni el coche. ¿No ves la forma de comunicarse que tienen con nosotros? Es casi indetectable.

—Han hecho como un intercambio de crímenes, así nos encasquetan el marrón para que no les relacionen a ellos cuando lo hagamos —dijo Lucía—. Estarán a miles de kilómetros y jamás les detectarán comunicaciones con sicarios.

—Porque nosotros seremos los sicarios… —terminó Álvaro.

Lucía lo miró con lágrimas en los ojos. También a la madre. Después de las explicaciones pertinentes de Marcos, y de sus propias deducciones, entendieron el porqué los eligieron a ellos.

Sangre se paga con sangre.

¿Mala suerte?

Quizá.

Isabel se puso a llorar más, casi, que cuando supo lo de Belén. Quizá se sintió culpable por primera vez por su requerimiento de justicia. Ya no había vuelta atrás.

Sangre se paga con sangre.

Aunque a ella se le pasó por la cabeza la idea de avisar a la Guardia Civil sin que ninguno de ellos se enterase.

Dos teléfonos

Al volante la subteniente Valverde, y de copiloto el capitán Torrent. Julia conducía con la precisión de quien conoce cada recoveco de la ciudad, mientras Leo, a su lado, observaba el paisaje urbano con la mirada escrutadora de quien busca una pieza extraviada. Habían decidido que no lo llamarían para avisarlo. Querían primero husmear en su entorno y después abordarlo al terminar la jornada laboral.

El tipo estaba fuerte, eso había que reconocérselo. Y parecía inteligente, no el típico cachas al que no le llega el riego al cerebro. ¿Por qué? Porque llevaba con el mismo gimnasio más de veinte años, un *gym* de barrio de los que casi han desaparecido fagocitados por las grandes cadenas *low-cost*. Un par de compañeros de la Benemérita eran asiduos de GymFerro, el negocio de Jesús Ferrer y se deshicieron en elogios ante las preguntas de Valverde y Torrent. Esta fidelidad extraña, una resistencia a la modernidad, intrigaba a los investigadores.

Jesús Ferrer era licenciado en INEF y, aparte del gimnasio que poseía, llevaba trabajando de forma puntual para centros deportivos de la provincia de Castellón durante más de diez años. Tanto en públicos como en privados. Así que nadie vio nada anormal cuando entró a trabajar a Castellón II, ya había estado trabajando una temporada en la cárcel de Picassent.

Lo vigilaron durante dos días con sus dos noches a turnos alternos con otros dos compañeros. Nada que reseñar. Pero Torrent tenía un as en la manga y no iba a desperdiciar la oportunidad de liársela al tipo.

Lo abordaron una tarde lluviosa previa a un fin de semana. El sujeto se sorprendió al detectar que lo que la pareja le estaba

mostrando en sus manos abiertas eran dos placas de la Judicial de la Guardia Civil. Recordaba a los guardias, pero así, en la calle le resultó chocante.

—Si nos acompaña, por favor…

Acompañó, no le quedaba otra. Lo sentaron en el asiento de atrás del camuflado. Torrent se puso a su lado y Valverde delante, en el del copiloto.

—Me van a disculpar, pero no sé muy bien de qué va todo esto. Ya les conté lo que sabía, que fue un error de coordinación y que yo no me imaginé que le iban a hacer esa barbaridad…

—Le disculpamos, y lo entenderá usted en un momento.

Le explicaron todo de nuevo: desde su labor, hasta el crimen y posterior investigación en punto muerto.

—¿Entonces qué quieren ahora de mí?

—No sé si lo sabes, pero los policías solemos interrogar más de una vez y más de dos al entorno de la víctima.

—Yo no soy del entorno de la víctima.

—Fuiste de los últimos que lo viste con vida.

—Y nunca me voy a perdonar eso.

—¿Por qué? Si es un asesino y violador de niñas.

Jesús suspiró y miró hacia abajo. Se fijó en sus zapatillas, que ese día lucían sucias debido a la lluvia.

—Les mentiría si les dijera que no me asqueaba el tipo. Pero mi trabajo era el que era. Y creo que en la justicia.

—Dígame, ¿por qué nos ha ocultado que tiene dos líneas de teléfono móvil?

El entrenador titubeó. Y ese titubeo fue el inicio de su fin.

—No me lo preguntaron, tampoco le doy importancia.

—Claro, sobre todo si este teléfono está a nombre de su abuelo muerto —apuntó Valverde.

—Lo uso para… —dudó, de nuevo.

—Tráfico de anabolizantes —sentenció Torrent.

Y ese comentario arrancó una sonrisa en Ferrer.

—Qué va. Disculpe que me ría —comentó el deportista—. Eso es lo que me suele decir todo el mundo.

—¿Entonces? —se impacientó Valverde.

—Sexo virtual —dijo al fin—. ¿Contentos? ¿Me van a detener por *guarrear* con mujeres por internet y teléfono?

Valverde y Torrent se miraron.

—Puede estar tranquilo al respecto —comentó el capitán.

—¿Me puedo ir ya?

—Qué va, hombre —dijo Valverde—. Ahora es cuando se pone interesante la cosa.

—¿Cómo que interesante?

—Interesante porque nos vas a explicar qué amigos tienes en Marbella que te llamaron poco antes de que entrases a trabajar en la prisión; poco antes del incidente con Ricardo.

La autoescuela

Aquel día se levantó con una energía casi febril, impropia de quien llevaba más de una semana —quizá más, ¿quién guardaba ya la cuenta exacta?— acostándose cuando el cielo clareaba sobre las cinco de la madrugada y saltando de la cama antes de las once. Finiquitada la Semana Santa, la noche anterior, contra todo pronóstico, había dormido con la profundidad plácida de un bebé, o al menos eso le pareció a ella, recuperando de golpe todo el sueño perdido; ese sueño que los médicos y las abuelas aseguran que jamás se recupera, como no se recuperan los muertos ni las oportunidades perdidas, aunque ella, esa mañana, parecía empeñada en desmentir al menos una parte de esa verdad popular.

Acudió a la autoescuela cinco minutos antes de que la abrieran y, mientras esperaba, se dedicó a mirar las normas de circulación en una página que encontró navegando con su teléfono móvil.

Ignacio le sonrió al llegar y, tras el sonido metálico de la cerradura al ceder, le franqueó el paso con un gesto cortés.

—Creo que eres la primera que ha llegado antes de que abra en todo el tiempo que llevo con la escuela.

—Espero no ser la última.

Ignacio Ardiles. Más de veinte años enseñando a embragar, aparcar y circular por las calles estrechas del pueblo y las carreteras comarcales. Un negocio modesto, de esos que no dan para hacerse rico, ni mucho menos, pero que le había permitido capear temporales económicos y personales gracias a una virtud esencial en su oficio y en la vida misma: la paciencia. Una paciencia infinita, casi geológica, forjada en aquel rincón de Extremadura donde era costumbre ancestral, casi ley no escrita, que los padres enseñasen a

conducir a los hijos en caminos polvorientos, entre encinas y tractores abandonados. Así se ahorraban unas perras, que las clases —lo sabía bien Ignacio— eran caras, un lujo para muchas familias. El resultado era previsible: más de uno, y más de dos necesitaban hasta tres intentonas para aprobar el teórico, ese filtro abstracto de señales y prioridades, y una vez superado el trámite, se conformaban con una única clase práctica con Ignacio en Trujillo, el lugar donde la Dirección General de Tráfico celebraba los exámenes. Y eso les bastaba para obtener el carné.

Con Lucía la cosa sería diferente. Abel no tenía ni tiempo ni ganas de enseñar a su hija. Sobre todo después de la reunión con Marcos. Y es que enseñar a conducir a una hija con el objetivo de atropellar a una persona no lo haría ningún padre. Al menos un padre decente.

La hija, por el contrario, dilapidaría todo el fajo de billetes que le entregó Marcos en sacarse el carné. Se lo puso sobre el mostrador a Ignacio que se sorprendió al ver la cantidad de dinero.

—¿Dónde vas con tantas perras, muchacha?

—Si te lo pago todo, me haces descuento, ¿no?

—No sé, nunca me había pasado esto…

—Entonces también soy la primera. Ya van dos hoy.

Ella sonrió, pero a Ignacio, aunque lo intentó, no le salió la sonrisa. El profesor le explicó las tarifas y Lucía hizo los cálculos en el móvil.

Le entregó doce billetes de cien euros.

—Toma, para treinta clases y todo lo del teórico. Los diez euros me los perdonas, ¿no?

El hombre asintió con la boca abierta.

—¿Y si al final necesitas menos clases?

—No, no, seguro que las necesitaré porque quiero aprobar a la primera y conducir muy bien. Y si es alguna más, pues te la pago o no sé… ¿me la regalas?

Ignacio, aunque intentó disimularlo tras una profesionalidad forzada, no pudo evitar que su mente conectara los puntos: el asesinato de Belén, la posible indemnización, la repentina fortuna de la chica… Decidió que lo más prudente era no hacer más preguntas,

aceptar el dinero y cambiar su gesto de pasmo por una sonrisa forzada. Era mejor no hurgar en heridas ajenas, sobre todo cuando venían acompañadas de tanto dinero contante y sonante.

—Faltaría más.

Se agachó con esfuerzo, rebuscó en el caos ordenado de una cajonera metálica y, al incorporarse, le tendió el libro de la teoría y una carpeta con los primeros test de práctica.

—No te preocupes, si ya me lo he descargado. Lo llevo casi por la mitad.

—Qué aplicada. Pues en aquel ordenador puedes ponerte con los test. Ahora por la mañana no doy clase, es por la tarde a las siete. ¿Te pasas luego?

—Claro, y ¿cuándo me puedo presentar al teórico?

—No sé, date un mes o así. Cuando no tengas errores en ningún test durante al menos una semana.

—Eso será justo la semana que viene.

Ignacio sonrió de la inocencia de la chica.

—Veo que vas con prisa.

—Solo un poco.

—Está bien. Si a finales de la semana que viene no tienes ningún fallo, te solicito el examen.

—Te propongo otro trato. Si este viernes no tengo fallos en, digamos, cien test, me lo solicitas el mismo viernes.

La 'O' que se dibujó en la boca de Ignacio no fue solo de sorpresa, sino de una rendición momentánea ante una determinación que rozaba lo fanático. Cien test sin un fallo en apenas cuatro días. Era una locura. Pero la chica parecía tan segura, tan dispuesta a todo, que no pudo negarse. Al fin y al cabo, pensó, si suspendía, el baño de realidad se lo daría ella misma, no él. Sería un fracaso exclusivamente suyo.

Lo que ignoraba es que Lucía no tenía ninguna intención de suspender.

Le iba la vida en ello.

O, para ser exactos, la muerte.

Atracción

Marcos se jugaba mucho en todo aquello. Las órdenes eran claras: había que eliminarla, y durante casi un año lo llevaba postergando por varios motivos. Algunos más importantes que otros.

Uno de esos motivos, quizá el que él mismo revestía de una importancia moral en sus soliloquios internos, era la aversión visceral a mancharse las manos de sangre, ya fueran las suyas propias —sudorosas ahora sobre el teclado— o las de alguno de los matones a sueldo cuyos números guardaba en un teléfono «culebra», tipos sin rostro ni escrúpulos. Porque sí, llevaba años bajo la férula implacable de Max Sid, años en los que la violencia —rápida, eficaz, a menudo brutal— había sido herramienta cotidiana, moneda de cambio en un mundo sin reglas escritas; había roto huesos, amenazado hasta quebrar voluntades, coaccionado en innumerables ocasiones hasta perder la cuenta, pero nunca, ni una sola vez, había cruzado esa línea invisible y definitiva, nunca había provocado lo que en la jerga cínica del negocio llamaban una "baja definitiva". Aún no era ese tipo de hombre, o eso creía.

Le daba vueltas a todo esto mientras tecleaba en el ordenador un mensaje para Lucía y sus padres. La luz azulada de la pantalla alumbraba su rostro en la penumbra de la habitación, un habitáculo impersonal y aséptico desde donde manejaba los hilos de aquel asunto turbio y lejano.

Lucía.

Calculó que la chica tendría tres, quizá cuatro o cinco años menos que él, y no podía negar que le atraía, aunque no de una forma simple, no era exactamente deseo lo que sentía al pensar en ella, o no solo eso. Era más bien una mezcla compleja de interés

genuino, una curiosidad casi morbosa por esa combinación insólita de fragilidad aparente —la de una víctima reciente— y una determinación que rozaba la temeridad, visible en la forma en que le sostuvo la mirada en aquel encuentro fugaz. La muchacha tenía valor, un coraje nacido de la desesperación y el odio, sin duda, y poseía además esa belleza fresca, un poco salvaje, que la tragedia reciente no había logrado marchitar del todo, sino quizá acentuar con un halo oscuro.

En otras circunstancias, en una vida paralela que lo hubiese alejado de Max, le hubiera gustado conocerla más, conocerla mejor. Ahora no podía permitirse el hecho de intimar con ella.

«Un momento. ¿Y por qué no?».

¿Por qué habría de privarse de una buena noche —o varias— de placer?

—Porque le han matado a la hermana y tú eres un cerdo, pero no tanto —se dijo a sí mismo en voz alta.

No obstante, la muchacha había tomado la iniciativa mientras él cavilaba sobre ello.

En el borrador del email apareció un texto que solo ella podría haber escrito.

«He aprobado el teórico, voy a empezar con las clases con el coche, aunque me vendrían bien unas extra porque en un par de semanas tendré el práctico».

Aquello se había convertido en un juego, con unas piezas maltrechas sobre el tablero, un juego peligroso. Pero un juego al fin y al cabo.

Ya tenía cita y plan para el día siguiente: primeras clases prácticas de conducción con la muchacha.

La antena

Max recibió una llamada que no esperaba, y eso, en su negocio, en el delicado ecosistema de lealtades compradas y violencias tácitas que él regentaba, casi nunca era buena señal.

—¿Por qué me llamas a este número? ¿Estás loco?

—Te llamo desde un locutorio a tomar por culo de casa, que me he chupado dos horas de carretera para llamarte. Mucho más seguro que el teléfono que tú usaste para ponerte en contacto conmigo.

—¿Qué estás diciendo?

Hubo una pausa. Una de esas incómodas en las que se quiere decir mucho y se atreve poco. Y es que cantarle las cuarenta a Max Sid, aunque fuera protegido por la distancia y la tecnología de una línea teóricamente segura, suponía un acto de valentía extremo.

Se habían conocido años atrás, una eternidad en la medida del tiempo de sus vidas al límite, en el ambiente peculiarmente tenso y competitivo, oloroso a sudor, linimento y ambición desmedida, de un congreso de fitness. Sid, con su olfato infalible para los negocios turbios y las debilidades humanas, ya trapicheaba entonces con anabolizantes, un mercado en plena y febril expansión: el de los cuerpos esculpidos a golpe de química prohibida, un universo gigante de gimnasios con música atronadora, espejos que devolvían imágenes distorsionadas y vanidades infladas artificialmente, donde faltaba un proveedor fiable, discreto y con producto de calidad. Y él, Max Sid, un holandés corpulento y sin escrúpulos, con una mezcla imbatible de audacia, contactos en los bajos fondos y una brutalidad selectiva y ejemplarizante, se había erigido en ese hombre: El Proveedor, así, con mayúsculas reverenciales en el mundillo, el referente ineludible para conseguir esteroides ilegales y hormonas

de crecimiento en todo el sur de Europa, desde Lisboa hasta Nápoles.

Jesús usaba el teléfono culebra, ese que estaba al nombre de su abuelo fallecido, con la intención de mostrar sus genitales en mensajes que intercambiaba con alguna que otra mujer. Y también lo usaba para el menudeo de esteroides. Ese era el número que guardaba Sid y el número que los habría de poner a los dos en el foco de la Benemérita.

El monitor ya no trapicheaba al nivel de años atrás, cuando se pudo pagar hasta un pequeño barco que después tuvo que malvender a un pescador de Castellón. En este instante de su vida, ese insignificante tráfico de sustancias para aumentar músculo tan solo le permitía darse pequeños caprichos como viajes o alguna noche loca de fiesta en Barcelona.

Y dado que Jesús Ferrer no era tan valiente, ni tenía tanta confianza con Max como antaño, lo único que hizo, cuando se creyó fuera del radar de la Judicial, fue informar del problema de forma más rápida y aséptica que pudo, como el que se quita una tirita cuando la herida todavía no está sanada.

—Así que ya estás destruyendo todo lo que te implique a ti y a mí, claro.

Max se recostó en su sillón de cuero italiano, contemplando las vistas de tejados blancos, antenas parabólicas y el azul irreal del mar a través del ventanal panorámico de la terraza de su chalé. Se pensó la respuesta, sopesando el riesgo —mínimo, a su juicio— frente a la paranoia de un subordinado asustado y prescindible.

—Aquí viven más de cien mil personas. Hice la llamada desde número seguro y en lugar seguro, público y con mucha gente alrededor. No me va a pasar nada ni a ti tampoco, siempre y cuando mantengas la boca cerrada. Así que haz el favor de desaparecer, vete a uno de esos viajes tuyos a Cuba o a Santo Domingo a meterla en caliente, y no me vuelvas a contactar nunca.

—Te digo lo mismo.

Jesús colgó sin dar tiempo al holandés a responder, dejando su teléfono con un pitido molesto. Y eso es algo que a Sid le repateaba, algo que le dolía más que un puñetazo en la boca del estómago. Lo

maldijo en las tres lenguas que dominaba. Esa llamada sí que no había sido segura, ya que por mucho locutorio remoto desde el que llamara, la antena de repetición más cercana ubicaría la llamada en los alrededores de su casa, y sobre todo porque esa línea estaba a nombre de su empresa legal, esa que comercializaba batidos proteicos. Y él sabía que la policía y la Guardia Civil tenían muy buenos métodos de geolocalización de teléfonos. Si le hubiera llamado a otra línea de las muchas que conseguía, los investigadores solo llegarían a algún congoleño o senegalés cuyos huesos blanqueaban ya el fondo del estrecho de Gibraltar. Pero en esa línea y con esa antena de repetición…

Le dieron ganas de ir a destrozar esa puta antena que sentía como una cámara de seguridad sobre su nuca, quería quemarla igual que habían quemado a aquel desgraciado que Marcos encargó asesinar.

Marcos.

Él y sus ideas.

Se agendaría un nuevo teléfono, ni siquiera usaría los que guardaba en la caja fuerte junto a los billetes de quinientos y la Glock; y lo llamaría, lo llamaría hasta que le contestase o le prendiese fuego a su móvil. Necesitaba cumplir el encargo para ayer.

Necesitaba, con una urgencia que ahora le quemaba en el pecho como un ácido, que su exmujer, esa fuente constante de problemas legales, chantajes emocionales y potenciales filtraciones a la policía, desapareciera de la faz de la tierra antes de que la Guardia Civil, tirando del hilo insidioso del teléfono de Jesús Ferrer o de cualquier otro cabo suelto que él desconociera, decidiera hacerle una visita formal a su preciado chalé y empezara a hacer preguntas incómodas.

La olla

Se le pegaron las lentejas. Isabel tenía la cabeza en otro lugar. Quizá en el cielo, si es que existía ese cielo para las niñas asesinadas. Quizá en la playa, esa playa de arena blanquísima a la que su hija siempre quiso viajar en cuanto se sacase el carné de conducir. Quizá en una mujer estampada como un muñeco roto contra el parabrisas de ese coche con Lucía al volante.

El caso es que nunca se imaginó que el hecho de que Antonio Ricardo muriera de forma tan terrible pudiera trastocarle la vida más de lo que ya se la había trastocado cuando su pequeña fue asesinada.

Tiró las lentejas por la taza del inodoro y sin pulsar la cadena se sentó después sobre el mismo. A llorar. Pensó que ya no podría salirle ni una sola lágrima más porque las había agotado todas. Pensó que su cuerpo empezaría a echar en falta hasta las sales minerales que perdía a ritmos alarmantes después de un año de llanto indiscriminado.

Se fijó en la olla. Una vieja olla que había heredado de su abuela y que pesaba el doble que las modernas de acero inoxidable. Y lo ricas que salían las lentejas ahí, y los garbanzos, y las judías. Aunque ahora el fondo solo albergaba una masa negra y marrón que apestaba como debió de apestar el cuerpo quemado de Ricardo.

Había pensado en cumplir con la tarea ella misma. Hacía mucho tiempo que no conducía, pero eso era como montar en bicicleta. Se pondría en contacto con el tipo que los estaba extorsionando, pediría el coche que le habían ofrecido y viajaría con él hasta Marbella o hasta el fin del mundo con tal de que su Lucía no se manchase las manos y el alma para siempre. Lo haría sola, se escaparía de noche

antes de que la niña se sacase el carné y se llevaría el Passat de su marido para que no pudieran seguirla.

Aunque también cabía otra posibilidad, quizá más sensata, o quizá más cobarde: comentárselo a Álvaro, compartir con él la carga insoportable de aquellas intenciones que la estaban devorando por dentro, y hacerlo entre los dos. Y sacar así a Lucía de esa macabra ecuación de venganza y muerte antes de que fuera demasiado tarde, antes de que la niña cruzara un umbral sin retorno y se convirtiera en lo mismo que más odiaban en el mundo. Pero Álvaro... Álvaro estaba tan roto como ella, o quizá más, perdido en su propio laberinto de dolor silencioso y rabia impotente.

Todos los días desde que recibieron el encargo, Isabel había salido de su casa al atardecer con la firme determinación de llegar hasta el puesto de la Guardia Civil del pueblo y confesarlo todo, pero siempre se volvía a mitad de camino, cuando llegaba a la Mina. Allí contemplaba el ocaso con ese cielo ocre y violáceo y se arrepentía; como si aquel viejo lugar sepultara sus ganas de hacer lo correcto.

¿Lo correcto?

¿Qué era lo correcto?

¿Que el asesino de su hija saliera a los veinte años y le hiciera lo mismo a otra chica?

¿Que una mujer a la que no conocía (y que supuestamente era partícipe de las andanzas de Antonio Ricardo) siguiera con vida y su Lucía muriera también?

No, nada de eso era correcto y ella no iba a dejar que sucediera.

Se pondría en contacto con el joven que cumplió la promesa que hizo aquel día en el bar y ella solita solucionaría el asunto. Y asumiría todas las consecuencias. Proteger a su hija era lo único decente que le quedaba por hacer en este mundo.

El pilón

Álvaro sentía el agotamiento en cada hueso, un peso plomizo que se le adhería al cuerpo y al ánimo. Si la Semana Santa, con su procesión de turistas despistados, cofrades sedientos y familiares que volvían al pueblo, había sido una paliza de horas interminables tras la barra del bar, el reciente puente de mayo no le había ido a la zaga, encadenando jornadas maratonianas desde el desayuno hasta bien pasada la medianoche. Odiaba cuando las fiestas se apretaban así en el calendario, casi solapándose; apenas diez días entre una y otra no daban tregua, no eran suficientes para recuperar el sueño perdido ni las energías menguantes que a su edad ya no sobraban, ni mucho menos para poner en orden el caos que llevaba dentro, ese desorden silencioso y persistente.

Y menos aún, claro, en la situación límite, casi irrespirable, de amenaza velada y miedo constante, en la que se encontraba él, su familia.

Porque la niña, su Lucía, con esa determinación acerada y aterradora que le había nacido directamente de la pena y de la rabia, había aprobado el examen teórico en una semana escasa, un récord absurdo y peligroso en aquellas circunstancias, y ya andaba pidiéndole el coche a todas horas, con una insistencia que le ponía los pelos de punta, argumentando que en las dos primeras clases prácticas con Ignacio Ardiles —ese hombre paciente y bonachón al que ahora veía casi como un cómplice involuntario del horror que se avecinaba— ya había aprendido a arrancar, a meter primera y segunda sin que el motor calara, y a circular un poco por las calles vacías y silenciosas del pueblo. Como si conducir fuera solo eso, una

mecánica simple, y no un instrumento potencial para llevar a cabo una locura irreparable.

Aquel jueves por la noche, después de bajar la reja metálica del bar con el estruendo familiar que rompía el silencio expectante del pueblo ya dormido, un jueves anodino y sin historia aparente en el calendario pero crucial en su fuero interno, se quedó un rato a solas, sentado en un banco de la plaza, dejando que el fresco de la noche le calmara la piel y la mente. Observó el reloj del ayuntamiento, cuyas agujas, caprichosas o simplemente averiadas, escasas veces en su memoria marcaban la hora correcta: siempre solía ir atrasado entre cinco y diez minutos, como si fuera un adolescente melancólico que se resistiera al paso implacable del tiempo, empeñado en vivir en un perpetuo y ligero desfase con la dolorosa realidad del presente.

Y al mirar el reloj, se acordó, precisamente, con una punzada de dolor agudo en el pecho, de su hija Belén. Se acordó de su risa cantarina y sus coletas volando al viento mientras correteaba por aquella misma plaza cuando todavía tenía los viejos y entrañables jardines alrededor del pilón central, unos jardines algo descuidados, sí, pero llenos de vida, de niños jugando y de abuelos tomando el sol, y ella, Belén, era tan solo una niña feliz, luminosa.

En el silencio nocturno, roto solo por el ladrido lejano de un perro, se escuchaba el rumor constante y tranquilizador del agua en el pilón, la fuente central y corazón histórico de la plaza, donde los cuatro chorros que brotaban monótonos de la parte superior de la columna de granito repiqueteaban con una cadencia hipnótica al caer sobre el agua oscura, quieta y misteriosa del abrevadero circular de piedra desgastada por años de uso; ese mismo abrevadero donde, no hacía tanto tiempo, apenas unas décadas que ahora parecían siglos, los animales de labor —mulas pacientes, burros sufridos, algún caballo de los señoritos— calmaban su sed al volver del campo al atardecer, y donde las mujeres del pueblo, con las faldas remangadas y los brazos enrojecidos por el frío y el jabón casero, lavaban la ropa blanca de los señoritos y la más sufrida de sus propias familias, entre risas cómplices, chismes compartidos a media voz y canciones tristes de trabajo.

Se levantó del banco y se acercó a mojarse las manos. Observó su reflejo en el agua y una lágrima se le resbaló por la mejilla áspera de barba incipiente, como si sus ojos secos y agotados tuvieran de pronto envidia de la fuente inagotable que no paraba de manar agua día y noche, verano e invierno, indiferente al dolor humano, ajena al sufrimiento y a la muerte.

Debía hacer algo. Si la vida ya la tenía desbaratada desde el asesinato de su pequeña, no podía consentir que su mayor se arruinase la vida con más sangre. Ellos ya habían pagado su parte, se dijo a sí mismo. No iban a limpiar la basura de otros. Acudiría la Guardia Civil y lo haría al día siguiente en cuanto se levantase. Mandaría a Lucía lejos, quizá a las Canarias, sí, a Tenerife, con aquella prima segunda suya, hija de una prima de su madre, con la que apenas se hablaba desde hacía años, desde una disputa familiar por una herencia ridícula, pero que, estaba casi seguro, entendería la urgencia de la situación —o al menos la parte edulcorada que él le contaría por teléfono— y se tragaría la verdad a medias, la historia inventada sobre una crisis nerviosa postraumática o la necesidad imperiosa de un cambio de aires radical que él pensaba improvisar con la mayor convicción posible

Ellos asumirían toda la violencia que aquel niñato imponía, Porque a pesar de que el tipo aseguraba con aplomo ser solo un mensajero, un intermediario sin poder de decisión, Álvaro tenía claro, con la certeza irracional pero firme que da el instinto de un padre acorralado, que era mucho más que eso, que era una pieza clave y peligrosa en aquel engranaje violento.

Estaba decidido, esa noche tampoco dormiría apenas, pero al despertarse haría esa llamada a su prima y, después, visitaría el cuartel de la Guardia Civil.

Lo que no sabía Álvaro, es que mientras se alejaba del pilón de la plaza, alguien ya se había adelantado a sus planes.

Clases extra

Marcos madrugó porque había quedado con Lucía. Estaba nervioso y eso no le gustaba. Era trabajo, y el trabajo no debía alterarle lo más mínimo o podría cometer fallos. Y en su forma de vida no podía permitirse error alguno.

Se había citado con ella a la salida del pueblo, a donde Lucía acudiría fingiendo que hacía deporte. Fingiendo o no, porque, según le había contado, llevaba dos semanas saliendo a correr para ponerse en forma. Apenas clareaba, una luz gris empezaba a teñir el horizonte plomizo; la vio aparecer al trote bajo el arco sombrío del puente, una figura solitaria y resuelta en la quietud del amanecer extremeño. Vestía unas mallas que dejaban ver sus generosas curvas que se habían comedido por el plan de deporte y dieta de la chica.

La muchacha se desvió hasta el camino de tierra en el que Marcos tenía estacionado el coche. Se montó de un salto ágil en el asiento del copiloto, sin saludar, sin apenas mirarle, con la respiración agitada

—Arranca

—¿Para dónde tiro?

—Todo recto, yo te indico.

Marcos obedeció cual pretendiente enamorado y salió a la carretera. La chica le pidió que girase a la derecha. Tomaron la circunvalación que rodeaba al pueblo al que dejaron acostado sobre la ladera de la sierra, todavía dormido, como la mayoría de sus habitantes en aquel viernes de primavera.

Lucía siguió con sus indicaciones y Marcos condujo por carreteras que serpenteaban entre dehesas de encinas. Rodearon la pequeña

sierra que albergaba el pueblo y se adentraron en un valle de un río que discurría, manso, al sur de la localidad. Pasaron por la presa de un pantano rebosante de agua primaveral que reflejaba un cielo casi raso, como una fotografía de postal, y poco después llegaron a otro más pequeño, un azud, donde la chica pidió que se detuviera.

En el lugar reinaba una quietud que imponía. Solo se escuchaban a los pájaros y el discurrir del río entre la pequeña presa. Se trataba de un lugar perfecto para una cita romántica de adolescentes faltos de cama propia para sus fechorías carnales. El propósito de aquel encuentro, sin embargo, no era el sexual.

—¿Me cambias el sitio? —pidió la chica.

Marcos no respondió de inmediato. Giró lentamente la cabeza para mirarla de verdad por primera vez y se encontró de lleno con unos ojos de un sorprendente marrón claro, casi ambarinos, bajo la luz matinal que se filtraba por la ventanilla, enmarcados por unas profundas ojeras violáceas; unos ojos parecidos a los suyos, solo que más grandes y más expresivos, que le sostuvieron la mirada con una intensidad directa, desconcertante, sin rastro alguno de coquetería ni de miedo aparente. Solo determinación.

—¿Es que tenemos tiempo?

Lucía también se fijó en la barba de tres días del muchacho y, sobre todo, en su boca. Una boca que albergaba unos labios gruesos que, en otras circunstancias, no le habría importado besar. Una boca que curvó sus comisuras hacia arriba en un amago de sonrisa, detenida justo cuando se quitó el cinturón de seguridad y abandonó el coche.

—¿A qué hemos venido si no?

Los dos jóvenes salieron a la intemperie de una mañana en la que, junto a la masa de agua y la sombra de las encinas, refrescaba; la temperatura no superaba los diez grados y un viento suave, cargado con el olor limpio y húmedo del río y de la tierra mojada, provocaba una sensación térmica aún inferior, obligándoles a encogerse instintivamente y a frotarse los brazos. El paisaje, no obstante, merecía un resfriado: una dehesa verde, casi fosforescente, como no recordaba Lucía. Un verde efímero provocado por las intensas lluvias de marzo y las no tan intensas de

abril. Las encinas de copas ovaladas se extendían como hormigas por toda la llanura y el río partía el terreno en dos, como si le diera envidia de tanta belleza junta y quisiera separarla.

Marcos se detuvo un momento a contemplar el paisaje, tan distinto a su hábitat natural de los últimos años, un lugar lleno de cemento y de turistas. Había decidido disfrutar de aquellas vistas y de aquella paz, aunque la muchacha le sacó de su ensoñación.

—Vamos, que se nos hace tarde.

Él resopló y le entregó las llaves a la chica, que se sentó en el asiento del conductor y arrancó antes de que Marcos ocupase el del copiloto.

—Tranquila, Senna.

—¿Qué dices?

—Que te lo tomes con calma, que no quiero acabar en el fondo del pantano —Marcos sonrío.

—Estoy calmada.

—Bien, entonces será mejor. ¿Conoces los tres pedales para qué son?

—Claro, hombre, no soy tonta aunque lo parezca.

Lucía pisó el embrague, que estaba más duro que el del coche de Ignacio, y metió primera.

—Ey, ey, ¿qué haces? —Marcos intentó detenerla. Para ello sujetó con fuerza el freno de mano.

—¿Pues no lo ves? Meter primera y arrancar.

—Pero ¿sabes?

—Claro, llevo ya tres clases con la autoescuela.

Marcos hizo un amago de calmarse; después reculó.

—Ve con cuidado. Despacio al soltar el embrague…

Lucía le ignoró y levantó el pedal del embrague.

¿Consecuencia?

El coche dio dos tirones y se caló.

—¡Joder! Si lo he hecho despacio.

—Vamos a ver, alma de cántaro. En la autoescuela tendrán un diesel, ¿no?

—Creo que sí.

—Esto es gasolina. Es diferente, no te permite tanto margen con el embrague.

Lucía no supo bien cómo interpretar esa información. Ella solo había tocado el coche de la autoescuela en su vida. Y apenas viajaban con el de su padre, por lo que su conocimiento automovilístico era escaso tirando a nulo.

Con una paciencia que se sorprendió a sí mismo de poseer, una paciencia que nunca empleaba en su vida normal, Marcos instruyó detalladamente a Lucía para que extremara la lentitud y la suavidad al levantar el pie izquierdo del embrague, buscando ese punto exacto de fricción casi imperceptible, ese instante mágico en que el motor empezaba a transmitir el movimiento a las ruedas, mientras aceleraba muy suavemente, casi con miedo, con el otro pie. Ella, concentrada como si le fuera la vida en ello —y en cierto modo así era—, mordiéndose el labio inferior, tras dos intentos fallidos más que acabaron en nuevos calados y alguna que otra maldición ahogada por su parte, finalmente lo consiguió: el coche empezó a moverse con una suavidad casi milagrosa . El chico se maldijo por haber accedido a esas lecciones de conducción para acelerar el proceso de aprendizaje de su sicario particular. La chica serpenteó, a no más de cuarenta kilómetros por hora, por las carreteras adyacentes al azud, desiertas en esos momentos, aunque sin saber lo que podía aparecer detrás de una de las curvas, especialmente cerradas, que recorrían.

Después de algo más de media hora de idas y venidas por la misma carretera solitaria, con Marcos corrigiendo posturas, indicando trayectorias y, sobre todo, intentando mantener la calma, dio por finalizada la peculiar y tensa lección. Ella, sin embargo, con la adrenalina aún recorriéndole el cuerpo, solicitó repetir la experiencia al día siguiente, a la misma hora y en el mismo sitio, con la misma determinación. Él, que en un principio pensó negarse —aquello era tentar demasiado a la suerte, exponerse sin necesidad—, terminó cediendo de nuevo, casi contra su voluntad, ante una sonrisa cansada pero satisfecha que la muchacha le dedicó por primera vez desde que se conocían. Una sonrisa que le descolocó por completo, que le hizo sentir algo cálido y peligroso en el pecho.

Y así, contra toda lógica y prudencia profesional, pasaron cinco días más, cinco madrugones clandestinos en parajes solitarios de la comarca extremeña; cinco lecciones improvisadas junto a ríos, pantanos o dehesas perdidas, en los que Lucía, combinando estas prácticas furtivas con las clases oficiales con el bueno de Ignacio, mejoró notablemente sus habilidades al volante, adquiriendo una soltura en el manejo del cambio y una confianza en sí misma que empezaron a preocupar a Marcos por motivos cada vez más contradictorios y confusos.

Lo que ninguno de los dos jóvenes esperaba, lo que no entraba en el guion previsto por nadie, ni por ellos mismos ni por los que movían los hilos desde la sombra, era que en esas clases extrañas, en esa intimidad forzada y antinatural del habitáculo del coche, rodeados de paisajes hermosos y silenciosos, no solo Lucía aprendiera a dominar el embrague del gasolina y a trazar las curvas con cierta gracia, sino que ambos empezaran a… ¿a apreciarse? Quizá fuera una palabra demasiado grande y comprometida. Pero Lucía parecía valorar sinceramente la paciencia inesperada y la calma de su profesor improvisado, tan distinta a la imagen que proyectaba. Marcos, por su parte, tampoco esperaba sentir esa punzada de deseo cada vez más nítida, casi dolorosa por lo inoportuna, cada vez que la chica regaba sin querer el aire confinado del coche con su perfume fresco y juvenil, un olor a limpio y a campo, al moverse en el asiento por las mañanas o al inclinarse para ajustar el retrovisor. Una atracción absurda, peligrosa, completamente fuera de lugar dadas las circunstancias.

La chispa saltó un día que Marcos puso la mano sobre el pomo de la palanca de cambios y, por accidente —o no—, se encontró con la mano de Lucía. Se miraron y se dijeron cosas con los ojos que ninguno estaba dispuesto a asumir.

Y cuando acercaron un tanto sus cabezas acortando la distancia que separaba sus bocas, un golpe en los nudillos sobre el cristal rompió el momento mágico.

Esos nudillos pertenecían a un hombre uniformado de verde cuyo rostro le resultó familiar a Marcos.

Mi coronel

Aquella mañana luminosa y tibia de la costa, la subteniente Julia Valverde se enfundó, no sin cierta resignación y un suspiro ante el espejo, el traje oficial de la Guardia Civil.

Sus ojos, de un verde profundo, casi musgo, un rasgo sorprendente herencia de alguna abuela irlandesa o asturiana perdida en su árbol genealógico, le iban a juego con el color benemérito del uniforme, una coincidencia cromática un tanto absurda que a veces le arrancaba una sonrisa irónica al mirarse al espejo.

En el salón del impersonal y casi diáfano apartamento en la popular barriada de Miraflores que les habían asignado como morada para aquella misión, le esperaba el capitán Torrent, enfundado, también, en su uniforme pertinente.

—¿Cómo has dormido?

—Bastante bien, la almohada era cómoda. Tú has madrugado mucho, ¿no?

—Mi habitación da a un patio en el que se oye todo. ¿Aquí la gente folla por la mañana temprano en lugar de por la noche o qué?

La subteniente se echó una carcajada.

—El caso es que follen, mi capitán, que hay que procrear…

—Sí, sí.

Torrent cambió la vista al suelo hasta avistarse las botas negras, casi brillantes, avergonzado de lo que acababa de decir. Se había separado de su mujer medio año atrás y estaba bastante renegado de las mujeres y de las relaciones. Por su parte, Valverde, quince años más joven, se hallaba en una vorágine de parejas que van y

vienen como si fueran groupies de estrellas del rock. Siendo ella, en este caso, la *frontwoman* de una banda de moda.

Subteniente y capitán, Julia y Leo, fingían con una estudiada y mutua profesionalidad no tener mayor interés personal el uno por el otro, más allá del respeto jerárquico debido y una cierta camaradería algo forzada, forjada en las trincheras de investigaciones compartidas, a menudo sórdidas y desagradables. No es que tuvieran que viajar con demasiada frecuencia, pero cuando lo hacían, a la hora de irse cada uno a sus aposentos, se instalaba entre ellos un silencio de los que llaman incómodos; de esos que no quieres romper por miedo a meter la pata y al final acabas metiéndola hasta el fondo por no hablar y postergar lo impostergable. Desde que Leo le había confesado, en un momento de debilidad etílica y sinceridad brutal meses atrás, los detalles más escabrosos de su separación —incluso desde antes—, ella sabía, con esa intuición femenina que rara vez le fallaba en lo personal y en lo profesional, que tarde o temprano acabaría compartiendo sábanas revueltas y fluidos corporales con su atractivo, inteligente y melancólico superior. Lo que no sabía era cuándo ni donde, y prefería no forzar las cosas.

—La reunión es a las diez, ¿no, mi capitán?

—Diez y media, me ha escrito un mensaje Sabino. Nos da tiempo a desayunar de sobra.

Se echaron a la calle con la intención de recorrer el menor trayecto posible —ir vestidos de uniforme no animaba mucho al paseo—. Pararon en la primera tasca que se encontraron, y se fijaron en cómo un par de contertulios se fijaban, a su vez, en ellos. Uno era un tipo flaco, nervioso, con la piel pálida y la mirada huidiza, con toda la pinta de exyonqui rehabilitado o en proceso intermitente de rehabilitación; el otro, a su lado, contrastaba por su aspecto pulcro y cuidado, bien vestido con una chaqueta azul oscuro, atractivo a su manera, con un aire de tipo duro y, por consecuencia, la pinta caricaturesca de ser, o al menos querer parecer, un detective privado de novela negra clásica.

Después de un desayuno sorprendentemente bueno para el aspecto humilde del local, genial de precio y de calidad —el pan era

de pueblo, denso y sabroso, el aceite picual de primera y el café con el punto de amargor exacto—, salieron a la calle de nuevo, sintiéndose un poco más humanos y preparados para la batalla burocrática que les aguardaba en el cuartel.

Allí les esperaba el coronel Ángel Sabino, un veterano de esos que llaman curtido en mil batallas, una frase hecha que, como bien sabían Torrent y Valverde, solía ocultar más años de intrigas de despacho y medallas de permanencia que de acción real y peligrosa en la calle. Un tipo que ya había perdido la perspectiva de la investigación ordinaria si es que en algún momento llegó a conocerla. El problema fundamental era que Sabino pertenecía a esa estirpe de mandos de la vieja guardia, formados durante la dictadura o la primera transición, nostálgicos de un orden jerárquico, una disciplina cuartelera y una España uniformada que ya solo existían en su cabeza y en los cuartos de banderas. Si por él fuera, todos sus subordinados llevarían tricornio, hasta los que actuaban de incógnito. Por eso se uniformaron aquel día Torrent y Valverde.

Unos compañeros los guiaron por pasillos largos, silenciosos y abrillantados, con olor a cera y a desinfectante, hasta la puerta del despacho del jefe, una puerta de madera oscura que un guardia barbilampiño golpeó hasta escuchar al otro lado la autorización para el acceso. Una vez dentro contemplaron la estancia, que parecía sacada de los tiempos del NO-DO, un auténtico y polvoriento museo de la España eterna y cuartelera: banderas de distintos tamaños y épocas por doquier —en mástiles de sobremesa, en cuadros con marcos dorados, sobre la propia mesa de trabajo—, muebles de oficina de formica oscura y diseño funcionalista, claramente antiguos, robustos y sufridos, cuadros con retratos oficiales de todas las autoridades políticas y militares posibles —desde el Rey actual y el emérito, hasta el último ministro del Interior— colgando torcidos en las paredes de gotelé color crema. Solo faltaba, para completar el cuadro costumbrista, la bandera con el águila presidiendo la pared principal tras la mesa del coronel, aunque Valverde sospechó conociendo la fama de Sabino, que la tendría guardada con llave y naftalina en alguno de los cajones de su imponente mesa de

despacho, para ocasiones especiales o para contemplarla en la intimidad de su particular nostalgia.

—Buenos días, mi coronel —saludó Torrent al mismo tiempo que los dos visitantes se cuadraban.

El coronel era un tipo corpulento, con una buena mata de pelo cano y un bigote a juego. Se levantó, les dio la bienvenida y les invitó a sentarse.

—He estado viendo lo que nos solicitan y he hablado con el inspector jefe de la Policía Nacional, porque eso aquí es de su jurisdicción.

—¿Y qué le han contestado, mi coronel? —intervino Valverde, y se ganó una mirada reprobatoria de su superior.

—Que están en ello, subteniente. Que tienen sus procedimientos internos, sus prioridades y sus tiempos, como es lógico

—¿Y los compañeros con los que hablé, mi coronel? —preguntó Torrent.

Días antes, el capitán había contactado con compañeros de la Judicial de Marbella, debido a esa geolocalización del teléfono que llamó a Jesús Ferrer en el municipio de Marbella. Esos compañeros se ofrecieron a ayudar en lo que estuviera en sus manos.

—No van a venir —contestó Sabino—. Y no me ponga esa cara, capitán. Cuando los de la Nacional nos faciliten las imágenes de las cámaras de videovigilancia, podrá revisar todo lo que quiera y si necesita algo, lo tendrá que solicitar después.

—Con el debido respeto, mi coronel…

—Señor Torrent, usted sabe las normas. Primero pide, y se le concede lo que se puede. Ahora mismo mis hombres se van a entretener con este caso.

—¿Tan ocupados están? —inquirió Valverde.

—Subteniente, estoy hablando con el capitán, su superior. Le pido que me deje terminar y cuando acabe, ya si eso, y si lo considero pertinente, me puede hacer las preguntas necesarias. Aunque no hay mucho que preguntar, ya que la situación es la que es.

—Mi coronel —intervino Torrent con los ojos clavados en la sien de su compañera—. Disculpe a Valverde, está un poco alterada con

el caso, porque la verdad es que se las trae.

—Pues no entiendo por qué le dan tanta importancia, capitán.

—Disculpe, mi coronel. No entiendo…

—¿Qué no entiende?

Valverde le dio una patada a su compañero por debajo, lo que volvió a atraer la atención del capitán. Se miraron y la subteniente le hizo un gesto con los ojos: quería largarse de allí lo antes posible.

Sin embargo, Torrent no se iba a dejar amilanar.

—Mi coronel, asumo que la víctima no es, precisamente, alguien a quien el pueblo le vaya a llorar mucho. Pero nuestro deber es hacer nuestro trabajo. Si un juez dictaminó…

—Un juez, menudo juez…

—Mi coronel, le agradezco que no me interrumpa —Torrent levantó el tono de voz y provocó que los ojos de Sabino se agrandasen como si fuesen los de un sapo a punto de reventar—. Repito que por muy mala persona que sea la víctima, nadie tiene derecho a impartir justicia por su mano. Lo que nos diferencia de los animales es nuestro sentido del raciocinio. Si nosotros, que somos los que debemos velar por la seguridad de los ciudadanos, ignoramos estos hechos de violencia, el mundo se convertiría en un caos.

El coronel se quedó callado unos largos y tensos instantes, contrariado, con el rostro congestionado, quizá sopesando la respuesta adecuada o tan solo digiriendo la inesperada y contundente reprimenda dialéctica de su subordinado. El silencio en el despacho se hizo denso, casi palpable, solo roto por el zumbido lejano del aire acondicionado.

—Cuando me avisen de la Nacional les haré llegar un mensaje. Hasta entonces, estoy muy ocupado.

Se levantó Sabino y no se dignó a moverse de su sitio. Que se abrieran la puerta ellos mismos. Los dos guardias captaron el mensaje, y se largaron de allí con un escueto buenos días.

Al salir, la subteniente pegó un grito que sobresaltó a los compañeros que guardaban la puerta del recinto.

—Relaja, Valverde, que vamos de uniforme.

—Pero ¿tú has visto semejante carcamal en tu vida? ¿Has visto qué prepotencia?

—Vamos al apartamento a cambiarnos, anda.

—¿Y eso?

—A los nacionales no les hará gracia vernos así.

A Valverde esas palabras que sugerían esa pequeña rivalidad entre cuerpos le relajaron un poco y se atrevió, incluso, a sonreír.

Las llaves

Al final, ni Álvaro ni Isabel cumplieron con las promesas solemnes que se habían hecho a sí mismos en la soledad de sus conciencias atormentadas, él la de la denuncia que quizá los salvaría o los hundiría del todo, ella la de la violencia directa como única forma de justicia posible. ¿Por qué? Porque esa noche ninguno de los dos pegaron ojo. Se removieron entre las sábanas como dos enfermos de fiebres tifoideas. Y en una de estas volteretas conyugales que parecían una danza de culto al insomnio, sus caras quedaron enfrentadas y, no se supo quién empezó primero, se contaron sus planes, casi suicidas, de salvar la familia.

Y por ello decidieron aplazar. Aplazar y esperar a los acontecimientos.

Isabel, mujer visceral como ella sola, aguantó cinco días. Cinco días de silencios en la mesa. Cinco días en los que no podía imaginar lo que hacía su hija cuando supuestamente se marchaba tempranísimo a correr. Cinco días en los que la espiaba en las clases de la autoescuela con ganas de lanzar un buen puñado de chinchetas delante del coche de Ignacio. Como si fuera una Diosa impaciente con el ánimo de crear el mundo en menos tiempo del que se tomó el Dios del Génesis, al sexto día se levantó con la determinación de cumplir su violenta y kamikaze promesa.

Y ese día Álvaro no encontró las llaves de su viejo Passat por ningún lado. Se acordó de su hija y de sus prácticas con la autoescuela y no quiso ni imaginarse lo que podía hacerse con aquellas llaves. Con aquel coche. Subió dando zancadas al piso de arriba y entró en la habitación sin llamar a la puerta.

—¿Tú has cogido las llaves del coche?

Lucía, que se estaba quitando la ropa de deporte, se vio sorprendida medio desnuda y se indignó ante el ímpetu de su padre que violaba su escasa intimidad.

—Llama antes de entrar, haz el favor —dijo mientras se tapaba con una sudadera.

—¿Las has cogido o no?

—¿Yo para qué? Si no tengo todavía el carné…

Escuchó la voz de su mujer despidiéndose y un pequeño portazo después. Un portazo que resonó en los tímpanos de Álvaro como una señal de alarma.

—Lo sabes de sobra.

—Pregunta a mamá, yo no sé qué dices. Y haz el favor de salir que me voy a la ducha.

Álvaro bufó aunque obedeció. Si había alguien que podía encontrar cosas en casa o de llevárselas con otro propósito era su mujer, así que abandonó las sospechas sobre su hija y corrió en busca de Isabel. Cuando salió de casa, la mujer ya había doblado la esquina y no escuchó su llamada. El hombre corrió detrás de ella a pesar de su lamentable estado de forma; al llegar a la siguiente calle la vio. Trotaba de una forma extraña, desgarbada, torpe, casi desesperada, como si estuviera huyendo de algo o de alguien invisible que la persiguiera. Y eso era una cosa insólita en ella, que desde lo de Belén siempre caminaba con un paso lento, resignado, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros. La llamó a voces, pero Isabel no se detuvo ni respondió ni siquiera giró la cabeza. No era posible que no le oyera porque la calle estaba desierta y otra cosa no, pero vozarrón a Álvaro le sobraba.

Comenzó a correr detrás de ella y echó en falta más aire en sus pulmones y menos sudor en sus poros. Añoró los tiempos en los que podía hacer algo más de deporte y maldijo su estampa. Solo la alcanzó cuando Isabel se subió al Passat.

—¿Dónde vas si hace años que no conduces?

La mujer no respondió. Con unas manos dignas de una enferma de Parkinson trató de meter las llaves en el contacto, sin éxito, hasta que, al fin, derrotada, rompió a llorar y apoyó la frente en el volante.

—Tenemos que hacer algo, Álvaro, tenemos que hacer algo.

El marido, el padre le puso la mano, también temblorosa, en el hombro a la mujer. Con la que le quedaba libre apretó el puño y observó una mujer que se asomaba en un balcón cercano. Bajó la mirada y reprimió las ganas de llorar. No podía venirse abajo, su familia lo necesitaba entero.

—Tengo una idea, aunque no sé si haremos bien.

—¿Cuál?

Álvaro le acarició la barbilla a su mujer e intentó sonreír, un gesto de ternura olvidado entre ambos, un gesto que pretendía aliviar la tensión sin conseguirlo, porque esa función de los músculos faciales estaba en peor forma que la de sus piernas.

Ambos habían abortado sus planes, los de una, homicidas, los de otro, chivatos. Los habían cambiado por la calma y el tanteo. Algo que requería de tiempo, y tiempo, precisamente, no era lo que ellos más tenían.

Aunque era posible que el plan de Álvaro saliese bien. En tal caso, se habrían ganado una enemiga.

Derrape

El Guardia Civil que les hizo bajarse del coche era el mismo que intercambió palabras con Marcos cuando se alojó en el hotel del pueblo vecino. Tuvieron suerte, porque en esta ocasión el muchacho iba con barba y gafas de sol.

Los dejó marchar, pero el susto tardó en olvidársele a Marcos. El argumento esgrimido por el chico tuvo pocas posibilidades de objeción: tan solo se trataba de una pareja joven que habían ido al lugar a compartir su amor, el carnal y el que sentían por la naturaleza. El guardia, con un tono condescendiente, les explicó que aquellas carreteras estaban reservadas para los vehículos de la Confederación Hidrográfica y que no era correcto que estuvieran allí.

Tras revisar el permiso de conducir de Marcos —una gran falsificación gracias a las gestiones y contactos de Max Sid—, y verificar que el coche estaba alquilado, y escuchar las explicaciones —no solicitadas— de que se habían conocido en una aplicación de citas y estaban viéndose en esos lugares furtivos porque no tenían un sitio mejor donde hacerlo, les dejó marchar bajo promesa de no regresar a aquel lugar.

Marcos masculló durante todo el camino al pueblo la cadena de imprudencias y decisiones estúpidas que le habían llevado hasta allí, hasta ese riesgo innecesario. Que si no deberían hacer eso, que se podía haber metido en un lío, que si sería la última vez que se saltaba las normas por aquella chica…

—¿Y si de verdad fuéramos pareja? —interrumpió Lucía.

Al chico la pregunta le pilló desprevenido y malhumorado, y se arrancó a toser, tanto que se desvió de la línea de la calzada, lo que

provocó un susto a Lucía que se tuvo que agarrar fuerte del tirador de su puerta.

—¡Qué dices!

—Pues lo que oyes, que si de verdad fuéramos pareja, podrías seguir enseñándome a conducir. A mi amiga Marta su novio la enseñó, y en sitios peores, por detrás del cuartel…

—Lo primero ¡yo no soy tu novio! —En ese momento fue Marcos quien la interrumpió— Lo segundo, por mucho que lo fuera, eso tampoco sería legal.

—Ay, madre, cálmate, chico que nos vas a matar. Por eso te estoy diciendo que «y si lo fueras». En condicional.

El muchacho apretó los labios con fuerza, la ignoró y siguió conduciendo. Cuando estaban llegando al pueblo abrió la boca.

—No voy a seguir con esto.

La chica, sorprendida, se giró hacia él y no le gustó lo que contempló en el rostro del muchacho.

—¿Te da miedo?

—Simplemente no voy a seguir. No debería haber empezado. No sé qué haces aquí.

—Sí lo sabes —La chica se humedeció los labios—. Mírame.

Él la ignoró y ella se desabrochó el cinturón de seguridad y casi en el acto se pegó a su oído.

—¿Qué haces, Lucía?

Le dio un beso en la oreja, y él se apartó.

—Es la primera vez que pronuncias mi nombre. Me gusta —dijo —. Mañana a la misma hora, te llevaré a otro sitio.

Lucía se bajó del coche tan rápido como solía subirse y enfiló por la carretera que habría de llevarle a La Ermita que dominaba el pueblo desde la altura de un cerro. No miró hacia atrás en un primer momento. Marcos se fijó en su culo moldeado por las mallas deportivas. Los cinco o seis días clandestinos que habían compartido juntos lo había pasado bien con las ocurrencias de la chica. Para llevar poco tiempo al volante, no se le daba mal y estaba convencido de que si seguía ese ritmo de clases por la mañana y por la tarde, se sacaría el carnet en dos o tres semanas como mucho.

A pesar de esa atracción, no se esperaba que la chica diese el primer paso de forma tan explícita. Él aunque llegó a planteárselo, se retractó después en un alarde de prudencia. Es más, no debería estar allí jugando a los profesores de autoescuela, a esos de mala calaña que se encaprichan de las alumnas en momentos solitarios. Debería estar en el hotel. O mejor aún, en Marbella, disfrutando del sol de primavera y de alguna de sus chicas pañuelo. Se había implicado demasiado y ahora sabía el porqué.

—No me jodas, Marcos, no puedes encapricharte de esta chiquilla.

Verbalizó en voz alta, como si necesitase escucharlo para que fuera real, lo que sus tripas le estaban gritando. La chica, al fin, echó una mirada atrás antes de perderse detrás de unas casas. Le saludó con la mano y él dio un golpe en el volante, negando la evidencia, como si negarlo lo hiciese menos real.

Arrancó el coche con chirrido de ruedas y aceleró más de la cuenta. Justo a su derecha, un pequeño circuito amateur de carreras parecía llamarlo a gritos por la velocidad que estaba tomando. Alcanzó los cien por hora en un tramo en el que no se podía circular a más de cuarenta, y solo cuando llegó a un cruce pegó un frenazo que se comió la mitad del dibujo de las ruedas delanteras y un cuarto de las traseras. No se conformó con ello, sino que dio media vuelta y aceleró en sentido contrario. Desanduvo el camino andado, y con mucha velocidad en las rectas y escasa en las curvas llegó de nuevo al azud, desafiando la posibilidad de que los picoletos todavía merodeasen por allí. Aparcó junto a la presa, localizó el lugar que consideró menos peligroso para meterse en el agua, se desnudó por completo e ignorando el frío matutino y las piedras que se le clavaban en los pies, se lanzó a nadar. Esa agua estaba igual de gélida o más que la del mediterráneo, sin embargo, eso no fue impedimento para que se marcase unos largos.

Dio por finalizada la sesión y desnudo como estaba se encaminó hasta el coche. Allí tenía una sudadera que usó a modo de toalla. Se vistió y se sentó en el asiento del conductor. Definitivamente el atracón de adrenalina de la conducción temeraria y del ejercicio le calmaron. El paisaje también invitaba a ello. Se quedó grogui y creyó

soñar con verdes praderas y nubes de algodón. Y encima de ellas, Lucía en camiseta y tanga.

Le sobresaltó el pitido estridente y cuando se quiso dar cuenta de que aquel sonido no pertenecía al sueño, se despertó de un brinco. La llamada que recibió en ese mismo instante en su móvil culebra, le volvió a poner de los nervios.

—¿Dónde coño estás, Marcos?

—En el pueblo…

—No me jodas, necesito que termines la tarea ya mismo. Olvídate de esa gente y vente para aquí.

—Me diste un mes y solo llevo una semana.

—Las cosas han cambiado.

—¿Me puedes decir qué pasa?

—Que la hija de puta esta va a acabar conmigo si no acabo yo con ella antes.

Los perros

Eva se apeó del taxi e ignoró por completo al taxista que, a través de la ventanilla bajada, mascullaba resentido sobre la tacañería de cierta gente con mucho bolso de marca y la ausencia clamorosa de propina.

Tocó el timbre de aquella enorme puerta de acceso, una mole de madera tropical maciza con herrajes de bronce ostentosos que parecía diseñada más para repeler asedios medievales que para dar la bienvenida a un visitante. Llamó dos veces. Dentro no tenían ninguna prisa ni gana de abrir. Max había recibido su telefonazo una hora antes.

Que quería hablar. Sin anestesia. Dejándolo en la incertidumbre.

Así que él se la devolvió y la hizo esperar cinco minutos. Quizá seis. Minutos en los que ella se desesperó y clavó sus ojos en la cámara de videovigilancia con gestos para que le abriera. Porque Eva Kaufman sabía que la estaba viendo a través del dispositivo del circuito de televisión.

Lo llamo al móvil tres veces que él, por supuesto, no respondió.

Finalmente, un chasquido electrónico zumbante permitió abrir la puerta de acceso peatonal. Una vez dentro, un pitbull de color canela y un rottweiler negro y blanco como una vaca lechera salieron a su encuentro con rotundos ladridos que habrían hecho mearse en los pantalones al cartero más valiente. Eva no se amilanó y, sin dar un paso atrás, confió en la memoria olfativa de los perros; llevaba sin cambiar de perfume más de diez años y nunca salía de casa sin haberse rociado de Sisley Soir d'Orient, su perfume fetiche, un aroma oriental, denso y especiado que se adhería a su piel como una segunda identidad olfativa, inconfundible.

Una vez que Rocky y Marciano pegaron los dos primeros ladridos, reconocieron a su antigua dueña y se acercaron a lamerla las manos con sus lenguas ásperas y mojadas que no entusiasmaban a la mujer. Ella no era de perros, pero aquellas dos bestias la habían acompañado durante varios años y en más de una ocasión la hicieron sentirse protegida, menos vulnerable ante miradas extrañas de diversos visitantes de aquella casa de mal vivir.

—Bienvenida al hogar, Eva —ironizó Max, que salió a recibirla al porche de mármol travertino vestido en un chándal de Armani y unas sandalias de mercadillo—. Me pillas que me iba a entrenar.

—Falta te hace —Eva fue a matar a la primera, ridiculizando los michelines que lucía su otrora marido.

—Tú siempre tan agradable —replicó Max, que acariciaba por turnos a los dos perros.

—Vamos a un lugar tranquilo, que quiero estar pronto en una casa que voy a enseñar.

Así fue precisamente como le había conocido a él muchos años atrás, cuando Max era solo un holandés tatuado, ambicioso y con músculos de gimnasio recién llegado a Marbella con una fortuna de origen incierto y ganas de comerse el mundo: enseñándole precisamente aquella misma mansión espectacular en la que ahora residía él solo con los perros, el servicio filipino y, ocasionalmente, sus guardaespaldas. Él lo recordaba con una mezcla de nostalgia y dolor, como todo lo que fue bonito y se acaba.

Dejaron a los perros en el jardín y accedieron al despacho principal de la casa, una estancia amplia y luminosa, con grandes ventanales y que, en su tiempo, durante los años de matrimonio que ahora parecían pertenecer a otra vida, había sido el territorio exclusivo de ella, decorado con un gusto exquisito, caro y minimalista, todo blancos, grises y maderas nobles. Ahora, sin embargo, él lo mantenía ominosamente desordenado, casi caótico, como un reflejo tangible de su propio estado mental: lleno de papeles amontonados sin orden ni concierto sobre la enorme mesa de diseño, cajas de puros cubanos vacías apiladas en un rincón, equipos electrónicos obsoletos criando polvo en otro, y una colección heterogénea de trastos inútiles acumulados por cada esquina.

—¿Pagas poco a la chica?

—Aquí solo entro yo. Bueno, y tú, claro.

Eva se sentó, con la espalda recta y las piernas cruzadas, en la silla que menos polvo tenía, por la que pasó un pañuelo de papel antes de hacerlo. Max se le acercó desde el mueble bar repleto de licores de más de cincuenta euros la botella con una bebida transparente y burbujeante servida en una copa de balón. Él llevaba otra idéntica.

—¿A estas horas ya, Maxim? ¿No te ibas a entrenar?

Nadie llamaba Maxim a Maximiliam Sidney. O Max, o Sid, o Max Sid. Solo Eva (y quizá Marcos) tenía ese dudoso honor.

—Se me han quitado las ganas —dijo y le dio un sorbo que apuró media copa de balón.

Ella le tomó la bebida y se mojó los labios. Sabía de sobra que cuando Max ofrecía una copa esperaba que se la aceptaran. No tenía ninguna intención de ponerse a tono tan temprano; tenía otros planes.

Gregory, el guardaespaldas de Max, llamó a la puerta antes de entrar y al darse cuenta del gesto del jefe para que se largase, saludó a Eva con la cabeza y esta correspondió con desgana antes de ponerse a hablar.

—Voy a ir directa al grano —inició Eva—. Me voy a mudar.

—¿Que te vas a qué?

—Que me voy de Marbella.

—¿Y por qué? ¿A dónde? ¿Con quién?

—Con la niña, claro. El resto no es de tu incumbencia.

—¿Cómo que no? Si te vas con mi hija tendré que saber dónde, te recuerdo que tengo derecho a verla dos fines de semana al mes.

—Sí, de los cuales solo la ves uno como mucho.

—No empieces, no empieces…

—No, si lo que quiero es terminar, terminar esta conversación absurda y esta mierda de vida cerca de ti. Me voy a ir al norte. De momento no lo tengo claro, por eso no te lo digo. Y seguirás viendo a la niña, solo que tendrás que coger un tren o un avión o acelerar el Range Rover que sé que te encanta hacerlo.

—Ese no era el acuerdo que teníamos.

—El acuerdo es que yo criaba a nuestra hija y tú me ayudabas económicamente. No indica que tenga que hacerlo aquí.

Max terminó de beberse la copa de otro trago. Dejó el vaso encima de la mesa con violencia y apoyó las manos en ella clavando los ojos en su exmujer.

—No te vas a llevar a la niña. Ni lo sueñes.

—¿Y por qué no?

—Porque aunque no sea el padre del año, sigo siéndolo. Y necesitas mi dinero para irte. Si te largas lejos no pienso pagar ni un duro.

—Padre del año ni aunque nacieras cien veces. ¿Qué te crees que la niña sigue siendo inocente? Que ya tiene diez años Max, que se entera de todo y me lo cuenta todo. Que más de una vez y más de dos te ha visto con alguna de tus amiguitas. Aquí, bajo su mismo techo.

—No inventes…

—No invento y no me tomes por tonta. Ya lo creo que lo pagarás. Es más, ahora tendrás que pagarme todavía más porque dejo la casa y tengo que buscar un alquiler. Aunque tal y como está el precio de la vivienda por aquí, no tendrás problemas en pedir un buen dinero…

Max golpeó la mesa con violencia e hizo saltar por los aires un cenicero y la copa de Eva. Comenzó a gritar y la saliva salió antes de su boca que sus palabras.

—¡Vete tú a tomar por culo si quieres, pero la niña se queda!

Eva dio un respingo involuntario en la silla, más sorprendida por la violencia física del golpe en la mesa que por los gritos en sí; a esos ya estaba lamentablemente acostumbrada de los últimos y turbulentos años de su matrimonio. Con una dignidad impostada, casi teatral, se levantó con calma de la silla, alisándose la falda inexistente de su caro vestido de lino, y se dispuso a marcharse.

—Cuando dejes de comportarte como un animal, me llamas. Yo pensaba que después de tanto tiempo te habías moderado, que habías aprendido algo…

Max la atajó del brazo cuando circulaba hacia la puerta.

—Te follaste a mi socio, hurgaste donde no debías y encima vives en una casa que es mía y te estoy pagando para que críes a nuestra hija. No te la vas a llevar lejos de mí, antes…

—¿Antes qué, valiente? —dijo ella y trató de zafarse del agarre, sin conseguirlo—. Ya te expliqué mil veces que no me follé a tu socio, y otras mil que no hurgué en ningún sitio; que la información me llegó porque tu socio la cagó en la entrega del mensaje. Como no me sueltes ahora mismo te denuncio de nuevo, que ya tienes experiencia en ello.

A Sid le palpitaba la arteria carótida del cuello, tanto que su olor le perforaba la nariz a su exmujer. Su respiración era propia de un maratoniano y la fuerza que imprimía en el brazo de Eva le provocaría un cardenal si se mantenía en el tiempo. Decidió liberarla.

—Solo te di una bofetada, no vayas de mártir.

—No me tenías que haber dado ninguna, paranoico sociópata.

Dicho esto la mujer se escabulló de la estancia y antes de llegar a la salida tuvo que soportar los ladridos de los perros, que por alguna extraña razón sabían que algo andaba mal entre su dueña y su dueño. Ella los acarició antes de largarse.

—¡Te llamará mi abogado! —gritó Max desde la puerta.

—Que llame al mío, que se conocen de sobra —respondió ella sin mirar atrás.

No había cerrado la puerta Eva cuando Max ya marcaba el número culebra de Marcos.

El puerto

Torrent y Valverde llegaron al edificio que la Judicial de los nacionales en Marbella usaba a modo de cuartel general. Una pequeña oficina, sin emblemas de la Policía, situada en la esquina de una calle más empinada que el Tourmalet del Tour de Francia. La ubicación, cercana al controvertido barrio de Las Albarizas, parecía puesta allí adrede. Los civiles aparcaron en el boulevard Pablo Ráez y tuvieron que subir la cuesta bajo un sol inmisericorde que dejó a Leo con poco resuello porque estaba un tanto fuera de forma. No así su compañera, que le ofreció con burla la mano para tirar de él, mano que rechazó para, a continuación, amenazar —con una sonrisa de fastidio— con una falta por insubordinación.

La mañana se había levantado calurosa y sofocante, con el aire cargado de la típica humedad costera, que si bien no era ajena a los investigadores castellonenses, no contribuyó mucho a la causa.

—Cuando terminemos con este caso me apunto al gimnasio —aseguró el capitán.

—Yo me iré a nadar a la playa —bromeó su compañera.

Torrent ya no le rio la segunda gracia y llamó a la puerta del local. Tuvieron que esperar hasta que alguien contestó por un telefonillo con cámara y pidió la identificación. Una vez mostradas sus placas a la cámara, se escuchó el típico pitido que abre las puertas automáticas y accedieron al interior.

Se encontraron con un pasillo estrecho, largo y deprimente, de suelo de terrazo y paredes de gotelé beige, con una escasa luz amarillenta y siniestra, y en el que al fondo había una puerta entreabierta. Se miraron el uno al otro y se conminaron mutuamente a caminar hasta dicha puerta, sin saber muy bien si aquel lugar sería

en el que los esperaban o debían de empezar de nuevo el peregrinaje burocrático.

Cuando iban por mitad del pasillo, una puerta se abrió tras de ellos con un chirrido tan intenso que se sobresaltaron y hasta se llevaron las manos a las axilas.

—Bienvenidos —dijo una chica con el pelo negro y con el flequillo cortado a lo abertzale—. Pasad por aquí.

Los civiles se volvieron a mirar el uno al otro, casi con vergüenza, y Valverde invitó a su superior a ir primero. El capitán aceptó el desafío y accedió a la estancia en la que la chica le esperaba. Junto a ella, dos hombres vestidos con vaqueros y camisa negra, uno calvo con barba larga y recortada, y el otro con melena rubia y bigote minúsculo tomaban alguna bebida indeterminada en tazas de café. La habitación era una oficina funcional, casi espartana, atestada de archivadores metálicos grises, mesas de oficina baratas de conglomerado y sillas de ruedas sufridas.

—Buenos días —dijo Torrent.

El calvo se levantó y le ofreció la mano al capitán.

—Hola, soy el inspector Demetrio Puente y ella la oficial Eloísa Lacalle.

El rubio permaneció sentado sin apenas hacerles caso, con los ojos clavados en una pantalla de ordenador portátil que descansaba en una mesa desordenada. Se estrecharon las manos entre todos menos el sujeto del bigote, que siguió a lo suyo.

—No sé si han hablado con el coronel…

—Sí, me ha llamado a mí —dijo el rubio, sin mirar hacia ellos.

—¿Y nos pueden ayudar?

No contestó.

—¿Quieren un café? —preguntó Demetrio.

—No, gracias —respondió Torrent.

La chica miró de arriba abajo al capitán, que procuró vestir lo más informal posible. A pesar de ello, era un tipo clásico que nunca o casi nunca vestía vaqueros y llevaba unos pantalones de pinzas y zapatos marrones, junto con una camisa de tono también marrón más claro. Valverde detectó que lo estaba examinando.

—¿Agua? —Eloísa le ofreció un par de botellas pequeñas a cada uno.

La subteniente la tomó y se lo agradeció con un gesto de la cabeza.

—Inspector Puente —inició Torrent—, perdone que insista, pero necesitamos las imágenes que les han solicitado desde la comandancia.

Nadie respondió durante unos segundos que a Torrent se le antojaron demasiado largos. Valverde tosió y tanto Demetrio como Eloísa hundieron sus cabezas en sus tazas. El capitán resopló y puso los brazos en jarra. Justo cuando se disponía a protestar, alguien habló.

—Capitán Torrent, venga usted un momento, por favor —el policía rubio, sin dejar de mirar al ordenador, le hizo un gesto al guardia para que se acercase hasta su puesto de trabajo.

—¿Me puede decir su nombre y su cargo? —preguntó Torrent.

—Están investigando el caso del asesinato de un asesino de niñas, ¿verdad?

—¿Hay algún problema con eso? —respondió el capitán, que apretaba la botella de agua hasta estrujarla. Si la tensión se alargaba un tanto más, sería capaz de verter todo el contenido en la cara da aquel insolente madero.

En ese momento, el policía se giró y levantó las dos manos con las palmas apuntando hacia Torrent.

—No, no, no me malinterprete. A mí no me importa que estuvieran investigando el asesinato de Hitler o… no sé, de Antonio Anglès. Yo pienso que toda víctima merece que se esclarezcan las causas de sus crímenes.

—Lo celebro.

—Están investigando ese crimen en la cárcel de Castellón II, y buscan a la persona que hizo una llamada el día dos de diciembre a las once y cuarto de la mañana desde un terminal que las antenas ubican aquí en Marbella centro, ¿verdad?

—Exacto, eso fue lo que le comunicamos a mi coronel y que supuestamente les trasladó a ustedes porque las cámaras aquí son de su competencia.

—Sí, sí, el protocolo se ha seguido a rajatabla. Pero es que hay un problema.

—¿Qué problema? —intervino Valverde.

El policía se volteó y le hizo un gesto para que se acercase también. Giró la pantalla del ordenador en el que trabajaba para que la visionaran los dos guardias. Les enseñó un rostro en una imagen de mala calidad. El individuo tenía un teléfono pegado a la oreja y hablaba con alguien.

—¿Quién es? —preguntó Torrent.

El policía no respondió y se limitó a darle al *play* del vídeo que mostraba aquel rostro. El tipo estaba en un lugar próximo al mar, con unos muros a su espalda y muchas rocas a sus pies. Tras colgar la llamada telefónica, el individuo miró a su alrededor con un nerviosismo repentino, casi paranoico, asegurándose con varios giros de cabeza de que no hubiera nadie cerca observándole. Manipuló con dedos rápidos y expertos el teléfono móvil. Sacó algo muy pequeño de su interior —la tarjeta SIM, supuso Torrent inmediatamente—, lo arrojó sin contemplaciones al suelo y lo pisoteó con saña y rabia varias veces. No contento con eso, volvió a recoger los restos destrozados de la tarjeta, se subió a una roca gigantesca y lo arrojó con fuerza al agua. Después, la imagen granulada y temblorosa de la cámara de seguridad mostraba cómo se desplazaba unos metros más allá, bordeando los muros del puerto por una especie de espigón, y lanzaba también con fuerza el propio aparato telefónico lo más lejos que pudo, directamente a mar abierto.

—Ha tirado el teléfono. ¿Dónde es eso? —preguntó el capitán

—Eso es el muro del puerto deportivo de aquí —dijo Eloísa—Lo ha tirado al mar. Es una cámara nueva que lleva como mucho seis meses instalada. La puso el ayuntamiento para supuestamente controlar a los guiris que bordean el puerto para tirarse al agua desde ese espigón.

—Entonces se ha deshecho de la tarjeta y la ha tirado al agua, y también el teléfono.

—Exacto —dijo el policía rubio.

—Y supongo que no se puede recuperar nada.

—Supone bien, ya hemos mirado, pero de momento no podemos movilizar buzos para algo así.

—¿Y quién es ese individuo? ¿Lo conocen al menos?

Los nacionales se miraron entre sí, sopesando quién debía contestar, y, sobre todo, si debían hacerlo. Finalmente, el rubio se decidió a hablar.

—Si están investigando por homicidio al mayor distribuidor de *eme* y de anabolizantes de la Costa del Sol, me van a disculpar la expresión, pero me ponen bastante cachondo —el policía sonrío, se puso en pie y le ofreció la mano a Torrent—. Soy el inspector jefe Maldonado.

Torrent, después de salir de su estupor, miró a su compañera que sonrió. Estrecharon, los dos, la mano del inspector y se fijaron en la pantalla donde había congelado un fotograma de otra grabación distinta en la que se veía al tipo del teléfono mucho más de cerca.

—El problema, capitán Torrent, es que vamos a necesitar artillería —sentenció Maldonado.

Rellano

Lucía cerró con fuerza la puerta del conductor.

—¿Cómo que no puedes darme más clases? Te pagué treinta y solo hemos dado seis.

Ignacio Ardiles, el hombre paciente por antonomasia del pueblo, el instructor veterano que había enseñado a conducir a media localidad, y llevado al examen a la otra mitad, durante más de veinte años, evitó su mirada furiosa, clavando la suya con aparente interés en una grieta insignificante del asfalto. Le ofreció un sobre blanco, rectangular, abultado por los billetes que contenía.

—Ahí va todo el dinero de las prácticas. Solo te he cobrado una, las otras cinco te las regalo.

La chica miró la mano temblorosa del hombre, los nudillos estaban blancos de tanto apretar. Ignacio era un cincuentón pequeño y encorvado, con unas gafas de pasta obsoletas que le conferían un aire de contable despistado o de funcionario gris a punto de jubilarse. Y en ese momento, bajo la mirada directa y acusadora de Lucía, parecía un niño asustado al que hubieran pillado cometiendo una falta grave.

—Mis padres, ¿verdad?

El hombre no dijo nada y siguió con el sobre en alto, hasta que Lucía lo tomó de mala manera y se largó de allí haciendo aspavientos. Ignacio se la quedó mirando la espalda con rabia, porque no sabía por qué esos padres le habían suplicado —Isabel hasta se puso de rodillas— que no le diera clases a su hija. Quiso entender que lo hacían porque no querían que condujera, con todos los riesgos que eso conlleva. Y esa explicación autocomplaciente, esa cómoda y tranquilizadora mentira piadosa, la usó como un

bálsamo improvisado para su conciencia incómoda y su evidente falta de valor para enfrentarse a los padres o a la hija.

Lucía, por su parte, rectificó el camino que por instinto le llevaba a casa. Tomó la calle del Consuelo hacia abajo y llegó a la plaza. Se cruzó con varios conocidos del pueblo, pero su visión tubular le impidió devolver el saludo a nadie. Bajó los escalones de tres en tres y entró en el bar como si fuera a realizar un atraco armado.

La cafetera silbaba y cargaba el aire con el aroma del café que se molía en un pueblo vecino. Su tío colocaba las cucharillas en los platos que jubiladas y otros parroquianos del cortado de sobremesa esperaban.

—¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó a su padre, que calentaba leche en la máquina.

Álvaro se giró con lentitud, y después de depositar la jarra con calma sobre la barra, le respondió unas palabras susurradas que había ensayado frente al espejo.

—Salvarte la vida. Y si quieres montar un numerito, hazlo, es lo único que te voy a decir aquí. En casa todo lo que quieras.

—¿Dónde está mamá?

Álvaro se encogió de hombros y siguió a lo suyo.

Lucía dio un golpe en la barra que hizo saltar los platos de café y sobresaltó a todo el bar. Se giró para encontrarse con lo que esperaba.

—¡Y ustedes qué miran!

Las dos mesas llenas de mujeres y hombres del pueblo que cada tarde tomaban café en el bar de su familia metieron la cabeza en sus asuntos porque la chica los pilló de lleno husmeando.

—Lucía, haz el favor… —dijo José, su tío.

—Tito, ¿tú sabes lo que han hecho estos dos?

—Hija…

—Le han prohibido a Ignacio que me dé clases. ¿Y sabes por qué? Porque cuando aprenda a conducir voy a…

—¡Lucía!

Álvaro pegó un grito tan grande, tan lleno de angustia y de miedo, que se escuchó fuera del bar, como si la onda sonora hubiera

rebotado en los soportales del ayuntamiento. Con la mala suerte de que Luis, uno de los policías municipales, lo escuchó.

La chica se quedó muda, impresionada por el grito del padre. No lo recordaba nunca así, con los ojos casi fuera de las órbitas, gotas de saliva adornando su belfo y la respiración tan agitada que parecía que acababa de hacer una apnea de cinco minutos.

Padre e hija se miraron a los ojos durante un instante que se congeló en el tiempo, en un duelo de voluntades cargado de dolor, de miedo y de reproche mutuo. Y durante ese tiempo indeterminado, que a los presentes les pareció eterno y violento, ninguno de los dos dijo nada. El silencio espeso y casi irrespirable que se instaló de golpe en el bar, lo rompió finalmente el policía Luis.

—¿Marcha todo bien? —preguntó el municipal.

—Todo en orden, jefe —respondió José—. ¿Quieres un café?

Luis no quiso y después de contemplar la escena unos instantes, decidió que por el momento no era necesario por allí y retornó a sus quehaceres.

En cuanto se cerró la puerta, Lucía volvió a la carga, esta vez con un tono bajo, consciente de que no convenía alterar más el ambiente.

—Me voy a Trujillo esta misma tarde y aprenderé en otra autoescuela. Y voy a hacer lo que vosotros no os atrevéis.

—Ni se te ocurrirá, porque voy a la Guardia Civil ahora mismo, y mañana te mando para Canarias con la prima.

—Eso será si me coges.

La chica dio media vuelta y salió corriendo del bar. Álvaro, que en un principio no supo qué hacer, percibió la mirada de su hermano que, con un gesto de asentimiento, lo invitó a perseguir a su sobrina.

Cuando Lucía estaba llegando a casa, un nuevo grito de su padre la detuvo antes de entrar.

—¡Hija!, no nos hagas esto.

Ella lo ignoró y accedió a la vivienda.

Se cruzó con su madre, que salía de la cocina secándose las manos en un delantal, con los ojos enrojecidos y la cara hinchada, seguramente alertada por los gritos que llegaban desde la calle.

También ignoró sus demandas de información, y subió las escaleras tan rápido que en el último escalón tropezó y se fue al suelo.

—Lucía, ¿qué pasa? —gritó Isabel al escuchar el golpe.

En ese momento, Álvaro irrumpió en la casa con el corazón latiendo fuerte en el pecho y las tripas a punto de salirse por su garganta.

—¿Dónde está la niña?

—Acaba de subir, ¿qué pasa?

—Pues qué va a pasar…

Álvaro subió las escaleras y se encontró con la chica a cuatro patas sobre el suelo de tarima, intentando levantarse con poco éxito. La cogió por un brazo, pero ella, orgullosa, se apartó. Se terminó de incorporar sola y, cojeando, se dispuso a meterse en su cuarto. Su padre se lo impidió.

—Hija, por favor…

—Déjame pasar, te lo pido…

Isabel subió los últimos escalones y, sin decir nada, con la sabiduría silenciosa de las madres, se acercó a su hija por detrás. La rodeó con sus brazos delgados pero fuertes en un abrazo apretado, protector, casi desesperado, pegando su mejilla a la espalda tensa de la chica. Lucía intentó zafarse al principio, revolviéndose como un animal atrapado, forcejeando inútilmente, pero la determinación silenciosa de su madre, la fuerza inesperada nacida del amor incondicional y del miedo atroz a perderla también a ella fue más fuerte que su resistencia orgullosa.

—No podemos perder a otra hija, Lucía —dijo Álvaro con lágrimas en los ojos— no nos hagas esto, no te hagas esto a ti misma. Lo de mandarte a Canarias con la tía es verdad. Allí no te pasará nada…

—Me estáis perdiendo ya… Soy mayorcita para saber lo que quiero.

Isabel la abrazó, todavía, con más fuerzas. Álvaro se acercó a ellas y también las abrazó.

Todos lloraron bajo la luz mortecina que entraba por la ventana del cuarto de la niña. Lucía lloró tanto que casi se desmaya. Entre sus padres la sujetaron para que no cayera.

Se separaron progresivamente, sin soltarse del todo, agotados y vaciados por la explosión emocional. Y justo cuando Lucía, con los ojos aún anegados en lágrimas pero con un atisbo de entendimiento o quizá de simple rendición en la mirada cansada, se disponía a abrazar a su padre, alguien aporreó con violencia la puerta de entrada de la casa con golpes secos y autoritarios, rompiendo la frágil y efímera burbuja de dolor compartido que habían creado en el rellano de la escalera de aquella bendita casa.

Países Bajos

El capitán Torrent y la subteniente Valverde conducían de camino al apartamento después de cenar con los nacionales en un bar de tapas demasiado ruidoso que a cambio de la falta de paz ofrecía buena comida y que estaba a un paso de las dependencias de la Judicial. Valverde apenas cenó medio sándwich, mientras que Leo, fiel a su tradición de canalizar el estrés por vía del estómago, se puso ciego: bocadillo campero con sus pimientos y su huevo frito para él solo, más una ración de filetitos al whisky y patatas fritas compartida con los azules.

—¿Tú crees que nos autorizarán la operación? —preguntó la subteniente.

—Ni de coña.

—¿Entonces todo ese compañerismo con los nacionales?

—¿Tú qué crees? —dijo Torrent.

Valverde se le quedó mirando de reojo en la penumbra del coche, iluminada intermitentemente por las farolas de la calle, con la misma expresión de desconcierto y ligera frustración que pone un niño que no entiende la explicación enrevesada del profesor de matemáticas en la pizarra justo antes del examen. Su superior, al notar su confusión, resopló con una impaciencia fingida y se tocó la sien repetidamente con el dedo índice, como indicándole que usara la materia gris, que conectara los puntos.

—No sé si quieres camelártelos o sonsacarles algo.

—Pues las dos cosas, mi subteniente. Las dos cosas.

—Bien, y qué has sacado de provecho de esta interacción con ellos.

—Que le tienen mucho respeto al tipo.

—Por eso quieren montar la operación con GOES y toda la pesca…

—No, yo creo que el sujeto no es tan peligroso como lo pintan, pero creen que hay alguien más detrás. Alguien mucho más gordo que le podría estar dando soporte.

—¿No es lo bastante gordo un narco que controla todo el *eme* desde Gibraltar hasta Almería?

—Querida subteniente —Torrent hizo una pausa dramática—. Eso no es nada en comparación con controlar el mercado del norte y centro de Europa.

—¿Qué estás sugiriendo? ¿Que el tal Sid tiene un jefe en su Holanda natal?

—Países bajos.

—Ay, Dios, no seas redicho, que te pones insoportable con tu pedantería.

—Tampoco te pases, mi subteniente —Valverde se calló, no por respeto porque de sobra sabía que aquello no era una pelea, sino un vacile entre colegas—. No lo sugiero, lo creo con firmeza.

Siguieron debatiendo acaloradamente, aunque en voz baja, sobre la posible estructura jerárquica de la organización criminal de Sid, las rutas de distribución europeas y las implicaciones para su propia investigación —una investigación que se les estaba complicando por momentos— mientras daban vueltas y más vueltas, como en una pesadilla absurda, por las calles estrechas y laberínticas adyacentes al edificio de apartamentos, buscando un sitio imposible para aparcar el maldito coche. Tarea que les llevó más de media hora de un reloj que se les escapaba.

Resignados y cansados, subieron en silencio al apartamento y al llegar al salón se despidieron con un escueto «hasta mañana». Cada uno se metió en su cuarto y ambos, quizá por primera vez con tanta claridad y al mismo tiempo, pensaron que algún día, no muy lejano si las cosas seguían por ese camino, deberían plantearse seriamente compartir algo más que cenas de trabajo frustrantes, informes confidenciales cruzados y casos complicados y peligrosos como aquel. No lo hacían aún, o no se atrevían a dar el paso definitivo; él, quizá, por respeto a la memoria aún reciente y dolorosa de su

matrimonio fracasado o por un miedo atávico a sufrir un nuevo dolor sentimental; ella, tal vez, por simple prudencia profesional —acostarse con un superior siempre era jugar con fuego—, por no complicar una relación laboral que, a pesar de las tensiones, funcionaba bien, o simplemente porque la oportunidad adecuada, el momento perfecto, aún no se había presentado de forma inequívoca. O quizá por todo eso junto y por el miedo a lo desconocido que siempre acompaña a las decisiones importantes.

Se fueron a dormir con ganas de eschar el guante al tal Sid, sin saber de las dificultades y el riego que eso suponía.

Tears in heaven

Conducía Marcos. Las manos posadas sobre el volante sin signo de tensión en sus muñecas. Disfrutaba del paisaje de encinas y pantanos gigantes, propios de algún megalómano constructor o político. A su lado, Lucía estaba radiante, parecía casi alegre, un estado de ánimo que contrastaba con el propósito de aquel viaje incierto.

Tras un curso *intensivísimo* en una autoescuela de Trujillo, en el que en tres días dio diez clases prácticas (más lo que condujo con Marcos) y gracias a un hueco de examen que se quedó libre en el último momento, se había sacado el carné de conducir en menos de una semana. Lucía se había escapado de casa y alojado en un hotel cercano al de Marcos, que pagó ambas habitaciones porque decidió que era mejor estar separados.

—¿Cuándo me vas a dejar cogerlo? —preguntó ella.

—Este no lo vas a coger, está a mi nombre…

—¿A tu nombre? No me tomes por tonta, anda.

—Bueno, tú me entiendes.

Marcos sonrió. Lucía sabía de sobra que el coche estaba alquilado con documentación falsa. Y Marcos nunca le había dicho su nombre real. Durante esos días juntos ella le llamaba Quillo, debido al supuesto origen y acento del muchacho.

En el habitáculo sonaba una radio con información de noticias regionales, una letanía monótona de politiqueo local, anuncios imposibles, y partes meteorológicos que los tenía al borde del aburrimiento. Lucía, de naturaleza impaciente, buscó el dial para sintonizar otra emisora más animada que contrastase con el oscuro propósito del viaje. Tras unos segundos de búsqueda infructuosa

entre interferencias, música folclórica y más anuncios locales, dio con una emisora nacional que justo en ese preciso instante empezó a radiar una melodía suave, melancólica, introducida por una guitarra acústica que tocaba unos acordes que a ella le sonaban familiares, como un eco lejano y borroso de su infancia, de haberla escuchado alguna vez, muchas veces quizá, en el radiocasete del viejo coche de su padre.

Would you know my name
If I saw you in heaven?
Would it be the same
If I saw you in heaven?

—Me encanta esta canción —dijo Lucía.

—¿Te gusta Eric Clapton?

—Ni idea, la he escuchado con mi padre alguna vez.

—Es el autor, la verdad es que es muy bonita.

Ella lo miró con curiosidad. Apenas tendría cuatro o cinco años más, sin embargo, aquella música melancólica y casi clásica no era propia de un chico de su edad. Se preguntó de dónde había salido aquel individuo tan extraño, que la estaba forzando a cometer un asesinato y que, sin embargo, en la corta pero intensa convivencia de aquellos días de huida y aprendizaje, no le parecía en absoluto amenazante la mayor parte del tiempo, sino más bien… ¿atento? ¿Preocupado incluso por su bienestar?

—¿Sabes lo que dice?

Marcos suspiró y no dijo nada. Ella no supo cómo interpretar esa ausencia de respuesta y siguió tarareando la canción con la vista al frente. Se dio la casualidad de que en ese instante comenzó a chispear, como si el cielo extremeño quisiera acompañar a la melancolía de la música.

—Es que es bastante triste, creo que es la canción más triste que se ha hecho nunca —respondió al fin.

—¿Y te piensas que una canción me puede afectar más y ponerme peor?

—No te conozco. No lo suficiente. A mí la música me inspira, me emociona, me cambia el humor. Cuando estoy contento si escucho un tema alegre, me animo más. Cuando estoy jodido, una canción melancólica me puede rematar…

—Bueno, yo no creo que esté ni triste ni alegre. Solo cagada de miedo —sonrió Lucía.

Él apartó la mirada de la carretera por unos segundos y se fijó en sus pequeños ojos marrones y en su boca entreabierta. Y sintió, de nuevo, esa angustia. La misma que esas noches en las que habían cenado juntos, se habían contado confidencias y la había acompañado hasta la puerta de su hotel; noches en las que él la observaba en silencio, con el mismo respeto que deseo a la hora tensa de despedirse. Y ella, con más miedo que otra cosa, se dejó observar y se dejó respetar porque, al igual que tenía miedo por su violenta misión, le aterrorizaba sentir lo que estaba empezando a sentir por aquel muchacho.

Esos días se habían hecho algo parecido a amigos. Esas confidencias consistieron en los viejos amoríos y en cuestiones de trabajo. Lucía le habló de Ramiro, y Marcos le habló de Max, aunque muy por encima sin entrar en detalles. Por mucho que Lucía quiso indagar en la relación entre el jefe y la mujer a eliminar, el joven insistió en que sería mejor que no conociera mucho más allá de que era una persona molesta para la organización, y que, además, compartía ese vínculo lejano con Antonio Ricardo. Lucía no quiso indagar mucho más porque se dio cuenta de que el chico tenía razón. Muchas veces el desconocimiento es lo mejor para ser feliz (y para que no te torturen o te metan en la cárcel).

Ambos volvieron la vista al frente, casi al unísono.

—La canción se la dedicó Clapton a su hijo, que se mató cuando era muy pequeño. Se cayó de un rascacielos…

—¡Joder! ¿Se suicidó o lo tiraron?

—No lo sé, la verdad. Se supone que fue un accidente.

—¿Y qué más cuenta la letra?

—Esa parte que hemos escuchado al principio dice algo como «¿sabrías mi nombre si te veo en el cielo, sería lo mismo si te veo en el cielo?»

Lucía se quedó pensativa durante unos segundos.

—¿Cuál es tu nombre en la tierra? El de verdad, no el que pone en el carné falso, ni el Quillo que nos hemos inventado —preguntó al fin.

Marcos la miró de reojo, sintiendo el peso de su mirada directa, y sonrió, una sonrisa enigmática, un poco triste quizá, una sonrisa que no respondía nada pero que lo decía todo sobre la imposibilidad o la inconveniencia de responder a esa pregunta en esas circunstancias.

—Me alegra que no te haya puesto triste.

—Yo no creo en el cielo, mi hermana está muerta y punto.

Se le borró la sonrisa al muchacho en un instante ante la brusquedad de la chica.

—Lo siento.

—No te preocupes. Claro que estoy triste, estoy destrozada, no te haces una idea. No creer en el cielo ni ser religioso no implica ser inmune al dolor. Pero también te digo que si fuera al revés, yo no querría que Belén se muriese en vida por velar mi muerte. Es normal estar triste, he llorado muchísimo, la quería tanto…

En ese momento sí que la muchacha mostró debilidad, una grieta en su coraza. Las palabras se le atragantaron. Se le humedecieron tanto los ojos que el leve chispeo sobre la estepa extremeña se le convirtió en un chaparrón que ni los limpiaparabrisas hubieran podido aclarar. Las encinas que salpicaban el paisaje se tiñeron de lluvia y se difuminaron hasta convertirse en manchas borrosas en sus ojos anegados, y el verde intenso y esperanzador de la hierba primaveral se le antojó de pronto un verde oscuro, estancado, de ciénaga profunda y sin fondo donde uno podía hundirse para siempre. Ni siquiera el sol tímido, que en ese instante luchaba por colarse con dificultad por entre las nubes grises y bajas, conseguía arrojar un mínimo rayo de luz sobre la profunda desolación que la embargó.

—Ey, Lucía —dijo Marcos al tiempo que le ponía una mano en el hombro.

Ella puso su mano sobre la del muchacho y notó su calor, lo que sirvió, en parte, para mitigar un tanto la pena.

—¿Sabes una cosa? Sé que lo que voy a hacer no está bien. Joder, claro que no lo está. Pero Antonio Ricardo está mejor muerto. Y al igual que no creo en el cielo, sí creo en que hay que hacer las cosas que nos pide esto —Se señaló el corazón—. Y esto, antes de que os encargarais del desgraciado me pedía matarlo yo. Ahora te diré la frase de que el fin justifica los medios. Y estos medios me están sacando del pozo de miseria en el que estaba.

Se calló y Marcos no supo ni qué contestar. Se produjo un silencio que poco después rompió el tono del móvil de la chica.

—Pesados…

Era el número de su madre, que por supuesto no contestó.

Días antes hubo una terrible y definitiva discusión en casa. Justo después de esa reconciliación precaria en el rellano del segundo piso, Marcos había acudido, de forma inesperada y sorpresiva, a la vivienda de la familia para conminarles a realizar su parte del trato. De ese trato que él les había impuesto, claro. Max pedía urgencia en el cumplimiento de la tarea y Marcos se lo transmitió a la familia. Álvaro, como era normal, perdió la compostura y se cagó en la madre de Marcos justo antes de intentar agredirlo, pero este se zafó de sus ataques y no respondió. En ese momento, Lucía se interpuso entre ellos dos, entre su padre y su verdugo-facilitador, y decidió que se marchaba con el falso mensajero a hacer lo que había que hacer. Que la pesadilla solo se acabaría si ella cumplía con su parte. Lucía se fue con Marcos, cogió las dos cosas que sus padres, entre tirones de brazos y gritos, le dejaron meter en una miserable mochila, y se largó. Padre y madre, completamente derrotados, impotentes, se quedaron en el umbral de la puerta de casa, viendo cómo su única hija viva se marchaba hacia un destino incierto y probablemente terrible de la mano de un desconocido peligroso que había entrado en sus vidas para destruirlas, si es que era posible destruirlas más.

Durante todo el camino Lucía había tratado de olvidar esa despedida de sus padres; despedida en la que no los miró y solo les tocó para zafarse de ellos. En ese momento, el recuerdo de su hermana se le juntó con este otro dolor y se le saltaron las lágrimas.

Marcos, incómodo ante los cambios de ánimo y el desasosiego de la chiquilla, abrió una leve rendija de las ventanillas delanteras. Un suave y fresco aroma a tierra mojada, a campo limpio y verde después de la lluvia, se coló en el habitáculo, trayendo consigo el sonido amplificado y monótono de las ruedas sobre el asfalto húmedo de la carretera. Afuera, el espectáculo multicolor del paisaje extremeño pareció avivarse de repente cuando, por fin, el sol consiguió colarse por entre una nube gris y plomiza que le impedía repartir su luz y calor sobre los campos y las gentes que los poblaban. Les quedaba ya poco para llegar a la provincia de Córdoba. El conductor decidió entonces, con Lucía más calmada, que era el momento de hacer una parada técnica, estirar las piernas entumecidas, tomar un café y reponer fuerzas antes de afrontar el último tramo del viaje. Divisó a lo lejos una gasolinera y se desvió.

Una vez estacionado el coche, y bajo una techumbre de chapa, se interesó por el ánimo de la chica, que respondió con el pulgar hacia arriba después de enjugarse las últimas lágrimas que resbalaban por su juvenil mejilla.

En la tienda de la gasolinera, esa oda al consumismo, hicieron acopio de provisiones: refrescos, patatas fritas y algún que otro dulce. Comida basura, pero cargada de una energía que ellos demandaban a cada kilómetro.

Cuando Marcos accionó el mando a distancia, Lucía, con rapidez de gata, se adelantó, se acopló en la plaza del conductor. Él se quedó de pie, con las provisiones estorbando entre sus brazos y mirándola a través de la ventanilla con gesto serio. Ella le sonrió, juntó las palmas de sus manos y se las llevó a la boca y le puso los ojitos del Gato con Botas de Shrek. Él masculló algo que Lucía prefirió ignorar y dio la vuelta al vehículo hasta sentarse en el asiento del copiloto, autorizando de esta forma la conducción de la novata.

—Solo un rato, poco antes de llegar a Córdoba, te paras donde yo te diga y lo cojo yo otra vez.

—¡Sí! —Dijo ella con una efusividad adolescente.

Tan efusiva fue su reacción de alegría infantil, que le dio un abrazo al copiloto y le plantó un beso en la mejilla que sonó cual

onomatopeya. Esto turbó un tanto a Marcos, que, si bien, no hizo una cobra, sí que se tensó e intentó minimizar el contacto físico. Ella se dio cuenta, aunque no dijo nada. Su único objetivo en ese momento era el de conducir un coche en carretera por primera vez en su vida sin un profesor de autoescuela a su lado.

Arrancó bien, y se incorporó a la calzada con dudas, pero con seguridad. Ayudó que apenas había tránsito de coches en aquella carretera secundaria. Una vez en circulación, pisó el acelerador y se sintió cómoda. Tanto que manipuló la radio para cambiar una emisora que se había perdido unos kilómetros atrás.

—¡Eh, las manos en el volante! —gritó Marcos.

—Perdón, perdón, pero no hace falta que chilles.

—Tienes que estar atenta, chiquilla.

Ella se sintió intimidada por la crudeza del muchacho —quizá avergonzada— y obedeció como lo hacía con Ignacio. Vista al frente, espalda recta y manos a las nueve y cuarto.

Marcos se relajó al ver la destreza de la muchacha y fue él quien sintonizó la radio que había perdido la emisora anterior. Encontró una radiofórmula con los éxitos manidos del pop rock internacional y ahí lo dejó.

Durante más de media hora todo fue demasiado bien, casi normal, como si una escapada de pareja se tratase. La chica respetaba los límites de velocidad, usaba los intermitentes y no se produjo ningún contratiempo. Cuando faltaban unos cuarenta kilómetros para Córdoba, Marcos le pidió que se desviara en la siguiente salida y ella así lo hizo con el correspondiente pulsado del intermitente y la reducción progresiva de velocidad.

Lo que ninguno de los dos se esperaba es que se encontrasen otra vez con el verde, pero esta vez no el verde del campo, sino el de un control de la Guardia Civil en la rotonda adyacente. Un control con pinchos en el asfalto para que los coches no pudieran salir huyendo, y con agentes con ametralladoras apuntando hacia el suelo.

Ninguno de los picoletos allí presentes tenía la cara amable de los del pueblo.

Cuchillos

Isabel terminó de hacer la maleta en menos de cinco minutos. Una rapidez nacida de la urgencia y la desesperación.

En el interior, revuelto y escaso, solo había metido dos mudas para cada uno, un neceser de higiene y un par de cuchillos de hoja ancha y afilada que no supo por qué acabaron allí. Los repasó varias veces, sin saber si debería meterlos o no. Eran cuchillos de trabajo heredados de su familia. Ella misma los había usado en el pasado en alguna matanza para despiezar carne y rebanar articulaciones de animales, sobre todo cerdos, que su familia sacrificaba por Navidad para la obtención de embutidos, filetes y entrañas con las que alimentarse. Cuchillos de vida y de muerte.

Decidió, no sin pesar, dejarlos dentro, algo más camuflados para que su marido no pudiese detectarlos, al menos a primera vista.

Álvaro estaba todavía en el bar, a la espera de que su hermano le confirmase que podían hacerse cargo él y su mujer de la gestión del mismo durante al menos tres días. Tres días en los que Álvaro e Isabel se irían de vacaciones, unas merecidas y necesarias vacaciones. Al parecer les habían ofrecido una estancia en la Costa del Sol a un precio irrechazable gracias a los favores acumulados durante años con un proveedor de bebidas con negocios en Málaga.

Fue la mejor mentira, o quizá la menos sospechosa, que se pudieron inventar; mentira que vino precedida de otra, en la que contaron que Lucía había viajado también a las costas andaluzas con un muchacho, un forastero, con el que había empezado a salir recientemente.

Una cortina de humo necesaria ante las más que probables habladurías en el pueblo.

Todo esto se lo contó Álvaro a José, que limpiaba la cafetera hasta dejarla reluciente. Se dio la casualidad de que lo hizo en un momento en el que cierto hombre se encontraba desayunando en el bar en un descanso del trabajo. El trabajo que ejercía ese hombre era el de profesor de instituto, y nada más escucharlo, a Ramiro se le instaló un ardor en el estómago similar al que le visitaba al despertar cuando la noche anterior se había pimplado un par de gin-tonics o tres.

El profesor tomó el teléfono y escribió a Lucía en el acto. Se llevó la mano a la frente cuando comprobó la existencia, en esa aplicación que solo usaba con ella, de un único *check* gris en su mensaje, lo que indicaba, con una alta probabilidad, que ella le había bloqueado. Pagó su desayuno y se fue de allí mascullando algo que solo él pudo entender.

Almudena, una mujer enjuta y trabajadora como ella sola, la mujer de José, llegó al bar poco después, y para alegría y alivio de Álvaro, confirmó que se podían ir de vacaciones tres días porque de sus hijos se encargaría su madre y de limpiar las casas de los dos ancianos se encargaría ella misma en otro horario diferente y más compatible con las horas punta del bar.

Álvaro, conmovido y agradecido, les dio un abrazo a los dos y marchó a casa con un nudo en el estómago del que no se desharía hasta que regresase de ese viaje. Si es que regresaba.

Allí, en la penumbra del salón de una casa que ya no era un hogar, lo esperaba su mujer, que nada más entrar él, cerró la maleta y la puso a sus pies. Como si fuera algo tan valioso de lo que no se quisiera alejar nunca. Él no percibió nada extraño en ella, más allá de los nervios que les habrían de acompañar todo el periplo hasta completar la tarea. Ellos no permitirían que su niña se manchase las manos de sangre ni se arruinase la vida. Ellos tenían claro que esa tarea terrible que les habían impuesto debía realizarse más pronto que tarde. Ellos ya tenían un plan para seguir a su hija y evitar el desastre. Antes de que alguno de los actores: Sid, el propio muchacho o la Guardia Civil lo echase todo a perder.

La basura

El control de la Guardia Civil lo superaron con éxito. Más que nada porque les dejaron pasar sin parar gracias a que uno de los picoletos de las metralletas les hizo el gesto pertinente con la mano después de husmear con los ojos. Quizá buscaban a alguien que no encajaba con su perfil.

—No me vuelvas a hacer esto —protestó Marcos cuando superaron la rotonda.

—No es para tanto, chico. Tengo carnet.

—¿Se te va o qué? —dijo Marcos, muy serio—. Como bien has dicho este coche no está a mi nombre. Y no hay nadie autorizado a conducir más que…

—Más que tu identidad falsa, sí, venga.

—Pues eso, que si se ponen a hacer preguntas y a contactar con la empresa de alquiler tengo un problema enorme. Una ruina, vaya. Y tú también.

Lucía fue consciente en ese momento de la gravedad del asunto. Se puso tan nerviosa que rompió a llorar. Y estuvo llorando hasta que se pudo apartar en la siguiente gasolinera y echó el freno de mano. Allí clavó la cabeza sobre el frío volante y comenzó a temblar y a insultarse a sí misma, llamándose estúpida, caprichosa, niñata. Marcos la observaba, inmóvil, sin saber bien qué hacer ni qué decir. Por un lado, con un impulso casi paternal, quería consolarla, a ponerle de nuevo la mano sobre el hombro, quizá abrazarla; por otro lado, estaba enfadado con ella. Aunque, después de hacer un ejercicio impropio de autoanálisis, más que con ella, estaba enfadado consigo mismo por haber sido débil y ceder a los deseos

de la chica. Empezaba a perder el control de la situación y eso no le gustaba nada.

Lucía, como si hubiera tomado una decisión final, dejó de llorar y se limpió las lágrimas y hasta los mocos con la manga de la sudadera. Se bajó del coche y se dirigió al asiento del copiloto por la parte de atrás, ya que Marcos lo hizo por el morro delantero y no quiso cruzarse con él. Una maniobra absurda porque al instante se sentaron a escasos centímetros el uno del otro.

El chico arrancó sin decir nada, sin mirarla, y apagó la radio. A pesar de que ella volvió a sumirse en el llanto él no fue capaz de reaccionar. Dejaron atrás Córdoba y se adentraron en la autovía a Málaga. El sol les recibió con fuerza, deslumbrante, por lo que Marcos tuvo que ponerse unas gafas de sol que llevaba colgadas del cuello. Lucía, por su parte, olvidó los sollozos, como si acercarse al objetivo ya no pudiera permitirle llorar, y con un nuevo tono de voz dijo:

—¿Cuándo vamos a resolver el problema?

Marcos, sorprendido por el cambio radical de tono y la frialdad calculadora de la pregunta, no contestó de inmediato, concentrado en la carretera. Entonces ella, con una lentitud deliberada, casi desafiante, posó sus dedos largos y finos que él había notado temblar antes, sobre la empuñadura de plástico negro del freno de mano y lo abrazó con una claridad de intenciones que le heló la sangre en las venas. Al mismo tiempo, sin dejar de mirar al frente, clavó sus ojos, ahora secos, duros y brillantes como esquirlas de vidrio, en la sien del muchacho.

—Si se te ocurre hacer eso yendo a ciento treinta por hora podemos tener un accidente.

—Como el que va a tener esa persona. ¿Me vas a contestar?

Marcos apartó la vista de la carretera unos instantes. Los ojos con los que se encontró no fueron los de la Lucía que él creía conocer, esa chica candorosa, un poco ingenua y dulce en esos días cerca del río del pueblo entre volantazos y sustos. Esos ojos eran más propios de un exconvicto, de alguien con deudas con la sociedad, de alguien que sabe que ha hecho algo malo y que ha de pagar por ello.

Marcos, abrumado, casi intimidado, solo pudo mascullar una palabra que Lucía le obligó a repetir.

—¡Pronto!

—¿Cuándo es pronto?

—¿Cuándo quieres? ¿Mañana? ¿Pasado? ¿En cuánto lleguemos a Marbella?

—¿Eso es posible?

Marcos volvió a callar unos segundos en los que la mirada de Lucía no se movió ni un milímetro de su sien.

—Necesito tiempo para conseguir un coche limpio.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Lucía sin permitirse imaginar lo que era un coche limpio.

—Un día, dos como mucho.

—Que sea uno, por favor —sentenció la chica y se giró hacia la carretera.

Marcos, sin saber por qué, en lugar de sentirse humillado por aquella inversión de roles en la que ella parecía la jefa y él el lacayo, se sintió aliviado. La controvertida y peligrosa mezcla de sensaciones que se le acumulaba en la cabeza y en el estómago —deseo físico, culpa paralizante, alivio inexplicable, repulsión moral— amenazaba con desbordarlo en cualquier momento, con cortocircuitarle el cerebro y hacerle cometer una estupidez aún mayor.

Llegaron a Marbella cuando caía el sol. Lucía no había apartado la vista de la costa desde que la divisaron a la altura de Málaga ciudad, le sobrecogía aquel azul inmenso y casi infinito. Además, había unas pequeñas nubes que, junto con el ocaso, teñían el cielo de una mezcla brutal de naranjas y violetas que eran un regalo para los sentidos. Ella solo había estado en la playa en tres ocasiones. Una con el instituto en un caótico y divertido viaje de fin de curso en Barcelona. Otra con sus padres en unas pequeñas vacaciones familiares en Huelva. Y otra con sus amigos en una escapada que se hicieron a un pueblo de Alicante cuyo nombre no quiso recordar. Allí, en una noche de luna llena, alcohol barato y confusión adolescente, tuvo su primera relación sexual, con el que fue su novio, el maldito Alberto. Noche de borrachera y polvo de los olvidables. En el viaje de fin de curso también tuvo algo parecido al sexo con otro noviete

del instituto. Así que en su mente, de forma inconsciente e injusta, se había instalado la idea de asociar el mar a las relaciones sexuales. Y el chico que viajaba con ella le despertaba instintos de lo más primarios. Para bien y para mal.

Marcos puso el intermitente, aunque se arrepintió en el último momento y no tomó la salida prevista. Ella lo advirtió, pero decidió no hablar. Le pidió que apagase su teléfono móvil y la chica lo hizo sin rechistar. El coche se dirigió hacia otra zona de Marbella. Pasaron un gran centro comercial y pasados unos kilómetros, esta vez sí, se desviaron. Llegaron a una calle desierta y sin edificios, rodeada por un pinar a cada lado de la carretera. Siguió hasta la entrada discreta de una urbanización cercana, un conjunto de edificios bajos de aspecto cuidado, con jardines comunitarios y una piscina apenas visible tras una valla de setos. Detuvo el coche en una zona de aparcamiento en batería, a una distancia prudencial pero con buena visibilidad directa de la puerta de entrada de uno de los bloques de apartamentos, un edificio bajo de ladrillo claro y balcones con toldos verdes.

—Es aquí —dijo él.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella— ¿A qué te refieres con aquí?

Lucía le miró con ojos interrogativos, pero él no respondió, como si no hubiera escuchado, como si la respuesta fuera demasiado peligrosa. Marcos sintonizó la radio. Pasaron unos minutos de tenso silencio y preguntas sin responder, hasta que Lucía entendió. Entendió cuando una mujer vestida con ropa informal —mallas, camiseta larga y sandalias— salió del portal cercano al que estaban estacionados y se dirigió, con una bolsa de basura a unos contenedores al fondo de la calle, justo al borde del pinar.

—Cámbiame el sitio. Acabemos con esto ya.

El chico la miró y asintió. Se quitó el cinturón de seguridad. Respiraba con fuerza, con ansia, como si sufriera una crisis nerviosa. Abrió la puerta y Lucía hizo lo propio.

Se intercambiaron los asientos y Lucía giró la llave de contacto. Metió primera. Y justo en ese preciso instante, en ese segundo crítico en el que la joven se disponía a ejecutar el plan con una rapidez letal, otra persona salió corriendo del mismo portal de donde

había salido la mujer. Una niña. Una niña pequeña, de unos nueve o diez años como mucho, rubia y espigada como la madre, con otra bolsa en la mano, que corría y gritaba que se le había olvidado. La madre advirtió la presencia de la hija, y la regañó por salir de casa ella sola. Una regañina de las que se hacen sin dar importancia. Las dos caminaron hasta los contenedores ante la atenta mirada de Lucía, sin saber que había estado a punto de pasar algo terrible. Algo definitivo. Lucía regresó al asiento con la respiración desbocada, como si hubiera corrido una maratón cuesta arriba, con los dientes tan apretados que podría fracturárselos. Y con una rabia desconocida, inmensa. Marcos esperó a que madre e hija volvieran a casa y arrancó para largarse de allí.

De momento.

Que llore

Álvaro conducía dentro de los límites legales que le permitía la carretera de Córdoba a Málaga. El Passat se mantenía, que no es poco, en unos más que aceptables ciento diez por hora sin rugir demasiado. El sol había caído y la noche estaba oscura.

—¿Dónde dice la aplicación que está? —preguntó Isabel.

—Pues en un lugar cercano a Marbella, míralo en el GPS.

En la pantalla del móvil de Álvaro, apoyado en un soporte maltrecho sobre el salpicadero, había un punto rojo marcado y la ruta del navegador los llevaba hasta allí.

—¿Se habrá dado cuenta de que le instalaste la aplicación de seguimiento?

—Ya te he dicho mil veces que no lo sé, y que creo que no. Lleva una semana en Trujillo y si la hubiera detectado la habría borrado o hecho algo para que no la localizáramos.

—Tú te das cuenta de que la niña es mayor de edad y lo que has hecho es ilegal, ¿no?

Álvaro resopló con fuerza.

—¿Y matar a una persona no es ilegal?

—Y también sabes que la Guardia Civil averiguará que hemos venido a Málaga cuando miren los movimientos de nuestros móviles.

—La madre que te parió, Isabel. Todo esto ya lo hemos hablado en casa. ¿A qué viene ahora estos reparos?

La mujer calló ante el estallido de Álvaro, y se tapó la cara para ahogar un nuevo llanto. Se encogió en el asiento. El marido le puso la mano en el hombro y la invitó a que se desahogase, que le perdonase si le era posible por ser tan brusco. Se fijó en el letrero de que una estación de servicio estaba próxima y decidió parar allí,

tomarse un respiro necesario, beber algo caliente, quizá comer aunque no tuvieran nada de hambre. Al fin y al cabo, pensó mientras ponía el intermitente con parsimonia, la aplicación de seguimiento que le había instalado a Lucía a escondidas —el día aciago en que ella, con una frialdad que le había helado la sangre en las venas, se ofreció voluntaria para "resolver el problema" y vengar así la memoria de su hermana asesinada—, esa aplicación indicaba que su hija hacía relativamente poco tiempo que había llegado a su destino final en la Costa del Sol. Y según las pocas y crípticas indicaciones que aquel muchacho siniestro, el tal Marcos, les había dado por teléfono, el «trabajo», se haría preferiblemente de día.

Álvaro paró primero a repostar gasoil y después movió el coche hasta el parking del restaurante. Preguntaron si podían pedir algo caliente, pero la cocina estaba cerrada, por lo que se pidieron dos bocadillos de tortilla que el desganado camarero les calentó en un microondas que pedía a gritos una bayeta limpia. Ambos tomaron cervezas sin alcohol y comieron en un silencio que el restaurante, con solo otros tres comensales solitarios desperdigados por un inmenso salón, imponía.

Isabel marchó al baño dejando a medias el triste y reseco bocadillo. Álvaro aprovechó para enviar un nuevo mensaje a su hija que, por supuesto, no respondería y le provocaría una nueva desazón. Repasó después, y con el dedo temblando, la lista de los enviados a diferentes personas: su hermano, Juan Pedro el repartidor de café, César el de vino, y otras amistades. Movió el índice por la aplicación con ansia, como si buscara alguien con quien hablar de algo que no se puede hablar con nadie. Y lo encontró.

El último mensaje que intercambió con Belén. Más de un año atrás. Allí estaba.

«Papá, he salido a pasear con una amiga para un trabajo del insti, díselo a mamá que llegaré tarde, luego lo mismo me paso por el bar y te echo una mano».

Una inevitable lágrima espesa y salada se le escapó, y cerró la aplicación. Él no vio el mensaje hasta que su niña ya habría desaparecido de este planeta. Lo leyó horas después, cuando Isabel llegó a La Taberna con la mala noticia y se pusieron a buscar a su

niña por todo el término municipal. Él, siempre tan atareado en su trabajo, en su negocio, en su maldito bar que le absorbía y que sería capaz de hacer explotar si eso sirviese para cambiar las cosas. Miró por la ventana, sucia y llena de carteles con los diferentes platos que se ofrecían en aquel restaurante alejado de todo. Una noche tan oscura como sus recuerdos se precipitaba sobre él. Llegarían al punto que marcaba la señal de su hija en menos de dos horas y allí se enfrentarían de nuevo a una muerte casi segura. La pregunta era quién tendría que dar su vida esta vez. ¿Él? ¿Su mujer? ¿La mujer que debían eliminar? ¿El chaval que se hacía pasar por mensajero? Cualquiera menos su hija Lucía. Eso lo tenía clarísimo.

Isabel lo sorprendió por la espalda en su vuelta del baño y había visto lo que estaba haciendo con el móvil.

—No te tortures más, Álvaro.

Le puso una mano cálida en el hombro que él correspondió posando la suya sobre las falanges de su mujer. Los dos apretaron fuerte. Era su forma de mostrarse cariño. Pasados unos minutos, salieron al fresco de la noche y se dispusieron a subirse en el Passat, entonces Álvaro lanzó su sentencia.

—Y si en lugar de evitar que nuestra hija cometa una locura, ¿la cometemos nosotros?

—¿A qué te refieres?

—Al niñato ese que no ha parado de hostigarnos y que se la ha llevado medio secuestrada.

—De secuestrada nada.

—Bueno, podemos decir que ha sido eso, un secuestro para justificar…

Se miraron a los ojos.

—No estarás diciendo lo que creo que estás diciendo, Álvaro.

—¿Recuerdas que hace unos años hice unos cursos de defensa personal?

—Sí, pero vamos, que no creo que eso te sirva para pelear como si fueras Steven Seagal.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces?

—El profesor usaba una frase que nunca se me ha olvidado.

—¿Cuál? —preguntó la mujer, con los ojos tan abiertos que se tendría que echar colirio si lo prolongaba por más tiempo de lo necesario.

A Álvaro le temblaban los labios. Le temblaba todo el cuerpo en realidad.

—Para que llore mi madre, que llore la suya.

Isabel al escuchar esa frase más propia de un navajero o de un soldado sintió ganas de reír. Esbozó una leve sonrisa incluso. Fue capaz de reprimirla, pero tuvo que reconocer para sus adentros que la frase en su crudeza primitiva, tenía tanto de ingenio popular como de verdad descarnada aplicada a la situación límite en la que se encontraban atrapados.

—Anda, vámonos, justiciero.

Álvaro no entendió que su mujer bromease y se ofuscó, interpretó que se mofaba de él en el peor momento. A Isabel apenas le dio tiempo a subirse al coche y arrancó haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto en una maniobra absurda, innecesaria y temeraria, una pequeña explosión de rabia contenida que el vehículo, probablemente, no tendría ocasión de repetir muchas más veces en su ya larga vida útil.

Ignoró las protestas de la mujer y se incorporó a la autovía.

Isabel, para intentar calmar los ánimos, sintonizó una emisora que emitía un programa nocturno en el que las personas llamaban y contaban sus desgracias personales. Lo cambió en el acto. Después de mucho buscar solo encontró Radio Clásica y la dejó, por tener algo que les distrajera más allá del ruido monótono del motor.

El problema fue que Radio Clásica estaba emitiendo los Caprichos de Paganini. Una música casi celestial que en aquel momento se volvió demoniaca por el sencillo motivo de que en la quietud de la noche les provocó un sopor que el conductor y su acompañante acusaron. Álvaro, cuando notó la primera cabezada, se tuvo que dar un par de bofetadas para mantenerse alerta. Y es que la carretera, ausente de tráfico y rectilínea sobre la estepa cordobesa de olivos, no ayudaba a combatir la somnolencia.

El hombre se echó un poco de agua por la cabeza que le ayudó a despejarse. A los cinco minutos escuchó una voz detrás que, lejos de

sobresaltarle en su duermevela confuso, le trajo una oleada de calma y de felicidad que no recordaba. Era Belén. Su hija Belén con su melena castaña y su sempiterna sonrisa que él añoraba tantísimo. La niña le decía que le gustaba mucho Paganini y que debería haberse apuntado a clases de violín o de piano. Y Álvaro, que flotaba ingrávido en su propia burbuja de felicidad, contestó que sí, que él le pagaría las clases de violín, de piano o de arpa si hacía falta a su niña querida para compensarla por el tiempo perdido. Y esta promesa paterna provocó tal alegría en la muchacha que se soltó el cinturón para acercarse a dar un abrazo a su padre y un beso en la mejilla y convertirlo en el padre más feliz del mundo.

Y justo en ese instante crítico, con la guardia completamente baja, perdido en la ensoñación feliz de aquel abrazo imposible, con la imagen radiante de su hija sonriente ocupando toda su imaginación, el terrible grito real de su mujer exigiendo que frenase que se iban a matar, apenas le dio tiempo a reaccionar, a abrir los ojos y pisar con todas sus fuerzas el pedal del freno. Pero el frenazo desesperado y tardío, sobre el asfalto húmedo solo sirvió para bloquear las ruedas traseras del viejo y pesado Passat, que patinaron sobre la calzada con un chirrido agudo y definitivo. El coche, fuera de control y ya ingobernable, se puso a dar vueltas de trescientos sesenta grados sobre sí mismo como una peonza en mitad de la autovía desierta, primero una vuelta completa, luego otra, antes de salirse de la carretera por el arcén derecho y seguir dando vueltas sobre la tierra suelta y pedregosa del olivar adyacente, levantando una nube de polvo y piedras, hasta que un brusco desnivel en el terreno, un pequeño terraplén invisible en la oscuridad de la noche, le hizo volcar violentamente de costado y convertir los giros en plano en una serie de vueltas de campana, en un lugar en el que nadie escuchaba nada, ni los gritos de terror de sus dos ocupantes.

Pizzas

Lucía y Marcos volvieron por el mismo camino que los había llevado a la casa del objetivo; se incorporaron de nuevo a la autovía en dirección contraria y poco después se desviaron hacia otra urbanización. Un laberinto de calles silenciosas, impolutas y bien asfaltadas; calles por las que los elegantes paseantes de perros de raza —caniches, galgos afganos, bulldogs franceses— se confundían a esa hora en la que el sol ya no bañaba la costa. El aire, al caer la tarde y refrescar ligeramente, ya estaba impregnado del perfume dulce, intenso y penetrante de dama de noche; y ese olor embriagador y desconocido para ella, le pegó a Lucía en la nariz como una bofetada aromática en cuanto Marcos detuvo por fin el coche frente a un bloque bajo de apartamentos y ella se apeó.

—¿A qué huele tan fuerte?

—Es una flor típica de aquí.

Cuando le dijo el nombre a la chica le dio por mirarlo en internet y le resultó curioso que la flor se llamase de forma tan misteriosa y poética. El apartamento al que la llevó estaba pegado a un jardín en el que la flor característica de toda la Costa del Sol era la reina.

El piso pertenecía a un pequeño y coqueto bloque de casas de paredes blancas inmaculadas, rejas negras artísticas en las ventanas bajas, tejados de teja árabe y macetas de geranios rojos adornando los balcones. Tenía solo tres alturas y se ubicaba en una zona tranquila y apartada de la urbanización principal. Según le explicó Marcos mientras subían en el ascensor silencioso, se trataba de un piso que usaban para las visitas. Allí la mayoría de los vecinos eran extranjeros adinerados y de cierta edad —ingleses, alemanes, suecos— que solo pasaban cortas temporadas de vacaciones o

jubilación en España, generalmente en los meses de verano o durante el invierno, buscando el sol y la tranquilidad. Eso le otorgaba al lugar una privacidad y un anonimato casi absolutos durante gran parte del año, una característica que Marcos (y sobre todo, Max Sid, el verdadero propietario o inquilino en la sombra de aquel piso franco) valoraba mucho para sus negocios discretos y como escondite seguro y confortable.

Lucía, acostumbrada a casas más modestas, le pareció un pequeño palacete sacado de una revista de decoración. Con sus paredes lisas pintadas de color crema, sus muebles minimalistas de tonos claros, su pantalla de tropecientas pulgadas y su cafetera de cápsulas de la que en algún momento podría aparecer el mismísimo George Clooney.

—Veo que te gusta —dijo él al constatar la cara de asombro de la muchacha.

—Me quedaría a vivir aquí.

Al chico esas palabras sencillas y espontáneas le provocaron un nudo en el estómago. Se dio cuenta de que esa chiquilla, a pesar de su dureza impostada, quizá seguía sin ser consciente de la gravedad de la situación y se pensaba que estaba de vacaciones.

—Lucía…

—¿Qué? —respondió la chica, mientras fisgoneaba en la cocina americana.

Marcos dudó en darle una bofetada de realidad, que quizá podría asustarla y terminar de estropear el plan, o callarse.

—Voy a por algo de cenar. ¿Quieres algo en especial?

—Compra pizza y la hacemos aquí mismo, ¿no?

Marcos asintió y se largó del apartamento casi en una huida, como si necesitase del oxígeno de la calle.

En su ausencia, Lucía, lejos de quedarse quieta o intimidada por un lujo que no le pertenecía, aprovechó para seguir husmeando. Se le activó el chip cotilla, magnificado por la situación morbosa, y se puso a rebuscar en todos los cajones y armarios, quizá con la esperanza de encontrar un arma o un alijo de cocaína. Porque ella tenía claro que, pese a las evasivas del muchacho, Marcos trabajaba

para algún tipo de mafia y esas fueron las primeras imágenes cargadas de cliché que se le vinieron a la mente.

Llegó al cuarto de baño en suite del único dormitorio del apartamento, y en los ojos le brillaron hasta las retinas. Una bañera con hidromasaje tan grande como el cuarto de baño de su casa pedía a gritos que la pusieran en funcionamiento. Además, en una amplia repisa de mármol a juego con la bañera, una colección de sales de baño y aceites aromáticos digna de las Kardashian, convertía aquel cuarto de baño en el mejor y más sofisticado de los spas que Lucía hubiera probado en su vida.

Le faltó tiempo para llenar de agua caliente la bañera, verter con generosidad en ella cuantas sales minerales, aceites relajantes y bombas de espuma creyó oportuno; mezcló aromas a lavanda, sándalo y cítricos sin criterio alguno, creando un cóctel olfativo un tanto caótico pero agradable. Se desnudó como un chiquillo el primer día de playa y se metió en la bañera. Por supuesto, una vez sumergida con un suspiro de placer en el agua humeante, opaca por la espuma y deliciosamente perfumada, le dio a todos los botones que creyó convenientes y se permitió relajarse por unos instantes. Esos instantes se convirtieron en minutos y la llegada de Marcos fue lo único que la sacó del trance de vapor y burbujas en la que se sumió.

—Qué bien te veo —dijo él, con una sonrisa.

Ella se sobresaltó y pegó un ligero brinco que dejó a la vista por encima de la menguante línea de espuma, parte de la anatomía de su pecho. Él se giró turbado ante la visión de la muchacha desnuda. Y ella se dio cuenta de eso para lanzar un ataque final.

—Si te quieres meter…

—Eh… será mejor que no.

—Tú mismo.

Dicho esto, la chica volvió a sus quehaceres. Es decir, relajarse.

—Voy poniendo las pizzas, te espero en el salón.

Ella no le hizo caso y sacó un pie y una tibia de forma consciente, con la esperanza de que eso pudiera provocar al chico. Se desanimó un poco e incluso se sintió un tanto ridícula cuando él se marchó a preparar la cena.

Ya no pudo relajarse y se maldijo por haber lanzado aquel atrevimiento tan directo, tan poco sutil. No quería que se pensara que era una chica fácil.

—¿Y por qué no? —verbalizó en voz alta.

Se envolvió con decisión en una toalla gigante que había por allí. Mantuvo el pelo suelto y húmedo y se lo dejó caer por los hombros desnudos. No le hizo falta perfumarse porque las sales ya le habían impregnado la piel de suficientes esencias. Se miró en el espejo, se mordió y humedeció los labios y salió descalza al salón sin importarle el frío del mármol en las plantas de sus pies. Allí, Marcos servía vino en dos copas sobre una escueta mesa redonda de estilo funcional y *automontable*.

—Espero que te guste, es lo mejor que he encontrado en la única tienda abierta por aquí cerca.

—Soy más de cerveza, pero servirá.

Dijo ella y le ofreció la copa al muchacho para brindar. Él tomó la suya y correspondió al ofrecimiento sin mirarla a los ojos ni al cuerpo. Se sentía intimidado. Él que presumía de poder ligarse a cualquier chavala que se le metiera entre ceja y ceja con un par de frases hechas y una sonrisa canalla. Él que se creía un tipo peligroso que ajusticiaba a golpes al que le pedían que ajusticiara y se pensaba por encima del bien y del mal. Él, que había metido a aquella chica inocente en semejante tesitura, notó de pronto, mientras bebían, que ella se mostraba dispuesta a una noche de sexo. Y se sintió tan mal que una arcada le sobrevino y tuvo que pedir perdón para ir al baño.

Ella se quedó de pie, preocupada, en medio del salón, con la copa de vino en la mano y la toalla ajustada, sin saber muy bien qué decir o cómo reaccionar ante aquella huida precipitada y un tanto humillante. Preocupada y también triunfal. Le había descolocado y quizá eso bastase. Se sentía bien, no tenía por qué pasar nada más. Así que se dirigió hacia el horno y lo apagó.

—Las pizzas ya están listas.

Se dio la vuelta y se encontró con Marcos a escasos centímetros de su cara. El muchacho poseía una nueva mirada, cargada de una intensidad que ella no conocía, ni había visto en aquellas noches a

solas en su tierra. El chico redujo poco a poco el espacio que los separaba y pegó su frente a la de ella, que aumentó su frecuencia respiratoria y su latido.

—¿Te hubieras encargado del problema si no llega a salir la niña?

Lucía lo ignoró y se acercó más a la boca del muchacho.

—¿Cómo te llamas?

Marcos no dijo nada. Solo la besó

Lo que ocurrió aquella noche en aquel apartamento impersonal y lujoso, propiedad de un narcotraficante poderoso de la Costa del Sol, fue algo que ambos habrían de arrepentirse en el futuro.

Rabo

Tuvo que transcurrir más de una semana para que Torrent se llenase de razón cuando, después de la reunión con los nacionales, había asegurado que les denegarían el operativo.

—No te quejes que al menos su señoría te ha permitido las escuchas —apuntó Valverde.

—No, si yo no me quejo, mi subteniente. Se van a quejar otros…

—Otra vez estás enigmático —dijo la subteniente al mismo tiempo que mojaba un churro en su café frío.

Estaban en la misma tasca de los días anteriores, con los mismos personajes que se habían encontrado recientemente: el exyonqui, el cuarentón con pinta de detective, y otros dos más, una mujer de unos cincuenta años con generosas caderas y pelo cardado, y otro hombre de similar edad, delgado y andrajoso que la cortejaba o la intentaba cortejar.

—Lo digo por nuestro amigo el coronel Sabino.

—¿Y por qué se va a quejar Sabino?

—Porque los nacionales nos han puesto en bandeja al capo.

—No estarás pensando lo que estás pensando.

—Ahora la enigmática eres tú.

—Para nada, pero no me parece ni medio normal que le quieres poner rabo al tipo.

—Mi subteniente, no le pretendo poner nada. Nosotros seremos el rabo.

Valverde tosió y miró, incrédula, a su superior.

—No nos han autorizado a esto, mi capitán.

—Tampoco nos lo han prohibido expresamente. Y nosotros tenemos a un juez en Castellón que nos exige resultados.

Valverde tosió antes de mirar con dudas a su superior, que lucía una extraña media sonrisa en el rostro. Esa sonrisa certificó que no había nada que hacer, no sería ella la que le pusiera pegas a iniciar una vigilancia al principal sospechoso junto con el monitor del gimnasio. Apuró su café, pagó y se largaron los dos en busca de algo que no sabrían cómo acabaría.

Una hora después, y tras un minucioso estudio —en la aplicación de satélites— de la zona en la que se ubicaba la vivienda de Sid (dirección que les facilitaron los nacionales bajo cuerda) se apostaron en las inmediaciones de la casa del holandés. Para intentar pasar desapercibidos en aquel entorno de alto standing donde cualquier rostro desconocido llamaba la atención, se habían puesto una especie de disfraz improvisado y un tanto tópico: mientras que la subteniente Valverde iba vestida de *sport* —mallas negras ajustadas, camiseta técnica de color fucsia, zapatillas de correr, auriculares inalámbricos blancos en las orejas y un chubasquero gris holgado para disimular la Beretta bajo su axila—, simulando ser una *runner* aficionada más, de las muchas que poblaban la zona a esas horas de la mañana aprovechando el buen tiempo; el capitán Torrent, por su parte, se había calzado una gorra descolorida y un chaleco multibolsillos de color azul marino, similar al que usan los repartidores de paquetería. Solo que no había logo de ninguna empresa y la dirección que tenía en el falso paquete que se portaba como atrezo distaba muchos kilómetros de dónde estaban. Un disfraz casi infantil, pero suficiente para no llamar la atención de los vigilantes de seguridad privados de la zona, que si bien no tenía barrera de acceso, sí que estaban presentes patrullando en un pequeño Ford Fiesta blanco decorado en exceso con los logos de la empresa de seguridad para hacerlo parecer un coche policial.

Antes de desplegarse a pie, habían hecho una primera batida de reconocimiento en el coche camuflado, recorriendo lentamente las calles arboladas y silenciosas adyacentes a la villa para ubicar las posibles cámaras de seguridad de la mansión de Sid. Contaron al menos tres cámaras motorizados y varios detectores de movimiento visibles desde el exterior y también alguna de los chalés vecinos.

Una vez hechas las comprobaciones visuales y memorizados los ángulos muertos y las zonas de sombra, se colocaron estratégicamente en puntos desde donde la videovigilancia, en teoría y si no había cámaras ocultas, no alcanzase a distinguirlos con claridad, o al menos no pudiera obtener una imagen nítida y reconocible de sus rostros.

La subteniente, después de darse unas carreras por los alrededores, se metió en el coche y desde allí podía distinguir la puerta de acceso a la villa del investigado. El capitán también se paseó arriba y abajo por el perímetro de la casa buscando esa dirección inexistente, hacía paradas en otras viviendas, comprobaba la dirección y volvía a mirar el paquete rascándose la cabeza. En una de ellas se atrevió, incluso, a llamar al telefonillo; por respuesta obtuvo una voz en un idioma que no entendió y prefirió seguir su camino en lugar de expresarse —y quizá delatarse— es su denigrante inglés aprendido en alguna aplicación de móvil.

La subteniente movió el coche para evitar sospechas por mantenerse demasiado tiempo en el mismo lugar. Al tratarse de una urbanización con grandes casas, el aparcamiento sobraba. Buscó un sitio apartado que previamente había acordado con su superior y estacionó el coche bajo unas palmeras al final de la calle donde hicieron el intercambio. Torrent se subió al volante pasados unos prudenciales minutos y volvió a la calle desde la que se veía la puerta de acceso a la vivienda.

Repitieron la operación infinidad de veces durante todo el día, cada vez con más cautela y estuvieron seguros de que no los habían mordido. Lo malo fue que dieron las nueve de la noche y no detectaron movimientos en la casa, por lo que se largaron con cara de pocos amigos a un apartamento que estaban empezando a aborrecer.

Implicarse

Lucía se desperezó cuando él subió la persiana y la luz le golpeó en la cara. La cama era la más grande y confortable en la que había dormido en su vida —aunque dormir, dormir, no había dormido mucho.

—Buenos días —dijo Marcos—. Tienes el desayuno en la cocina.

—Buenos días, Marcos —respondió ella, marcando el nombre del muchacho.

La chica, aún medio dormida, pero con la satisfacción de la que ha pasado una bonita y excitante noche, le ofreció los brazos para que la abrazase o la besase o, simplemente, se acurrucase a su lado, pero el chico la ignoró. Salió de la habitación y ella se quedó con los brazos en el aire sin tener nadie a quien abrazar y con el consiguiente cabreo que le provocó el rechazo.

Contrariada y sintiéndose un tanto usada, se puso una camiseta que encontró por allí y salió al salón sin lavarse la cara. Se sentó a la mesa elevada que había en la cocina y se bebió medio café, preparado por Marcos, de un trago.

—Tendré listo el coche en una hora.

—Bien.

Se había instalado entre ellos un frío, una distancia que contrastaba con el calor proferido por la noche, apenas unas horas antes. Ella sabía de sobra que aquello no tenía visos de romance, pero no esperaba esa frialdad hostil por parte del muchacho y se lo hizo saber.

—¿Me vas a follar también después de solventar el problema?

Marcos se giró, sorprendido, la miró a los ojos y abrió la boca. La volvió a cerrar y le pegó un muerdo al bocadillo de jamón que se

había preparado.

—¿Por qué no me has hecho uno de esos a mí? —inquirió la muchacha.

—No sé, me dijiste anoche que te gustaban los churros. Me he acercado a por ellos…

—¡Qué caballero! Me metes el churro y me compras churros…

—¿Se puede saber qué te pasa?

Ella mojó uno de los esqueléticos y grasientos churros en el culín de café que le quedaba, le dio dos mordiscos pequeños y lo dejó encima del plato.

—¿Cuándo lo hacemos?

Marcos resopló, apoyó los brazos sobre la encimera y, sin mirar a la chica, habló:

—Esto tampoco es fácil para mí. No tendría que estar aquí contigo. No tendría que haber venido contigo…

—No tendrías que haber follado conmigo…

—¡Basta, Lucía! —gritó Marcos al tiempo que golpeaba sobre la encimera de silestone.

La chica se sobresaltó. Le sostuvo la mirada al muchacho, pero decidió largarse a la habitación; cerró de un portazo y se echó a llorar en la cama. Al poco, Marcos tocó en la puerta, aunque no obtuvo respuesta. Y, a pesar de ello, accedió al cuarto.

—No sé por qué coño llamas si vas a pasar igual.

El chico torció la boca en una mueca de impotencia, o de resignación y se sentó al borde de una cama aún caliente.

—Un poco de tregua, por favor.

—Lo que tú digas.

Él alargó la mano y se la puso en el gemelo, pero ella apartó la pierna con un movimiento brusco que si llega a golpear al muchacho le hubiera hecho daño.

—Cuando te he dicho que esto no es fácil para mí, lo digo en serio. No me debería haber implicado emocionalmente contigo.

—Dirás sexualmente.

—No ha sido solo sexo, créeme.

Lucía se dio la vuelta y le mostró las lágrimas en los ojos al chico, con una sincera confusión en su alma y en su rostro.

—¿Entonces qué ha sido?

—No me debería haber implicado tanto contigo, porque en el remoto caso de que la *madera* nos eche el guante, voy a estar tan implicado como tú.

—Ah, es eso lo que te preocupa, que te puedan meter a ti también en el talego.

—No me estás entendiendo.

—¿No? Pues hijo, será que soy tonta. Sí, de hecho lo soy, es lo que todo el mundo piensa de mí, que soy medio lerda. Yo siempre aprobaba justita o suspendía, no como mi hermana, todo con sobresalientes. Mira, déjalo. Dame el puto coche y terminamos con esto.

—No pienso que seas tonta, Lucía. Todo lo contrario. Y si te digo que no me estás entendiendo es porque estoy tan implicado en esto que he decidido que lo voy a hacer yo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Mi jefe me encargó esta tarea hace tiempo. Más de un año. La he ido retrasando por lo que te he contado.

—Que tú no te manchas las manos de sangre, ya, no directamente, pero vaya, si me has obligado a hacer esto…

—No te he obligado.

—Me has amenazado para que lo haga. ¿Cómo se dice? Me has coaccionado, ¿no? Creo que esa es la palabra: coaccionar.

El chico calló. Se llevó las manos a la cara y la hundió en el pecho.

—Tienes razón…

—Claro que la tengo, y puedes estar tranquilo que yo no voy a decir nada a la policía si me pillan. Tal y como me dijiste, alegaré locura mental transitoria o me tomaré un par de cervezas antes o después y diré que no conozco a la víctima de nada.

—Eso dices ahora, pero nunca te han apretado las tuercas en una sala de interrogatorios.

—¿Y a ti sí?

Marcos retiró la mano del cuerpo de la chica y se levantó. Se dirigió en silencio hacia la ventana y observó a través de ella el jardín de damas de noche. Un jardinero uniformado de verde —

siempre de verde— lo regaba con tanto mimo como una madre amamanta a su hijo. Una mujer con el carro de la compra saludaba al hombre y este se mojó los pies por seguirla con la mirada. Un par de motos rompieron el momento con el retronar de sus tubos de escape.

—Me voy. Cógete un taxi a la estación de autobuses y vuélvete al pueblo.

—¿Qué dices? Que no.

Marcos no dijo nada y se dispuso a salir de la habitación, pero Lucía se levantó de un salto y se interpuso entre él y la puerta con su cuerpo pequeño y frágil. Marcos intentó escaparse como si fuera un delantero que regatea a un defensa, pero ella le agarró del brazo y le miró a los ojos.

—No voy a dejar que te vayas, no sin mí. No después de decirme que te has implicado más de lo que querías. Porque lo decías de verdad, ¿no?

El chico se la quedó mirando y, por primera vez en mucho tiempo, se le escapó una lágrima.

Hospital

Álvaro despertó en el box de urgencias del hospital de Antequera.

Se tocó el cuerpo, palpándose el pecho, los brazos las piernas hasta que algo en el cuello no le gustó. A pesar de todo se notó entero. Se fijó en su costado derecho. Allí, sentada o tumbada sobre una silla azul reclinable, estaba Isabel, con los ojos cerrados y respirando pausadamente.

Se maldijo y se autoflageló varias veces por dormirse al volante. Nunca, en más de treinta años de carné, le había pasado algo parecido. Aunque, pensó con una amargura infinita que le subió por la garganta, tampoco le habían matado antes a una hija de forma brutal y la otra estaba a punto de cometer un asesinato por encargo para vengar a la primera. Quizá era simplemente eso, que su cuerpo y su mente habían llegado al límite de su resistencia. Desde la muerte de Belén, apenas había vuelto a coger el Passat para viajes largos, y ahora la falta de costumbre con el coche, sumada a la falta brutal de descanso de las últimas semanas y a la tensión acumulada como una olla a presión, le habían traicionado de la peor manera posible en el peor momento imaginable

Volvió a tocarse, en esa ocasión, la cabeza, porque sentía una enorme y punzante presión en la parte trasera. Confirmó, entonces, que algo le aprisionaba el cuello. Bajó los ojos todo lo que pudo, esforzándose, y también intentó inclinar la cabeza hacia el pecho para mirarse, pero le fue imposible hacerlo más allá de unos pocos e hirientes grados; la presión en la parte posterior del cuello era terrible, un dolor agudo, constante y paralizante.

Después de palparse de nuevo con más cuidado la zona dolorida, recorriendo con los dedos el contorno del objeto, dio por bueno el

hecho evidente de que le habían colocado un collarín cervical rígido, de esos de espuma dura forrada de plástico. Y pensó, con un escalofrío de temor recorriéndole la espalda, que debía de tener alguna vértebra cervical fastidiada, o quizá algún hueso de la base del cráneo afectado por el latigazo, a juzgar por la tremenda presión y el dolor incapacitante que sentía en toda la zona.

Y entonces cayó en la cuenta: su móvil. ¿Dónde estaba el móvil? Tosió, como el que no quiere la cosa. Pero toser le producía dolor en el cuello, así que lo que hizo fue directamente llamar a la mujer, aunque le supiera mal despertarla de aquel merecido descanso.

—Isabel, Isa…

Pero Isa parecía haber cogido un sueño más profundo que el suyo al volante la noche anterior. Tuvo que levantar la voz y esto provocó que la mujer se despertase sobresaltada.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—Oye, ¿dónde estamos?

Isabel no respondió de inmediato, sino que se frotó los ojos hasta por dos veces antes de levantarse.

—En el hospital, ¿dónde vamos a estar?

—Ya, pero ¿en qué ciudad, mujer?

—En Antequera. ¿Cómo estás?

—Estoy, ¿y tú?

—Yo con un susto tremendo, pero bien más o menos; nos ha faltado poco, Álvaro, bien poco.

—Solo recuerdo hasta cuando el coche empezó a dar vueltas de campana.

—Hemos tenido suerte. A mí me han saltado los airbags y estoy perfecta. Me duele un poco todo, pero me han hecho radiografías y estoy bien.

—¿Y yo?

—Tú tienes un porrazo en la cabeza y creen que solo un esguince cervical. Falta el resultado de un TAC que te han hecho para comprobar que no hay lesiones mayores.

—¿No me he roto nada?

—No, y si te llega a saltar el airbag lateral estarías como una rosa.

—¿Qué hora es?

—Cerca de la una.

—¿De la una de la tarde?

—Claro.

—¿Dónde está mi móvil?

Ella se le quedó mirando, como si no tuviera derecho a interesarse por su teléfono perdido. Supo lo que le interesaba y, después de sopesarlo, se dio la vuelta y rebuscó en una bolsa azul. Al poco se giró de nuevo y se lo entregó. Él no dio ni las gracias y se puso a buscar la aplicación. El problema era que la pantalla estaba en negro.

—Está apagado.

—No sé, lo tenías en el pantalón. ¿Has probado a encenderlo?

Álvaro soltó un suspiro de alivio. Por suerte, gracias al cabreo que se cogió con su mujer por la broma acerca de la justicia, se le había olvidado colocar el teléfono en el salpicadero antes de arrancar como si fuera un piloto de Fórmula 1, y gracias a ello, posiblemente, el teléfono estaba intacto. Extendió entonces los brazos doloridos hacia ella desde la camilla, y ella comprendió al instante esa necesidad de contacto, de consuelo, de perdón. Se acercó y se fundieron en un abrazo torpe pero intenso, más fuerte quizá de lo que el cuello lesionado de Álvaro podía tolerar en ese momento. Sin embargo, él no se quejó; al contrario, cerró los ojos y le agradó sentir el contacto estrecho y cálido del cuerpo de su mujer contra el suyo.

—Lo mismo es solo la batería —dijo al fin.

Ella lo miró como la madre que mira al niño que ha hecho una travesura y se largó diciendo que volvía enseguida.

Álvaro se quedó solo y aprovechó esa inesperada intimidad para ponerse a llorar. No le gustaba que ni su mujer ni su hija le viesen así, como si fuera algo que los hombres no deberían hacer. Él que iba de moderno y de progresista en muchos aspectos, conservaba este punto de machismo que había mamado en casa de sus padres. El llanto le duró poco porque llegó una enfermera acompañada de un médico y de otro joven que le preguntaron cómo se encontraba. Él contestó que bien, que cuándo le daban el alta. El médico le dijo

que, en efecto, tenía solo un esguince cervical y que, a pesar de que las pruebas no mostraban nada grave, le iban a dejar un día en observación porque el golpe había sido considerable.

—Pero me tengo que ir hoy mismo.

—Pues no va a poder ser, caballero —dijo un médico bajito y fortote con una perilla pasada de moda— Necesita reposo y vigilancia de veinticuatro horas.

Álvaro hizo el amago de incorporarse y ponerse de pie, pero en ese momento entró Isabel que preguntó qué ocurría. Se lo explicaron y ella trató de mediar.

—Solo será un día, Álvaro…

—No podemos —dijo él entre susurros, y le exigió el móvil.

Ella se lo entregó y él, al comprobar que seguía apagado, bufó, pero su mujer le enseño un cable cargador.

—Me lo han dejado las enfermeras, haz el favor de comportarte.

—¿Dónde quiere ir tan rápido, Álvaro? —preguntó el médico.

El paciente no contestó y se limitó a exigir con la mirada y con gestos impacientes que Isabel pusiese a cargar el teléfono.

—Me lo va a disculpar, que estamos pasando un mal momento.

—Se ha librado por poco, caballero, tómeselo con calma, solo será un día más.

—Mañana a primera hora me tiene que dar el alta, eh.

—A primera hora o a la que pueda, señor, que tengo muchos más pacientes. Como no se relaje el latigazo cervical no se le va a curar pronto.

Álvaro sintió ganas de lanzarle el teléfono a la cabeza de aquel médico impertinente. Se tuvo que recostar en la cama porque empezó a notar un súbito mareo que le obligó a llevarse la mano a la cabeza. La enfermera se quedó y le preguntó si le cambiaba el analgésico y si necesitaba algo para el mareo. Él negó, pero Isabel se lo pidió a la chica. Álvaro, a regañadientes, aceptó. La enfermera, con la ayuda de un joven estudiante universitario en prácticas que la seguía a todas partes como una sombra atenta, le cambió con pericia la bolsa del gotero al paciente. El nuevo analgésico, más potente, hizo efecto con sorprendente rapidez, y la respiración agitada de Álvaro Lázaro fue remitiendo poco a poco; sus músculos

agarrotados por la tensión parecieron relajarse casi por completo, y tanto fue así que entró de nuevo en un estado de agradable y bienvenida somnolencia, en un duermevela reparador y profundo que le mantuvo así durante un tiempo indeterminado, quizá un par de horas largas.

Volvió a despertar sobresaltado y se encontró con Isabel que le acercaba una bandeja con comida del hospital: una sopa de fideos que parecía agua turbia, un filete de pescado blanco hervido de aspecto insípido y textura gomosa, y una pieza de fruta algo magullada.

—Vamos a comer un poco, anda.

—¿Y el móvil?

Isabel resopló, apoyó la bandeja en una mesa cercana y le entregó el maldito teléfono que ya parecía haberse cargado. Álvaro lo encendió, esperó unos interminables minutos y por fin pudo abrir la aplicación de control parental. Actualizó la ubicación de la niña, y, para su desgracia, se había movido.

—Ha ido a algún sitio, mira, mira.

—Déjame que vea, anda.

Isabel lo miró y, preocupada, constató que la niña había cambiado de ubicación respecto a la noche anterior.

—Tenemos que irnos, tenemos que irnos ya mismo.

Isabel le sujetó con fuerza del brazo.

—Como se te ocurra moverte, te juro que acudo a la Guardia Civil.

—No serás capaz.

—Vaya que sí. Déjame el puto teléfono.

Álvaro dibujó una O en su boca, no recordaba la última vez que Isabel había pronunciado esa palabra. La mujer miró en la aplicación, la amplió y se la mostró al marido. Él retiró el brazo porque no podía ver bien tan de cerca.

—¿Qué pasa?

—Que está en la playa, ¿no lo ves?

Álvaro lo vio. Refunfuñó y actualizó. Y siguió actualizando y la niña no se movió de esa supuesta playa durante toda la tarde. En un intento desesperado por obtener alguna información, indagó

también en la sección de sucesos de los periódicos digitales locales de Málaga y Marbella a través del móvil. No había rastro de ningún atropello mortal reciente ni de ningún accidente sospechoso ocurrido en la zona de la costa ese día. Sintió incluso la tentación loca de llamar él mismo a la policía local o a emergencias de Marbella, preguntando por algún accidente concreto, haciéndose pasar por un falso familiar de alguien a quien pudieran haber atropellado. Pero desistió al instante; era demasiado arriesgado, demasiado estúpido, podría delatarlos. Se resignó, por el momento, a esperar impotente, a confiar en que Lucía no hiciera nada irreparable. Y le hizo una promesa solemne, casi una amenaza, a su mujer cuando ya caía la noche sobre Antequera y el hospital se sumía en una calma relativa.

—Mañana a primera hora nos vamos, si no ha venido el médico me arranco los cables estos y me voy. Tú decides si vienes conmigo o me traicionas yendo a los picoletos.

Isabel bufó. Se disponía a darle la cena, porque no había probado bocado. Sin embargo, plantó la bandeja en la mesita elevada y le invitó a cenar él solito.

—Qué pesado eres, mañana temprano tú tranquilo que le suplicaré al médico que venga a darte el maldito alta.

Dicho esto se largó del box sin decir nada, dejando a su marido con los ojos abiertos y los puños tensos. La noche, una vez más, prometía ser larga, tensa e interminable.

Mordidos

Torrent y Valverde se despertaron pronto y sin ganas. Se mandaron mensajes a los móviles desde sus camas y se maldijeron por no decirse esas cosas que se tenían que decir a la cara.

Se vistieron con el horrible disfraz, pero esta vez se intercambiaron papeles: él de *runner* y ella de repartidora. Volvieron a las inmediaciones de la casa de Sid y esta ocasión sí hubo más suerte: pasadas las diez de la mañana un coche eléctrico de alta gama, silencioso como una sombra, salió por la gigante puerta casi medieval de acceso al chalé. Un Tesla Model S de color negro brillante, con los cristales tintados, se asomó con cautela al vial interior de la urbanización y su conductor, un hombre corpulento con gafas de sol oscuras que le ocultaban el rostro, miró con calma y detenimiento en ambas direcciones antes de incorporarse a la calle.

Al volante del camuflado estaba el capitán, y Valverde, unos metros más abajo en esa misma travesía, recibió su mensaje para que le verificara el trayecto del coche investigado.

La subteniente, que fingía transportar un paquete que no tenía que transportar, llamó por teléfono a Torrent y le dio la indicación pertinente. El capitán arrancó el coche y condujo por donde ella le guio, la recogió y ya juntos iniciaron el seguimiento. Alcanzaron el Tesla unos cincuenta metros más abajo. Se situaron a una distancia prudencial; todo lo prudencial que una calle de urbanización podía permitir. Llegaron a una rotonda y el Tesla se adentró en ella, hizo el giro completo y retrocedió por donde había venido. Torrent se fijó en el conductor.

—Es él.

—¿Y dónde va?

—Ni idea, pero no podemos seguirlo porque nos va a *morder.*

—Tira hacia la izquierda, sé qué podemos hacer.

Torrent confió en su compañera, dotada de un instinto casi extraterrestre para los seguimientos y siguió las indicaciones de la subteniente, que lo guio por las calles de la urbanización entre protestas por los baches de los resaltos.

—Detente aquí.

—¿Dónde vas?

—Aparca ahí adelante y estate pendiente del móvil.

La subteniente tomó el paquete y caminó a paso ligero en busca de un nuevo reparto a domicilio. Torrent, por su parte, aparcó y salió del coche para que le diera el aire. Se sentía mareado por la tensión acumulada y de un humor de perros por el aparente fracaso de la vigilancia y por la situación de riesgo en la que ahora se encontraba Valverde. Esperó, o más bien, desesperó mirando el reloj cada pocos segundos. A los cinco minutos exactos, que a él le parecieron cinco horas interminables de angustia, le vibró por fin el móvil en el bolsillo. Era la subteniente. Descolgó al primer tono.

—¿Dónde estás?

—Nos ha mordido jefe.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo tengo delante y me acaba de preguntar que si quiero pasar a tomar algo a su casa, que todavía no ha desayunado.

Playa

Marcos, no sin antes preguntar por enésima vez a Lucía si estaba segura de haber dejado su teléfono móvil apagado y bien guardado en el apartamento —y recibir por enésima vez la misma respuesta afirmativa y un poco impaciente por parte de ella—, dejó a la chica esperando dentro del coche y accedió con paso rápido y discreto a la penumbra de un taller mecánico de barrio, uno de tantos en las afueras menos glamurosas de Marbella, donde varios operarios con monos manchados de grasa y algunos clientes con cara de preocupación se afanaban bajo la luz cruda de los fluorescentes en intentar arreglar coches que, a todas luces, ya no servían para el propósito original para el que un día fueron concebidos. Solo estuvo allí unos diez minutos y volvió junto a la chica que no le quitaba los ojos en ningún momento, sonriendo, mordiéndose el labio. Sin embargo, él no dijo nada. Ni esa primera vez, ni en ninguno de los cinco talleres que visitó después.

Cuando dio por finalizada la tarea, sin éxito, se puso en contacto con Max, que le pidió un tiempo prudencial para hacerle la gestión y echarle en cara que siempre le tenía que sacar él las castañas del fuego. Después regresaron al apartamento. Antes de llegar, Marcos hizo una parada en un supermercado y salió con varias bolsas. Retornaron al apartamento y entregó a Lucía una de esas bolsas.

—¿Eso qué es?

—Ábrelo, chiquilla.

Lucía, curiosa, obedeció y lo abrió con el interés de una niña pequeña el día de Reyes. Un bikini sencillo, verde, con ribetes dorados se desplegó ante sus ojos.

—¿Y esto…? —preguntó ella con alegría.

—Lamento que no tuvieran uno de La Perla, pero creo que servirá. Póntelo, nos vamos a la playa —dijo el muchacho mostrando una bolsa llena de provisiones.

Ella sonrió y se desnudó delante del chico sin que a ninguno de los dos les diese pudor.

—Me puedo llevar el teléfono a la playa para hacerme unos selfis al menos, ¿no? —pidió la chica

—Sí, pero a mí no me saques que salgo horrible.

Se fueron a una playa cercana al apartamento. Una playa de arena parda y fina con alguna que otra piedra en la orilla. En un día laborable de mayo, disfrutaron de una tranquila y casi solitaria orilla. Se bañaron, aunque Lucía no paró de protestar por el frío de las aguas. Se besaron, se tocaron y se rieron como dos adolescentes enamorados que están descubriendo el mar y el amor, ajenos a la violencia que les rodeaba. La chica le pidió sexo en el agua, y él, a pesar de que había poca gente se lo negó.

—¿Qué pasa que con el frío no se te levanta? —dijo ella.

Y él, divertido, se lanzó a bajarle la braguita del bikini. Lucía echó a correr entre gritos de Marcos diciendo que era suyo que lo había pagado, que se lo devolviera. Jugaron como niños hasta caer rendidos y abrazados sobre la arena templada

Regresaron al apartamento casi al caer la tarde, agotados por el sol y el mar, pero con una extraña sensación de paz flotando entre ellos. Y después de un largo y relajante baño juntos en la bañera de hidromasaje —esta vez sí, compartiendo espuma, risas y caricias— hicieron el amor de nuevo sobre la cama deshecha, pero de una forma más lenta, más pausada y tierna que la noche anterior, cuando se habían cogido con una rabia casi desesperada, como buscando olvidar o castigarse mutuamente.

—¿Por qué no te vuelves al pueblo mañana mismo? —preguntó él.

—Sí hombre, ahora que he probado esto.

—¿Probado el qué?

—Pues esto, la playa, este piso, a ti…

Lucía lo besó y no le dejó contestar. Cuando paró, le pidió con un susurro que no dijera nada más, que no estropeara el momento, que

tan solo la abrazara fuerte y se apoyara sobre su pecho, que escuchara su corazón. La respiración de la chica, poco a poco, se fue sosegando, haciéndose más profunda y regular, y también la de Marcos, que se dejó llevar por aquella calma inesperada y por el cansancio acumulado. Hasta que los dos, abrazados y en silencio, cayeron en un sueño profundo y sin pesadillas, como hacía mucho, muchísimo tiempo que ninguno de los dos, por motivos muy diferentes, alcanzaba a tener.

Al día siguiente, Marcos se despertó sobresaltado. Estaba solo en la cama y pegó un grito para localizar a Lucía. Se levantó desnudo y corrió hacia el salón.

—¡Qué buenos días me regalas, hijo, que sea siempre así! —bromeó la muchacha al contemplar la anatomía del chico mientras terminaba de preparar el desayuno.

—¿Qué hora es?

—No sé, las nueve y algo.

—Joder, tenemos que irnos ya mismo.

Marcos urgió a la chica a pegarle dos tragos y dos bocados al café y las tostadas y a vestirse rápido. Tenían una cita ineludible. Lucía, como María en la canción, se mojó las ganas en el café y se sintió decepcionada porque se le acababan esas vacaciones que ella sola se había creado en su mente.

Se vistió rápida y cogió todo lo que por inercia solía coger antes de salir de casa.

Media hora después llegaron a una nave que parecía abandonada.

—Quédate aquí.

—No. A partir de ahora todo juntos.

—No me hagas esto, Lucía.

—Ya está todo hecho, Marcos.

Aceptó resignado y al bajar del coche se fijó en la puerta verde y desconchada. A su lado un letrero que daba nombre al taller: Neumáticos Domingo, totalmente descolorido y que apenas podía leerse ya.

—No digas nada al menos, ¿vale?

Ella se hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera invisible y salió también del coche.

Marcos se adelantó y tocó la puerta con los nudillos, desatando el clásico sonido de eco metálico. Nadie respondió y tras unos segundos lo volvió a intentar. La puerta al fin se abrió y una cabeza con poco pelo y mucha barba se asomó para preguntar.

—¿Quién coño eres?

—Vengo de parte de Sid, me ha dicho que tienes algo para mí.

—Ah, eres tú —dijo, y miró a Lucía—. ¿Y esta piba?

—Viene conmigo. ¿Podemos pasar?

—No, no podéis. Sid no me dijo nada de una tía.

—Te repito que viene conmigo. Si no podemos pasar, saca lo mío.

—Mira gilipollas, si Sid no me dice que vienen dos, yo no le doy nada a nadie. Lo mismo no eres tú y…

No le dio tiempo a terminar la frase porque Marcos le cogió de la barba y tiró del tipo hacia sí. El individuo se vio obligado a sacar no solo la cabeza sino todo el tronco, y Marcos aprovechó para golpearle en la boca del estómago y agarrarle del cuello con las dos manos para que no se cayera doblado.

—Max Sid es como mi padre, *atontao*. Si quieres le llamo para que me autorice a reventarte la puta cabeza si no me das el coche ya mismo.

El muñeco de trapo en el que se había convertido aquel hombre levantó las manos pidiendo calma. Marcos se la otorgó y se separó para que el otro pudiera recomponerse.

—Tranquilo, chiquillo, yo solo soy un *mandao*. *Pasar*, anda, *pasar*.

Lucía sintió algo extraño en su interior, una mezcla de orgullo y asco que no supo cómo interpretar.

Accedieron a la nave, que olía a humedad y a pescado como si fuera una lonja. Hacía años que por allí no pasaba un coche a cambiar sus neumáticos, y el motivo del fuerte olor a mar lo descubrieron al llegar a una barbacoa hecha sobre un bidón oxidado de aceite industrial. El tipo tenía una nevera llena de sardinas que iba ensartando en varillas metálicas que hacían de espeto.

—¿Queréis unas sardinas asadas? Las iba a preparar ahora mismo.

Lucía puso cara de asco y Marcos hizo un gesto a modo de negativa. El sujeto se encogió de hombros y se dirigió al final de la nave. Allí reposaba un viejo Seat León de color gris oscuro.

El sujeto de la barba preguntó si el coche le parecía bien, y Marcos afirmó. Le entregó las llaves y se dispuso a abrir la puerta para que pudieran salir. Lucía se adelantó y las cogió ellas. Cruzó miradas con el barbudo, que ni se atrevió a protestar.

—Tienes que quitar el coche de la puerta. Yo lo saco.

Marcos no encontró argumentos para rebatirle y así lo hizo. Después de que saliera con el León, él metió el suyo en la nave. Miró al tipo y le dijo que volvería a por el coche ese mismo día. El barbas se encogió de hombros y no se despidieron. Se largaron de allí y el tipo que regentaba aquella miserable nave industrial consideró hablar con Max Sid por teléfono para contarle la movida.

Con todo el cuidado del mundo, Lucía se incorporó a la circulación y se dirigió al lugar indicado por Marcos.

—Si me para la Guardia Civil ahora ¿qué les decimos?

—Que vamos a ocuparnos de un asunto importante.

Se encogió de hombros y la miró con una sonrisa forzada. No se le ocurría nada mejor para animarla, porque supuso que la chiquilla estaría muerta de miedo. Sin embargo, Lucía parecía contenta, como si en lugar de dirigirse a cometer un asesinato siguiera de vacaciones.

Pasaron por un túnel y nada más salir Marcos le indicó que tomase el primer desvío hacia Nagüeles. Una vez fuera de la autovía, callejearon hasta llegar a una curva en la que Marcos pidió a Lucía que aparcase y apagase el motor.

—Quizá no venga hoy por aquí —dijo el chico.

—¿Y si no viene?

—Volveremos mañana.

Eran cerca de las doce del mediodía y según los hábitos estudiados a Eva Kaufman pasaría por aquella zona en breve. Marcos pidió que arrancase de nuevo y avanzase unos metros. Superaron la curva y llegaron a una calle en la que no había chalets a los lados, sino que un pinar cobijaba una larga recta en la que no

se vislumbraba ni un alma. A la chica le sonó el lugar de la noche que llegaron a Marbella. Tragó saliva.

—Sí que es un sitio ideal para un atropello y fuga, sí —dijo Lucía. Después inspiró fuerte y espiró, y repitió la operación dos veces más.

Marcos le puso la mano en el hombro.

—Estás a tiempo de dejarlo, Lucía. Te lo pido por favor.

—No me hagas esto ahora, Marcos. Llevas semanas extorsionando a mi familia para que lo hagamos, no me hagas esto…

—Hace semanas, cuando me metí en esta puta locura no sentía lo que siento ahora.

—¿Y qué sientes?

Ambos jóvenes se quedaron mirando, ella con los ojos brillantes y temblando. Él se mordía los labios y apretaba la mano sobre la palanca de cambios. El zumbido de otra moto tomando la curva les sacó del momento y Lucía miró en dirección a la arboleda.

Al fondo se distinguía la figura de una mujer joven que parecía vestida con ropa deportiva.

—Siento lo mismo por ti que sentía por esa mujer que ves ahí delante hace un tiempo.

Capitán

Los perros no paraban de ladrar a los guardias de la Judicial. Sid los sujetaba a los dos con una sola mano y les pedía calma. La subteniente se metió el brazo en la axila y llegó a palpar la empuñadura de la Beretta.

—¡Greg, ven a atar a Rocky y Marciano!

El guardaespaldas de Max llegó presto y obedeció sin saludar si quiera a los guardias. Se los llevó en medio de ladridos de protesta.

—Perdón, se ponen muy nerviosos ante los agentes de la ley —ironizó el holandés.

Con un gesto de la mano les invitó a subir al porche de la casa. Leo y Julia siguieron al anfitrión y se maravillaron del lujo de la piscina, el jardín tropical y de hasta una palapa oriental que hacía de cenador.

Observaron al fondo ya atados a los canes, que se habían calmado y ahora se olían los culos el uno al otro de puro aburrimiento.

En la mesa, una cerveza y unos canapés esperaban el hambre de Sid, que les preguntó que si querían algo. Ellos se negaron y Max, buen anfitrión, le pidió a Greg que les trajese agua.

—¿Seguro que no quieren una cerveza, un vino o algo con más sustancia? —preguntó Max.

—Se lo agradezco, pero no —respondió Torrent.

—Están de servicio, claro, lo entiendo —Max le pegó un trago que vació la mitad de la caña de cerveza—. Yo es que cuando hace calor me da igual estar trabajando o no. Y que a las once de la mañana haga más de veinte grados ya, me pone de mal humor.

—En Holanda no hace tanto calor, ¿verdad? —preguntó Valverde con sorna.

—No lo sé, llevo fuera de mi país como unos veinte años. Ahora con el calentamiento global ese lo mismo hace más calor que aquí.

Los dos guardias forzaron una sonrisa para complacer al narco.

—Como veo que usted es una persona muy avispada, y como supongo que carece de tiempo igual que nosotros, creo que vamos a ir al grano —inició Torrent.

—La verdad es que hoy dispongo de bastante tiempo, por eso les he invitado. Si quieren pueden quedarse a comer.

—Gracias, pero nosotros sí que vamos justos —prosiguió el capitán.

—¿Son de la policía o de la guardia civil?

—¿No se ha molestado en mirar la identificación que le he enseñado antes? —preguntó Valverde con enfado.

—Me va a disculpar, señorita, pero no veo bien de cerca. Tengo ya más de cincuenta años, cuando usted llegue a mi edad sabrá de lo que le hablo. ¿Verdad, señor…?

—Torrent, capitán Torrent. Y esta es la subteniente Valverde.

—¿Capitán? Yo también soy capitán… —dijo un convencido Max —, sí, sí, capitán de barco. Tengo una pequeña embarcación aquí en el puerto de Marbella, y me saqué todos los cursos hace años. Puedo manejar yates de más de veinticuatro metros de eslora y navegar por todos los mares del mundo.

—Eso le vendrá de perlas para sus actividades… —dijo Valverde con inquina.

Max, en lugar de molestarse, sonrió y levantó la copa en dirección a la subteniente.

—*Touché*, señorita… subteniente ha dicho, ¿no?

Después de que Max le pegase un trago que terminó con la cerveza, Torrent volvió a la carga.

—Venimos por una llamada que realizó usted el año pasado.

—¿Una llamada? —preguntó Max antes de engullir un saladito—. Hago cientos de llamadas, capitán.

—Nos referimos a una concreta que hizo a un teléfono ubicado en la provincia de Castellón.

Sid, se limpió la boca con la mano, tensó el gesto y llamó al guardaespaldas de forma autoritaria para que trajese de una vez las aguas de los invitados y otra cerveza.

—¿Seguro que no quieren una?

—Señor Sidney, ¿Por qué o para qué se puso en contacto con Jesús Ferrer el pasado mes de diciembre?

—¿Con quién dice? —Max miraba impaciente la puerta de acceso a la vivienda, como si esperara que la cerveza que le trajera Greg borraría el problema que se le planteaba en su mismísima casa.

—Jesús Ferrer. Un camello de anabolizantes de Castellón.

—No me suena. No por ese nombre. No digo que no conozca al tipo que creen que llamé, porque como les he dicho, hago muchas llamadas y trato con muchas personas.

—¿Admite entonces que usó usted este número de teléfono para ponerse en contacto con alguien en la provincia de Castellón el pasado dos de diciembre? —Valverde le mostró en la pantalla de su móvil el número de teléfono en cuestión.

—No me suena ese número. Pero por mi trabajo uso varios, los pierdo, me los roban…

—¿A usted le roban, Max?

—Claro, como a todo el mundo. Salgo mucho por ahí, ¿sabe? Dejo las cosas en cualquier lugar porque me fío de la gente. Tonto que soy. Este año he perdido o me han robado dos iPhone. Dos. Una ruina, teniente.

Julia no le corrigió el rango, y Torrent no paraba de mover la pierna arriba y abajo; tampoco de apretar los puños y tensar la mandíbula. Estaban allí de forma casi extraoficial, sin orden de registro ni nada que se le pareciera y solo gracias a que el tipo les había invitado motu proprio. No podía apretarle las tuercas como quisiera, y por eso, quizá, se precipitó.

—¿Le suena el nombre de Antonio Ricardo?

Justo en ese preciso momento, como si hubiera sido invocado por arte de magia, el guardaespaldas apareció con las botellas de agua para los guardias y la segunda cerveza fría y espumosa para Max Sid en una bandeja. Él celebró la interrupción como una pequeña victoria personal, como un tiempo muerto en un partido al

límite. Le agradeció al lacayo la bebida y, tras esperar a que se retirara en silencio, le pegó otro largo trago a la cerveza que la dejó temblando por la mitad, todo ello mirando a Torrent por encima del borde del vaso.

—¿Cómo ha dicho?

—Antonio Ricardo, nos ha oído perfectamente, señor Sidney —intervino Valverde, ganándose una mirada de reproche del capitán.

—Me suena, me suena bastante ese nombre —dijo Sid y le pegó otro trago a la cerveza—. ¿Ese no es el que violó y prendió fuego a una niña el año pasado en un pueblo de no sé donde…?

—Dígame, ¿por qué llamó a Jesús Ferrer en diciembre?

—¿Por qué me preguntan por tantos nombres que no conozco? No sé, pensé que me iban a seguir acosando por el tema de mi negocio de productos para el deporte.

Torrent buscó en la mirada de Valverde su opinión, y la subteniente negó con un movimiento parsimonioso de cabeza y una mueca de los labios. Ambos guardias se levantaron y se dispusieron a marchar.

—Señor Sidney, recibirá una citación judicial para declarar en sede policial. Gracias por el agua.

Las dos botellas permanecían intactas encima de la mesa, como si fueran dos testigos inmóviles y mudos del fracaso de la entrevista.

—¿Ya se marchan? ¿Seguro que no se quedan a comer?

—Buenos días, Max —se despidió Torrent.

La subteniente le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta. Antes de que abandonaran la mansión, Sid les dedicó las últimas palabras.

—Me caen mejor los picoletos que los maderos. Gracias, capitán, por honrarme con su visita.

En cuanto los guardias desaparecieron tras la puerta, Sid accedió a la casa, subió a zancadas las escaleras, a punto estuvo de trastabillar y romperse la crisma contra el suelo, abrió la caja fuerte y encendió uno de sus teléfonos culebra. Buscó en otro móvil el número del culebra de Marcos y, con una respiración asmática más propia de un alpinista, esperó a que se lo cogiera rápido.

Pero, después de dar cien o doscientos tonos, pensó Max, la voz odiosa y robótica del buzón de voz le invitó a dejar un mensaje.

Y Max no tenía tiempo para mensajes. Debía salvar la vida de alguien a quien llevaba mucho tiempo condenada por él mismo.

Taxi

Al final, Álvaro no tuvo que llegar al extremo de arrancarse la vía por sí mismo. Pero casi le tienen que poner otro gotero cuando comprobó el estado en el que había quedado su viejo Passat. Parecía un papel de aluminio de los que envuelven bocadillos apretado por el puño de Hulk. No se le saltaron las lágrimas porque tenía cosas más importantes que hacer. Habían ido hasta el depósito municipal de vehículos de Antequera para recoger las pertenencias que pudiera rescatar. Gracias a la pericia de un operario, pudieron abrir el maletero y llevarse la maleta que, por un milagro, sobrevivió al accidente.

Isabel, a primera hora de la mañana, tal como había prometido la noche anterior en un susurro resignado, rogó e imploró casi de rodillas a las enfermeras de planta, primero, y luego al médico de guardia —que no era el mismo de la tarde anterior— cuando por fin apareció en su ronda matinal, que por favor le dieran el alta a Álvaro lo antes posible. Les aseguró con una convicción sorprendente que él se encontraba ya estupendamente, que solo había sido el susto y el latigazo cervical, y que debían imperiosamente terminar un viaje familiar urgente e inaplazable ese mismo día. Y el médico, un hombre joven y con aspecto de estar desbordado de trabajo en aquel hospital comarcal, sin estar del todo convencido de la prudencia médica de la decisión, pero quizá simplemente por quitarse un problema y una cama de encima, accedió y firmó los papeles del alta.

Habían solicitado con tiempo a la aseguradora un taxi que les correspondía por pagar durante más de veinte años una póliza en la

que no figuraba ni un solo parte. Así que el taxi los llevó desde el hospital hasta el depósito de vehículos y desde allí hasta Marbella.

Un viaje corto en extensión, pero infinito para la paciencia de Álvaro, que cuando estaban llegando a Málaga, y se fijó en que el círculo de la aplicación de seguimiento se ponía en marcha, le entraron los siete males: sudor frío, taquicardia y opresión en el pecho. Y toda esta tensión se le agarró al cuello y le dejó tan grogui que Isabel temió, incluso, por la integridad de su marido y a punto estuvo de llevarlo de vuelta al hospital. En cuanto Álvaro escuchó esa sugerencia de su mujer, volvió en sí y dijo que antes muerto. Así que ella hizo lo único que podía hacer, tratar de calmarlo posando sus suaves manos sobre los hombros del marido, pero el marido no se calmó y, como si fuera un niño de cinco años, no dejó de preguntar al taxista cuánto quedaba para Marbella. Hasta que cansado, el conductor le contestó con evidente falta de amabilidad.

—¿Quieren que le deje aquí mismo? Esto ya es Marbella.

—No, hágame usted el favor de ir hasta este punto.

El hombre le puso en la cara el mapa de la aplicación y el resignado taxista, echó un par de vistazos.

—Eso parece Nueva Andalucía, cerca de Banús.

—Pues llévenos allí.

Quince eternos y tensos minutos les costó llegar a la zona de Puerto Banús, y poco antes de desviarse hasta el punto azul de la pantalla que marcaba la localización de la niña, este se empezó a mover, justo en el sentido contrario al que ellos se dirigían. Todo sucedió muy deprisa, porque en menos de dos minutos el punto azul que marcaba la posición de Lucía se situó a la altura del lugar de la flecha que indicaba la ruta que los padres seguían. Álvaro se quedó paralizado y bajó la ventanilla de su puerta, permitiendo que una ráfaga de viento caliente y molesta le diese en toda la cara a una velocidad de casi cien kilómetros por hora. Vio o creyó ver un coche oscuro, quizá un Seat, en el que al volante iba una chica muy parecida a su Lucía. Aunque podría ser otra persona. Se giró para ver a Isabel y la madre se mordía los labios tan fuerte que podría hacerse sangre.

—¿Puede dar la vuelta?

—¿Cómo?

El taxista protestó porque ahí no podía cambiar el sentido, estaban en mitad de una autovía. Álvaro le pidió que lo hiciese en cuanto fuera posible y el taxi hizo un movimiento arriesgado y entre sonoros pitidos de otros conductores para pasarse al carril derecho y tomar la primera salida. Giró a la izquierda en la rotonda y, al incorporarse al túnel que permitía el cambio de sentido, se detuvo por el tráfico ingente coches de lujo, furgonetas de reparto y turismos anodinos que en esos momentos atascaba el acceso a Puerto Banús.

—¿Dónde vamos ahora?

—A Marbella.

—Ya, ¿pero a qué parte?

Álvaro se fijó en la trayectoria del punto azul y no supo qué decir.

—Usted tire por la autovía por la que hemos venido y ya le diremos —atajó Isabel.

El hombre, después de salvar la siguiente rotonda y hacer el cambio de sentido pertinente, condujo por el mismo camino, la autovía A7, que los había llevado hasta allí.

Isabel asumió el mando de las operaciones y le pidió el teléfono a su marido, sobrepasado por la situación. El punto azul había tomado una salida de la autovía, la primera después de pasar el túnel, e Isabel se lo indicó al taxista, que obedeció con desgana y malestar.

—¿Y ahora dónde?

—A la izquierda en la rotonda.

El chófer siguió, una vez más, la indicación de la mujer y llegaron a otra rotonda.

—¿Y ahora?

Isabel no supo qué decir porque el coche de su hija se había detenido en un lugar que el mapa no indicaba el nombre de la calle y parecía estar en mitad de la nada. La mujer, nerviosa por la situación le enseñó el móvil al taxista, que miró hacia atrás con recelo y se detuvo en un lateral de la rotonda.

—¿Qué es esto? ¿Están siguiendo a alguien?

Los dos padres se quedaron mudos, sin saber qué decir.

—No… —dijo, torpe, Álvaro.

—¿Cómo que no? Me han enseñado el móvil con una dirección que ahora no es la misma y eso parece una aplicación de posicionamiento. Que nosotros las usamos para saber dónde están los taxis de la empresa. No me tomen el pelo. Bájense ahora mismo.

—Pero, por favor…

—Que se bajen ahora mismo o llamo a la policía.

Se apearon del taxi y el conductor lanzó la maleta al asfalto antes de largarse casi haciendo ruedas. Se quedaron en una rotonda desierta sin saber a dónde ir.

Álvaro había recuperado el teléfono y no levantaba la vista de la pantalla.

—No está muy lejos de aquí y está parada. Vamos.

Isabel marcó el número de su hija con la esperanza de que a última hora se lo cogiese, como no respondió después de dos intentos, se puso a seguir a su marido, al que la adrenalina le estaba narcotizando y haciendo olvidar el collarín y hasta el dolor, mientras arrastraba la maleta tipo troley a cuyas ruedas le quedaban dos telediarios.

Se adentraron en una urbanización en la que había una garita sin vigilancia. Giraron a la derecha y llegaron a una carretera sin viviendas, y enfilaron una recta larguísima con un pinar que olía a resina caliente que la flanqueaba a cada lado.

—Está cerca, mira —dijo Álvaro sin apenas resuello por la velocidad de la caminata y la excitación.

Isabel aguzó la vista, protegiéndose los ojos del sol con la mano, y se fijó en el punto que señalaba su marido, al fondo de la larga y solitaria calle arbolada. Creyó distinguir una figura humana inmóvil junto a la cuneta derecha, una silueta pequeña vestida con ropa de colores claros y brillantes. Álvaro echó a correr, pero la mujer tenía algo pendiente. Abrió la maleta allí mismo al borde del pinar y sacó el cuchillo más pequeño y se lo guardó bajo la manga de la blusa como si fuera una pandillera de extrarradio. Dejó allí la maleta y echó a correr en pos de su marido que la reclamaba a voces. Cuando estaban ya a unos veinte o treinta metros escasos de esa figura humana, verificaron que se trataba de una mujer joven, rubia,

vestida con ropa deportiva —mallas cortas, camiseta de tirantes fucsia—, que parecía estar mirando algo en la cuneta o quizá ajustándose las zapatillas antes de seguir su camino. Era ella. El objetivo.

Y en ese momento los tres escucharon el rugir del motor de un coche que se acercaba a ellos con la velocidad del que no tiene intención de detenerse.

Buffy

Eva dejó a su hija en la parada del autobús con la mezcla habitual de cariño materno y prisas matutinas. Era miércoles y, como casi todos los miércoles, seguía su ritual, que implicaba una cita con su amiga Marga para un desayuno saludable en una de esas cafeterías saludables y asépticas que parecían sacadas de una cuenta de redes sociales. Aunque era más importante el buen rato de cháchara —no tan saludable— en el que se dedicaban a poner a parir a media Costa del Sol.

Entre *smoothies*, fruta y queso vegano echaron la primera mitad de la mañana. La segunda mitad Eva la reservaba, con disciplina castrense, para su rutina de ejercicio de días impares, es decir, lunes, miércoles y viernes, se bajaba a la playa corriendo y subía andando a paso ligero. Casi ocho kilómetros de cardio que completaba con una rutina de HIT en casa.

Llegó a casa después del desayuno para cambiarse de ropa y llevarse la botella reutilizable de agua. Aprovechó también para poner comida a la gata de la niña, Buffy, a la que le dio un par de arrumacos rápidos y alguna palabra cariñosa y ridícula. La gata, quizá por un extraño presentimiento o, simplemente, porque le apetecían más mimos que comida, maulló antes de que ella abandonara la estancia y la siguió hasta la puerta, donde se frotó en unos movimientos que parecían una invitación a que el ama no se marchase de casa.

—No, Buffy, vete a comer, que me tengo que ir.

La gata se quedó maullando y ella entre sorprendida y preocupada por el comportamiento del animal, que cuando olisqueaba la comida, se olvidaba todo humano a su alrededor.

Pensó en llevarla al veterinario esa misma tarde, porque en ese momento en su cabeza solo tenía el único objetivo de entrenar.

Enfiló la calle asfaltada en la que se situaba su vivienda. Recorrió a paso ligero unos cincuenta metros. Llegó al camino del pinar que le conducía hasta la rotonda por la que cruzaba la autovía A-7 y miró en las dos direcciones por si venía algún coche o alguna bici o, sobre todo, algún silencioso patinete eléctrico cargado de peligro. Solo se encontró con una motocicleta de pequeña cilindrada, conducida por un joven con un casco integral de colores llamativos, que avanzaba a paso ligero haciendo un ruido bastante molesto y macarra con el tubo de escape modificado. Esperó a que la rebasara y cruzó al lado izquierdo de la calle para iniciar su sesión de ejercicio.

No llevaba ni dos minutos de carrera entre los pinos que proyectaban sombras espigadas sobre el asfalto, cuando a lo lejos detectó a una pareja haciendo gestos con las manos. Pensó que quizá estaban llamando a un Uber, porque cuando giró la cabeza vio aproximarse a un vehículo oscuro a gran velocidad.

La pareja comenzó a gritar y a hacer gestos con las manos. Ella no entendía nada porque llevaba los cascos puestos, y no le dio mayor importancia hasta que vio el cuchillo que la mujer portaba en una mano. Eva se detuvo en seco, asustada. No entendía que querían aquellas dos personas de ella, eran demasiado mayores (el hombre incluso con un collarín al cuello) para atracarla allí mismo a plena luz del día. Y por esta distracción no se dio cuenta de que la amenaza no venía de ellos, sino del coche que se dirigía desde atrás a una velocidad no compatible con la vida humana en caso de atropello.

Rulo

Max estuvo llamando a Marcos durante veinte minutos sin parar. Los dedos le empezaron a sudar y a resbalar sobre los botones de aquel móvil antiguo y usado.

Tenía que abortar el plan fuera como fuera. La visita inesperada de los picoletos, del capitán estirado y la subteniente de ojos verdes y lengua afilada, lo había cambiado todo; el riesgo ahora era demasiado alto, inasumible.

Por mucho tono que diera, nunca hubo respuesta. Maldijo al muchacho una y otra vez, a saber qué coño estaría haciendo. Cuando dio por buena la teoría de que Marcos debía de haberse deshecho del móvil culebra que había usado las últimas semanas, serían cerca de las once. Aunque era extraño que diese tono. La confusión le mantuvo en un sinvivir en el que no paró de dar vueltas alrededor de la pista de pádel a la que había bajado a que le diese el aire, hasta que decidió detenerse y pensar.

—Me cago en la puta.

Pensar no pensó demasiado, pero sí que encontró lo que creía que podría ser una salida. Se vistió a toda prisa con sus habituales camisas de lino blanco y pantalón a juego. Sacó de la caja fuerte la cacharra. Una Glock con el número de serie borrado que usaba solo en caso de necesidad extrema. Por si acaso.

Cuando estaba comprobando si la pistola tenía el cargador puesto, sonó una melodía de teléfono no identificada.

—Marcos.

—¿Max?

—¿Quién eres?

—Soy Rulo, del taller.

—Ah, coño. ¿Qué quieres?

—Ha estado aquí el chaval.

—Se ha llevado el coche, ¿no? ¿Hace cuánto?

—Hará como media hora. Venía con él una chiquilla.

Max se calló durante un tiempo indeterminado en el que empezó a darle vueltas, más si cabía, a la cabeza. Él no le había hablado de una chiquilla, sino de un matrimonio desesperado. Y sobre todo no tenía que llevarlos al taller de Rulo. Otra pieza que podría desencajar y salirse todo de madre todavía más.

—¿Y qué haces tú con su teléfono?

—Me lo he encontrado tirado en su coche. Sonaba, pero no sabía que era aquí, pensaba que era al lado, hasta que me ha dado por mirar y lo he visto.

Max maldijo a la madre de Marcos y a toda su estirpe. No era momento de torpezas.

—Bien, Rulo. Deshazte de ese teléfono.

—¿Y eso?

—Tú hazlo.

—No me estarás metiendo en un lío.

—Que destroces y tires el puto teléfono lo más lejos que puedas, al mar si hace falta, y te calles.

—¿Qué coño os pasa a todos hoy?

Sid no le dio opción a responder y colgó. Sentía que se le iba a detener el corazón y tiró el móvil al suelo con rabia.

Intentó respirar hondo y tranquilo, recordar y aplicar las técnicas de respiración diafragmática que le había recomendado sin parar aquella atractiva y carísima profesora de yoga sueca que tuvo contratada durante unos meses y a la que, a pesar de todos sus esfuerzos, su dinero y su poder, nunca se había podido follar. Pero el estúpido ejercicio de respiración consciente solo le sirvió para ser aún más consciente —si cabe— de lo jodido que estaba. Si salía en ese momento en busca de Marcos —cuya acompañante debía de ser la otra hija de los padres—, se arriesgaba a encontrarse de bruces con su propia exmujer, con Eva, si es que, por un auténtico milagro, llegaba a tiempo de evitar el desastre. Una situación delirante, casi de comedia negra.

Y sobre todo, estaba seguro de que los picoletos de la puerta le perseguirían. Cogió las llaves del Tesla y dijo en voz alta.

—Que me cojan si pueden.

Mientras arrancaba pensó que siempre sería mejor un homicidio en grado de tentativa que uno consumado. Tenía claro dónde iba a ser el lugar de los hechos porque Marcos se lo había explicado en varias ocasiones. Lo que no tenía tan claro y le provocaba una angustia supina era si llegaría a tiempo.

El karma

En la calle, recta, solitaria y protegida de un sol sin piedad por unos fabulosos pinos, no había nadie, solo una figura humana a una distancia de unos trescientos metros que ella no supo calcular bien.

—¿Qué estás diciendo, Marcos?

—Estás a tiempo de no arruinarte la vida, Lucía.

Marcos la miró al perfil de la cara. Esa cara dulce de pestañas largas y mandíbula suave por la que había empezado a sentir algo más que lástima y algo más que deseo. Esa cara joven, inmaculada, casi virginal que le apetecía besar.

—Lo hubieras pensado antes de venir a mi pueblo y meternos en todo esto…

—Tenía que ir…

—¿Qué me quieres decir con eso de los sentimientos por mí y por esa mujer?

Lucía dejó de mirar al frente para corresponder al muchacho y Marcos bajó los ojos y no respondió, como si se hubiera arrepentido de lo dicho momentos antes. En efecto, nunca tenía que haber metido a esa chiquilla en aquella maldita locura. Dio un golpe con rabia en el salpicadero.

En ese momento sonó el teléfono móvil que la muchacha llevaba en el bolso.

—¿Qué es eso?

—Pues mi teléfono, qué va a ser.

—*Joer*, Lucía, te dije que no lo movieras del apartamento.

—Da igual, ya da todo igual.

—No, no lo da, y ahora menos con tu teléfono geolocalizado aquí. Bájate del coche, por favor.

La chica no le hizo caso y clavó sus ojos en la silueta de la mujer. No podía detenerse ahora. Recordó la advertencia cruda que el propio Marcos le había hecho la noche anterior, en la oscuridad cómplice del apartamento, entre el sudor del sexo extrañamente tierno y las caricias torpes y recién descubiertas: Max Sid jamás dejaría de perseguirlos si intentaban traicionarlo. Ni a ella, ni a su padre, ni a su madre, ni al propio Marcos. Porque no hay mayor desagravio, no hay ofensa más imperdonable para un hombre de poder como Sid que la traición deliberada. Ningún programa de protección de testigos del mundo, ninguna policía de ningún país, podría protegerles entonces de la ira fría, paciente y letal del holandés y de sus largos y poderosos tentáculos.

—¿Quién es esa mujer?

—Te he mentido.

—Pues claro, eres un mentiroso patológico. ¿Quién es?

Marcos dudó, pero acabó confesando.

—La exmujer de mi jefe.

Lucía soltó un bufido.

—¿La querías o tan solo te la tirabas?

La pregunta lo descolocó y Marcos volvió a callar. Y ante la ausencia de respuesta, Lucía quitó el freno de mano. Cuando iba a levantar el pie del embrague, Marcos agarró la palanca y el sonido de cremallera característico retumbó en el oído de la chica, quizá como un alivio.

—Esa mujer nunca estuvo relacionada con Antonio Ricardo. Lo inventé para motivaros más, para usaros más… Max quiere que la elimine por una serie de motivos…

—Lo dices para que no lo haga —interrumpió Lucía—. Pues ¿sabes qué te digo? Que ahora me lo has puesto todavía mejor, ¿sabes? Si para librarme de toda esta puta mierda tengo que quitarla de en medio precisamente a ella, a tu amante secreta, pues lo haré con muchísimas más ganas todavía. ¡Para que te jodas tú también! Mi hermana está muerta y se ha hecho justicia con su asesino. Será el karma ese o lo que sea, pero esta mierda se acaba aquí y ahora.

Lucía quitó de nuevo el freno de mano y aceleró a fondo sin contemplaciones, sin dar tiempo a Marcos a reaccionar.

—Lo que digo es la verdad —Marcos miró por el parabrisas, la mujer se acercaba—. Esa mujer fue mi amante. Pero hay más, todo esto no ha sido solo por lo de Max y Eva, ha sido porque Antonio Ric….

Siguió hablando, intentando explicar la enrevesada historia detrás de todo aquello, la verdadera, con la vana esperanza de que Lucía detuviera el coche. Sin embargo, Lucía dejó de escuchar a Marcos. En ese momento aceptó que le había mentido cuando les extorsionó para cometer el crimen, y que ahora decía la verdad.

Lo dejó de escuchar porque la mentira y la traición de aquel chico por el que había empezado a sentir algo mayor a una atracción visceral se lo impidió, en parte. Pero, sobre todo, dejó de escuchar porque distinguió con una claridad casi irreal la figura de sus dos padres protegiendo a aquella mujer rubia y atractiva que era su objetivo. Solo tuvo tiempo para dar un volantazo antes del impacto fatal, o quizá el volantazo lo diera Marcos al que sintió cercano en su visión tubular. La mala suerte que suele acompañar a estos momentos hizo que las ruedas perdieran adherencia; derraparon y el coche patinó y se deslizó sin control hasta dar con sus huesos metálicos contra un enorme pino. Los airbags saltaron y los gritos llenaron el silencio que segundos antes disfrutaba aquel minúsculo bosque dentro del enjambre de urbanizaciones de aquella zona de Marbella.

El Tesla

El morro afilado y agresivo del Tesla volvió a asomar por la puerta del garaje de Sid. El coche avanzó con un silencio funerario un metro, dos, quizá tres.

—Movimiento de nuevo, ¿qué hacemos, jefe? —indicó Valverde, apostada en el camuflado junto a Torrent.

—Seguirlo, claro.

—Pero si estamos más mordidos que un chicle de adolescente, mi capitán.

—Qué poca confianza tienes en mí después de tanto tiempo, mi subteniente. Dale, anda que se nos escapa.

Y tanto que se les escapó. El Tesla model X puso el modo deportivo en cuanto pisó el asfalto de la calle de acceso a la vivienda y salió más disparado que el DeLorean de Regreso al futuro. Solo le faltó las llamas sobre el asfalto.

—¡Me cago en todo! Písale, písale.

La subteniente le pisó, pero aquel sobado Peugeot incautado a algún narco de medio pelo, no podía competir ni en potencia ni en aceleración con el coche de Sid. Así que ni en cien carreras podría llegar a alcanzarlo antes de que Max doblase la primera esquina.

—Mi coronel, dé usted aviso a todas las patrullas disponibles… —Torrent había llamado al teléfono personal del coronel Sabino que le atajó en su diatriba.

—¿Qué está diciendo, capitán Torrent?

—Hay un sospechoso a la fuga.

—¿Qué sospechoso? ¿De qué me habla?

—No tengo tiempo de explicarlo ahora, solo necesito dar aviso de detención para un Tesla Model X negro con matrícula…

El coronel no le dio tiempo a darle la matrícula, sino que colgó.

—¿Se ha cortado?

—¿Cortado? El viejo chocho este me ha colgado, el muy hijo de…

—Cuidado, mi capitán que lo empapelan.

—Tú conduce por donde creas que haya ido el tipo y calla, haz el favor.

Valverde no tuvo tiempo de hacer el saludo militar para acatar la orden, ya que estaba concentrada en no atropellar a ningún jardinero ni a ningún caniche y en no estampar aquel vehículo tan inferior al coche del sospechoso que aquella persecución resultaba ridícula.

Pero hay veces que la providencia obra maravillas en medio del caos, y en este caso el camuflado de los guardias pasó por encima de un puente y Valverde, con su visión de gran tiradora, miró hacia los dos lados e identificó al Tesla en la carretera por la que cruzaba ese puente en dirección a Marbella.

—Mi capitán, lo he visto, circula como si estuviera en el Gran Premio de Mónaco. ¿Cómo se llama esta calle?

—Ni idea —Torrent hablaba por teléfono—. Inspector Maldonado, aquí Torrent, de la Judicial de Castellón. Necesito que sus patrullas nos echen una mano para detener a un sospechoso.

Al otro lado, el inspector no debía parecer muy contento ni dispuesto a colaborar con un picoleto fuera de su jurisdicción. Torrent pidió disculpas por la informalidad del procedimiento y lamió el culo como nunca habría de lamerlo, pero consiguió su objetivo.

—Los nacionales nos echan el cable, y también han dado aviso a los locales.

—Yo voy a seguir pisando por si acaso. Saque el luminoso, mi capitán.

Torrent rebuscó en la guantera y sacó la señal luminosa que adosó al techo del camuflado. La subteniente, con esa mínima cobertura legal y con la adrenalina supurándole por la nariz, siguió con una persecución en la que se iría guiando por el instinto, y por el ruido de otras sirenas.

Si conseguían llegar, quizá podrían dar con la clave que estaban buscando. Lo que ninguno se podía esperar era que esa clave la

habían tenido delante de sus narices unas semanas atrás.

Dinamita

Al igual que con el coche de Álvaro e Isabel —una simetría macabra del destino— la dinamita presente en todo airbag que se precie hizo su efecto en ese «coche limpio». Tanto el efecto bueno; el de hacer saltar los colchones de seguridad; como el malo: quemar las caras de los que se benefician de no estampar sus cráneos contra la dureza implacable del volante o del salpicadero.

—¡Lucía! ¿Estás bien?

Lucía estaba a años luz de encontrarse bien. El impacto contra el airbag había sido lo menos doloroso. Lo que le tenía zumbando el cerebro hasta casi perder el conocimiento era la mentira de su compañero: la revelación de que Eva Kaufman había sido su amante; la imagen terrorífica y recurrente de la locura desesperada de sus propios padres apareciendo de la nada en mitad de la carretera, interponiéndose entre ella y su objetivo, y a los que no sabía si había atropellado o no; pero, sobre todo, le tenía al borde del colapso algo que Marcos había pronunciado respecto a Antonio Ricardo y que en esos momentos no sabía si era real o fruto de su imaginación o del golpe recibido.

Por un momento sintió que no podía respirar, que el aire viciado, espeso y cargado de partículas tóxicas en suspensión del interior del vehículo no le permitía el paso de oxígeno hasta los pulmones, pero la culpa también era de otro elemento de seguridad pasiva de los que salvan vidas. Tenía el cinturón tan incrustado en su cuerpo que parecía un corsé metálico y, con una alta probabilidad, le habría fisurado una costilla o dos. O desgarrado algún músculo al menos. Mirara donde mirara todo eran las bolsas flácidas y grises de los airbags deshinchándose lentamente y una nube densa de polvo

blanco que le dificultaba la visión y la respiración. Y ella necesitaba salir de allí y saber qué había sido de sus padres.

Unos golpes repetidos en el cristal de su ventanilla la sacaron de su ensimismamiento y le quitaron una losa de encima.

—Hija, ¿estás bien? Abre, abre.

Isabel, que se deshizo del cuchillo en medio del caos provocado por el accidente del coche, aporreaba la ventanilla con el canto de los puños de sus manos, rogando para que abriera, mientras que Álvaro tiraba de la manilla de la puerta con todas sus fuerzas sin éxito posible. La muchacha, al verlos vivos e ilesos, hizo el amago de sonreír, pero una vez recuperada de ese mareo inicial, otro, el de un terrible latigazo cervical, se apoderó de su cuello y de la parte superior de su espalda. Como si padre e hija se hubieran puesto de acuerdo para estamparse con el coche y provocarse la misma lesión.

A su otro oído, Marcos insistía en preguntar si se encontraba bien. Él tenía un tremendo bulto amoratado en el lado derecho de su frente, justo por encima de la ceja. Y Lucía no podía atender a todo el mundo, mucho menos en aquel estado. Así que lo único que su cuerpo pudo hacer en ese instante de shock, confusión y dolor fue gritar. Gritó para desahogarse. Gritó para que la adrenalina hiciera su efecto y le calmara en parte el dolor. Y gritó, sobre todo, porque no había cumplido su misión. La mujer que estaba detrás de su padre, ayudándolo incluso a tirar de la puerta, había sobrevivido. Y eso suponía empezar de nuevo. Si es que había una remota posibilidad para ello.

Lo que pasaba, aunque Lucía apenas empezaba a intuirlo en medio del caos, era que aquello, toda aquella historia, era en realidad mucho más enrevesado, mucho más complejo, turbio y personal de lo que la chica se había pensado inicialmente cuando aceptó el trato.

Marcos le ayudó a quitarse el cinturón de seguridad que la oprimía el pecho como una piedra gigante. Ella volvió a fijarse en el bulto que tenía en la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Es tan grave? —preguntó él. Lucía asintió—. Bueno, de momento no te veo doble y no me siento mareado. Solo me duele un poco la cabeza. Pero a ti hay que sacarte de aquí.

El chico se quitó su cinturón y abrió su puerta. Lo intentó, porque su costado quedó apoyado contra el grueso tronco de un pino y no pudo. Así que lo que hizo, entre maldiciones, fue encaramarse al asiento trasero.

Y ahí fue cuando la vio. Y cuando ella le vio a él. Sus miradas se cruzaron a través del cristal polvoriento de la ventanilla trasera.

Eva se quedó sin aliento, casi, y con el rostro más pálido que el polvo emitido por los airbags. Y empezó a atar cabos que jamás creía que tendría que atar. Marcos le hizo un gesto para que se apartase. La puerta tampoco se abría desde dentro. Así que se tumbó en el asiento de atrás, boca arriba, flexionó las rodillas como si fuera a hacer press de pierna en el gimnasio y comenzó a golpear el cristal de la ventanilla con la suela de sus deportivas. Pero aquello no funcionaba como en las películas, el cristal resistía a los golpes, sobre todo porque el muchacho se empezó a quejar.

—¿Qué te pasa a ti ahora? —preguntó Lucía, intentando moverse hacia atrás para fijarse en Marcos.

—Me duele muchísimo la rodilla derecha. Me la tengo que haber cascado con el golpe.

Y al mismo tiempo que decía eso, para estupor de la muchacha, desenfundó con una agilidad propia de un pistolero una Glock alojada en su axila izquierda que había sabido camuflar muy bien con la chaqueta de Armani que se había puesto horas antes para goce de los ojos de Lucía.

—¿Qué coño haces con eso?

—Sacarnos de aquí.

Lucía se tapó los oídos. Los padres, al otro lado de la ventanilla, levantaron las manos y gritaron para que no disparara. Eva parecía estar en medio de un trance porque no reaccionaba.

Y Marcos, sin hacer caso a los gritos, lo único que hizo, fue golpear con fuerza el cristal con la culata del arma. Una vez, dos, y a la tercera la ventanilla se rompió como si fuese una copa de champán que se le cae a un camarero torpe.

—¿Alguien me ayuda a sacarla? —exigió más que preguntar el chico.

Álvaro cruzó miradas con él y, por supuesto, y a pesar del collarín del que apenas se acordaba, se ofreció a ello. Pidió a su hija que tuviese cuidado con los cristales, sin saber que con lo que debía tener cuidado era con sus costillas fisuradas y con sus vértebras lesionadas.

La muchacha reprimió sus gritos de dolor y se movió con dificultad hasta el asiento trasero. Una vez allí, Marcos le indicó que sacase la cabeza y el tronco por la ventanilla. Con la ayuda externa de su padre, la operación resultó más sencilla de lo que parecía. Una vez fuera, Isabel se acercó y la abrazó, en el abrazo más fuerte que se habían dado desde la muerte de la hermana. Tanto que Lucía tuvo que pedir espacio por el dolor que sintió. Un dolor que se trasladó del plano físico al emocional y que hizo que los tres rompieran a llorar.

Marcos salió del coche y, cojeando, se plantó delante de Eva con el arma apuntando hacia el suelo. Quedaron los dos enfrentados. Clavándose los ojos y las miradas cargadas de odio. O de amor. O de deseo. O de una mezcla de todo eso a la vez. Ella le pegó una bofetada que retumbó en el pinar. El sonido hizo reaccionar a Lucía, que se separó de sus padres para mirar, con dolor, hacia atrás y contemplar la escena.

—¿Esto es lo que creo que es? —preguntó Eva.

—No sé lo que coño crees que es, pero no me vuelvas a pegar.

Eva le propinó otra bofetada, esta vez con la mano contraria. El problema fue que le atizó tan cerca del bulto que tenía en la cabeza que Marcos gritó de dolor. Se revolvió con ganas de devolvérsela con intereses, pero Lucía le atrapó por detrás antes de que pudiera hacer nada y lo abrazó.

—No es lo que crees que es, no. O sí, piensa lo que te dé la gana. Pero él quería tu bien —dijo la joven con una seguridad en sí misma impropia de su carácter.

—¿Y tú quién coño eres?

A Lucía no le dio tiempo a responder porque justo en ese instante cargado de emociones contradictorias y violencia latente, un prolongado rechinar de neumáticos que se detienen de golpe muy cerca de ellos, sobre el asfalto caliente, hizo que todos los presentes,

sin excepción, detuvieran sus pensamientos, sus acciones y hasta su respiración, más en seco aún que el lujoso Tesla negro en su frenazo sobre la carretera solitaria.

Sid se bajó del cien por cien eléctrico con otra Glock en la mano que provocó que Marcos se separase de Lucía y alzase la suya.

—El que faltaba… —protestó Eva.

Dos armas

Max, con la cacharra entre las manos, se encaminó hacia ellos con la naturalidad que solo un gánster puede hacerlo. Lucía se apretó de nuevo contra el cuerpo de Marcos, que blandía el arma a la altura de su hombro. Álvaro e Isabel asistían atónitos a la escena: dos tipos armados y uno de ellos abrazado a su hija. Eva, por su parte, resoplaba y, con los brazos en jarra, seguía encajando las piezas de un puzle que ya tenía casi resuelto.

—¿Todo bien por aquí, Marquitos?

—Todo bajo control, Max.

—¿Y qué haces con el arma?

—Lo mismo que tú.

Sid se calló por un instante para después proseguir con su cinismo habitual.

—Te he llamado mil veces al culebra.

Marcos se llevó la mano libre al bolsillo de su americana y no encontró el teléfono.

—Se me debe de haber caído el móvil con el accidente… —dijo señalando al coche siniestrado.

—No, querido. Está en el taller de Rulo, en el otro coche. Te he llamado tantas veces que al final lo ha cogido él.

—Pues espero que le hayas dicho que se deshaga del teléfono —replicó el chico sin querer asumir el error.

—No, le he dicho que se lo guarde de recuerdo. ¿Eres tonto o qué?

—¿Me vais a contar de qué va todo esto? —preguntó Eva, interrumpiendo la charla entre colegas.

—Vente conmigo, anda —ordenó Max con un gesto con la mano armada para pedir que Eva se acercase a él.

—No, ella no va contigo, Max —replicó Marcos.

Eva giró su cuello hacia el muchacho, y sus ojos azules, antes llenos de rabia y confusión, se iluminaron de pronto con una mezcla compleja de sorpresa, incredulidad y quizá también el rescoldo de algo más antiguo, profundo y doloroso. Había pasado más de un año desde su último encuentro clandestino. Más de un año sin sus caricias y sus besos y la comprensión que su exmarido no le profesaba. Más de un año de aquella casa rural en un pueblo perdido de Jaén en el que los dos prometieron no verse más porque el riesgo era tan alto que les iba a costar las vidas. Y lo que ella no se esperaba en ese momento era que Marcos la defendiera, después de intuir lo que se le pasaba por la cabeza, lo que los había llevado hasta allí, con ella, en ese momento en el que todos sabían que se encontraría sola e indefensa ante cualquier agresión.

—¿Qué has dicho, Marquitos?

—No voy a repetir lo que has oído.

—Podré yo decidir con quién me voy o con quién no, ¿verdad? —dijo Eva mirando a un lado y a otro.

—Tú te vienes conmigo y hablamos tranquilamente en casa lo de tu huida de Marbella. Que luego pasan accidentes y te arrepientes.

—¿Accidentes? —preguntó Eva con los ojos tan abiertos que iluminaban más que los faros del Tesla—. Me cago en tu madre, Max. No quiero ni pensar lo que creo que hace toda esta gente aquí, porque es tan asqueroso, tan cruel, que prefiero creer que es una paranoia mía.

—Max —inició Marcos—. Vete, haz el favor. Va a venir alguien de un momento a otro y avisarán a emergencias. Llévate mi cacharra si quieres —se separó de Lucía y le ofreció la pistola por la empuñadura—. Pero lárgate y déjalo todo estar por una temporada. No merece la pena.

Sid resopló. Se puso un brazo sobre la cadera y se rascó la sien con la pistola sin dejar de mirar al chaval con una mezcla de enfado e incredulidad.

—¿Me estás dando una orden, Marcos?

—Yo…

—Meses llevamos con esta mierda, sale mal y ¿ahora me das órdenes?

—¿Sale mal, hijo de puta? —intervino Eva—¿Qué es lo que ha salido mal? Que te esté ahora gritando y no estampada contra ese pino —dijo señalando al coche.

—¿Sabes que la Guardia Civil ha estado en mi casa? —Max la ignoró. Los ojos de Marcos denotaron asombro—. Creía que había cometido una torpeza, pero empiezo a pensar que ahora quizá te hayas ido de la lengua.

—Claro, por eso estamos aquí, ¿no? —dijo Marcos—. Te estás volviendo paranoico.

—¿Paranoico? Paranoia la que me metiste tú en la cabeza para cargarnos al pederasta ese. Tú y tus ideas…

Isabel dio un pequeño grito

—¿A qué pederasta? —preguntó Álvaro.

—¿A quién va a ser? —dijo Max mirando al hombre como el que mira a un insecto.

Todos giraron sus cabezas en dirección a la de Marcos, todos se pusieron a encajar piezas e Isabel, al darse cuenta de que ese chico, al que solo creía un aspirante a gánster, había sido el ideario del asesinato de Antonio Ricardo, rompió a llorar. Álvaro la abrazó con fuerza y miró al muchacho con una mezcla indescifrable de asombro, horror, repulsión y, muy a su pesar, un respeto helado y vergonzante por la inteligencia y la sangre fría que había demostrado aquel joven al planear y ejecutar aquella venganza indirecta.

Lucía volvió a apretarse contra él por tercera vez, como si fuera su héroe en medio de aquella locura. Él la miró y no le aceptó el abrazo y se apartó de ella.

—¿Qué pasa, Marcos? —protestó la chica al notar la separación que ponía entre ellos y los ojos con el punto de brillo previo a la lágrima en él.

—Vete de aquí con tus padres. Va a venir la policía seguro. Asumiré el accidente. Pero vete antes de que todo os arrolle.

Ella rompió a llorar porque no supo si lo hacía por protegerla o por echarla de su vida.

—Marcos —inició Eva, que se había mantenido al margen de la última conversación—. Me va a dar algo con tantas ideas que se me agolpan en la cabeza. Pero…

—Cállate, Eva, haz el favor.

—¿Era él? —insistió la mujer —¿Era él el hombre del que me hablaste?

Marcos se mordió el labio y sus párpados inferiores ya no pudieron sostener una lágrima que se derramó por su mejilla.

—¿A qué se refiere ahora, Marcos? —preguntó Max— ¿Conocías al tipo?

—Sí era él, ¿verdad? —siguió Eva—. Un pueblo extremeño, unos cincuenta y algo años. Con condenas por agresiones del pasado.

—Marcos, ¡¿de qué coño habla?! —preguntó Sid en tensión.

El muchacho parecía estar a punto de explotar y los restos de su cerebro le saldrían por el chichón que tenía en la frente.

—De nada. Pero ¿sabes una cosa? El que se estuvo acostando con Eva fui yo, y no tu socio el que se hizo humo —dijo Marcos.

A Max le cambió la cara. La incredulidad y la confusión dieron paso de inmediato a una furia fría, calculadora y letal. Levantó el arma apuntando hacia el muchacho.

Vacaciones

Torrent y Valverde circulaban sin rumbo fijo por la autopista de la Costa del sol a la altura del centro comercial La Cañada.

—Según lo que nos dijeron los nacionales, el tipo tenía propiedades por la sierra de aquí. Quizá haya ido a una de ellas, jefe —dijo Valverde.

—Quizá —respondió Torrent, con desgana, fruto de la frustración de haber perdido a Sid.

La subteniente tomó la salida que indicaba la carretera hacia Ojén.

—Mientras no nos llamen los nacionales me desvío por aquí. Vete averiguando dónde tiene esas fincas, mi capitán —la subteniente abandonó así el flujo rápido y rectilíneo de la vía costera para adentrarse en las primeras y sinuosas estribaciones montañosas que se alzaban a espaldas de Marbella.

Torrent sin ánimo para muchos pensamientos, se fijó en el perfil de la subteniente. Tenía una nariz pequeña y curva que terminaba en unos labios grandes de esos que apetece besar.

—Julia, cuando finiquitemos este caso, nos venimos a pasar por aquí unos días. Playa y montaña. ¿Te apetece?

La subteniente sintió como un incómodo rubor se le instalaba en las mejillas.

—¿De qué habla, mi capitán?

—Tú y yo solos. Por la mañana una excursión por estas montañas, que he visto que hay muchas rutas de senderismo. Por la tarde una comida en un chiringuito, aquí no harán buena paella, pero nos comemos unos espetos. Y unos chapuzones luego…

—¿Y por la noche? —preguntó Valverde al mismo tiempo que giraba la cabeza para encontrarse con los ojos brillantes de su superior. Él sonrió.

—Unas copas en algún garito de estos que te cobran al menos veinte pavos por ellas.

—¿Y después de las copas?

—Un paseo por la orilla de la playa.

—¿Y después del paseo?

El juego verbal, la construcción de aquella fantasía inesperada, estaba llegando a su clímax natural, a su conclusión lógica y deseada por ambos desde hacía tiempo. Y los dos, capitán y subteniente, Leo y Julia, estaban disfrutando, casi con culpabilidad, de aquella tensión erótica y emocional acumulada durante meses de trabajo compartido, de miradas furtivas y silencios cómplices, una tensión que por fin encontraba una vía de escape dialéctica en medio del peligro real y la incertidumbre profesional.

Cuando el capitán iba a hacer su apuesta definitiva, un aviso metálico e impersonal por las transmisiones del camuflado les rompió el momento.

—Compañeros, hemos detectado el Tesla en una cámara de videovigilancia. Dos zetas van para allá. Se ha desviado por la zona de Nagüeles.

La subteniente no necesitó la orden explícita de su superior: miró por los retrovisores, pegó un frenazo e hizo un cambio de sentido tan peligroso que al capitán se le puso el estómago en la garganta y se tuvo que agarrar al asidero de su puerta.

Volvió a mirar al perfil suave de la subteniente y se dijo a sí mismo que después del paseo por la orilla quería acabar en la cama con ella.

Pero todo eso solo ocurriría si sobrevivían a dos Glocks enfrentadas y entrenadas para disparar.

Sirenas

Max Sid, en un gesto que a Marcos le resultó tan familiar como irritante, giró el arma en su mano de una forma un tanto extraña: la puso de lado, como si estuviera tumbada sobre el aire. Lo había visto en una película de los años noventa y desde entonces solía hacerlo, quizá como un tic, quizá como una forma de llamar la atención o de desconcertar al amenazado.

Se lo había confesado al propio Marcos tiempo atrás, una noche de confidencias etílicas, después de ver juntos precisamente esa película. Algo que al muchacho, entonces más joven, más ingenuo y aún bajo la fascinación de su jefe, en un principio le había resultado curioso, incluso admirable por su excentricidad, pero después, con el paso de los años y la caída de los ídolos, simplemente le pareció ridículo, una fantasmada más en el repertorio de Max.

—¿Me estáis vacilando, no?

—El trozo del envoltorio de condón que encontraste debajo de la cama de la habitación de invitados. Los mensajes que le pillaste en el móvil. Los tres fines de semana fuera que te resultaron sospechosos…. —dijo Marcos.

—Marquitos, deja de vacilarme. Quieres quitar el puto foco de atención y que me vuelva loco. Y si me vuelvo loco te puedo pegar un tiro a ti y a toda esta gente —dijo al mismo tiempo que movía el arma en dirección a Eva y a la familia.

—Me has dicho que la Guardia Civil te ha ido a preguntar. No te creo tan idiota para liarte a tiros si los tienes pisándote el culo del Tesla. ¿No los habrás traído hasta aquí, verdad? —Max calló. Estaba seguro de que les había dado esquinazo. Tan seguro como que aquel

trasto que llevaban los picoletos no podía seguirle con el modo sport del Tesla activado—. ¿Verdad?— insistió.

—Qué hijo de puta retorcido eres, Marcos —dijo Max y se acercó hasta ponerle el cañón de la pistola a la altura de la cara.

Marcos reaccionó y le apuntó también. Los cañones de las dos armas casi se rozaban en un aire caluroso y denso.

—Vete, Max, vete antes de que vengan los picoletos y te enchironen o nos liquiden aquí a los dos.

—No me voy a ir hasta que me digas por qué.

—Porque la quería.

Max soltó una carcajada.

—Lo que querías era lo que tiene entre las piernas. Y las tetas que yo le pagué, claro.

—Tú no me pagaste una mierda, Max —intervino Eva—. Todo lo que tengo me lo gané yo. Con mi trabajo y, sobre todo, aguantándote diez años. Aguantando tus fiestas, que te follaras a decenas de mujeres, casi en mi cara. Con nuestra hija en casa. ¿Qué coño esperabas que hiciera? No sé si Marcos me quería o no, pero fue lo que tú no fuiste conmigo.

—¿Y qué es eso?

—Fue leal. ¿Entiendes el significado de esa palabra? Él me cuidó cuando me pegaste, que solo fue una bofetada como tú siempre te jactas, pero me abriste la ceja. Me llevó al médico ese amigo tuyo y le suplicó que no dijera nada. No le culpes a él. Si tienes que culpar a alguien, cúlpame a mí por buscar fuera de casa lo que no obtenía dentro.

Max cambió de objetivo. Ahora encañonaba a Eva con la Glock apuntando al pecho, al corazón. Esto hizo que Marcos reforzara su amenaza.

—Vete, Max, vete. Escucho sirenas, no van a tardar en llegar. Yo voy a cargarme todo el muerto de Ricardo.

—Joder que si te lo vas a cargar. Por tu culpa me están oliendo el culo los *picolos*, me han cogido la llamada que hice a mi contacto en la prisión de Castellón. Pero esto no va a acabar aquí.

—Sí, esto acaba aquí. No vas a querer saber nada de mí, ni de esta gente. Si te vas por las buenas, yo me como todo el marrón.

Diré que te manipulé para hacerlo. Que te chantajeé, que te amenacé con delatarte si no me ayudabas con lo de Antonio Ricardo.

Los padres y la hija, sobre todo la hija, estaban llorando. Lucía no se imaginaba aquel espectáculo, era algo que solo había visto en las películas.

—Claro, y la Guardia Civil te va a creer. Van a creer que el soldado tiene poder sobre el general.

Marcos, sin dejar de apuntar a Max, se giró hacia Lucía. Álvaro e Isabel la abrazaban por detrás. Miró a la chiquilla e intentó sonreír.

—Vete Max. Escucho sirenas.

Lucía no entendía el porqué de esa mirada de Marcos.

—Dime por qué te van a creer, puto traidor de mierda —dijo Max y le volvió a encañonar.

El chico, con los ojos clavados en Lucía como si buscase en ella algún tipo de redención, ya no disimulaba sus lágrimas. Las sirenas se escuchaban cada vez más cercanas. Lo que dijo a continuación hizo que el mundo se fundiese a negro para la muchacha y que se desmayase.

—Porque Antonio Ricardo era mi padre.

La venganza es necesaria

La Glock de Max estaba clavada en la sien de Marcos, en el lado en el que tenía el bulto para hacerle más daño físico del daño moral que él acababa de recibir. Le salían babas por la comisura de los labios. La ira y furia ciega propia del macho alfa se había apoderado de todo su ser. Su mejor lacayo, al que, a su manera retorcida, consideraba casi como un hijo, lo había traicionado. Y por partida doble. Primero acostándose con su mujer. Segundo engañándolo durante meses para cometer un asesinato.

—¿Por qué, Marcos, por qué? —A Sid también se le salían las lágrimas. Y eso era algo que no podía permitirse y algo por lo que jamás podría perdonar a su subordinado.

Apretaba el cañón contra la sien del muchacho (y el muchacho resistía el dolor a duras penas) a pesar de que a su espalda los policías le gritaban que soltase el arma. Habían llegado segundos antes y desplegado un operativo para que nadie se largase de allí sin dar explicaciones .

Eva y los padres se habían retirado y blandían los brazos en alto. Lucía, a pesar de las insistencias de sus padres que tiraban de ella, no quería alejarse de Marcos.

La policía gritaba a su espalda que dejase el arma, pero Max los ignoraba.

—¿Recuerdas la película? —preguntó Marcos.

—¿Qué película? Hemos visto juntos muchas…

—La que me pusiste hace años. La de los pecados capitales. La que te hizo cambiar tu forma de agarrar la Glock.

—Claro que me acuerdo, es de mis favoritas. ¿A qué coño viene eso ahora?

—A ti te hizo cambiar la forma de empuñar la cacharra. A mí me marcó una frase que se dice.

Max apretó las cejas una contra otra en un intento de hacer memoria. Marcos le miraba de forma comprensiva, casi con lástima.

—¿Qué frase, joder?

El joven resopló, como si tomase aire para la confesión final. Miró de nuevo hacia Lucía que estaba casi sin sentido en brazos de sus padres, y cambió la mirada hasta encontrar los ojos de Isabel.

—La venganza es necesaria.

Isabel que no se había cansado de llorar, volvió a hacerlo. Álvaro, que minutos antes había admirado al muchacho por tomar la iniciativa del asesinato de Antonio Ricardo, en ese momento lo despreció. Sintió que con esas palabras terribles Marcos no solo intentaba justificar sus propios actos, sino que de forma velada y cobarde, estaba acusando a Isabel, en aquella sed oscura de justicia por propia mano. Y eso no se lo pensaba tolerar. Sobre todo porque había descubierto que él era el hijo biológico del asesino de Belén. Y que, por lo tanto, tendría otros motivos más oscuros y personales para hacer lo que hizo.

—La venganza es necesaria —repitió Max.

El gatillo vibraba cerca de su dedo índice.

—Te tenías que haber ido, cabezón —dijo Marcos, casi con lástima.

—Me cago en tu padre, Marcos —dijo Max.

—Sí, te cagaste bien. Nos cagamos bien.

—Esto no se acaba aquí —sentenció el holandés.

Max retiró el arma de la cabeza de Marcos y apuntó al cielo. Vació el cargador, provocando que todos se tapasen los oídos y se fuesen al suelo. Y que la policía se pusiera muy nerviosa, ya con Valverde y Torrent presentes, y que el capitán les gritase a través de megafonía que era la última oportunidad para deshacerse del arma antes de abrir fuego.

Sid, una vez vaciado el cargador, obedeció y tiró la cacharra humeante al suelo como si se deshiciese de un juguete roto. Gesto que también repitió marcos. Los dos pusieron los brazos en alto y el chico pidió a los demás que le imitasen.

Se acercó a Lucía, que pareció recuperar la consciencia con el ruido de los disparos, y le dijo algo al oído, unas pocas palabras que solo ella pudo escuchar en medio del barullo y que hicieron que asintiera levemente entre lágrimas, con una mirada de comprensión y quizá de promesa. Le dio un beso rápido y torpe en la mejilla, y la chica intentó sonreír. Ella le quería preguntar tantas cosas, explicarle tantos sentimientos contradictorios que se le agolpaban en el pecho, pero no fue posible porque los policías llegaron y se los llevaron. Él no dejó de mirar hacia atrás en todo el humillante trayecto hasta los patrullas.

Eva se acercó a Lucía.

—He visto cómo te miraba.

La muchacha se fijó en la mujer a la que había estado a punto de asesinar minutos antes, y asintió. Ambas se dijeron cosas con los ojos que solo las personas que aman entienden.

Camino de los zetas Marcos dijo algo que sorprendió a Max.

—Mi padre verdadero eres tú, Max.

Sid se giró en su dirección, sorprendido y confuso, y antes de que Torrent le pusiese los grilletes escupió:

—Los hijos no se follan a sus madrastras, hijo de puta.

Max volvió a lagrimear. En efecto podría perdonar a Max la doble traición. Pero nunca le perdonaría que le hubiese hecho llorar, porque eso, en su código, al igual que en el de Álvaro, no era propio de los hombres.

¿Nunca?

El capitán metió en el zeta a Max, que, en el último momento, cambió la lágrima por un guiño hacia el guardia. A Marcos lo introdujo la subteniente en otro patrulla. Ambos guardias se dirigieron a la familia que permanecían muertos de miedo en mitad de aquel pinar y aquella calle abandonada.

—Me van a acompañar porque me tienen que dar muchísimas explicaciones.

—Con gusto se las daré, capitán —dijo Lucía.

Torrent la miró con asombro, sin esperarse que fuera ella la que respondiera con tanto aplomo en medio de aquel caos. Los tres

siguieron al capitán, mientras que Valverde se quedaba interrogando a Eva.

Aquel tranquilo y soleado pinar marbellí, escenario imprevisto de un accidente brutal y una detención tensa y llena de revelaciones, se había convertido en apenas una hora en un lugar de terribles confesiones, de secretos familiares oscuros y dolorosos que habían estado escondidos durante años en lo más profundo del corazón torturado de Marcos Ricardo, quien se pudo deshacer de su apellido porque parecía un segundo nombre y se lo había cambiado por el de su madre hacía ya muchos años en un intento vano de borrar un pasado que le perseguía como una sombra. Y quizá por eso, por la liberación súbita y violenta de tanto dolor, tanto secreto y tanta culpa acumulada durante toda una vida, el muchacho rompió a llorar en silencio, como un niño perdido, cuando el coche patrulla se marchó por fin de allí, llevándoselo esposado hacia un futuro incierto y probablemente largo en la cárcel. Aquella venganza que él había considerado en algún momento tan necesaria, tan justa, la venganza que le hizo elaborar durante meses aquel plan maquiavélico, complejo y retorcido para conseguir que otros asesinaran por él a su propio padre biológico, al final solo le había traído más dolor, más violencia, más traiciones y más desgracia a su vida y, sobre todo, a la de todos los que, de una forma u otra, le rodeaban y le importaban.

Aunque Lucía, mientras se alejaba también en otro coche policial distinto junto a sus padres, mirando por la ventanilla trasera hacia el lugar donde acababa de perder y encontrar tantas cosas a la vez, no pensaba lo mismo y se encargaría de convencer al muchacho de ello.

Epílogo

Cuatro meses después

Lucía esperaba, de pie y sola, junto a la cancela exterior de barrotes grises del Centro Penitenciario Málaga 1.

Llevaba un vestido ligero de verano, estampado con pequeñas flores, y unas sandalias planas a juego. Se había cortado el pelo; ahora lucía una práctica media melena castaña que llevaba recogida en una coleta alta, dejando al descubierto la nuca bronceada. Eran las diez en punto de la mañana y el sol de principios de septiembre en la costa malagueña empezaba ya a apretar con una intensidad que demostraba que el verano allí sería largo.

Solo llevaba esperando diez minutos, que pasó enfrascada en una charla por WhatsApp con una amiga, cuando las puertas del correccional se abrieron con el característico chirrío metálico. Marcos se despidió con cortesía de los guardias que le habían escoltado y sonrió al verla acercarse con pasos dubitativos.

—Buenos días, presidiario.

—Soy un hombre libre, querida.

Se sonrieron los dos con un alivio extraño antes de fundirse en un abrazo. Él la besó con suavidad en la mejilla y ella le correspondió en la comisura de los labios.

El abrazo fue largo, sentido y muy apretado. De esos en los que se dice poco y se siente mucho. Ella recorría la espalda del chico con sus manos abiertas, investigando quizá en busca de alguna cicatriz carcelaria; y él hacía lo propio con la cintura de Lucía, anhelando su calor y su aroma.

—Has adelgazado —dijo él para romper la magia.

—El verano y tal…

—Estás muy guapa con el morenito ese que luces.

—Tú estás muy pálido.

—Ahí dentro —Marcos hizo un gesto con la cabeza—. Solo tenemos una hora de patio al día. Y nos lo pasamos a la sombra porque no veas como pega.

Él sonrió al decirlo, para quitarle importancia, aunque ella esta vez no le devolvió el gesto. En lugar de eso, le abrazó de nuevo con fuerza, y él notó bajo la alegría superficial del reencuentro una corriente subterránea de compasión y una profunda tristeza en ella que le inquietó.

—¿Del todo libre, estás seguro?

—¿No has visto las noticias?

—Sí, pero no me fío. Y menos con Max de por medio.

Marcos resopló. Se separó de la muchacha y se miraron entonces con una nueva seriedad, la alegría del reencuentro dio paso a la cruda realidad que aún les rodeaba. Esperaban algo el uno del otro, quizá una confirmación, una promesa, una respuesta que ninguno de los dos se atrevía a pedir ni a ofrecer todavía.

—¿Cómo están tus padres?

—Tirando. Sobreviviendo. Han vendido el bar a mi tío.

—¿Y eso? ¿Qué van a hacer?

—Pues lo mismo, pero más relajados. Mi tío era el que echaba horas sueltas para ayudar a mi padre y ahora será él quien eche esas pocas horas al día. Con el dinero del traspaso ha ampliado un terreno que tenía medio abandonado y ha puesto placas solares. Le vende la luz a la compañía eléctrica y escapa bien.

—Me alegro. ¿Y tu madre?

—Pues lo mismo: sigue cocinando para los aperitivos y echando una mano cuando haga falta. Hace dos semanas se pegaron un tute bueno con las fiestas del pueblo. Bueno, ellos y yo.

—Me hubiera gustado ir.

—¿De pequeño fuiste? Creo que no, me hubiera acordado de ti, solo me sacas…

—Cinco años. Solo pasé un verano en el pueblo y además no vivíamos en frente vuestra en aquella época. Y tendría… no sé, diez o doce…

Se instauró un silencio incómodo entre los dos, cargado de preguntas no formuladas. Él le agarró la mano y comenzó a andar. Ella se mordía las ganas de empezar el interrogatorio que había ensayado antes de pasar a recogerlo, pero prefirió esperar. Se subieron al coche de Lucía, aparcado en el parking del complejo penitenciario.

—¿Es nuevo?

—¡Qué va! Es más viejo que yo, pero sí, me lo he comprado hace justo una semana. Mi tío me dio un buen dinero por ayudarle todo el verano. Es de un colega que se ha cambiado a un BMW.

—Está genial.

Se subieron al utilitario, un Citroën C3 con diez años de antigüedad de color azul claro, con una L de novata bien grande adosada a la luna trasera.

—A mí me encanta, la verdad.

La chica arrancó un motor que sonaba bastante bien y se encaminó en una dirección que el pasajero desconocía. Ella encendió la radio donde sonaba una música comercial de cualquier radiofórmula y no hablaron apenas por el camino más que algunas minucias sobre el verano en el pueblo y la vida en prisión, de la que Marcos aseguró que no era para tanto.

Tras unos veinte minutos conduciendo por carreteras secundarias y urbanizaciones costeras, llegaron a una playa tranquila y familiar, donde metieron el coche sin dificultad en un parking de tierra cercano a la arena.

—No tengo bañador.

Ella no dijo nada y, con un aire de suficiencia, le entregó una mochila que guardaba en el asiento trasero con todo tipo de artilugios de baño dentro: bañador, toallas y chanclas.

—Vamos a darnos un buen desayuno *brunch* de esos modernos y luego te cambias en el cuarto de baño.

Accedieron a un chiringuito de madera y aspecto agradable, con mesas sobre la misma arena, que no presentaba demasiado público a esa hora del mediodía, pero que empezaba a llenarse poco a poco con familias y turistas rezagados. Pidieron y comieron con apetito raciones variadas: pescado frito, ensaladilla rusa y tortilla de patatas,

como si fuera ya la hora de la comida en lugar del desayuno, y brindaron con dos cañas de cerveza bien fría por la libertad reencontrada. Después, el muchacho obedeció las instrucciones de Lucía y se fue a poner el bañador nuevo en el pequeño cuarto de baño del local.

Lucía lo esperaba con el bikini puesto y sentada sobre una hamaca de lona del mismo chiringuito, con la mirada fija en el mar.

—Qué bien te veo —dijo él.

Ella le dio un repaso de arriba abajo.

—A ti te falta un verano, pero bueno…

Él abrió la boca para reprocharle el feo, pero prefirió sonreír. Una sonrisa que se le borró de golpe de la cara sin transición cuando ella se levantó de un brinco de su hamaca y se sentó frente a él, muy cerca, casi encima, mirándole a los ojos con una seriedad inesperada y cortante que le descolocó por completo

—Ahora me vas a decir por qué me mentiste.

—Para protegerte…

—Calla. No me fastidies, Marcos. Ya no. No después de todo lo que ha pasado y de haber tenido que mentir yo a la Guardia Civil y jugarme también mi libertad. Y sobre todo, después de que casi me llevo por delante la vida de una persona inocente.

El chico agachó la cabeza y se tapó la cara con las manos.

—Me pegaba, Lucía. Me pegaba por tonterías, por llegar tarde, o por llegar demasiado pronto. Por sacar malas notas, o por sacarlas demasiado buenas.

—¿Por sacar buenas notas o por llegar a la hora también?

—Era un mediocre. Abrazaba la mediocridad. Supongo que era por eso. Si suspendía me llamaba burro, si sacaba buenas notas me llamaba marica, lo mismo que cuando llegaba pronto a casa; y si llegaba tarde me llamaba golfo y me atizaba con el cinturón. El caso es que nos tenía aterrorizados a mí y a mi madre. Hasta que un día me la encontré a ella sangrando y llorando en la bañera, desnuda. Era la primera vez que veía un cuerpo de mujer desnudo, y tuvo que ser el de mi madre, completamente derrotada, humillada, rota. Aquel día juré que…

Marcos dejó de mirar a la chica para fijarse en el mar como si allí existiese una escapatoria, un lugar en el que encontrar paz. Se mordía el puño. Ella se incorporó, le puso una mano en el hombro y le dio un beso en la mejilla.

—En realidad te preguntaba por lo de Eva.

Marcos se giró y abrió la boca, sorprendido. Pensaba que la chica habría satisfecho su curiosidad, sin embargo, ahora la encontraba más seria que antes.

—Pues porque lo de Eva se había terminado…

—Pero eso nunca se termina del todo. La querías. La querías mucho, si no, no te hubieras jugado la vida por estar con ella.

El chico se quedó callado ante la interrupción de la muchacha, que había cambiado del todo su actitud.

—Pero ¿quién eres tú? ¿Dónde está la Lucía tímida y modosita que yo conocí?

—Murió aquí, en Marbella. Hace unos tres meses y algo. En realidad no saltaron los airbags. ¿Recuerdas?

—Entonces yo te voy a pedir a ti también sinceridad: ¿Has vuelto a ver al profesor ese del que me hablaste?

—Sí, pero me vino con celos porque no sé cómo se enteró de que me fui a Marbella contigo. Le puse en su sitio y le dije que me dejara en paz o le haría una visita a su mujer, y después me intentaría ligar a uno de sus hijos…

Marcos se echó una carcajada, Lucía no le correspondió y él asumió que debía contar todo lo que tenía dentro. Suspiró hondo y procedió:

—Pues yo la quise mucho. La quise tanto como rabia la cogí después —los ojos de la muchacha preguntaban con extrañeza—. Creo que pudo hacer más por lo nuestro.

—¿Hacer más? ¿Como qué?

—Sí, podría haberle sacado más pasta a Max en el divorcio, y largarnos los dos juntos. No lo hizo, se acobardó o quizá le pudo más la comodidad que el amor. Amor entre comillas, claro.

—O también su hija.

—La niña me adoraba, me llamaba tito. Y yo la adoraba a ella. Eva permitió que dejáramos de vernos porque era lo mejor para los

dos. Supuestamente.

—¿Y por eso la querías matar?

—Sabes de sobra que yo no la quería matar, Lucía —Marcos bajó el tono y se acercó a la cara de la muchacha, en la que percibió el aroma del protector solar—. El motivo por el que os visité al pueblo era real: Max estaba todo el día con la cantinela desde que se divorció y el juez le impuso pagarle la pensión y cederle una de sus casas. Que si no le dejaba ver a la niña, que si encima de que se tiraba a otro y le dejaba en ridículo…

—Se tiraba a su mejor lacayo.

—No hurgues en la herida, haz el favor.

Lucía alzó las manos a modo de disculpa. Marcos se levantó y, sin decir nada, se encaminó hacia el agua. Sorteó a varios niños que jugaban distraídos en la arena y se dio un chapuzón rápido y solitario antes de volver con la muchacha.

—¿Está fría?

Marcos hizo un gesto ambiguo con la mano mojada, encogiéndose de hombros, como diciendo que ni fría ni caliente. Se secó un poco el torso y el pelo con una de las toallas que ella había traído en la mochila, y acercó de nuevo su hamaca de lona hasta dejarla pegada, rozando casi, la de Lucía. Se sentó a su lado y, en un impulso inesperado, le dio un beso suave y cálido en el hombro desnudo y bronceado por el sol.

—Cuando vi a tu madre en televisión, tan llena de odio, de ira y de sed de venganza… pensé que podría matar dos pájaros de un tiro…

—Fue bastante ruin esa decisión, ¿lo sabes, no?

—Lo sé. Y soy consciente de mi ruindad. Tú en realidad no me conoces.

—Sé que no te conozco. ¿Quién coño conoce realmente a alguien a fondo en este puto mundo? Pero lo que conozco de ti…

Se quedó callada, quizá por miedo quizá por desconocimiento real.

—Lucía, yo…

Marcos también intentó decir algo importante, pero no le salían las palabras.

—Mi madre no mataría ni a una mosca. Lo que pasa es que tú no sabes lo que nos tocó vivir cuando lo de mi hermana —las lágrimas habían empezado a aflorar en la cara de la muchacha—. Eso son cosas que se dicen en caliente.

—Seguro, pero ese odio perdura para siempre. Permanece latente, enquistado, deseando salir. A mi madre no le hizo lo mismo que a tu hermana, pero sí que la enterró en vida. Nunca se recuperó, nunca dejó de tener miedo y yo creo que el miedo fue lo que le provocó el cáncer que se la llevó.

—Lo siento.

—Yo también lo siento.

Se abrazaron. Lloraron. Y se siguieron abrazando, buscando un consuelo mutuo que nunca habrían de alcanzar.

—Hay una cosa que sigo sin entender del todo en tu plan. ¿Por qué no lo hiciste al revés? ¿Por qué no nos pediste primero que nos cargáramos a Eva para cumplir tú lo de llevarte por delante a Antonio Ricardo?

Marcos tomó aire. Meditaba la respuesta. Era inútil seguir con medias verdades en ese momento.

—Me conozco todos los puertos de la Costa del Sol y más, desde Algeciras hasta Almería, como la palma de mi mano.

Lucía lo miró con extrañeza, preguntando con los ojos. Él la tomó de la mano y prosiguió.

—El problema del triángulo en realidad no era Eva.

—¿Y quién era entonces?

Marcos se incorporó y se sentó mirando hacia ella. Abrió los ojos todo lo que pudo. Hizo una mueca, se llevó el dedo índice a la boca e hizo un gesto para que Lucía mirase detrás de ella con cuidado. Unas tres tumbonas más allá había un tipo grande y con tatuajes en pecho y brazos.

—¿Max?

—Ese es el Coque, un antiguo esbirro de Max. Bueno, nunca dejó de serlo —el tono de Marcos había bajado varios decibelios—. Lo calé por el retrovisor de tu coche nuevo.

—Mi coche viejo, corrigió ella.

—No se ha atrevido a mandar a Gregory porque lo hubiera calado a la primera. Aunque con este tampoco ha sido tan difícil. No te preocupes, no tiene media hostia ni lleva pipa. Supongo que Max tan solo le ha pedido que me siga una temporada, a ver de qué pie cojeo.

Lucía asintió como dando por bueno la explicación de Marcos.

—¿Y qué decías de los puertos?

—Cuando te he dicho lo de matar dos pájaros de un tiro, te iba a confesar la auténtica verdad. Pero me has interrumpido.

—Disculpe usted, adelante.

—Antes íbamos a hacer llamadas digamos comprometidas a un lugar del puerto deportivo de Marbella. Miles de personas pasan por allí, muchos guiris que trasiegan solo unos días, y es difícil rastrear un teléfono móvil de prepago de los que nosotros usamos para… ya sabes. Además, hay un par de puntos ciegos en los que nadie te ve. Pero un mes antes del plan, me enteré de que pusieron dos cámaras de videovigilancia en una zona del puerto donde antes no las había y esos puntos ciegos vieron la luz como si fuera un milagro de Cristo.

—Y por eso la Guardia Civil puso el ojo sobre Max. Nos lo contó el capitán ese de los picoletos —siguió Lucía.

Marcos asintió, con una extraña expresión en su rostro.

—Antes de que me juzgues te diré dos cosas: la primera es que Eva no se merecía morir. Y la segunda es que yo tampoco me merecía matarla.

—Porque la sigues queriendo.

—Te he dicho que no, pero te repito que tú no sabes lo que es que todos los días Max me saliera con el tema: que si tenía que hacer algo, que yo sabía cómo organizar aquello mejor que nadie, que se me ocurriría algo para quitarla de en medio…

—Y se te ocurrió meternos a nosotros de por medio.

—Ya te he dicho que te voy a contar toda la verdad: nunca albergué esperanzas de que cumplierais vuestra parte del trato… —Lucía se quedó callada, confusa—. Hice mi papel porque era lo que se suponía que tenía que hacer. Esperaba en todo momento que acudierais a la policía. Mi objetivo estaba cumplido, lo vuestro era teatro para Max.

—Estuve a punto de atropellarla, Marcos…

—Insisto, era puro teatro. ¿Quién pegó el volantazo para que no te los llevaras por delante?

La chica dudó, abrió la boca con la intención de decir algo y después de muchas dudas se decidió:

—¿Qué me quieres decir?

—Que fui yo el que pegó el volantazo porque tú estabas como ida. Dudé entre eso o tirar del freno de mano. La verdad que reaccioné tarde, pero salió todo más o menos bien. Jamás hubiera dejado que matases a nadie. Y menos a Eva.

—Estoy flipando. ¿Más o menos bien?

—Quería que te pasases de largo, o que no hubieses hecho nada, ya me hubiera encargado yo del paripé. Por eso insistí en que te bajaras, pero necesitaba llevarte hasta allí. Igual que la noche anterior cuando salió Virginia a tirar la basura con Eva.

Lucía se tapó la cara con las manos, respiraba fuerte. Levantó de nuevo la mirada hacia su interlocutor.

—¿Y si hubieran accedido mis padres a hacerlo ellos?

—Eso habría sido incluso mejor.

—¿Qué dices?

—Habría avisado a Eva y evitado el atropello, y a Max le hubiera caído otra acusación por intento de homicidio. El caso era representar el teatro, que Max tuviera claro que se había intentado sin género de dudas. Por eso todo: la extorsión en el pueblo, la búsqueda del coche limpio de la que finalmente se encargó Max, llevarte hasta el mismo lugar de la acción, toda la parafernalia de los emails… Todo tenía que parecer real sin ninguna duda para él.

Lucía se quedó boquiabierta, con los ojos brillantes y los labios temblando.

—Habrían encarcelado a mis padres por ese intento de homicidio.

—Te repito que no. Lo primero porque tus padres habrían sido víctimas de una extorsión en toda regla, con el agravante de lo de tu hermana. Lo segundo porque ya te digo que no hubiera habido asesinato.

—¿Y por qué no avisaste a Eva antes?

—Sinceramente, porque me apetecía que se llevase el susto…

Lucía se incorporó, víctima de un sudor que le entró por todo el cuerpo.

—Entonces ¿Todo esto ha sido un teatro, también lo nuestro?

—No, eso es lo único que no. Yo seré un desgraciado, pero lo que te he dicho acerca de mis sentimientos y la empatía que muestro contigo es real. Joder, estoy loco por ti, Lucía.

—No sé si creérmelo. Y después de todo esto ya no sé lo que siento yo.

—Insisto en que no esperaba que hicierais nada, así que el plan era mejor así: primero caería Antonio Ricardo y luego montaría el lío para lo de Eva. Y si llega a salir mal, lo hubiera evitado in extremis como te acabo de contar. Joder, te digo lo que le dije a Max: el desgraciado de mi padre está mejor muerto, y por fin se hizo justicia.

—Eso no es justicia, eso es venganza.

—Lo sé, y también es lo que pedía tu madre. Venganza. Y lo que pedías tú, que fuiste de las primeras en decir: que lo maten. Lo vi todo en la tele aquel día. Repasé aquel vídeo muchas veces y se lo enseñé a Max otras tantas.

Lucía agachó la mirada. Había borrado ese recuerdo de su mente aquel día a la salida del juzgado. Aquel día en el que clamaron, no por justicia, sino por venganza.

Marcos le tomó de la barbilla y le levantó una cara llena de lágrimas.

—Yo no podía eliminar a Eva, primero porque no quería, segundo porque la policía hubiera dado conmigo o con el sicario al que se lo encargase. Sé de sobra que la extorsión que os hice fue lo peor, que me merezco el infierno o lo que sea. Pero era la única salida que veía. Lo tenía todo controlado para que no hubiera más daño…

—¿Que no hubiera más daño? ¿Tú sabes la que hemos pasado estos meses desde que nos contactaste para hacer el trabajo?

—Lo sé y no me cansaré de pedirte perdón. Pero te digo una cosa —el chico bajó los ojos—. Gracias a eso te conocí.

Lucía no se esperaba eso y se le puso un nudo de esos en la garganta de los que parecen que tienes anginas.

—Marcos, ha faltado poco para que pase algo muy grave.

—Te repito que lo tenía todo bajo control…

—No, Marcos. Le he mentido a la Guardia Civil, mis padres también, con la excusa esa que me fabricaste. Mis padres me siguieron el rollo con lo de que vinieron a buscarme porque me había fugado contigo y que robamos el coche para hacer locuras.

—Con lo del coche tuvimos suerte, el tipo del taller se deshizo del alquilado porque se olió la tostada y se ha callado como un muerto en el interrogatorio que le hicieron los picoletos.

—No me extraña, con la que le diste.

—Apenas le toqué, chiquilla —dijo Marcos resignado—. Dime, ¿y se tragaron lo de que quisiste actuar contra Eva por un ataque de celos?

—¿Y tú me preguntas eso? ¿Se han tragado lo tuyo? No se han creído nada. El capitán ese, y sobre todo su compañera no tienen un pelo de tontos. Lo que pasa es que no pueden probar nada, ni tu historia ni la nuestra. Y por eso estás tú también aquí, ¿no?

—Supongo —dijo Marcos encogiéndose de hombros, aunque evidenciando la realidad de lo ocurrido—. Y porque le tenían muchas ganas a Max y han dado validez a su confesión.

—Eva también ha ayudado. La abogada nos ha contado todo y, al parecer, ella dijo que no sabía nada de lo que estaba ocurriendo. Se hizo la tonta. Se piensan que todas las que te rodean son tontas o algo así…

Marcos sonrió.

—No, definitivamente tú no eres la Lucía que yo conocí en el pueblo.

—Ni tú el Marcos que yo creía conocer. Pero por mucho…

—No me juzgues, Lucía. Hace un segundo no me has aguantado la mirada al recordarte tus palabras cuando salió la sentencia. Tú más que nadie deberías entenderme.

Lucía intentó de nuevo, sin éxito, aguantarle la mirada. Marcos era un maldito manipulador sin escrúpulos, sí, un superviviente nato, un vengador con métodos retorcidos, pero en el fondo de aquella última afirmación tenía toda la razón del mundo: ella, en su momento de máximo dolor y rabia incontrolables, también había ansiado con todas sus fuerzas la muerte violenta de Antonio Ricardo.

Y no supo si, gracias, o, por culpa, de su ingenio ese desgraciado ya no podía respirar.

Pasaron unos segundos sin decirse nada, tan solo pegados el uno al otro, sintiendo como el sol de septiembre los acompañaba y calentaba, repasando todo el caos que habían creado. Hasta que Lucía se decidió a romper el silencio.

—¿Y Max? ¿Qué va a pasar con él? ¿Hay que preocuparse?

—Mira que me duele, porque en el fondo me siento un puto traidor, le tenía… le tengo mucho aprecio. Pero era él o yo, o una vida humana. Se va a chupar quince años a la sombra por inducción al homicidio.

—Es que no me lo puedo creer. Un tipo como él, según lo que tú me has contado de que no podríamos vivir nunca tranquilos si le traicionábamos…, ¿no te ha delatado?

—Aunque no hubiera confesado, todo estaba en contra suya: él hizo la llamada, él encargó la ejecución porque el monitor de Castellón también ha acabado confesando. Es un tipo listo y sabe que le convenía colaborar. No creo que llegue a cumplir toda la condena.

—¿Y tú?

—Yo no soy nadie, no tienen nada. Yo solo visité el pueblo donde vivía mi padre y te conocí. En teoría Max actuó por su cuenta para vengarme y para vengaros a vosotros cuando se enteró de mi historia y de la vuestra. Solo soy un allegado de él que tiene una pistola robada y por eso me han tenido estos meses en el talego…

—Desde luego hacerte pasar por el niño bueno, el chico de los recados, el mensajero que visita la casa de su padre homicida, consumido por el odio y con ganas de hacer algo. Que seduce a la hija débil de un matrimonio roto es mucho más creíble que lo que le contaste a Max.

—¿Yo te seduje?

—No, tonta que fui yo que me enamoré en medio de toda esa locura que vivimos.

Marcos se quedó callado, otra vez con los ojos abiertos y preguntando con ellos. Entonces Lucía hizo un gesto con el pulgar y el índice para indicar que un poquito.

—Yo también —dijo él con el mismo gesto.

—Si te soy sincera, me cuesta creerte. Pero ya nada importa.

—¿Ya? Si acabo de salir del talego, dame al menos un mes para dejarme…

Marcos sonrió y ella, sin saber por qué, le devolvió la sonrisa.

—Mira, me daba apuro contártelo hoy mismo, pero es que ya me da igual, la verdad —Lucía dudó— …tengo una noticia para ti.

—A ver…

—Me voy.

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde?

—Me voy fuera, a Irlanda.

—¿Y eso?

—Siempre me ha gustado Irlanda; voy a estudiar inglés y un curso de azafata allí. Trabajaré de cuidadora de niños con una familia para costeármelo. Ya lo tengo todo organizado y medio pagado.

—¿Y te tienes que ir justo ahora? Yo te puedo ayudar, no hace falta que te vayas tan lejos. Puedes estudiar aquí, hay buenas academias, y muchos guiris para practicar.

—No, Marcos, no. Tengo que irme.

—¿Y tus padres? ¿Y el coche?

Lucía sonrió.

—El coche se lo queda mi padre, que el suyo ya te conté lo que le pasó. Y yo tengo veintidós años casi. Antes de la muerte de mi hermana, apenas veía a mis padres más que para el trabajo en el bar y comer al mediodía. Tengo que salir de casa. Tengo que salir del pueblo.

—Pues vente aquí. Y estás a cinco horas de carretera, no a dos de avión.

Ella le dio un suave beso en los labios. Lo miró a los ojos.

—¿Aquí contigo? ¿Y con Coque también? ¿No? —Lucía hizo un gesto con la barbilla— Tú tienes un montón de cosas que solucionar y mucho sobre lo que reflexionar. Me has dejado de piedra con esto, tienes que entender que no me fíe. Tienes que solucionar no solo tu vida si no también el cacao de tu cabeza, y yo, por mucho que sienta cosas por ti, no puedo estar a tu lado. No en estos momentos.

Y menos ahora, después de este sincericidio, como la canción de Leiva.

El chico se quedó cortado ante la lucidez, la firmeza y la lógica aplastante de sus palabras, como si ella le hubiera leído el pensamiento más íntimo y puesto un espejo delante de su propia y caótica confusión vital. Quizá había llegado el momento de darle otro punto de giro a su vida. Igual que el que le proporcionó encontrarse con Max. Al fin y al cabo, qué importaba otro cambio radical. Quizá, llegó a pensar con ilusión adolescente, podría irse con ella a Irlanda en unos meses, cuando lo hubiera solucionado todo, sus negocios, su vida, su cabeza. Si es que era capaz de hacerlo, si es que era capaz de librarse de la sombra de Max Sidney.

Marcos se acercó a la boca de Lucía. No quería llevarse un rechazo, así que lo hizo con cuidado. Solo cuando estuvo seguro de que le correspondería, la besó. Un beso que se prolongó tanto que sus corazones empezaron a latir con fuerza. Con la fuerza necesaria para olvidarse de venganzas. Aunque quizá se olvidaron porque ambos habían satisfecho ya esa necesidad.

Porque por mucho que les doliera, les costara y hasta les avergonzara admitirlo en sus caóticas mentes, en ocasiones, la frase de aquella película tenía algo de inquietante y perturbadora razón.

Marbella-Logrosán

Febrero-Abril 2025

AGRADECIMIENTOS

El primer agradecimiento es para ti, lectora o lector. Gracias por haber llegado hasta aquí y completado otra más de mis novelas. No te haces una idea de lo que supone para mí.

Si te ha gustado, te pido por favor, que me dejes una reseña en Amazon, puedes pinchar aquí:

Dejar reseña positiva La venganza es necesaria.

No te supone nada y para mí es de muchísimo valor.

Si no te ha gustado, ruego que me escribas a este email: escribano@gzescribano.com

Y me cuentes qué no te gusta.

Este libro lo he escrito mitad en el lugar que resido, en Marbella, mitad en mi pueblo y el de mi familia: Logrosán. No he incluído su nombre aunque por las indicaciones que doy seguro que los que son de allí lo sabrán identificar.

Gracias a las personas que me han hecho terminar esta novela, a mi familia en especial. Gracias.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

Aquí tienes el resto de mis novelas, empiezo por la Saga Secuestros.

La pérdida de la belleza

- **Un secuestro.**
- **Un rescate imposible.**
- **Dos almas a la desesperada.**

La saga Secuestros regresa con el **thriller con más misterio y suspense** de todos.

Alguien ha secuestrado a Pablo, el hijo de Mario Gálvez, el abogado del momento en Marbella. Le piden un rescate imposible: tendrá que pagar con su propia vida si quiere que su hijo vuelva a salvo. Marina Caracuel, policía municipal, tratará de evitarlo.

Un **thriller español** ambientado en Marbella y la provincia de Málaga, a orillas del Mediterráneo donde la mafia, la corrupción y el amor paternal se mezclarán en una carrera contrarreloj por la supervivencia.

Se puede decir que La pérdida de la belleza es una precuela de Mar de fondo. Aquí descubrirás la historia que unió a Mario Gálvez y a Marina Caracuel.

El precio de estar viva

Secuestran a tu hija. La policía no investiga todo lo rápido que tú quieres. ¿Qué harías para recuperarla?

Sinopsis:
Luz Marina, una niña a punto de cumplir nueve años, es secuestrada en unos viñedos de un pequeño pueblo de Extremadura. A pesar de ponerlo en conocimiento de la Guardia Civil, sus padres, Roberto y Marta, deciden seguir un camino poco ortodoxo para recuperar a su hija. Harán todo lo necesario para salvarla. Todo. Incluso saltarse las leyes y los protocolos de actuación en caso de desaparición de un menor. Pero saltarse la ley les acarreará enemigos, aunque también aliados que no esperaban, tanto humanos como caninos. Un thriller en el que nadie es quien dice ser. Una novela en la que pasarás las páginas con las mismas ansias con las que esos padres buscan a su hija.

★★★★★ MANUEL: **INCÓGNITA HASTA EL FINAL**. Merece la pena, muy recomendable
★★★★★ Juan Luis: **Maravilloso**. Un libro que te atrapa desde el principio. Donde nada es lo que parece, y a medida que va avanzando te engancha más
★★★★★ Miriam. **Sin poder parar de leer.** El libro te tiene atrapado desde el minuto 0, muy buena trama de personajes. Estas todo el rato en tensión esperando a saber cómo va a seguir. Espero que la continuación tarde poco por qué estoy loca de curiosidad. Lo recomiendo al 100%
★★★★ Carolina. **El precio de estar viva**. Una historia tremenda. No me imagino algo peor que tu hijo sea raptado. La historia está muy bien narrada, desde el punto de vista de la madre, el padre, incluso de la hija. Está muy bien logrado el hilo conductor de este libro. Hay personajes realmente entrañables, Dionisio y Magno. Tremenda historia y que queda con un final abierto con lo cual seguiremos sabiendo de ellos.

<u>El precio de estar viva: El thriller español revelación del año.</u>

El precio de estar viva es la primera novela de la saga Secuestros, aunque se pueden leer de forma independiente porque no tienen nada que ver entre sí.

El control del latido

Secuestran a tu hijo. Tu isla se derrumba. ¿Qué piensas hacer?

Tenerife. El Teide registra su mayor actividad sísmica del último siglo. Rayco, un niño con autismo leve desaparece del colegio. Airam, su padre no saben quién se lo puede haber llevado. Mara es su pareja, y, cuando acuden al colegio, para averiguar qué ha ocurrido, reciben una llamada en la que piden un rescate imposible. En el momento en el que el Teide empieza a rugir y la isla a derrumbarse, Airam y Mara inician un viaje desesperado para rescatar a Rayco.

La paciencia del artesano

El primer thriller de la inspectora Saavedra
Veinticinco años después del asesinato de un menor en Bélgica, el caso se reabre y el **ADN** analizado con nuevas técnicas apunta a un culpable claro. El problema es que ese asesino es capaz de refugiarse en las montañas y sobrevivir durante meses con lo que le da la naturaleza. El inspector belga Van Jong y la inspectora Saavedra deberán dar con un tipo tan peligroso como escurridizo.
Zarzo Escribano es autor de seis novelas dentro del género negro policial. Esta es la primera novela en solitario de la inspectora Saavedra.
La paciencia del artesano.
Un thriller que te subirá las pulsaciones en cuanto leas el primer párrafo.

ORGULLO DE PERTENENCIA

Unos padres. Una hija. Un país que no perdona.

¿Qué harías si tu hija estuviera en manos de la guerrilla?
Laura María García siempre ha luchado contra las adversidades, pero este secuestro pone a prueba algo más que su fortaleza. A miles de kilómetros de su hogar, en la intrincada red de Medellín, Laura tendrá que enfrentarse a un mundo donde la extorsión, la violencia y la traición son moneda corriente.

Un thriller emocional cargado de tensión y desesperación.

Si, además del thriller, te gusta la novela negra, tengo para ti mis novelas negras en español:

El murmullo del árbol

Al inspector Del Olmo no se le ha muerto ninguno de sus dos hijos, ni abusaron de él cuando era niño. La subinspectora Saavedra tampoco atesora traumas del pasado.
Sin embargo, ambos tienen un problema en común: **el río Manzanares expulsa un cadáver con una extraña marca en el pecho; el cuerpo pertenece al empresario más poderoso del país.**

Pincha aquí para conseguirla:

https://amzn.to/3rgrrMO

También puedes leer su precuela:

Pessulum

¿Quieres convertirte en policía de homicidios por unas horas?

La subinspectora Olga Saavedra se encuentra por primera vez al mando de un caso de homicidio.

Santiago Vargas ha aparecido muerto en su casa, y la cadenita de seguridad estaba echada por dentro. La subinspectora es la única que se fija en unos objetos que no deberían estar en la escena del crimen. Después de consultárselo a su superior, el inspector Del Olmo, que se encuentra de baja, convence al comisario para iniciar un proceso poco ortodoxo para averiguar cómo el asesino pudo cerrar por dentro y cómo esos objetos acabaron en la escena del homicidio.

Y aquí su secuela:

La sangre naranja

¿Te imaginas investigando un caso de asesinato real? Eso es lo que pasará si te sumerges en esta novela negra.

Alguien acaba con la vida de **María Ostende, una joven de treinta años, en una zona boscosa a las afueras de Avilés**, en Asturias. La policía no es capaz de resolver el crimen y queda archivado. La lucha de la familia, catorce años después, hace que se llame a la UDEV Central para reabrir el caso. **Del Olmo, ya inspector jefe**, requiere los servicios de **Saavedra, que ya no pertenece a su grupo de Homicidios**, para ayudarle en un caso en el que **la sangre tendrá un papel relevante**, y en el que tendrán que **«viajar en el tiempo»**
Nunca has leído una novela negra como esta

¿Quieres convertirte en policía de homicidios por unas horas?

Una novela policiaca basada en hechos reales y en la que descubrirás los procedimientos de la élite de la Policía Nacional a la hora de resolver casos que ellos llaman de Muertos Fríos.
¿Te atreves a adentrarte en los recovecos de la investigación policial de un asesinato? ¿Quieres conocer al inspector jefe Del Olmo y a la inspectora Saavedra?
Entonces tienes que leer la **novela negra en español** revelación de 2024.

Una de mis últimas novelas pertenece a un género distinto: el noir doméstico. Pincha aquí para conseguirla:

Mar de fondo

Un noir doméstico que te atrapará desde la primera página.
Lucas Romero, expolicía reconvertido en detective privado, regresa a Marbella tras una década lejos de su ciudad natal. Su plan es relanzar su agencia de investigación en la glamurosa Costa del Sol. Pero su primer caso da un giro inesperado: una mujer enigmática le contrata para investigar la supuesta infidelidad de su marido, un empresario local. Cuando el empresario aparece asesinado, Lucas se convierte en el principal sospechoso.
Perseguido por la justicia y atrapado en una red de corrupción, violencia y traiciones, Romero tendrá que navegar por los bajos fondos de Marbella para limpiar su nombre y descubrir la verdad… antes de que sea demasiado tarde.
Si te apasionan las historias de perdedores, finales crudos y personajes que caminan sobre la línea entre el bien y el mal, *Mar de fondo* es tu próxima lectura obligatoria.